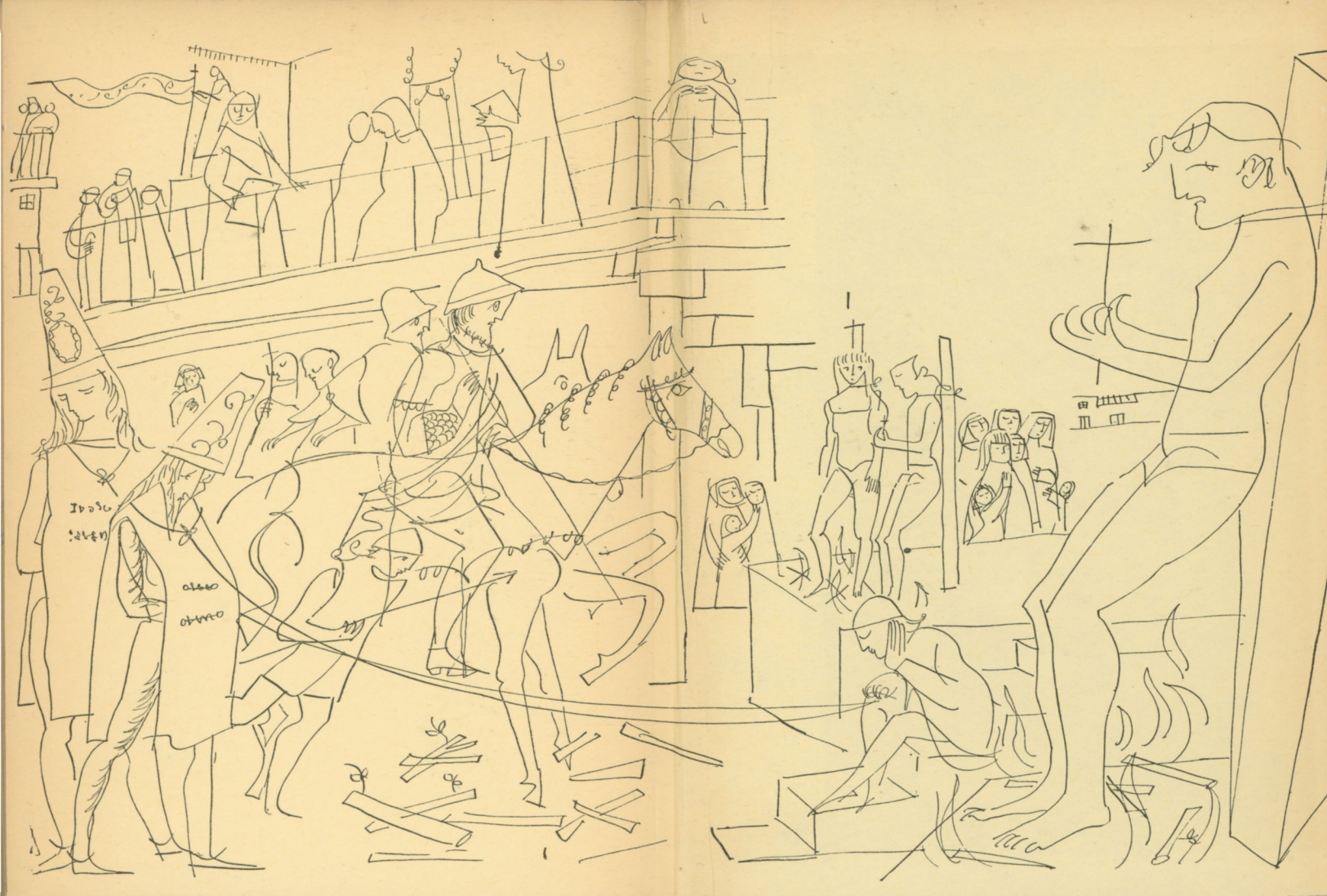
La vida criolla en el siglo xvi



LA VIDA CRIOLLA EN EL SIGLO XVI

Primera edición, 1953

Derechos reservados conforme a la ley.
Copyright by El Colegio de México
Pánuco, 63 - México, 5, D. F.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

FERNANDO BENÍTEZ

LA VIDA CRIOLLA EN EL SIGLO XVI

EL COLEGIO DE MÉXICO

Viñetas e ilustraciones

de

ELVIRA GASCÓN

I: UNA VIEJA CIUDAD Y UN MUNDO NUEVO

> La Nueva España fue una en la vida y no más, que primero que se halle otro México y su tierra, nos veremos los pasados y los presentes juntos, en cuerpo y ánima, delante del Señor del mundo, aquel día universal donde será el juicio final.[1]
>
> JUAN SUÁREZ DE PERALTA

EL 13 de agosto de 1521, día de San Hipólito, los españoles hicieron prisionero al joven emperador Cuauhtémoc y cayó en sus manos la ciudad de Tenochtitlán. Los gritos que habían sonado sin interrupción durante los numerosos días del sitio cesaron de improviso, y un silencio de muerte pesó sobre las ruinas. Los conquistadores, no pudiendo soportar el hedor de los enemigos muertos —una de las defensas heroicas de los aztecas—, decidieron salir del lugar apestado y establecer su campamento en el vecino poblado de Coyoacán.

La ciudad quedó entregada a Tláloc, el dios cuatro ojos de la lluvia. Aún prevalecían, intocados, los colores de las montañas arboladas. Los cipreses de Xochimilco disputaban el reinado del valle a los ahuehuetes, los viejos del agua coronados de heno, a los cedros y a los fresnos de ramaje esmeralda. Las masas de verdor llegaban hasta el mismo borde del lago en el que flotaban, formando una ciudad vegetal, los huertos de

las chinampas. A consecuencia de esta profusa vegetación las lluvias eran rigurosas. Desde el mediodía, los duendes tlaloques rompían con sus palos las vasijas de las nubes que se abrían tronando, y se iniciaba con violencia el aguacero. La tarde y la noche descendía del cielo una lluvia blanda y monótona cuyo leve rumor sobre el lago acompañaban los oboes, los cornos y las flautas apagadas de las ranas. A la mañana siguiente, un mundo de tiernos verdes y de profundos azules se encendía en el valle bajo el brillante sol del altipano. El agua, en las ruinas de la abandonada ciudad, corría por el rostro de los dioses, inundaba el pavimento destruído de la plaza mayor y resbalaba en el estuco pintado de los templos. Parecía una Atlántida sumergida y ruinosa. Dioses, columnas, palacios, adoratorios, naufragaban en un mar de barro dominado por las grandes pirámides mutiladas.

Tenochtitlán habría sido una gigantesca ciudad arqueológica si a Hernán Cortés no se le ocurriera fundar sobre sus ruinas la capital de la Nueva España. A principios de 1522 se inició su construcción, y poco después Alonso García Bravo dibujo la *Traza* de la nueva ciudad.[2] Era apenas un esquema, un proyecto de papel que tomó como puntos de referencia diversas localizaciones de Tenochtitlán. En el lugar donde se levantaba el templo de Huitzilopochtli, se marcó una cruz para señalar la ubicación de la catedral; la plaza siguió el perímetro sagrado de la antigua, y la calzada de Tacuba, por la que huyeron los españoles la Noche Triste, fue, a semejanza de otras viejas arterias, calle esencial, muralla y puente.

La *Traza* de García Bravo, a poco, se convirtió en una sencilla máquina de vivir. Había muchas piedras cortadas, espesos bosques al alcance de la mano, y sobre todo millares de esclavos que fueron escultores, pintores, carpinteros, albañiles y jardineros. Para los artesanos indígenas resultó un juego levantar casas occidentales, armados de cinceles y martillos de hierro. "La séptima plaga que cayó sobre los indios —escribe Motolinia— fue la edificación de la gran ciudad de México, en la cual, en los primeros años, andaba más gente que en la edificación del templo de Jerusalem".[3] Con trabajo se podía andar por las calles. Centenares de indios, cantando en su lengua,

arrastraban enormes bloques de cantera o troncos de árboles. Olía a cal fresca y a madera recién cortada. En un lugar se demolía un templo y en otro se levantaba el muro de una casa, o se techaba una iglesia.

La edificación, siempre a cargo de los indios —"hacen las obras y a su costa buscan los materiales, y pagan los pedreros y carpinteros y si ellos mismos no traen de comer ayunan"[4]—, avanzó rápidamente. En la vasta plaza, hecha para librar torneos y jugar cañas, principiaron a ordenarse las columnas de los portales. Al fondo, la improvisada catedral; al frente, la casa del ayuntamiento; en el centro, la picota y la horca, símbolos demasiado persuasivos de la jurisdicción municipal. Aquí y allá los conventos con sus iglesias coronadas de cúpulas y sus extensas bardas sobre las que asomaban los árboles de la huerta. En las calles principales, las casas de los conquistadores, de los abogados y de los mercaderes.

Era una ciudad destinada exclusivamente a los blancos. Fuera de sus límites se establecieron las comunidades indígenas con sus mercados, sus templos, sus leyes y sus autoridades. Dos mundos concebidos para mantenerse aislados. El de los españoles carecía de puertas y murallas, pero en realidad se hallaba tan bien guardado como pudieran estarlo, en la época de los moros, Ávila o Burgos. Los monasterios, las iglesias y las casas tenían almenas y contrafuertes, espesas rejas en las ventanas y puertas claveteadas. Los antiguos canales indígenas servían de fosos naturales, y a la menor señal de rebelión se hubieran alzado los puentes levadizos, y detrás de cada almena aparecerían el casco del guerrero, el guantelete de hierro, el arcabuz y la ballesta.

Ninguno de los requisitos de la civilización cristiana le faltaba a esa pequeña ciudad blanca y señorial. Tenía virrey y arzobispo, catedral y monasterios, y con el tiempo, universidad, imprenta, y casa de comedias. Por las calles desfilaban el abogado guerrero, el soldado sin guerras, "mercenario de tipo especial",[5] el aventurero recién desembarcado, el oficial real, la dama en su litera y los alabarderos con sus lanzas al hombro.

EL HUMANISMO EN ACCIÓN

La primera descripción de nuestra ciudad la debemos al latinista don Francisco Cervantes de Salazar, amigo y compañero de Luis Vives, que llegó a la Nueva España en 1533 siendo ya un hombre viejo. Ni el arzobispo Montúfar ni su sucesor Moya de Contreras le profesaron estimación. El segundo llegó a calificarlo de "nada eclesiástico, ni hombre para encomendarle negocios, ambicioso de honra y amante de lisonjas";[6] mas a pesar de estos juicios adversos, Cervantes, dentro de la iglesia, logró ser nombrado deán de la Catedral. Recién llegado se le había dado la cátedra de retórica en la Real y Pontificia Universidad de la que fue conciliario, y más tarde, de 1567 a 1568, rector.

En 1554, Juan Pablos le publicó tres diálagos latinos sobre la ciudad de México.[7] No era éste su primer libro ni sería el último. Había impreso diversas obras en Alcalá de Henares, y aquí escribió posteriormente unas epístolas laudatorias y una crónica de la Nueva España que permaneció inédita durante largos años. Del olvido, sin embargo, no lo salvaron sus epístolas ni sus habilidades de retórico, sino los recuerdos que dejó acerca de nuestra ciudad. Su pluma desocupada se complació en dibujar vecinos cicerones de forasteros eruditos y en pasearlos a través de calles, plazas y campos. Si Macrobio dice que Virgilio con el verso

Los campos donde Troya fué . . .

deshizo y borró una gran ciudad, Cervantes con sus charlas latinas reconstruyó la nuestra tal como se ofreció a sus ojos un apacible día de 1554.

Tres siglos después de escritos los *Diálogos,* decidió reimprimirlos don Joaquín García Icazbalceta,[8] no porque le sedujeran los encantos de su prosa sino por la información que contenían acerca del aspecto físico de la primitiva ciudad. Fue, debemos reconocerlo, una mala pasada de los dioses. El latín de que tan orgulloso estaba Cervantes de Salazar vino a convertirse en un plano topográfico, en un simple documento de historia urbana. El humanista no logró pintar la vida que hervía en México, pues

su virtuosismo tenía el don de congelar lo que tocaba su pluma. A la distancia, vemos su figura que señala con un dedo rígido y que describe en elevado estilo los tianguis, los pretensores de palacio y los insensatos colegiales de la Universidad, rasgos externos de un conjunto cuya esencia misma se le escapaba.

En el Primer Diálogo, pone en movimiento a dos personajes: Meza, antiguo vecino de la ciudad, y Gutiérrez, español recién llegado. Lo primero que descubren es un edificio situado en la esquina de la Plaza Mayor y la calle que en la actualidad conocemos con el nombre de la Moneda. Tenía amplias ventanas en sus dos pisos, y en él se veía entrar a numerosos jóvenes vestidos con largas capas negras y bonetes cuadrados metidos hasta las orejas.

"¿Qué edificio es ése?", preguntó Gutiérrez.

Responde Meza: "Es la Universidad, donde se educa la juventud; los que entran son los alumnos, amantes de Minerva y de las Musas".

Gutiérrez no salía de su asombro: "¿En tierra donde la codicia impera queda algún lugar para la sabiduría?"

No hay duda —"venció lo que vale y puede más"—; ésa era la casa de la Universidad de México.

El patio se extendía con desahogo, circundado por las columnas de los claustros. En la planta baja ordenábanse las cátedras con sus letreros de las asignaturas, la capilla, "muy bien aderezada", y "es de ver el reloj que no sólo da las horas sino también los cuartos, por medio de dos carneros, que vienen a topar mutuamente en la campana".

El bedel —ropa talar, maza de plata al hombro— discurría gravemente por los corredores. En realidad, era más bien una figura decorativa, pues aquellos estudiantes, tan distintos de los nuestros, empleaban sus recreos y sus ratos de ocio en interminables discusiones.

"Dios mío —dice Gutiérrez—, con qué gritos y con qué manoteo, disputa aquel estudiante gordo con el otro flaco. Mira cómo le hostiga y le acosa."

Los maestros no gustaban menos de la discusión que sus discípulos. El filósofo Negrete, y Frías, catedrático de Instituta,

eran unos endiablados polemistas. Se desvivían por soltar sofismas como globos entre los estudiantes y, cuando todos llegaban al convencimiento de que se trataba de una verdad irrefutable, los pinchaban muertos de risa con un agudo razonamiento. Gastaban su tiempo en presentarse dificultades, armaban y desarmaban alegatos, echándose atrás, con aires de espadachines, los vuelos de la capa, y dando voces y manotazos.

Las conclusiones, "unas problemáticas, otras afirmativas, otras negativas", se discutían los martes en la cátedra de teología, "y es tal la disputa entre el sustentante y el arguyente, que no parece sino que a ambos les va la vida en ello". Presidía la disputa un maestro tocado "con muceta y capirote doctoral" y era él quien dirigía la controversia y aclaraba las dudas. No había vencidos ni vencedores en estos enconados ejercicios de esgrima verbal. Se descargaban "golpes mortales", algunos procuraban desdecirse validos de malas armas, y cuando el sustentante flaqueaba intervenían el juez y los espectadores trabándose entre ellos el combate "con mucho más calor que entre los mismos que sostenían antes la disputa".

A través de los balcones abiertos caía sobre la ciudad el ruido de las voces.

> Era la palabra —escribió Justo Sierra con suave humorismo—, y siempre la palabra latina, la lanzadera prestigiosa que iba y venía sin cesar en aquella urdimbre infinita de conceptos dialécticos. En las puertas de las universidades de entonces, hubiera debido inscribirse la exclamación del príncipe danés: palabras, palabras, palabras.[9]

No había nada que descubrir, nada de lo que se pudiera dudar, pues todos los problemas a que se enfrentaban alumnos y maestros estaban "resueltos ya, sin revisión posible de los fallos, por la autoridad de la Iglesia". Lo que era vivo en España, lo que se debatía en teología y en derecho, aquí se transformaba en un ejercicio verbal. La palabra comenzaba a perder su sentido; la retórica por la retórica misma iba estableciendo ese vacío truculento, esa hinchada solemnidad que caracterizaría a los dos próximos siglos.

El símbolo de la Universidad podríamos hallarlo en el reloj que dominaba su claustro bullicioso. Los amantes de Minerva

y de las Musas embestían furiosos contra la campana, y a cada embestida se escuchaba un sonido agradable. En esta diversión transcurrirían las horas de la Colonia.

DESDE LO ALTO DEL CABALLO

En el Segundo Diálogo, los vecinos Zuazo y Zamora, montados a caballo, y el forastero Alfaro en una mula negra, iniciaron su recorrido de la ciudad por las calles de Tacuba. Ésta era quizá la única empedrada. Por el centro, descubierta, pasaba la acequia que venía del bosque de Chapultepec y a los lados se levantaban las casas de los hidalgos, de rojo tezontle, que con sus elevados portones, sus escudos labrados en piedra, sus ventanas enrejadas y sus almenas tenían el aire de fortalezas. Todas las casas, por temor a los temblores y a los asaltos de los indios, eran bajas, severas y robustas.

En el lugar que ocupara el palacio de Axayácatl, padre de Moctezuma, y donde se dio alojamiento a los soldados de Cortés, estaba la casa del Virrey con su torre en el costado de la que colgaban las pesas del reloj. Las dos aceras, hasta la Plaza Mayor, las ocupaban carpinteros, herreros, cerrajeros, barberos, panaderos, pintores, cinceladores, sastres, borceguineros, chapineros, armeros, veleros, ballesteros, espaderos, bizcocheros, pulperos, torneros, silleros y odreros. El gremio de los curtidores tenía su calle aparte. Los mecateros se reunían en un callejón situado al poniente de la catedral y fabricaban sogas "del gordor que se pidiere", látigos de cáñamo, hilos para zapateros, jáquimas y alpargatas. Los guarnicioneros hacían pretales, cabezadas, arciones, espuelas forradas de cordobán, talabartes de terciopelo y fundas de vaqueta para los arcabuces. Los sombrereros —después agrupados en un callejón que desembocaba a la plaza de San Fernando— fabricaban sombreros de tafetán y de raso y bonetes romanos, salmantinos y castellanos. Los tejedores labraban tafetanes, damascos y terciopelos y los tintoreros empleaban la grana de México para dar color a las blancas sedas, según lo prescribían las ordenanzas.

La Plaza Mayor arranca siete exclamaciones de admiración a Cervantes: "¡Dios mío, cuán plana y extensa, qué alegre, qué

adornada de altos y soberbios edificios por todos cuatro vientos, qué regularidad, qué belleza, qué disposición y asiento!"

Hízose así tan amplia —aclara Zuazo— para que no sea preciso llevar a vender nada a otra parte; pues lo que para Roma eran los mercados de cerdos, legumbres y bueyes, y las plazas Livia, Julia, Aurelia y Capedinis esta sola lo es para México. Aquí se celebran las ferias o mercados, se hacen las almonedas, y se encuentran toda clase de mercancías; aquí acuden los mercaderes de toda esta tierra con las suyas, y en fin, a esta plaza viene cuanto hay de mejor en España.

Lo que más se destacaba en ella era el Palacio. Los artesanos invadían el piso bajo —"qué ruido y que bulliciosa muchedumbre de gente a pie y a caballo"—, mientras la planta baja se destinaba al Virrey y a la Audiencia. El Palacio, considerado desde entonces como el centro de la vida colonial, era un pesado castillo feudal flanqueado por dos torres almenadas. Tres únicas ventanas, una balaustrada y las columnas de la puerta no bastaban a suavizar la tosca y monótona apariencia que todavía en 1563 ofrecían las *casas viejas* de Cortés.[10]

"¿Qué son aquellas gentes —pregunta Alfaro— que en tanto número se juntan en los corredores de Palacio, y que a veces andan despacio, a veces aprisa, ora se paran, luego corren, tan pronto gritan como se callan, de modo que parecen locos?" Pues eran litigantes, agentes de negocios, procuradores, escribanos "que apelan de los alcaldes ordinarios a la Real Audiencia", soldados mercenarios sin contrata, advenedizos que andaban tras un repartimiento de indios y criollos pretensores de empleos a quienes nos encontramos más tarde animando con sus voces y sus historias los corredores y las antesalas virreinales.

Los visitantes cruzaron el Correo Mayor, "lleno de mesas, bancos y escribientes", un pasadizo que conducía a las habitaciones del Virrey, y después de quitarse el sombrero se deslizaron sin ruido a la sala de audiencias. En un estrado cubierto de alfombras y bajo un dosel de damasco galoneado, ocupaba su lugar entre los oidores la primera autoridad de la Colonia. Más abajo, a un lado y otro, tenían sus asientos el fiscal, el alguacil mayor, el abogado de los pobres que era al mismo tiempo protector y defensor de los indios, los litigantes, el escribano de

cámara y el relator. Detrás de la reja de madera que dividía la sala "a fin de que la gente baja y vulgar no vaya a sentarse con los demás", se encontraban de pie "tanto los que tenían derecho a tomar asiento, pero no quieren tomarle, como los que aun cuando quisieran no podrían, porque no gozan de esa preeminencia". En la sala sólo se escuchaba la voz del ministro semanero, pues "el silencio realza la autoridad".

Apunta Alfaro: "¡Con cuánto respeto se levanta de su asiento, con la cabeza descubierta, aquel abogado anciano y defiende a su cliente!"

"Mira también —cuchichea Zuazo— cómo se alza del lado opuesto otro no menos encanecido y, pedida la venia con gran respeto, disiente y contradice."

En ese momento, el portero del tribunal juzgando que los litigantes han hablado demasiado reclamó silencio, y nuestros amigos reanudaron su paseo internándose por un largo portal.

"Éste es —explica Zamora— el *medius Janus*, paraje destinado a los mercaderes y negociantes, como en Sevilla las gradas, y en Amberes la bolsa: lugares en que reina Mercurio."

El forastero ha llegado al famoso Portal de los Mercaderes —"donde el pórtico Claudio extiende su dilatada sombra"—, el único grupo de edificios en la Plaza Mayor que no ha perdido su nombre ni su antigua apariencia. En sus oscuras tiendas los dependientes mostraban a su clientela brocados españoles, damascos de Flandes y, al terminar el siglo, pesadas y frías sedas de China. Todos los encajes y los terciopelos, las plumas de los sombreros, las joyas, los adornos, las armas y los muebles que tanto amaba la gente del XVI se vendían en ese portal considerado como el centro comercial de México. Constituyó desde el principio una especie de aristocracia mercantil y allí se formaron no sólo grandes fortunas sino multitud de prósperas familias que habrían de jugar un papel de importancia en el desenvolvimiento de la ciudad.

En un extremo de la Plaza se levantaba el edificio del Ayuntamiento, un organismo democrático que nunca logró en México contrapesar la fuerza de nuestro incontenible centralismo político, notable a causa de su hermosa galería de columnas a la que daba la gran sala del cabildo. En los portales bajos —a las

espaldas del edificio funcionaban la carnicería y la cárcel de la ciudad— estaba la casa de la fundición donde trabajaban "como encerrados los oficiales que sellan la plata", y donde también se celebraban las almonedas públicas y se pesaban las barras a fin de cobrar el quinto de Su Majestad. La casa de Martín López y el palacio del Arzobispo completaban el perímetro de la plaza de cuya magnificencia sólo desentonaba la catedral, cobijada en un templo "pequeño, humilde y pobremente adornado".

No concluyó aquí el paseo de nuestros conocidos. El complaciente guía ha decidido que sus huéspedes aprovechen la mañana de la mejor manera posible y, dejando a sus espaldas la plaza, se internaron por una calle bordeada de magníficas residencias. En esta calle —a la que después se dio el nombre de la calle del Reloj— vivían las familias más ricas y linajudas de la Nueva España. Don Luis de Castilla, el pródigo minero y consejero de virreyes a quien tendremos ocasión de referirnos, los Ávilas y los Benavides, dinastías de encomenderos que figurarán de manera principal en nuestro libro, los ilustres Mendozas, Zúñigas, Altamiranos, Estradas, Ávalos, Sosas, Alvarados, Saavedras y Villafáñez componían el barrio aristocrático de la ciudad.

Esclavos vestidos de librea vigilaban las puertas, y sólo muy de tarde en tarde se rompía el silencio, cuando algún señor cubierto con su bruñida armadura salía seguido de sus pajes a participar en un torneo, o cuando la señora, en su silla de manos y con su cortejo de azafatas, se dirigía a la iglesia.

Traspuesta la calle, los infatigables guías de Alfaro mostraron a su invitado el recio convento de Santo Domingo —una ciudad autónoma inserta en la ciudad española—, tomaron luego el costado oriente de la calle que es hoy de Belisario Domínguez, admiraron un nuevo convento, el de la Concepción, y dieron reposo a sus fatigadas cabalgaduras frente al monasterio de los franciscanos. El más notable centro evangelizador del Nuevo Mundo era entonces un lugar rústico que reflejaba la humildad y sencillez de los primeros frailes. Una cruz, "tan alta que parece llegar al cielo", se levantaba en el atrio sombreado por "ordenados y frondosos árboles", y la capilla descubierta que sostenían elevadas pilastras de madera completaba un paisaje de

transición religiosa que iba, de los antiguos escenarios donde se desarrollaba el ritual indígena, a los atrios abiertos en que los fieles presenciaban bajo la sombra de los árboles los oficios divinos.

El colegio de los muchachos mestizos —"los huérfanos (aclara Zuazo), nacidos de padre español y de madre india"— estaba frente al convento franciscano.

"¿Qué hacen ahí encerrados?", pregunta Alfaro.

"Leen —explica Zamora—, escriben, y lo que importa más, se instruyen en lo tocante al culto divino. Andan de dos en dos, en traje talar, y muchos de cuatro en cuatro, porque son pequeños."

"Mira ahora —añade Zuazo— ese soberbio y hermoso edificio, como habrá pocos en el mundo, que se llama *las tiendas de Tejada,* cuyo nombre toma del uso a que está destinado y de la persona que lo levantó."

"Nunca vi cosa más bella", pondera Alfaro.

El edificio en cuestión, de dos pisos, por un lado ofrecía sus portales a la calle y por el otro a la acequia donde se formaban "dos pequeños embarcaderos", a los que se bajaba por escalones de piedra. De nuevo, desde ese sitio, pudieron verse los canales y la obligada comparación no tardó en escucharse de la boca de Alfaro: "Es tal la abundancia de barcas, tal la de canoas de carga, excelentes para conducir mercancías, que no hay motivo para echar menos la de Venecia".

DECADENCIA DE LOS MERCADOS

Al otro extremo de las calles de San Juan de Letrán y fuera ya del recinto de la traza, descubrieron las casuchas de los indios, "que como son tan humildes y apenas se alzan del suelo" no pudieron verlas cuando iban a caballo entre los edificios. Cerca de allí se levantaba el mercado de San Juan, "que con el de Tlatelolco y el de San Hipólito constituía uno de los más importantes tianguis de la ciudad".[11]

La rareza del mercado llamó poderosamente la atención del forastero. Junto a las almenas, las iglesias y las tiendas de la ciudad medieval se abría un peregrino mundo colmado de rumo-

res y frutos extraños. Los versos latinos que la erudición de Cervantes colgó de su dintel,

> La India marfil nos envía;
> su incienso el muelle Sabeo,

eran, después de todo, como esos adornos clásicos que figuran en los libros de viajes y en los que el espíritu occidental trataba de enmarcar el cuadro de una nueva cultura:

> Tan vario en rostro como en gusto el hombre.

En treinta años los mercados indígenas se habían empobrecido considerablemente. El tianguis de San Juan no guardaba semejanza con el de Tlatelolco que describiera Hernán Cortés a Carlos V en su Segunda Carta de Relación. Habían desaparecido los vendedores de joyas. Los plateros fueron sustituídos por judíos encubiertos y españoles que tenían sus tiendas en la calle de su nombre; los artífices de mosaicos y diademas de plumas, los pintores de códices, los tintoreros, y los mercaderes que ofrecían lo mismo un faisán que los brazos de un guerrero sacrificado no pasaban de ser, con las barberías y las antiguas casas de comidas, un recuerdo arqueológico. En su lugar, unos indios sentados en el suelo vendían ají, frijoles, aguacates, mameyes, zapotes y zocotes. Apenas había algo más que cereales y frutas. En grandes ollas de barro, bellamente adornadas con flores y yerbas, se ofrecía el atole —la leche de los pobres— y el agua de chía.

"Vaya unos nombres extraños", comenta Alfaro.

"Como los nuestros para los indios", responde Zuazo.

Alfaro, curioso, no cesaba de hacer preguntas: "Ese líquido negro con que se untan las piernas y se las ponen más negras que las de un etíope, ¿qué es? ¿Y qué es aquella cosa, negra también, que parece lodo, con que se untan y embarran la cabeza? Díme para qué hacen esto".

"Al líquido —informa Zuazo— llaman los indios *oglit*, y le usan contra el frío y la sarna. Al barro llaman en su lengua *zoquitl* o *quahtepuztli*, muy propio para teñir de negro los cabellos y matar los piojos."

"Veo también de venta —añade Alfaro— una gran cantidad de gusanos: deseo saber para qué sirven porque es cosa de risa."

Interviene Zamora: "Son gusanos del agua y los traen de la laguna. Los indios los llaman *oquilin;* ellos los comen y también los dan a sus aves."

"Es cosa extraña —murmura risueño Alfaro entre sus barbas—. ¡Quién habría creído que los gusanos habían de ser alimento de los hombres, cuando éstos, apenas fallecen, sirven de pasto a aquéllos."

El forastero recorría el mercado con la boca abierta y no sabía qué admirar más, si las figuras y los trajes de los naturales —menciona enaguas y huipiles— o las cosas, tan provechosas a los indígenas como perjudiciales a los extranjeros, que la naturaleza, "madre universal", produce en todas partes. Los herbolarios, un poco médicos, un poco brujos, estaban allí, igual que en los antiguos tiempos, vendiendo extraños remedios. El *iztacpatli,* que evacua las flemas, el *tlalcacahuatl* y el *izticpatli* que quitan la calentura, el *culuzizicaxtli* que despeja la cabeza y el *ololiuhqui,* "que sana las llagas y heridas solapadas".

"Mas aquellas hojas —pregunta Alfaro— tan grandes y gruesas, terminadas en una aguda púa y guarnecidas de terribles espinos en ambas orillas . . . ¿de qué árbol son?"

Solícito informa Zamora: "Del que nosotros llamamos maguey, y los indios *metl,* el cual sirve para tantos usos y tan importantes que no le igualó en esto la antigua espada de Delfos".

Ha hecho su aparición la planta sagrada de los indios, la verde estrella vegetal del altiplano, que en compañía de la opuncia y la cactácea es la planta más peculiar a nuestras áridas mesetas. Zamora, después de intentar su descripción, detalla con manifiesta complacencia los muchos y variados empleos que los indios daban al maguey:

> De las hojas verdes, machacadas y deshebradas en el agua sobre unas piedras, se hace una especie de cáñamo, y de él, hilo con el cual se tejen telas que suplen por las de lino, y se tuercen también cuerdas gruesas y delgadas. La espina, tan dura como si fuera de hierro, en que remata cada hoja hace oficio de aguja. Las hojas sirven de tejas

para techar casas: las más inmediatas a la tierra son blancas y tiernas, y los indios las aderezan de tal modo, que résultan gratísimas al paladar. Estando secas, son leña que da un fuego manso y sin humo; dícese que las cenizas son excelentes para varios usos. Arrancado el tallo del centro, se coloca en los techos en vez de vigas; en el hueco que deja, cercado de hojas, se deposita un licor de que primero se hace miel, luego vino, y por último vinagre. De la miel cocida se hace azúcar; y en fin, otras muchas cosas que por ser tantas no pueden retenerse en la memoria, y que ni Plinio ni Aristóteles pensaron ni menos escribieron, con haber sido tan diligentes escudriñadores de la naturaleza.

Poco es lo que queda por verse luego de haber visitado el empobrecido mercado de San Juan de Letrán, si bien el celo de Zamora todavía se empeña en desplegar ante los ojos de Alfaro la suntuosa fábrica del Convento de San Agustín, entonces en construcción —"obra que la fama ensalzará sobre todas"—, el hospital inconcluso de Hernán Cortés y la espléndida casa de Alonso de Villaseca, el Creso o el Midas de la ciudad.

Era el filo del mediodía y los caballos iniciaron un ligero trote.

"¿Por qué apresuráis tanto —pregunta Alfaro intrigado— el paso de los caballos?"

Aclara Zamora: "A fin de llegar a tiempo para la comida, porque ya son más de las doce".

El paseo había concluído. Las campanas de los templos anunciaban el mediodía y las calles, antes animadas, veíanse desiertas. Zuazo invitó a sus amigos a comer, y éstos aceptaron la invitación sin hacerse mucho de rogar.

Concluyó Zamora: "Ponte pues a la mesa, y cuento con que tu compañía hará que la comida sea tan cortés como alegre: tal, en suma, cual Varrón la quiere".

LOS ALREDEDORES DE MÉXICO

Pasado el mediodía, los tres amigos, Zuazo, Alfaro y Zamora, requirieron de nuevo sus cabalgaduras, tomando al paso la anchurosa calzada en cuyo centro corría el acueducto de Chapultepec.

Inicia Alfaro la charla: "Hemos comido no en la casa de Zuazo, sino en la de Lúculo y aun en la sala de Apolo."

Interviene Zuazo, nostálgico: "Con cuánta más razón hablarías así, si hubierais llegado poco después de conquistada esta tierra".

"¿Pues qué, en lo sumo cabe todavía aumento?"

Suspira Zuazo dejándose llevar por los recuerdos: "No fueron más suntuosas las cenas de los sibaritas ni las de Siracusa".

Antes que la conversación se extraviara en la sensualidad —tema al que ciertamente no era ajeno Cervantes de Salazar—, una ocurrencia humanística de Alfaro sobre la calzada le devolvió su elevado sentido pedagógico: "No fue —pontifica— tan concurrida la Vía Apia, de que Cicerón hace honorífica memoria en varios lugares de su defensa de Milón".

Desfilaban ante ellos los ejidos de la ciudad, "muy agradables por su perpetuo verdor", magníficas casas de campo, entre las que descollaba la de Hernán Cortés, y el llano donde los caballeros se adiestraban en combates simulados, "para estar listos cuando se ofrezcan los verdaderos".

Chapultepec, el bosque favorito de los emperadores aztecas, estaba cercado con altas tapias "para que no ensucien el agua los indios y para que los cazadores no maten o ahuyenten la mucha caza que hay de gamos, ciervos, conejos y liebres". Los interlocutores admiraron la alberca —"los rayos del sol y la sombra de los árboles la tiñen de mil colores, y como la profundidad no es igual en todas partes, se reflejan dentro, cuando luce el sol, muchas y admirables figuras, con más colores que el arcoíris"— y, dejando los caballos atados al tronco de los árboles, los tres amigos, para mejor gozar el panorama, emprendieron la subida del cerro por las escaleras de piedra construídas en el reinado de Moctezuma Xocoyotzin.

"¡Dios mío! —estalla Alfaro en una de sus largas y entusiastas exclamaciones, al alcanzar, sobre la copa de los ahuehuetes, la cima de la colina—, qué espectáculo descubro desde aquí; tan grato a los ojos y al ánimo, y tan hermosamente variado, que con toda razón me atrevo a afirmar que ambos mundos se hallan aquí reducidos y comprendidos y que puede decirse de México lo que los griegos dicen del hombre, llamándolo Microcosmos o

mundo pequeño." El lago, sobre el cual se proyectaba la ciudad, aparecía cubierto de embarcaciones de indios con sus redes de pescar, y de él emergían, semejantes a cascos de embarcaciones disparatadas, los cerros del Peñón con sus manantiales de agua caliente y el de la Estrella, uno de los ejes de la vida espiritual indígena, convertido en un coto de caza. Por todas partes, haciendas y casas de campo, arboledas, y sobre todo los montes, el telón de fondo que le da su inconfundible belleza a nuestro valle. Al sur, el Ajusco; al norte la sierra de Guadalupe extendiéndose en un suave círculo, al oriente la cordillera sobre la que se dispara el sol en las mañanas y, entre su música de profundo azul y la del Ajusco, los ocres minerales de la sierra sagrada de Santa Catalina, los redondos flancos de los volcanes gemelos, dominados por la nieve del Popocatépetl y el Iztaccíhuatl.

"El suelo es feracísimo y tal que en muchas partes produce cosechas desmedidas." La caza, tan abundante, "que aun los que no la buscan ni son cazadores encuentran a cada paso águilas, garzas reales y ánsares salvajes; o bien, liebres, conejos, gamos, ciervos, osos y tigres".

En la Nueva España, concluyó Cervantes, se produce con abundancia lana, algodón, grana, azúcar, miel, ganado mayor y menor; es riquísima de oro, plata y otros metales, y gracias a la bondad de su clima el hombre, "así en invierno como en verano, puede usar la misma ropa en la persona y en la cama". De este opulento cuadro, el humanista sólo echaba de menos el aceite, el vino y, aunque parezca un tanto absurdo, la conquista de La Florida, la tierra de la fuente de la eterna juventud que, en 1554, aún era uno de los mitos que fecundaban la vida mexicana.

LA CIUDAD EN 1580

Un cuarto de siglo después de que Cervantes de Salazar recorriera la ciudad en compañía de sus huéspedes, el fraile encargado de escribir el diario de viaje del comisario general de la orden franciscana, Alonso Ponce, ofrece el testimonio de una ciudad en continuo ascenso.[12] "Es la más populosa —afirma—,

noble y de más autoridad que hay en la Nueva España y aun en el Pirú."

La ciudad, a pesar de que se habían cegado muchos canales, no había perdido en 1580 su fisonomía lacustre. Dos grandes acequias, como las antiguas serpientes que circundaban el recinto sagrado de las plazas, abrazaban la villa española. Sus verdes anillos, cruzados de puentes, se deslizaban a la orilla de las casas, penetraban, formando caños, en las huertas de los conventos y llevaban hasta las cercanías de la Plaza Mayor, en copiosos afluentes, las manifestaciones más genuinas y vigorosas de la vida indígena.

Las hortalizas cultivadas en las "chinampas", la hierba para los caballos, el carbón y la leña, los cereales, las mantas y la alfarería llegaban a diario en las canoas impulsadas por largas pértigas. Debe de haber sido un espectáculo lleno de animación el que ofrecían las oficinas de las alcabalas en las primeras horas de la mañana. Los gritos de los oficiales y las carreras de los mercaderes, la descarga de tan variados productos, la presencia de centenares de barcas tripuladas por indios, componían un cuadro típico de la ciudad que habría de llegar al siglo XIX sin alteraciones en su conjunto.

La situación de México, edificada en el terreno que se iba ganando al espacio lacustre, originaba problemas urbanos muy semejantes a los actuales. "No sacan hondos los cimientos —digámoslo con las palabras del *Diario*—, porque encuentran agua; sino ordinariamente fundan sobre la misma tierra, y si los edificios son altos y gruesos se van poco a poco hundiendo." A fin de remediar este inconveniente, en las grandes obras se recurría al sistema de pilotes, con el que nos ha familiarizado nuestra desmedida afición a los rascacielos. Sin embargo, la constante amenaza de las inundaciones y el olor "pistilencial" que despedía la laguna, "especialmente cuando en verano se seca algo de ella", extremaban hasta la desesperación su carácter lacustre.[13]

¿Qué ofrecía México de notable en 1580 capaz de compensar tan graves desventajas? El *Diario* se encargará de puntualizarlo: muy buenas casas y hermosas calles, tan parejas éstas que parecen hechas "en un mesmo molde", lindas criaturas y lozanos caballos. El poeta sevillano Juan de la Cueva, que estuvo

en la Nueva España de 1574 a 1577, coincidía en todo con el fraile cronista, al afirmar en su famosa epístola dirigida al licenciado Sánchez de Obregón:

> Seis cosas excelentes en belleza
> hallo escritas con C, que son notables
> y dignas de alabar en su grandeza:
> casas, calles, caballos admirables,
> carnes, cabellos y criaturas bellas
> que en todo extremo todas son loables;
> bien claro veis que no es encarecellas
> esto, y que pueden bien por milagrosas
> venir de España a México por vellas.

Las casas, las calles, los caballos, las criaturas, he ahí los rasgos que habían terminado por crear una sólida tradición urbana. Se dibujan reiteramente a lo largo del XVI, en trazos sueltos y en voces aisladas que ya anuncian el gran coro, el admirable perfil de la *Grandeza mexicana*. Lo que en Juan de la Cueva fue una carta poética, lo que en Ponce y en los piratas ingleses es una mera alusión incidental, en Bernardo de Balbuena será la materia de un poema donde los edificios, la briosa estampa de los caballos, la nobleza de las calles, la cortesía y las virtudes, los oficios de los artesanos, el gobierno y la religión alentarán llenos de vida como en un altar barroco, cargado de oros bruñidos y de esculturas estofadas.

En esta pequeña ciudad —poseía menos de cuatro mil vecinos blancos— sostenida por innumerables indios, abundaban los hidalgos y la gente principal, "así de los venidos de España como de los nacidos acá", toda ella gente muy cortesana, bien hablada y mejor tratada. Existían, para redondear el perfil de aquella sociedad caballeresca, "gruesos mercaderes" —gruesos en el más amplio sentido del término—, infinitos burócratas, llamados entonces oficiales, y "muchos ricos", "pero tampoco faltan los pobres —aclara el *Diario*—, antes cada día aumentan y todos guardan el dinero".

Las piezas esenciales de la maquinaria colonial que funcionará sin modificaciones sensibles por espacio de trescientos años son objeto en el *Diario* de un somero escrutinio. En primer término,

el virrey, la audiencia, el alcalde de corte, la cárcel, y la tesorería donde se guardaba la caja de los caudales. La Casa de Moneda acuñaba pesos fuertes con destino a las Indias y al Oriente; la imprenta difundía catecismos, diccionarios y gramáticas, y la Inquisición, recién establecida, juzgaba a los sospechosos de herejía.

Contiguo al palacio virreinal levantábase el del arzobispo, que comprendía la audiencia archiepiscopal y la cárcel nunca vacía de los clérigos. En tanto que los muros de la nueva catedral y sus pesados contrafuertes ganaban altura, se utilizaba la vieja, aunque reparada y "casi hecha de nuevo" con motivo de la celebración del reciente concilio provincial.

Funcionaban seis hospitales —cuatro de españoles, uno de indios y otro de negros y mestizos—, siete conventos de monjas y siete de frailes. Entre reginas, clarisas, concepcionistas, marianas y jerónimas, contaban las *arrepentidas* y las *emparedadas*, estas últimas, mujeres divorciadas o casadas puestas en depósito. Todo lo que pudiera decirse de ellas lo expresa el nombre melancólico con que el pueblo acostumbraba designarlas.

Las monjas establecían a fines del siglo una modalidad en la vida religiosa de la Colonia que fue esencialmente varonil por espacio de cincuenta años. Debe haber inquietado la presencia de aquellas enormes casas llenas de piadosas vírgenes. Trascendía de ellas un olor a santidad, un sentimiento de continencia que iba en contra de la acusada sensualidad de la época. Las dobles fachadas de sus iglesias, las rejas erizadas de pinchos en el coro, su carácter un poco fantasmal, constituían un mundo aparte. Si las instituciones monjiles no lograron formar una Santa Teresa, al menos, durante la Colonia, produjeron en abundancia muy sabias y originales cocineras. Los mejores platillos de la Nueva España salieron de las manos de nuestras religiosas cuya influencia no sólo se advierte en el arte culinario, sino en el lenguaje y en muchas de las costumbres coloniales. El convento, de hecho, era un pacífico hogar privado de los inconvenientes del matrimonio. Las desposadas místicas vivían absortas, entregadas al servicio y a la adoración del Señor. Cosían vestidos para las abundantes esculturas de su amado, de los niños-dios y de los santos, tejían, bordaban y cocinaban, entonaban, casi

siempre sin éxito, epitalamios y canciones de cuna, y de tarde en tarde se las autorizaba a sumirse en verdaderos deliquios amorosos.

También los frailes se agrupaban en siete conventos. Uno era el de la poderosa orden de los dominicos encargados de ejercer funciones inquisitoriales; dos poseían los agustinos, si bien uno de ellos se destinaba a colegio y estaba en las afueras de la ciudad; dos asimismo eran de franciscanos, el de los frailes descalzos de San Cosme y San Damián y el de los observantes de San Francisco, el más conspicuo centro misionario de la Nueva España; el sexto era de la Compañía de Jesús y el séptimo de los carmelitas que, apenas llegados, ya lo estaban edificando bajo el patrocinio del Virrey en el barrio de indios de San Sebastián.

La presencia de tan elevado número de frailes —sin contar a los clérigos— en una pequeña ciudad se distinguía por la corrupción y las sordas pugnas que con frecuencia trascendían al público. Los tiempos de los grandes Apóstoles eran sólo un recuerdo. El Arzobispo vivía en pugna abierta contra el Virrey, los frailes hostilizaban a los clérigos y dentro de las mismas órdenes surgían violentas disputas por ocupar los mejores cargos. Víctima de estas intrigas conventuales fue el mismo fray Alonso Ponce, a quien no valió siquiera su alta investidura de Comisario. Sucedió que, pasado algún tiempo, el Provincial de México se negó a reconocerlo con el pretexto de que los poderes otorgados por el General de la Orden habían caducado. A pesar de que fray Alonso Ponce logró demostrar la vigencia de sus poderes, el Provincial le declaró la guerra, el Visitador se defendió excomulgándolo y el Virrey, partidario del Provincial, no sólo lo echó a la cárcel sino que lo mandó desterrar de México.

Lo que Ponce sufrió no es objeto de nuestro estudio. En el convento de Tecamachalco enfermó de gravedad —los adictos al Comisario tenían la convicción de que se le había administrado un veneno— y fue llevado a Puebla en una camilla sostenida por indios. "Es tanta la pasión —se dice en el *Diario*— de algunos frailes de la provincia de México y tan malas sus intenciones, que con haber pasado realmente lo que queda dicho y mucho más de la enfermedad del padre Ponce, se atrevieron a decir y a publicar que la había fingido." Seguramente fue

excepcional la resistencia del Visitador. Entre los medicamentos, se menciona un calmante "de estiércol de ratones que le dieron a beber disfrazado con un poco de vino". Es de extrañar que Ponce, un hombre viejo, haya escapado con vida al odio de sus compañeros, a la persecución del Virrey, la cárcel y la farmacopea bárbara de su tiempo.

LA NATURALEZA Y LOS INDIOS

Los frutales europeos ya arraigados en los huertos conventuales —naranjos, limoneros, manzanos, albérchigos y granados— florecían en la vecindad de capulines, aguacates, zapotes, mameyes, anonas, y no era difícil descubrir las sedosas hojas del plátano iluminadas como una lámpara entre los matizados verdes de la flora. Los sarmientos de la vid mediterránea, la morera, habitación y sustento del gusano de seda, y el ceniciento olivo principiaban a establecer los rasgos de un paisaje clásico cuando el monopolio los cegó privándonos del aceite y del vino.

El valle de México, en términos generales, era sentido como una segunda Castilla aunque mucho más suave y fértil. Los árboles de España —sauces y álamos blancos en las orillas del agua, robles y pinos en la alturas— se daban con profusa abundancia. Los campos, por la falta de lobos y de otras bestias carniceras, eran ricos en ganado. Cada pueblo tenía su pequeña carnicería y las reses se multiplicaban en tal forma "que hay hombres que hierran cada año, sin otras muchas que se pierden y hacen cimarrones . . . Para todo género de animales —concluye sarcásticamente el *Diario*—, es tierra muy viciosa, aunque se cuente entre ellos los racionales".

En torno a la ciudad, se extendía el mar poblado de rumores de la oscura vida indígena. Su presencia introduce en el cuadro la impresión de una fuerza perturbadora, de algo distante y bárbaro que no guarda relación con las elocuentes parrafadas latinas de Cervantes, con las calles tiradas a cordel, con los escudos de las puertas, ni mucho menos con los brocados y las sedas de los caballeros que juegan lances de sortijas en la plaza.

Los hombres "andaban descalzos de pie y pierna", con camisa, calzones y una manta de algodón "anudada por encima del

hombro". Las mujeres llevaban toca, huipil y falda. Se les miraba en los andamios, en el hoyo negro de las minas, en los surcos, inclinados sobre el maíz que desprendió del árbol celeste de su sangre, o con el pincel y la pluma en la mano, copiando textos clásicos de romanos y padres de la Iglesia. Y estos duendes trabajaban, le daban un nuevo matiz al lenguaje, poblaban de flamantes imágenes la arquitectura, cantaban en los coros, eran los artesanos y los campesinos, el sostén de la tierra y el material que va a construir la Utopía de Moro y de don Vasco.

"Se acaban de prisa . . . , con el solo aliento los acabamos", confiesa Dorantes de Carranza, y añade el padre Ponce: "Cuando llegó Cortés a Texcoco había sesenta mil indios; años después se contaron dieciocho mil. Desta manera van mermando en toda la Nueva España, así por pestilencias y mortandades que ha habido, como por malos tratamientos que les han hecho".

LAS POSTRIMERÍAS DEL SIGLO

Mateo Rosas de Oquendo fue un aventurero español de finales del XVI, lo cual quiere decir que era un aventurero muy distinto de los que vinieron a las Indias a principios del siglo. Había sido soldado en Génova y en Tucumán; estuvo en Marsella, "donde le entusiasmaron sus fáciles mujeres", vivió diez años en el Perú como criado del virrey don García Hurtado de Mendoza, y el año de 1598 abandonó Lima para vivir, durante algún tiempo, en la ciudad de México. "Según su propia confesión —escribe Alfonso Reyes— era algo taheño o pelirrojo, ojos negros y grandes, tibio de color, y ninguna de sus diez heridas eran mortales." [14]

Rosas de Oquendo ceñía espada pero gustaba más de esgrimir la pluma; no hacía huesos viejos en ningún sitio, pues andaba a la buena de Dios por el mundo burlándose de todos; era inclinado a la sensualidad —en Lima "dejó hijos bastardos y enamoró casadas"— y, al revés de sus contemporáneos, nunca le sedujo el dinero.

Satírico de profesión, Oquendo gozaba poniendo en solfa a las más respetables figuras de las Indias, y si bien sus malévolas pinturas no merecen entero crédito, al menos tienen la ventaja de

introducir un activo mordiente en un medio de simuladores y de pícaros encubiertos bajo un disfraz solemne.

En la descripción de sus hazañas guerreras Oquendo se conduce como un insensato en quien podría verse, sin ánimo de establecer paralelos insostenibles, la antítesis de Bernal Díaz del Castillo. Tres días que pasó en Tucumán con unos soldados le bastan para fundar una ciudad, "si son ciudades cuatro corrales". Después, los héroes

> júntanse en Cabildo y escriben al virrey un pliego de disparates en que relatan cómo estuvieron tres días arreo combatiendo contra veinte mil indios capayanes, y por tanto, piden como recompensa, libertades y franquezas. La verdad fue —añade— que los infelices naturales nos dieron de muy buena gana su tierra, sus chozas y sus pobres ajuares, y de sangre no se derramó una onza.[15]

No hay duda que a Rosas de Oquendo le agradaba nadar contra la corriente. Aunque Bernal Díaz participó, de acuerdo con su dicho, en ciento diecinueve batallas, es posible asegurar que dedicó mas tiempo a escribir solicitudes de recompensa, y el caso de Bernal era sin excepción el de todos los conquistadores. Llevaban una estadística minuciosa de sus ayunos, de sus heridas y hasta de sus arañós; hablaban sin cesar de sus peligros y de sus increíbles hazañas, componían historias conmovedoras de sus trabajos y se las enviaban al rey solicitándole, a cambio de tantos sufrimientos, una pequeña tierra y un puñado de indios de los millones que habían ganado, para él y para la cristiandad, con el esfuerzo de su espada.

La conquista, ciertamente, debía respetarse. Los cronistas oficiales y los espontáneos habían dicho ya la última palabra acerca de la epopeya y los hijos de los héroes, lo mismo en el Perú, que en Santo Domingo o en México, con una asombrosa unanimidad se rompían la cabeza a fin de comprimir aquellos grandiosos hechos de armas en el mezquino molde de la octava real. ¡Y cuando toda esta consagración formaba una desmesurada montaña literaria, a un chiflado se le ocurría burlarse de la conquista, de los conquistadores y de sus razonables peticiones!

Un hombre así, un soldado que guerrea contra los indios y se mofa de su guerra, es natural que no tuviera un centavo. An-

daba vestido con botas de vaca, capotillo de dos faldas y camisón inglés; llevaba los calzones remendados, el sombrero sin forro, las manos como carbón —"nunca me lavo la cara", dice de sí mismo con evidente cinismo— y sus uñas

> . . . por largas pueden
> servir de navaja a falta.

La afición de Oquendo a la poesía satírica era irrefrenable. Sus travesías por mar, los apuros de su vida, sus observaciones de viajero y hasta su misma persona son objeto de punzantes burlas. La imagen que se había hecho de la sociedad indiana no era tampoco lisonjera:

> Es tierra de confusión,
> es caos do están las marañas,
> es un imperio de vivos
> y un Anticristo en palabras.

Por todos los versos de sus coplas asoman caras negras. Negros con librea, negras vendedoras de frutas y rosquillas, mulatas con pañuelos amarrados a la cabeza que bailaban la chacona y la charumba, ya matizan de un nuevo color la geografía de América. Las mujeres hacían tertulia en la tienda del confitero o, como en nuestros días, se reunían en sus casas para jugar apasionadamente a las cartas. Naturalmente abundaban los aventureros —Oquendo es uno de ellos— y los simuladores. Un día festivo desfila por las calles un gran señor de jubón negro, camisa de encaje, "una esmeralda en el pecho", "espada y daga dorada", y a la mañana siguiente podía vérsele cruzar la calle desierta, con un calzón lleno de mugre y

> las manos presas atrás
> como si hubieran de asarle.

La propensión general de la época a la nobleza es una nota dominante en las coplas de Oquendo. Todos los españoles que pasan a las Indias blasonaban de abolengos ilustres. "¡Qué buena fuera la mar —exclama el satírico— si hiciese con los linajes lo que con los vinos,

que avinagrando los ruines
los buenos perfeccionase!"

Vienen —según sus cuentos— en pos de aventuras y de ninguna manera tras las fortunas fáciles. Dicen que en España dejaron riquezas y solares, pero lo cierto es que salieron, como los antiguos colonos y muchos de los conquistadores, huyendo de la justicia o de la pobreza y aquí hablaban de baúles arrebatados por los piratas, de naufragios que los dejaron en cueros, y los malditos charlatanes —"¡así os mande alancear el virrey Marqués de Cañete!"— rematan sus falsas historias con la petición de Arequipa o de los Andes.

Y así están las Indias. Rebosantes de bastardos cargados de nobles apellidos:

¡qué de Pero Sánchez dones!,
¡qué de dones Pero Sánchez!,
¡qué de Hurtados y Pachecos!,
¡qué de Enríquez y Guzmanes!,
¡qué de Mendozas y Leivas!,
¡qué de Velascos y Ardales!,
¡qué de Laras, qué de Cerdas,
Buitrones y Salazares!

Antes de abandonar la ciudad de los Reyes, Oquendo escribió un soneto en el que trató de reunir sus impresiones sobre el Perú. Hubiera necesitado un millón de endecasílabos, pero con los apremios del viaje, el coplero, a manera de adiós, deja la siguiente, irrecusable constancia de su gratitud a los limeños:

Soneto a Lima del Perú

Un visorrey con treinta alabarderos;
por anegas medidos los letrados:
clérigos ordenantes y ordenados;
vagabundos, pelones caballeros.

Jugadores sin número y coimeros;
mercaderes del aire levantados;
aguaciles-ladrones muy cursados;
las esquinas tomadas de pulperos.

Poetas mil de escaso entendimiento;
cortesanas de honra a lo borrado;
de cucos y cuquillos más de un cuento.

De rábanos y coles lleno el bato,
el sol turbado, pardo el nacimiento;
aquésta es Lima y su ordinario trato.

LA CRÓNICA DE UN POETA SATÍRICO

México desconocía a los poetas satíricos antes de la llegada de Oquendo. Gutierre de Cetina, Eugenio de Salazar y Juan de la Cueva, que vivieron en la Nueva España, no sólo no habían hecho alardes de humorismo a nuestra costa, sino que se habían apresurado a pagar, con versos laudatorios o con buenos consejos, la entusiasta acogida que una ciudad henchida de poetas acostumbraba dispensar a sus colegas foráneos.

La Nueva España influyó en Oquendo.

El que sólo era satírico en el Perú —comenta Alfonso Reyes— aparece en México arrobado en la contemplación de valles y montañas, algo melancólico y más aficionado a rememorar las dichas del ayer. Mucho puede contribuir a ello la edad. Pero se diría que, desde los primeros momentos, el ambiente peruano y el mexicano se manifestaba ya, satírico aquél, y éste melancólico. Andando el tiempo tales han de ser, en efecto, los rasgos característicos de estas dos provincias literarias.

Oquendo, como la mayoría de los satíricos, era en el fondo un cochino sentimental. Sus ojos estaban hechos para abultar los defectos de la sociedad y su cinismo no era otra cosa que una forma natural en él de expresar la indignación que le causaban la presunción y la codicia de los indianos. En sus versos, muchos de los cuales son verdaderos apólogos de acuerdo con las tendencias de su época, condena enérgicamente el interés "que todo lo alcanza", la vanidad de los plebeyos, la abundancia de los malos poetas y de funcionarios ladrones, y la vieja inconsecuencia de las mujeres que prefieren la riqueza y desdeñan la virtud, dos cualidades —reconcomio del satírico desdeñado— que en un solo hombre rara vez concurren.

Su edad, por otro lado, es un hombre que fue siempre menos de letras que de amores, le llevaba a exaltar sus recuerdos y a suspirar más de lo conveniente en un satírico profesional. Nada de extraño tiene, pues, que la naturaleza mexicana lo volviera melancólico y que las pinturas del paisaje dejaran transparentar su estado anímico:

Indiano volcán famoso
cuyas encumbradas sienes
sobre tablas de alabastro
coronan copos de nieve;
así las cumbres más altas
con derechas puntas entren
a competir con los cielos
tus copados pinos verdes.
Así tu menuda escarcha
cuajada en perlas se quede,
que des paso a mis suspiros
para que a su dueño alleguen . . .

El tono de este romance y el de algún otro no debe engañarnos. Aunque se duela de haber sido injusto con el Perú —su soneto a Lima ha provocado una disputa— y su creciente melancolía parezca haber atenuado la virulencia de sus sarcasmos, las semejanzas que advierte entre México y Lima le hacen incurrir en los viejos pecados de que parecía curado.

En la breve crónica que Oquendo dedica a nuestra ciudad, principia por coincidir ceñidamente con sus antecesores. Para él, ante todo, debe mencionarse la plata, el metal que hizo famoso el nombre de México en Europa y en China, el ganado que se desparrama por montes y prados, el trigo cuyas espigas matizan de oro los campos, las plazas y los puentes ilustres, los templos y las fuentes, los caballos y las casas.

Trazado el urbano escenario, Oquendo, inspirado en su silencio, pasa a describirnos las figuras que lo animaban. Destacan caballeros galanes,

muchas y bizarras damas,
. . . gran suma de mercaderes
que, aunque todo el mundo abarcan
como pesas de reloj

unos suben y otros bajan:
muchos doctores de borla,
muchos letrados de fama,
licenciados canonistas
que a Bártulos aventajan;
teólogos de conciencia
que la conservan y amparan;
bachilleres y letrados,
casi más que en Salamanca.

Es imposible que el retrato fuera más lisonjero. Mas a poco andar, Oquendo, para quien las aficiones pedagógicas de Cervantes de Salazar le eran ajenas, se cuela en una casa donde cuatro mujeres, a la sombra de las celosías, están jugando albures. No tarda en caer sobre él un diluvio de preguntas:

¿A quién sirve? ¿De qué vive?
¿Quién es y cómo se llama?
¿Es soltero? ¿Tiene hacienda?
¿Sirve acaso alguna dama?
¿Cómo le va en esta tierra?
¿Qué le sobra o qué le falta?

El coplero entre dientes: "¡Valga el diablo la rapaza!" y concluído el eparte, impostando la voz, inicia su tirada:

. . . Bien de mi alma,
soy soltero, a nadie sirvo,
Jerónimo a mí me llaman,
y la hacienda que tengo
toda la cubre mi capa,
y respondiendo diré,
señora, a vuestro demanda,
lo que de la tierra siento,
mi vida y mis esperanzas.

En México pueden verse bizarros talles, galas costosas, ricas joyas, "divinos entendimientos", "blanca nieve y fino nácar". Dicen que aquí reina Venus, mas esta opinión es falsa,

porque según lo que he visto
y lo que en la tierra pasa,

lo que no alcanza el amor,
todo el interés lo alcanza.

Casi siempre toma la figura de un mancebo galán. No es capaz de decir una palabra, pero anda vestido de brocado y de martas, es valiente, sabio y discreto, sabe requebrar, danzar y tañer la vihuela y se vive echado en las faldas de las mujeres,

las niñas le llaman "vida"
y las mujeres "mi alma".
"Mi gloria y bien" las casadas.

Concluído su discurso moral, Oquendo trata de iniciar la conquista de las damas con un "viva el amor", cuando una de ellas lo interrumpe haciendo un gesto de fastidio:

Deje razones tan vanas,
lléguese a conversación
y tome el naipe y baraja.

El entrometido coplero se queda helado:

Y yo que en mis faltriqueras
no llevaba ni una blanca
me demudé de manera
que, si alguno me mirara,
el juego me conociera
sin que me viera las cartas.
En pie me puse y les dije:
"Si sus mercedes me aguardan
traeré dineros, que voy
picado por despicarlas".

Mientras las damas aguardan su regreso, Oquendo, ardiendo de ira, reanuda sus actividades de satírico. Cada vez que le es posible se enreda en comparaciones desventajosas entre España y las Indias. Allá

lo que es bueno se estima
y acá lo malo se ensalza.

En la *Sátira que hizo un galán a una dama criolla que le alababa mucho a México,* dice Oquendo:

¿Hallaron en este reino
Cortés ni sus españoles
sino bárbaros, vestidos
de plumas y caracoles?
Caballos no los había,
carneros, vacas, lechones
ni aceite, ni pan, ni vino,
sólo *mameyes* y *alotes.*

La arrogancia de México, su provincialismo jactancioso, lo hace exclamar "invocando a España":

Castiga a este reino loco
que con tres "chicozapotes"
quiere competir contigo
y usurparte tus blasones.
Quiere darnos a entender
que no hay casas en el orbe
como son las mexicanas
y así quiere que se adoren.
Mas yo no he hallado en ellas
muros, *piramis,* ni torres
de Babilonia ni Egipto.
para que nos hunda a voces.

A su sátira no escapan los indios, a quienes pinta hablando un español trabucado:

Cada noche que amanece
como la rana gritando,
cuanto saco mi biscueso
lo presco piento poscando . . .[16]

Los mestizos, hasta cuando hablan de amor, se sienten obligados a improvisarse una satisfactoria ascendencia:

¡Ay, señora Juana!
Vuesarcé perdone

y escuche las quejas
de un mestizo pobre,
que aunque remendado
soy hidalgo y noble,
y mis padres, hijos
de conquistadores.

Uno de sus muchos fracasos amorosos lo obligó por último a marcharse de México.

Pierdo tus huertas en junio,
y por agosto tus zambras;
pierdo las juntas famosas
de tus damas mexicanas;
pierdo de echar un albur
y por echarlo en baraja
pierdo de echarlo también
debajo de vuestras faldas.

"Y se despide —escribe Reyes glosando el romance que comienza 'Adrenio pastor humilde'— de los barrios llenos de sol, de la mártir Catarina 'pasada por mil navajas', de los sacros monasterios":

Queda a Dios, ciudad insigne
que el corazón se me arranca
de entender que mi caballo
ha de hollar la calzada
de San Antón, y dejarte . . .
Queda a Dios, *tiangues* bellos,
donde las de turca blanca
se van a beber *atole*
y a fletarse por dos cañas.
Queda a Dios, Empedradillo
con tu bella capitana . . .
Adiós, ladrones de mulas;
adiós, hombres sin milagros
que campeáis por esas playas . . .

No se piense que en realidad Oquendo se despidió de México con este romance. El incorregible satírico, como lo hiciera al

abandonar la ciudad de Lima, compuso un soneto en el que reunió sus impresiones de lo que había observado en la capital de la Nueva España. El endecasílabo —un metro que sólo emplea en las ocasiones sonadas— le sirve otra vez para atar de pies y manos a varios personajes significativos y ofrecérnoslos convenientemente adobados. Figuran en el *Soneto del gachupín que maldice de México* mercaderes hinchados de codicia, caballeros deseosos de serlo, bodegoneros presumidos, negros rebeldes, señores que sin duda mandarán en todas partes menos en sus casas, mujeres entregadas al juego noche y día, y mil pretensores colgados del Virrey como sanguijuelas. Pocos son los buenos amigos y muchos los que dicen serlo. Hay también, junto con el tianguis, la almoneda y la behetría —y ¿quién podría dudarlo tratándose de Oquendo?—:

> Mujeres que se venden por dineros
> dejando a los mejores muy quejosos.

La semejanza de la vida peruana con la mexicana al terminar el siglo XVI es evidente. La epidemia de ilustres genealogías, la vanidad y la presunción de los españoles indianos, la indolencia de los criollos y sus ínfulas nobiliarias, la pasión por el juego, la multitud de poetas, de letrados y de bodegoneros enriquecidos, son notas comunes a la sociedad colonial de los dos virreinatos.

En México, la forma satírica de Oquendo dejó una huella quizá más perceptible de la que dejaron otros poetas españoles. Los criollos, según veremos en el capítulo destinado a comentar la poesía de los nacidos en México, tuvieron ocasión de contestar sus invectivas utilizando un lenguaje que rivalizó en acidez con el del propio Oquendo. En la lucha que se planteó desde el principio entre españoles peninsulares y americanos, los criollos vieron en Oquendo más bien a un aliado que a un enemigo. Su burlona pintura del recién llegado, un inmigrante pobre atiborrado de ideas caballerescas y de fanfarronería, un pícaro y por ello un antihéroe, respondía con justeza a los sentimientos de rencor que devoraban al postergado criollo. Oquendo les proporcionaba un instrumento de venganza —la mayor parte de las venganzas tomaban entonces una forma literaria— y el emi-

nente servicio que les prestaba los movía a perdonarle sus otros pecados. Por lo demás, la visión que el criollo tenía de las Indias no era mejor que la de Oquendo. Él pintó el infierno de América y logró escapar aunque ligeramente chamuscado. Los criollos, imposibilitados de fugarse, se consumían en su interior, a fuego lento.

EL MÉXICO DE LOS GAMBUSINOS

En el último tercio del siglo, el Norte ofrecía bastantes atractivos para seducir a los aventureros que, como un puñado de cuentas de color, brotaban de los barcos desparramándose a través de la Nueva España. El Norte era un poco el Dorado y otro poco la California de los buscadores de oro. Presidios y misiones jalonaban la ruta de la minería. Una fortaleza, una iglesuca con su espadaña, murallas almenadas resguardando el caserío, se extendían perezosas bajo el cielo profundo del desierto.

Los mirajes de Cíbola y la seducción de la Baja California habían sumado a la geografía de México la disparatada novedad de un desierto que conjugaba, en el mismo rojo suelo poblado de cactus, la muerte y la fortuna, o dicho en otras palabras, la barbarie del indio nómada y el juego de azar de la minería. Mientras el indio culto de los grandes imperios fué esclavizado sin mucho esfuerzo, los bárbaros del Norte, que nunca sufrieron reyes con sandalias de oro, lograron conservar, por espacio de siglos, su antigua libertad. Tenía algo de fantasmal este cazador salvaje que gustaba adornar sus escudos de guerra con las cabelleras y las barbas profusas de sus enemigos los hombres blancos. De la margen de un río, de la linde de un bosque surgía impetuoso y desbarataba la fila de soldados o la caravana de mulas y carromatos cargados de plata. Algunas veces, la litera de raso de una corregidora quedaba en pleno desierto, con su dueña desmayada en el interior, rodeada de muertos, de alaridos y de remotas persecuciones.

Zacatecas, que gracias a la influencia de Ramón López Velarde es vista hoy como el modelo de la provincia apacible, a los cuarenta años de su fundación era en importancia la segunda ciudad de la Colonia, y la primera por lo que hacía a su inestable y alocada existencia. Zacatecas daba para todos. Allí se refu-

giaron los piratas ingleses de Hawkins; los alemanes se entregaban a la alquimia y al beneficio de metales; los judíos a la usura y a la astrología, dos ciencias que suelen marchar juntas, los portugueses al comercio y los flamencos a la artesanía.

Al real de minas le era desconocido el orden de las ciudades agrícolas. Se vivía al margen de la ley, entre la iglesia y la taberna, los naipes y las riñas, la quiebra ruinosa y la fortuna. No se guardaban mucho las formas porque en la lotería de las minas el millonario de la víspera se ha convertido en un mendigo y el desarrapado de hoy puede trasformarse en el magnate de mañana. El juego carecía de reglas y el cálculo de probabilidades aún no se había inventado. La suerte estaba en manos de los dioses. El milagro era un milagro hecho a la medida del minero, una señal divina que participaba del carácter azaroso y del resplandor levemente siniestro que se proyectaba sobre la aventura del gambusino. La célebre mina de *Los Pobres*, cercana a Compostela, en la Nueva Galicia, debió su origen a un episodio típico de ese ambiente. Doña Leonor de Arias, viuda del capitán Pedro Ruiz de Haro, cierta vez socorrió a un mendigo indígena; éste, en realidad un ángel cubierto de harapos, movido a gratitud, le reveló la existencia del fabuloso mineral.

No pocas veces el hallazgo era de una conmovedora simplicidad. Al remover las brasas de una fogata encendida en la sierra se halló la plata fundida de un riquísimo yacimiento y bastó que un miserable soldado exclamara una noche de locas premoniciones: "Si está de Dios aquí encontraremos con qué remediarnos todos", para que en el sitio donde su bota hirió el suelo se localizara más tarde un filón de preciosos metales. A veces también los dioses se valían de recursos aparatosos y macabros y el escondido tesoro reclamaba su derecho a ser explotado haciendo que las calaveras silbaran o que los bandidos colgados de los árboles hablaran con la voz extrangulada del famoso ahorcado de James Joyce.

En este orden de cosas, alterado y febril, la religión, omnipresente en la Nueva España, se subordinaba a las peculiaridades y a los imperativos de la vida. Los santos patrones, de tarde en tarde, salvaban a un pobre indio que perdió el equilibrio deteniéndolo en el aire y la misma Virgen no dudaba de hacerse

presente en las tabernas y de interponer su divino cuerpo entre los cuchillos de dos furiosos rivales. Todos los apetitos, las concupiscencias y los contrastes que en las grandes ciudades aparecían sujetos y reglamentados, en los reales de minas se manifestaban con hiriente crudeza.

Los indios, llevados en masa de sus pueblos, eran echados sin misericordia al hoyo del socavón, o a los patios de beneficio donde el azogue les mordía las piernas dejándoles llagas incurables. Para ellos se crearon muchos nuevos oficios. Si bien la diversificación del trabajo hacía que llevaran sugestivos títulos —veladores, paleros, cajoneros, tenateros, barreteros, limpiadores, rompedores, rebotalleros, achichinques y zorras—, de hecho podían agruparse bajo el nombre común de esclavos.

Los dibujos de los antiguos viajeros que muestran los cortes seccionales de las minas nos han conservado una estampa fiel de aquellos sombríos y torturantes hormigueros. Es la radiografía de una montaña. En el exterior, su vellosa epidermis cubierta de árboles se abre a los dulces valles bañados por el sol, pero en sus entrañas oscuras y ardorosas unos hombrecillos desnudos horadan la tierra con picos y palas, otros desaguan la mina y otros más, con fardos a sus espaldas, ascienden y descienden, vivos cubos de noria, por las dobles escalas que llevan a los túneles. Al concluir el trabajo salían "desmayados de hambre, boqueando de sed, transpirados de sudor, deslumbrados por la oscuridad en que habían permanecido, y abrumados por la carga, para ir a morir de inanición en lo caminos, o de las enfermedades contraídas en aquellos antros, a sus miserables pocilgas".[17]

Gonzalo Gómez de Cervantes, un economista de fines del XVI, vio a los indios transportar en sus mantas el mineral, de la boca de la mina al ingenio, del ingenio a los morteros, de allí a los cedazos y por último a los incorporadores. Al cabo de ocho días se le pagaban cuatro reales y como la manta destruída por el acarreo del mineral costaba cinco o seis, el "indio servía de balde y aún ponía dinero de su casa". "De más —observa Cervantes— que cuando se saca el metal de las minas sale hecho barro; y cuando el miserable indio va a dormir, está la manta con que había de abrigarse, mojada y llena de barro".[18]

En una tierra en la que abundaban preciosos minerales intocados, este sistema permitía la acumulación de fabulosas riquezas. Escribe Enrique Hawkins en su *Relación:*

> El lujo y largueza de los dueños de minas es cosa maravillosa de ver. La mujer de un minero salía a la iglesia acompañada de cien criados y veinte dueñas y doncellas. Tienen casa abierta y todo el que quiere puede entrar a comer: llaman con campana a la comida y a la cena. Son príncipes en el trato de su casa y liberales en todo.

Don Cristóbal de Oñate, uno de los fundadores de Zacatecas, todos los días sostenía una mesa pública a la que llamaban con campana "para que se reuniesen a comer cuantos quisiesen, siendo el servicio magnífico". Don Bartolomé Bravo de Acuña poseía 15 millones de pesos, don Agustín Zavala había ganado 4 y no era difícil que los pagos semanales de un negocio de minas importaron veinte mil pesos.[19] Los menores trastos de la cocina de don Luis de Castilla eran de plata y don Alonso de Villaseca, minero de Pachuca que llegó a imponer su nombre como sinónimo de riqueza, asignó cuarenta mil pesos a los Santos Lugares y diez mil a la redención de los cautivos. Después de su muerte se halló entre sus papeles una carta del papa San Pío V en que le agradecía una limosna de ciento cincuenta mil pesos hecha a la iglesia de San Pedro de Roma y a los pobres de aquella ciudad.[20]

La cadena de las bonanzas y de las quiebras, las supersticiones y las leyendas populares, la familiaridad con la muerte y el loco apetito de placeres formaban un ambiente que debe también haber influído en la formación de la sociedad colonial. Los sentimientos del pueblo tal como se revelan en el escenario barroco de Guanajuato a la luz de la revolución de Independencia se originaron en los primitivos reales de minas.

Zacatecas, Pachuca, Guanajuato, Taxco y un poco San Luis Potosí fueron en la geografía de México ciudades muy personales que reunían, exaltados, los rasgos de la sociedad colonial. El carácter transitorio a que parecían estar condenados los bienes materiales en las Indias, el mito del enriquecimiento milagroso, los contrastes que establecían el esplendor de los mineros y la esclavitud de los trabajadores, crearon esos pequeños mundos de piedras labradas y altares brillantes, de coronas y custodias

cegadoras, de metales fríos y miserias en carne viva gobernados por diminutos, crueles y piadosos monarcas.

UN PARÉNTESIS: EL DEL PAISAJE

México se escapaba a los esfuerzos combinados de soldados, geógrafos y naturalistas. Una colección de paisajes arbitrarios en que se mezclaban bosques y ríos, extraños animales y flores caprichosas no lograban establecer una idea clara de aquella disparatada región del Nuevo Mundo que de pronto brillaba, semejante a una joya misteriosa, en la Corona española. Cincuenta años después de su descubrimiento, la singularidad de México iba estableciendo rasgos inequívocos que la diferenciaban, sobre los moldes y los prejuicios, de todo lo conocido en Europa y en África. Aquí no es posible advertir la aparición entre la nieve de las tempranas prímulas; ni el trino del ruiseñor, anuncio de la primavera, nos sobrecoge como a Rousseau en su primera noche del *Ermitage*. Pero a cambio de estos goces y de otros muchos sólo imaginados, la Naturaleza nos colmó de bienes numerosos y exquisitos.

Para nosotros resulta un lenguaje exótico el que los europeos se refieran al juego de sus estaciones, porque con ligerísimos cambios disfrutamos de un otoño perpetuo o, mejor todavía, de una primavera atemperada. El tiempo de las lluvias con sus nubes y su frescura y el tiempo de las secas con su cortejo de hojarasca dorada y pastos amarillos son nuestro calendario, y no estamos en modo alguno sujetos al discurrir del año para sentirnos acariciados por un nuevo clima. Un pequeño viaje, un ligero descenso, determinan que el severo y aristocrático paisaje del altiplano suavice su aspereza. Se vive entonces bajo otro cielo y se disfruta de un nuevo sol, el ritmo de la sangre se aquieta y los sentidos se relajan como los miembros de un gato friolento que descubriera el alegre fuego de una chimenea, pues el trópico es para nosotros el hogar de los europeos, la gran fogata que hace crecer los árboles y siempre tiene abiertas las flores.

En un sentido México es comparable a una elevada casa donde los climas correspondieran a sus distintos pisos. Desde luego, la costa húmeda y ardiente compone la planta baja. Sus

anchas ventanas dan al mar, un mar tibio y azul, deslumbrador, casi siempre desierto, sobre el que vuelan chillando las gaviotas y los pelícanos se sumergen, ciegos y brutales, tras la sombra plateada de los peces. Es un piso bajo un poco arisco y desordenado, lleno de palmas, de ceibas y mangos gigantescos, de profusa vegetación, de vuelos de pericos y de garzas, con pobres aldeas, pirámides ruinosas y grandes ríos solitarios y oscuros, ruidoso y violento incluso durante la noche en que los cocuyos encienden sus luces, redoblan sus tambores las ranas monstruosas y los pájaros nocturnos salen de sus escondrijos.

El entresuelo lo forman los climas intermedios de las cordilleras. A mil doscientos metros de altura, entre las agujas sedosas del oyamel y el brillo oscuro del encino, florecen, al amparo de su techo de nieblas, el cacao, la vainilla, el tabaco, la orquídea, el naranjo y el limonero, revuela la mariposa y el pájaro de encendidos colores. El último piso está situado a dos mil doscientos metros sobre el nivel del mar y fue el lugar favorito del inmigrante indio y del colono español. Sucesión de valles azules y de llanos amarillos, picante sol y sombra helada, en su aire fino alientan los seres propios del altiplano. El indio esbelto, la voz delgada, el pirú y el fresno, el agave, la opuncia y la cactácea.

Éste es México, pero no es el único México. Hay un desierto en el Norte y una tierra caliza sin ríos y sin montañas en el Sureste; un bosque impenetrable de zapotes y maderas preciosas en la frontera con Guatemala, una tierra de ríos y de pantanos primitivos a mitad del golfo, llamada Tabasco, y una península, la de Baja California, en la que las perlas y los mares fríos suceden a las playas cálidas y al mondo espinazo de las sierras calcinadas.

La nota esencial de esta geografía de catástrofe no es el valle, ni el río, ni el bosque, sino la montaña, una montaña deshecha en cordilleras que invaden a lo largo y a lo ancho las tres cuartas partes del suelo mexicano.

La montaña es el caos, lo opuesto al orden, lo contrario del mar, el enemigo de la línea recta. Hay sierras de montañas verdes —la obra del sulfato de cobre—, sierras de montañas rojas —el trabajo del óxido de hierro—, montañas de pizarras y

sedimentos —los restos de otras montañas socavadas— y montañas de grafitos, de granitos, de pórfidos, de andesitas y de mármoles cuyas vetas formaron las delicadas estructuras de las plantas prisioneras.

Montaña es igual a cascada, a torrente, a cueva, a grieta, a garganta, a picacho, a lava, a nieve, a fumarola. Y es, además, el vecino del mexicano, su testigo de cargo, su enemigo y su aliado, su escalera, su alcuza y su despensa, su estética y su geometría. Todo resulta ella, clavo de oro, vara de plata, pino verde, helecho con esporas, arca de Noé, reino del silencio, bandera de la tierra, pared de lágrimas, locura solemne —espera, tú también descansarás—, el único lugar que vomita a sus muertos.

La vida se nos va en subir y en bajar, lo cual significa que andamos dos veces el camino. De hecho, el mexicano sobrepone paisajes. Un plantío de caña de azúcar, en la tierra caliente, se ve con frecuencia dominado por la nieve de los volcanes, y desde un bosque de pinos, en la tierra fría, es dable presenciar las dulces formas redondeadas de una naturaleza gobernada por un sol benigno, colorado y risueño.

La distancia, en las regiones montañosas, confunde lo próximo y lo distante, descompone los verdes y los azules, recrea minerales y con su juego óptico agranda y disminuye las formas, lo cual podría originar en nuestra conciencia una confusión de realidad y esperanza, un daltonismo espiritual capaz de todas las aberraciones.

Tierra de indios, de ciudades antiguas hundidas en la selva o de nuevas ciudades erizadas de rascacielos y de chimeneas, es, por encima de todos los caprichos de la geografía y del clima, un paisaje deshabitado. El hombre lo ha destruído un poco haciéndolo más trágico, pero no ha logrado alterarlo ni cambiar su fisionomía demoníaca. ¿Dónde, queréis decirme, termina su espejismo y dónde principia su realidad?

LA CIUDAD EN EL GRABADO ANTIGUO

Una nueva ciudad americana ha nacido y se ha desarrollado ante nuestros ojos. Brotó de un pedazo de papel, de un rasgo de pluma y no se formó al azar como crecen un poco todas las

ciudades. La han descrito, a lo largo del siglo, un humanista, un comisario general de la orden franciscana, un poeta satírico, y los tres coincidieron en admirar sin reservas casas y calles, iglesias y conventos, niños y caballos. Sus rasgos feudales resultan de tal modo peculiares, que al considerar su relación con el paisaje circundante y el extraño mundo de que ella fue centro y cabeza se tiene la impresión de que un hechicero conocedor de la magia oriental, en una sola noche, la hubiera cambiado de un lugar de Castilla o de Extremadura a nuestra elevada meseta.

No podía ser de otra manera. Al convertirse en ciudad, el plano de García Bravo trazó con líneas infexibles la separación entre lo español y lo indígena. Fue, en lo material, "la reserva de una gran zona urbana para los europeos",[21] la residencia exclusiva del conquistador, la torre de piedra que debía tenerlo alejado del indio, y en lo espiritual fue asimismo un mundo blanco inserto en un mundo de color, una pequeña isla dentro del mar oscuro, una ciudad española —quizá no llegaría a cinco mil vecinos en 1592— cercada por millones de indios.

Los fenómenos a que dio lugar esta nueva concepción urbana están íntimamente relacionados con la historia y la constitución de nuestro país. Los hijos de los conquistadores o de los primeros pobladores nacidos aquí, por más que a sí mismos se llamaron españoles, ya no se parecían a sus padres. Eran, para decirlo provisionalmente, unos hombres nuevos a quienes se designaba con el nombre de criollos. Los mestizos, los hijos de los españoles y de las indias, casi siempre engendrados a espaldas de la ley, fueron, junto con los criollos, los tipos humanos más notables formados en la ciudad, si bien estuvieron considerados, durante el siglo XVI, en un nivel inferior al de los mismos indios.

La presencia de los rebeldes esclavos negros, muy numerosos en aquel siglo, y sus apareamientos con indios y mestizos dieron como fruto —ese fruto clandestino en el que se asociaban los sentimientos de lo monstruoso y lo prohibido— una multitud de seres a los que distinguía una gradación descendente del color, y que en la Nueva España representaban, sin distinción, el papel de los intocables.

El negro, el mestizo, el tente-en-el-aire, el salta-pa-tras, el no-te-entiendo, significaban poca cosa respecto de la enorme

masa de los indios. La tierra estaba cubierta de ellos. Sus brillantes ojos y sus figuras esbeltas rebosaban los campos, los pueblos, las minas y las haciendas. Su dulce y resignado señorío, su silencio y su docilidad, su auténtica no resistencia al mal, cobrara la forma que cobrara, hacían de ellos los esclavos ideales. Pero estos esclavos, a semejanza de las olas del mar, golpeaban a diario los muros de la ciudad cercada, se infiltraban de mil maneras en sus casas, descomponían el lenguaje, alteraban el color del pigmento, creaban una cocina diabólica y mezclaban los estilos consagrados de la vida y del arte.

Dejemos en paz a esta gente con la que tendremos oportunidad, andando el libro, de relacionarnos, y contemplemos por última vez la ciudad de México. Vista a la distancia ideal del grabado renacentista, despliega ante nuestros ojos sus cúpulas y sus torres, sus casas y sus monasterios almenados surgiendo de la brillante superficie del lago. Por los senderos que bajan de las montañas y por las calzadas avanzan las carretas y las recuas de mulas, entre los silbidos y los gritos de los arrieros. Llevan la plata y el oro de las minas, los cereales de la hacienda, las telas, el vino, el aceite, el azogue y los libros venidos en la flota de España a través del Atlántico y los marfiles y las porcelanas que desembarcó en Acapulco la Nao de China después de cruzar el Pacífico. El comercio anda sobre los firmes cascos de las mulas. En poco tiempo la arriería ha creado una tradición de mesones olorosos a cuadra, de tinajas panzudas, de cueros labrados, espuelas y frenos, de jáquimas y ronzales, de vestidos con botonaduras de plata y anchos sombreros galoneados, de látigos y cuerdas, de herraduras y fraguas, de blasfemias, de invocaciones y de cortesía caminera.

El arriero debe levantarse al alba con el canto de los madrugadores, dormir en un pajar o a campo raso, cruzar parajes y desfiladeros peligrosos, exponerse al sol, a la lluvia y a los asaltos de los bandoleros. Su vida, llena de movimiento y de aventuras, podría quedar resumida en la canción del juglar medieval:

S'on me chasse, je fuirai,
et son me tue, je mourrai.

Los arrieros, al divisar la ciudad, pican espuelas a sus caballos para llegar antes de la caída de la noche; el sonido de la campana de plata que lleva la yegua "atajadora" sujeta al bordado cabezal se oye más apremiante, y la recua avanza envuelta en una nube de polvo que dora el sol de la tarde.

Si la suerte nos acompaña, no nos será difícil presenciar la llegada del nuevo virrey, a quien sigue una lucida comitiva de nobles vecinos y de altos funcionarios coloniales. Refulgen los hierros de las alabardas y ondea a la cabeza del séquito el estandarte de la ciudad bordado en sedas y en oro.

Con mucha mayor frecuencia se es testigo de otra clase de escenas menos suntuosas pero más familiares a la existencia de la Nueva España. Frente a nuestro imaginario mirador, un viajero español seguido por un indio que le lleva a cuestas su cama —el modo usual de recorrer pequeñas distancias— detiene su caballo para darles una limosna a dos frailes mendicantes; varios funcionarios de la Inquisición conducen un hereja a horcajadas sobre una mula y atado de pies y manos; la litera de terciopelo rojo de un corregidor de provincia, con las cortinillas cerradas, se balancea sobre sus fatigados cargadores y detrás de un grupo de esclavos cogidos en el Pánuco, que andan con las cabezas y las manos metidas en las colleras, como bueyes uncidos en el yugo, llenando el camino con sus risas alegres, cabalgan varios criollos jóvenes, vestidos con sus pardos trajes de viaje.

Abundan los indios que con su breve y ágil paso se dirigen a los embarcaderos, casi ocultos bajo los fardos de la alfarería, los petates enrollados, y los huacales por los que asoman los pavos sus chillonas y rojizas papadas. Atrás, las indias, llevando su ayate a la espalda y la falda agitada por el viento, semejan palomas. A la orilla del camino hay indios vendedores, mendigos y mestizos cubiertos de harapos que miran el paso de los viajeros con sus negros ojos llenos de rencor y de amenazas. Ahora el lago es de plata y de azules líquidos, y las montañas se irisan con el frío fulgor de la perla. Un sol amarillo, un sol de oro viejo enciende los ocres del campo barbechado y en la transparencia del cielo se derrama la dorada y sensual claridad de la luna llena.

II: LA VIDA COLONIAL

Cada vez que me acuerdo que soy hombre, querría o no haberlo sido o no tener sentimiento de ello.

FERNÁN PÉREZ DE OLIVA

LA ESTAMPA que ofrecía la capital de la Nueva España era una estampa desprendida del agonizante mundo feudal, y el tono de su vida, con pocas excepciones, también pertenecía a ese tiempo en que "tienen todos los sucesos formas externas mucho más pronunciadas que ahora".[1]

La sensibilidad se unía con frecuencia a una extremada dureza. En el entierro de los funcionarios notables o en los ajusticiamientos, los espectadores se conmovían hasta las lágrimas, pero eran capaces de cubrir de insultos a los judíos o de presenciar su tormento durante largas horas, subidos a horcajadas en los árboles cercanos al quemadero de San Hipólito.

Algunos de los hirientes contrastes asignados por Huizinga a la vida francesa del siglo XV se reproducían aquí literalmente. Se desconocían —y no podía ser de otra manera— "el frío cortante y las noches pavorosas de invierno",[2] aunque los hidalgos

gustaran de llevar costosas pieles en sus trajes. En una época, dominada por las convenciones de la Iglesia, el atrevimiento y la magnificencia que nosotros limitamos púdicamente al ámbito del ballet eran un espectáculo cotidiano en las calles de México. Las plumas en el sombrero, las calzas que descubrían la línea varonil a partir de la cintura, el cabello rizado, las golas de encaje, los jubones de brocado, los collares, las armas y los anillos, la elegancia que originaba el uso de la capa en los hombres, y los senos descubiertos y las sayas infladas de las mujeres, eran parte de un estilo de vida gobernado por una refinada sensualidad.

En los vestidos femeninos predominaban las telas de suaves matices —el morado, el olivo o el gris plateado del plumaje de las palomas llamado colombino— y los adornos de plata y de perlas. Gozó de gran boga en la Nueva España por más de cincuenta años el verdugado, conocido también con los nombres de tontillo o guardainfante, la falda hueca y pomposa, el último estilo medieval de la mujer embarazada que abultaba el vientre y las caderas, dándoles apariencia de majestuosos globos. Estas faldas, tan amadas por las mujeres, fueron objeto, desde su aparición en España, de enconados ataques. Fray Hernando de Talavera en su *Opúsculo contra la demasía de vestir y calzar* [3] las califica de traje excomulgado, y analiza sus inconvenientes: le achaca pesadez a causa de los muchos abortos que provocaba, fealdad debido a lo gruesas que hacía a las mujeres, falto de abrigo por ser hueco, indecente ya que con facilidad descubría las piernas, y todavía con malicia eclesástica, nuestro fraile llega a deslizar la hipótesis de "que comúnmente se cree que fue inventado para encubrir los fornicarios e adulterinos preñados, pues la manera de dicho hábito lo hace mucho sospechar".

En Valladolid, la ciudad natal de fray Hernando de Talavera, donde parece que el verdugado inició su carrera pecaminosa, lo cual aumentaba la indignación del patriota religioso, el escándalo suscitado en torno a esa falda fue de tal magnitud, que el prelado eclesiástico, bajo excomunión, prohibió a las mujeres grandes o pequeñas, casadas o doncellas, el llevarla, extendiéndose la pena a los sastres que la confeccionaban. Las

graves censuras no impidieron que el guardainfante siguiera usándose en España ni que la moda cundiera a las Indias donde por largas décadas ejerció su anchuroso y crujiente reinado.

La pasión por el lujo era común a señores y plebeyos. Los días *festivos* lucían hermosos trajes los artesanos y en las grandes ceremonias públicas, el pueblo, sin excepciones, aparecía ataviado según las exigencias de la celebración. El consumo de telas costosas debe haber sido importante. Los colores alegres de los vestidos establecían en la ciudad un gozoso ambiente de feria y de celebraciones que distinguía a los burgos de la Edad Media.

DUELOS, TÚMULOS Y RESPONSOS

Los duelos y las fiestas de los poderosos señalábanse a causa de su solemnidad. Hasta nosotros han llegado crónicas y dibujos del rico túmulo que el año de 1559 erigió la ciudad a la memoria de Carlos V en el atrio del convento de San Francisco. La pira, de orden dórico, tenía dos cuerpos. En el primero, descansaba la urna, "cubierta con un paño negro y sobre un cojín la corona", rodeada de banderas; en el piso superior, el águila de los Austrias extendía sus enormes alas doradas bajo el cielo del altiplano.[4]

Entre los varios esqueletos simbólicos —"el poder grande de la muerte que a monarca tan invencible venció"— y las escenas de la derrota indígena que adornaban la pira, asoma la influencia del Renacimiento. Las pinturas de "una diosa quitando una guirnalda a Ulises y poniéndosela al Emperador"; "el laberinto de Dédalo, con un clavo en la puerta y un ovillo colgado del clavo, recordando que había salido airoso de muchas difíciles empresas", y la "de un Apolo sobre los muros de la ciudad de México simbolizando a la Universidad", fueron sin duda idea del doctor Cervantes de Salazar, quien escribió también la relación de la pira y compuso las poesías latinas publicadas en el *Túmulo Imperial*.

Mientras se levantaba el soberbio túmulo —lo construyó en tres meses el arquitecto Claudio Arciniega—, se pregonó públicamente por orden del Virrey, veinte días antes de celebrarse las exequias, "que todos los hombres y mujeres, de cualquier

estado y condición que fuesen, trajesen luto, en muestra del fallecimiento de tan grande monarca".[5] "No se creía —dice Cervantes— que hubiera tal número de sastres en la ciudad." Un caballero gastó más de mil pesos en ropa y cuando llegó el 30 de noviembre, día del Apóstol San Andrés —doble de campanas, rumor de oraciones—, la ciudad de México apareció rigurosamente enlutada.

Abrían la procesión los gobernadores indios de México, Tacuba, Texcoco y Tlaxcala cubiertos con capas negras cuyos bordes arrastraban por el suelo, sosteniendo en la mano estandartes que ostentaban bordadas sus armas y las del Emperador. Luego avanzaban los señores de los pueblos seguidos de dos mil indios nobles y cuatrocientos frailes y clérigos. Al último, bajo su palio suntuoso, entre nubes de incienso, vestido de pontifical, venía el Arzobispo, a quien acompañaban el Obispo de Michoacán, don Vasco de Quiroga, y el Obispo de Nueva Galicia, don Diego de Ayala.

Las autoridades seglares, a su vez, desplegaban una pompa que hoy parecería imposible, acostumbrados como estamos a las grotescas comparsas de los poblados norteamericanos que vemos desfilar por nuestras calles al menor pretexto. Bernardino de Albornoz, a quien se confió el pendón de la ciudad, encabezaba la parte civil de la procesión seguido de dos maceros vestidos con cotas de damasco negro sobre las que refulgían, en oro y plata, las armas reales; el tesorero, don Hernando de Portugal, conducía la corona puesta en una almohada de damasco; el contador Ortuño de Ibarra llevaba en la mano el estoque desnudo, el factor y veedor don García de Albornoz, la celada, y don Luis de Castilla, la cota imperial. Cerraban el desfile el virrey don Luis de Velasco —un camarero sostenía la punta de su mano—, los oidores, el fiscal mayor, el aguacil mayor de la corte y el rector de la Universidad. Los birretes, las espadas y las varas de mando de los doctores, corregidores y alcaldes formaban un conjunto severo que no se mezclaba al grupo final de los mercaderes ataviados con "lobas y capirotes".

El día del entierro del propio virrey don Luis de Velasco, ocurrido en 1564, las calles, de la casa del oficial Ortuño de Ibarra, donde murió, al convento de San Francisco, se vieron

llenas de hombres, mujeres y niños vestidos de negro. Cuatro obispos, con sus capas pluviales y sus mitras cuajadas de pedrería, cargaban en hombros el ataúd y presidía el duelo, en compañía de los oidores, el visitador Jerónimo de Valderrama. Los miembros del ayuntamiento, el cabildo eclesiástico, los frailes dominicos y los franciscanos, los clérigos con sus manteos y los encomenderos descubiertos componían el cortejo. Detrás, el caballero Gómez de Legazpi marchaba al frente de los seiscientos soldados que componían la expedición destinada a la conquista de las Filipinas. Los tambores destemplados golpeaban sordamente uniéndose al doble de las campanas. Los caballos, cojos y despalmados, llevaban enlutados los jaeces.[6]

Era época de responsos. El conflicto interior de las ideas religiosas y de la vida entregada a la codicia y a la sensualidad originaba un afán de salvación, de remisión de culpas, y como los paganos rodeaban a sus muertos de los objetos que se juzgaban necesarios a la otra vida, la gente del XVI acostumbraba despedirlos con responsos. Bernal Díaz, maestro en ese género, dedica el siguiente a la memoria de Hernán Cortés, su antiguo capitán:

> En la California ni ida a las Hibueras tuvo ventura, ni en otras cosas desque acabó de conquistar la tierra, quizá para que la tuviera en el cielo, e yo lo creo ansí, que era buen caballero y muy devoto de la Virgen y del Apóstol San Pedro y de otros santos. Dios le perdone sus pecados y a mí también.[7]

CULMINACIÓN DEL PERÍODO CABALLERESCO

Las fiestas, al igual que los duelos, alcanzaban una extrema preponderancia. Martín Cortés, para celebrar el bautismo de dos mellizos hijos suyos, organizó una serie de brillantes festejos que se iniciaron muy temprano, con músicas y bailes indígenas, torneos y ceremonias religiosas. La noche fue de mascarada, juegos de cañas y castillos de pólvora.[8] Los cocineros y los pajes del Marqués distribuyeron un toro y gran número de aves que se asaban en hogueras gigantescas, y a la puerta de su palacio se instalaron dos barricas, una de vino tinto y otra de blanco, que

mantuvieron abiertas sus espitas hasta que la última gota desapareció en las bocas sedientas de los vecinos.[9]

La imprevisión y el afán de sobresalir han sido peculiaridades del carácter criollo, cuya continuidad señaló hondamente el desarrollo de la sociedad mexicana. Aquí tal vez con mayor claridad es posible hablar de un espíritu colonial, ya que en él no parece existir la idea de conservar ni mucho menos la de acrecentar sus riquezas. Los desfiles, como el del Paseo del Pendón con que cada año se celebraba el aniversario de la caída de Tenochtitlán, la recepción de virreyes y otros funcionarios, los nacimientos y los santos, las comidas copiosas en las que el vino, entonces carísimo, corría sin tasa, el sostenimiento de cuadras y servidumbres numerosas y la propensión al lujo suponían enormes gastos. A este respecto el testimonio del criollo Suárez de Peralta es decisivo:

> Con la llegada del Marqués a México —se refiere a Martín Cortés, hijo del Conquistador, llegado en 1562— no se trataba de otra cosa sino era de fiestas y galas, y así las había más que jamás hubo. De aquí quedaron muchos empeñados y los mercaderes hechos señores de todos los más caballeros, porque como se adeudaron y no podían pagar los plazos, daban las rentas, que creo que hoy día —escribe esto en 1580— hay empeñadas haciendas de aquel tiempo.[10]

Los ricos encomenderos desplegaban una ostentación humillante y, como antes Cortés había sido el espejo de los conquistadores, en su hijo Martín se veía el modelo de los criollos encomenderos. Envidia y admiración causaba la brillante comitiva que le seguía a todas partes. Detrás de él, a caballo, marchaba un paje llevando el hierro de la lanza oculto en una funda adornada con borlas de seda y se había establecido la costumbre de que todo hidalgo que lo tropezase en la calle se uniera a su séquito, lo que por otra parte no dejó de provocar serias rivalidades. Sus guardias, vestidos de roja librea y armados con espadas, eran respetados aun de las mismas autoridades, y en las ocasiones solemnes llegó a viajar acompañado de un pequeño ejército de arcabuceros.

La estancia en México de Martín Cortés señaló la culminación de lo que podríamos llamar el período caballeresco de la

Nueva España, y es en el retrato que hace Suárez de Peralta del virrey Velasco donde mejor se refleja la atmósfera de fiestas y juegos que rodeaba a los criollos: "Lindísimo gobernador —pondera el cronista—, sin género ninguno de interés, como pretensión de servicio". Todos los días de su mandato, sin faltar uno, su mesa estuvo liberalmente dispuesta para todo aquel —"entiéndase, personas que mereciesen el lugar"— deseoso de comer en su compañía. Tenía casi isempre treinta o cuarenta huéspedes y se servía una comida "regaladísima, compuesta de más de doce platillos".[11]

Fué Velasco, por añadidura, muy aficionado a la caza. Mantenía halcones, ánsares y grullas, y su montero mayor, Alonso de Nava, era un hombre principal que percibía dos mil ducados de renta. Otro servidor suyo, un hidalgo "de muy buen talle", reputado como el mejor cazador de México, tenía a su cargo las armas de fuego y le seguía a Chapultepec presentándole el arcabuz ya preparado.

Su cuadra —lo dice un experto— era digna de un monarca; y él mismo, "hombre muy lindo de a caballo". En los juegos de cañas no participaban los mercaderes por muy ricos que fuesen y el vecino agraciado con una invitación sentíase tan honrado como si "llevara un manto de cruzado".

En tierras de mucho ganado —los hombres salían a los ejidos a perrear toros dejándolos destrozados en los campos—, era natural que no faltase la afición a la lidia. Los sábados, rodeado de cien jinetes, Velasco se dirigía a Chapultepec y en un toril que había mandado construir se alanceaban reses bravas. Después, bajo los doseles verdes de los ahuehuetes, los criados servían un banquete regio.

Los domingos eran días de carreras. A duras penas los alguaciles apartaban a los curiosos. "¡Jaeces de plata —suspira Suárez desde España evocando sus pasatiempos favoritos— no hay en el mundo como allí hay hoy día!" El animado cuadro de su juventud, el mundo lleno de movimiento y de color en el cual ha nacido, se anima a los ojos del desterrado. Ve los airosos caballos correr en los prados, lo deslumbra el brillo de las armas y de los vestidos y en sus oídos suenan las exclamaciones de la gente y el alegre ruido de los cascabeles. Cuando el virrey parti-

cipaba en las dos carreras de rigor, el entusiasmo se convertía en delirio.

Yo juro a Dios —escribe Suárez en el colmo de la exaltación— que si el Virrey enviase a quitar a todos los pueblos y las haciendas, que los consolaba el Virrey y hacía olvidar este daño con hacer sonar un pretal de cascabeles en las calles, según están todos metidos en regocijos.

Para los criollos, don Luis de Velasco simbolizaba el prototipo del buen gobernante. Sabía entretenerlos con estos juegos feudales y los criollos no pensaban en otra cosa que en criar caballos, en aderezar arneses y vivían contentos entregados a esos "virtuosos ejercicios", entre juegos de cañas y sortijas, carreras y toros, halcones y mastines.

FIESTAS ECLESIÁSTICAS, JERARQUÍA Y ETIQUETA

A medida que avanza el XVI va extinguiéndose el brillo de las fiestas caballerescas para centrarse de preferencia en las religiosas. El establecimiento oficial de la Inquisición matizó la vida de una suntuosidad sombría modificando incluso el ritual de las ceremonias públicas. Las piras donde se retuercen los herejes, en medio de soldados con partesanas, monjes y caballeros que aparecen en la gaceta de los Fugger, eran aquí escenas familiares a partir de 1571.[12]

Aun los actos de mera rutina gustaban rodearse de un aparato impresionante. En la ceremonia que se organizó para anunciar el auto de fe de 1597, los inquisidores, precedidos de atabales, trompetas y pregoneros, se mostraron al público cabalgando en mulas lujosamente enjaezadas. Componían su séquito —un séquito cuyo esplendor no bastaba a disimular la fúnebre naturaleza de su finalidad— el corregidor, los miembros del Ayuntamiento y numerosos caballeros a quienes seguían sus criados vestidos de costosas libreas.[13]

La víspera de las ejecuciones se tenía por costumbre celebrar la procesión de la Cruz Verde. Tapices de colores, cubiertas de terciopelo y banderines con las armas de sus dueños colgaban de los balcones; aderezábanse altares con esculturas y cua-

dros y se exhibían no sólo las vajillas de plata sino los objetos más preciosos.

Abrían la procesión celebrada en 1597 —cincuenta mil espectadores se agolpaban silenciosos en las calles, las ventanas, y las azoteas— sesenta frailes de la provincia vestidos de negro y llevando cirios en las manos. Un caballero de Santiago cubierto con su anticuada armadura empuñaba el estandarte del Santo Oficio y catorce familiares marchaban a su lado. Ochocientos frailes y clérigos, con hachas de cera encendidas, precedían la Cruz Verde montada en una complicada peana a la que hacían guardia doce dominicos revestidos con casullas negras de damasco y terciopelo, capellanes y alabarderos. Los prelados, el prior del convento de Santo Domingo revestido de una capa pluvial en la que centelleaba el oro, y los caballeros de la ciudad, cerraban la comitiva. No se oía otra cosa que los tristes salmos del ritual cantados por la capilla de la catedral y el solemne canto llano con que respondían los clérigos.

Cuando la procesión, cuya marcha regía con una cruz de acero el maestro de ceremonias, llegó a palacio donde aguardaba el Virrey en un balcón adornado, el caballero de Santiago inclinó el estandarte en señal de homenaje y la Cruz Verde fue puesta en el cadalso. Los pajes del Virrey salieron entonces de palacio, e inclinándose ante ella alzaron sus hachones "a estilo de corte".[14]

Las ceremonias, al igual que los actos principales de la vida, se hallaban reglamentados por una puntillosa etiqueta. La idea exagerada del honor que poseía una sociedad altamente jerarquizada provocaba a diario enconados choques, y por otro lado, la propensión medieval a organizar a los hombres en grupos claramente diferenciados fomentó la consolidación de las comunidades, los gremios y las castas. Frailes, clérigos y militares no sólo tenían sus trajes y sus constituciones para distinguirse de los demás, sino sus fueros y privilegios que los hacían en cierto modo intocables. Los artesanos, los catedráticos y los estudiantes formaban sus propios conjuntos y aun los hombres piadosos gustaban agruparse en las cofradías y en las diversas y muy abundantes instituciones religiosas.

La existencia de grandes masas indígenas separadas de los blancos y la miserable condición de los mestizos contribuyeron por añadidura a crear un nuevo feudalismo. Mientras, en Europa el siervo, a pesar de su miseria, de los latigazos y de las vejaciones formaba con el señor un mundo coherente, en México, el siervo y el señor se mantuvieron a gran distancia. No había un puente que lograra unirlos. El indio era un ser oscuro y peculiar —llegó a dudarse incluso de su razón—, hablaba su propio idioma, vivía en una cabaña y casi no se alimentaba. Desde la época de Hernán Cortés podía vérsele, siempre atareado, en los tianguis, en las calles y en los atrios de las iglesias. Vestido de manta, velado el rostro por el ala de su sombrero de palma, sentado en el suelo como un oriental, figuraba de manera invariable al lado de la dama ataviada con su guardainfante de terciopelo, del encomendero vestido de raso, del oidor y del artesano.

Fuera de ese elemento bizarro, del indio que sostenía sobre sus espaldas el mundo de los blancos, la pequeña sociedad feudal mexicana tendía a regirse de un modo aristocrático. El sitio que debería ocuparse en una mesa o en una ceremonia, el privilegio de marchar a la izquierda o a la derecha de un personaje, el problema de quién entraba primero en un salón o qué asiento debía ocuparse en el presbiterio de la iglesia, causaban graves preocupaciones.

En esta guerra de preeminencias la Inquisición trató de prevalecer hasta sobre el virrey, lo que originó una multitud de decretos llamando a la concordia.

> Achaque común de todos los tribunales del Santo Oficio establecidos en América —escribió José Toribio Medina— fue que desde un principio se enredaron sus ministros y delegados en todo género de competencias con las autoridades, sin exceptuar a los mismos virreyes, y aun con las eclesiásticas, inclusos los arzobispos y obispos.[15]

El desarrollado espíritu de cuerpo y el celoso espíritu propio de caballeros, eclesiásticos y funcionarios reales, que hemos tratado de bosquejar, les llevaba a conceder una enorme importancia —independientemente de su significación económica— al puesto que les correspondía en las ceremonias. El orden que en un auto de fe o en el Paseo del Pendón guardaban los asisten-

tes era el orden que guardaban en la sociedad. La jerarquía observada en la fiesta era la misma que se ostentaba en la vida real.

SIGNIFICACIÓN Y LINAJE DE LOS CABALLOS

El caballo era uno de los rasgos más característicos de la vida colonial. Su genealogía en la Nueva España arranca de aquellos ilustres catorce caballos de la Conquista que Bernal describió con amorosa complacencia. A través de las crónicas seguimos sus andanzas. El parto de la yegua de Juan Sedeño a bordo de un navío, la suerte que corrió ese retoño adoptado más tarde por unos venados trashumantes, la intervención del caballo rijoso en una jugada diplomática de Hernán Cortés, las victorias logradas contra los indios que muchas veces les disputó el Apóstol Santiago y sus lloradas muertes.

Luego de ganada la tierra el caballo fue elevado a los altares y los indios lo esculpieron en la fachada de sus iglesias. Razonablemente, su importancia se debió al hecho de que México era una tierra de dilatados horizontes, de grandes feudos y de largos caminos tendidos entre ciudades y puertos distantes, pero en materia de caballos es necesario establecer distinciones. Uno fue el caballo del labrador y del comerciante y otro el caballo del caballero. En el primer caso no pasaba de ser una bestia de transporte, mientras en el segundo era el lujo y el orgullo del hidalgo. No podía concebirse un caballero sin su caballo. Era incapaz de andar a pie, al nivel de los plebeyos, de galantear a las damas o de afirmar su abolengo. El caballo lo era todo. Con él participaba en los juegos de cañas y sortijas, formaba en las cabalgatas y en las comitivas de los poderosos, andaba en paseos y visitas.

En la Nueva España representaron, mejor que otro símbolo, la sensualidad del Renacimiento. Eran los caballos del Tiziano como serían los de Rubens y los de Eugenio Delacroix. Libertad del color y de la forma, pasión del movimiento, alegría de la vida. En ellos precipitábase y decantaba una mezcla de estirpes que venía del Padre Faetón, el auriga celeste, de los que cedió Eneas a su suegro, del corcel del Duque Astolfo, fénix de la brida, de los caballos de Alejandro el victorioso, de Babieca y del hipógrifo de fuego del barroco.

Balbuena, en sus tercetos, los hizo piafar y relinchar de gozo para toda la eternidad:

Es su grandeza al fin en esta parte
tal, que podemos bien decir que sea
la gran caballeriza del Dios Marte;

donde el rico jaez de oro campea
el castaño colérico, que al aire
vence si el acicate le espolea;

y el tostado alazán, que sin desgaire
hecho de fuego en la color y el brío
el freno le compasa y da donaire;

el remendado overo, húmedo y frío,
el valiente y galán rucio rodado,
el rosillo cubierto de rocío;

el blanco en negras moscas salpicado,
el zaino ferocísimo y adusto,
el galán ceniciento moteado;

el negro endrino, de ánimo robusto,
el cebruno fantástico, el picazo
engañoso, y el bayo al freno justo,

y otros innumerables que al regazo
de sus cristales y a su juncia verde
esquilman y carcomen gran pedazo.

En el mundo de la Nueva España no tendrían cabida los caballos superclásicos de Chirico o de Picasso. No andaban como personas, sueltos y reflexivos, ni fueron juegos ingeniosos de la plástica. Era un caballo y no el caballo en abstracto. El de San Martín, blanco y fino en el cuadro del Greco, y el caballito rechoncho y poderoso del príncipe Baltasar Carlos en el óleo de Velázquez; el de Martín Cortés, el de Suárez de Peralta, el del Virrey Velasco, la yegua alazana de juego y carrera de Pedro de Alvarado y el castaño oscuro, harto bueno, de Cristóbal de Olid. Era en fin una cabeza altiva y nerviosa, eran unos

remos esbeltos, unas ancas redondas y lustrosas, pero también, en gran medida, era la gualdrapa de terciopelo carmesí, la brida con aderezos, las espadas doradas, las gorras adornadas con brillantes y plumas. Y este caballo cortesano hacía corcovas y cabriolas, y cuando la música de su paso se acentuaba en los guijarros de la calle, el corazón de las mujeres saltaba de gozo acompasando sus latidos al de la suave danza que se acercaba a los balcones entornados de su casa.

Caballos con caballeros. En los torneos y en los juegos de cañas, en los paseos y en las plazas, en el campo y en las calles, en los caminos polvorientos, en las procesiones y en las comitivas. Ya lo decía el poeta:

> Ricos jaeces de libreas costosas
> de aljófar, perlas, oro y pedrería
> son en sus plazas ordinarias cosas.

LA VOZ Y EL SILENCIO DE MÉXICO

A diferencia de las ciudades europeas, la nuestra era una ciudad silenciosa. La excesiva vitalidad europea aquí suavizaba su aspereza y el griterío de España o de Italia disminuía la intensidad de su registro. Ni los mercados resultaban en México demasiado ruidosos. Al final del siglo, no se oía otra cosa que el paso de los caballos o de un carruaje, los sonidos de las campanas y los anuncios del pregonero, como si el grave carácter de los indios, su cortesía oriental, impusieran a los vecinos españoles y a sus hijos una reserva y una contención desconocidas en la Península. En las Indias no sólo la voz se oía en sordina, sino que el modo de hablar sufría alteraciones. El poeta español Eugenio de Salazar, que estuvo en México de 1581 a 1589, observa en un poema:

> Gramática concede sus entradas
> a la ingeniosa puericia nueva
> que al buen latín sus galas ve inclinadas;
> gusto del buen hablar tras si la lleva
> del lenguaje pulido y bien sonante
> y en el buen escribir también se prueba.[16]

Por su parte, Balbuena decía que es en México

> donde se habla el español lenguaje
> más puro y con mayor cortesanía,
> vestido de un bellísimo ropaje
> que le da propiedad, gracia, agudeza,
> en casto, limpio, liso y grave traje.

De los muchos testimonios que nos han llegado sobre la manera de hablar de los mexicanos, convendría destacar el de Juan de Cárdenas por haber ejercido la medicina durante largos años en la Nueva España y conocer bien a la gente. El doctor Cárdenas, para dar muestra del "agudo, trascendido y delicado" ingenio de los nacidos en las Indias, se vale de la siguiente comparación: Haced —propone— que un español criado en una aldea hable con un español criado en las Indias solo entre labradores... ¿Cómo se conducirán ambos rústicos? Oiremos al criollo hablar

> tan pulido, cortesano y curioso, y con tantos preámbulos, delicadeza y estilo retórico, no enseñado ni artificial sino natural, que parece haber sido educado toda su vida en corte y en compañía de gente muy hablada y discreta. Por el contrario, observarán en el chapetón, como no se haya criado entre gente ciudadana, que no hay palo con corteza que más bronco y torpe sea; pues ver el modo de proceder en todo del uno tan diferente del otro, uno tan torpe y otro tan vivo, que no hay hombre por ignorante que sea, que luego no eche de ver cuál sea gachupin, y cuál nacido en Indias.[17]

"Pues pónganse a decir un primor —agrega Cárdenas— un ofrecimiento o una razón bien limada y sacada de punto, mejor viva yo que haya cortesano criado dentro de Madrid o Toledo que mejor la lima y componga." Y aduce ejemplos. Uno de sus clientes para decirle qué poco temía la muerte teniéndolo a él por médico, se expresó de este modo: "Devanen las parcas el hilo de mi vida como más gusto les diere, que cuando ellas quieran cortarlo, tengo yo a vuestra merced de mi mano, que lo sabrá bien anudar". Otro, ofreciéndole su casa y su persona de acuerdo con la costumbre mexicana, le habló de la siguiente manera: "Sírvase vuestra merced de aquella casa, pues sabe que es la recámara de su regalo de vuestra merced".

Ya en estos ejemplos que con tanta gracia hubiera aprovechado Juan de Mairena en sus lecciones, se advierte el gusto por la retórica, las cortesanas expresiones familiares al mexicano, rasgos de una personalidad que anuncian el próximo estallido del barroco.

El español en México perdió espontaneidad pero ganó en cortesía. Los sonidos demasiado ásperos se suavizaron; prefirióse el rodeo a decir las cosas abiertamente, de modo que en el criollo la artificialidad resultaba su manera natural de expresarse. El cuidado que ponía en hablar, el excesivo temor a no provocar demasiado la atención, el abuso de los miramientos y el empleo reiterado del diminutivo nos hacen pensar que el lenguaje se usaba como un objeto demasiado peligroso para valerse de él libremente.

MOVIMIENTO, VIAJES Y AVENTURAS

Otra de las peculiaridades de esa época fue su movimiento, su afán renacentista de viajes y aventuras que en pocos años logró realizar tanto la conquista como la colonización de inmensas regiones.

Temprano, Pedro de Alvarado llega a Guatemala, Montejo a Yucatán, Nuño de Guzmán deja un rastro de sangre en Jalisco y ya Hernán Cortés, en los primeros años, no sólo había emprendido la desastrosa expedición a las Hibueras, sino que con su resolución habitual y venciendo obstáculos insuperables estaba empeñado, al parecer sin éxito, en lanzar barco tras barco a la soñada conquista de las Islas de la Especiería.

Al mediar el siglo no se había extinguido la motivación de los espejismos medievales. Durante los gobiernos de don Antonio de Mendoza y de don Luis de Velasco, se organizó una nueva expedición a la Florida; Ibarra y Oñate alcanzaron Chihuahua; fray Diego de Niza recorrió el desierto norteño seducido por la visión de Cíbola y en 1654 la conquista de las Filipinas, realizada con hombres y recursos mexicanos, vino a señalar la culminación de todo un ciclo de excepcionales empresas. A principios del XVII, Balbuena podía expresar los ideales del Imperio referidos a México en este orgulloso terceto:

En ti se juntan España con la China,
Italia con Japón, y finalmente
un mundo entero en trato y disciplina.

No eran indiferentes los hombres del XVI a la seducción de las Islas. Mientras la intolerancia y una cada vez más rígida organización estatal contribuían a ensombrecer la vida dentro del Imperio español, el lejano rincón de las Filipinas aún ofrecía una posibilidad de escape. La naturaleza paradisíaca de las islas, la tierna singularidad del Oriente que siglos después recogerán las telas de Gauguin y las novelas de Conrad, ejercían ya desde entonces una poderosa atracción sobre aquellos hombres vigorosos y sin escrúpulos.

Filipinas, a fines del XVI, era en parte lo que fueron las islas del Caribe en las postrimerías del XV. Allí se dirigían los delincuentes, los aventureros, los desesperados de América; respirábase el olor acre y plebeyo y se vivía dentro del ambiente de brutalidad codiciosa que establecieron los presidiarios de Cristóbal Colón en las Antillas. "Los españoles de Filipinas —escribe Murillo Velarde— establecíanse en el archipiélago mirándolo más bien como una taberna que como un hogar permanente".[18] El carácter transitorio que parecían tener todas las cosas en la Nueva España se acentuaba en Filipinas, donde casi no existían familias avecindadas de antiguo. Allí también se cumplía la ley del "padre mercader, hijo caballero, nieto pordiosero" que regía en México. "El padre —añade la historiador filipino— reúne una fortuna, el hijo la gasta y el nieto es un mendigo. Los mayores capitales no son más estables que las olas del océano, sobre las cuales fueron recogidos".[19]

Para los vecinos de México era siempre un motivo de curiosidad la partida de las caravanas al puerto de Acapulco, donde aguardaban las naos de China. Las integraban frailes desterrados, soldados y presidiarios, criollos de mala conducta, marinos, comerciantes y arrieros encargados de vigilar las mulas y sus valiosos cargamentos de plata.

En Filipinas las nativas andaban ofreciendo sus cuerpos. "Miraban la virginidad como afrentosa y a honra tenían la libertad, pero consideraban denigrante el darse de balde".[20] La ciudad

de Manila mostraba garitos, casas de comidas exóticas, mercados peregrinos, y el barrio chino, perfumes, marfiles, porcelanas y sedas; abundaban los prestidigitadores, los astrólogos y los médicos nativos o chinos, "quienes mataban con la misma facilidad que los médicos españoles". Los frailes y las autoridades se repartían amigablemente el monopolio del comercio. Nadie jugaba limpio y las trampas eran de tal modo habituales que a la ilegalidad y al fraude, en la Nueva España, acostumbraba llamárseles "trampas de la China".

Los pícaros de Castilla, los piratas moriscos, los mercaderes europeos y algunos indios mexicanos —las crónicas mencionan a un tal Juanes, nativo del barrio de Tlatelolco, que murió en las islas hechizado por unas mujeres enamoradas— se daban cita en las antípodas con los herejes y los santos. Aunque las puertas de China todavía no hubieran sido abiertas con la persuasiva voz de los cañones, el mundo amarillo de los pecados desconocidos y de las fáciles ganancias se hacía sentir de la misma manera en Portugal que en la Nueva España.

Una historia tomada al azar, la de Antonio Díaz de Cáceres, judío radicado en México, podría ilustrar a la perfección los dramáticos contrastes que ofrecían las Filipinas. En la última década del siglo, este minero, doblado de mercader y marino, para huir del Tribunal del Santo Oficio, cruzó el Pacífico a bordo de su navío *Nuestra Señora de la Concepción;* llegado a Manila pasó a Macao, donde cayó prisionero de los portugueses; allí pudo limar sus cadenas —un procedimiento muy socorrido al que debió su fortuna Hernán Cortés—; abordó un navío, fue hecho prisionero por segunda vez, se le llevó a Manila de vuelta y de vuelta también fue encarcelado. No concluyeron aquí sus padecimientos. Apenas tocó tierra en Acapulco sus acreedores lo llevaron por cuarta vez a una prisión y como remate no sólo perdió cuanto tenía sino que, indefenso y vencido, tuvo que enfrentarse a los activos agentes del Santo Oficio. El viaje de Cáceres, destinado al olvido como otros tantos viajes igualmente heroicos del XVI, es recordado hoy por muchas almas piadosas debido a que en su diario de bitácora figuraba la siguiente anotación: "Felipe las Casas, cincuenta pesos". Este Felipe, que pagó cincuenta pesos por su pasaje en el navío del judaizante,

era un criollo alborotado que habría de ganar la santidad en el Japón. También él era un animado contraste dentro de su mundo de contrastes.

Los hombres de la talla de Antonio Díaz de Cáceres abundaban en las Indias. Su lucha contra el mar, las autoridades, los comerciantes rivales, los ingleses, los portugueses, los chinos y los mahometanos, sus contrabandos y sus trampas hicieron de ellos una especie ya extinta. Si bien sobre sus hombros descansó en buena parte el comercio indiano, como practicaban el crimen en escala reducida, la Historia, a excepción hecha de contadas glorificaciones, los condenó a llenar de un modo más o menos satisfactorio el ocio de los niños imaginativos.

LA NAVEGACIÓN TRASATLÁNTICA

México, que como hemos visto mantenía en 1540 una precaria comunicación con España, a fines del siglo se había transformado en el centro de un intercambio comercial que afectaba gran parte de América, Europa y el lejano Oriente. No era fácil trasponer las murallas religiosas y aduanales que la Corona española había construído en torno a su imperio colonial. Oficialmente, sólo tenían acceso al Nuevo Mundo los creyentes de probada ascendencia católica, pues no se admitía a los hijos de los recién conversos ni mucho menos a los sospechosos de herejía o a los protestantes. Todos los viajeros debían mostrar una autorización real —el pasaporte de nuestros días— y una probanza de haber confesado y comulgado. El certificado de buena salud espiritual —el XVI concedía escasa importancia a la salud del cuerpo— no fue obstáculo para que un buen número de judíos, flamencos y alemanes, se colaran a los navíos en las mismas narices de los oficiales reales de la Casa de Contratación, de los maestres y de los familiares del Santo Oficio. Esta copiosa corriente de extranjeros le dio a la Nueva España un matiz cosmopolita que acentuaban los negros, más abundantes que los mismos españoles, y algunos esclavos de origen bengalí, malayo y filipino.

La navegación trasatlántica reunía una mezcla de pecadores y de religiosos, de mendigos y de ricos, de gente demasiado ape-

gada a la tierra y de gente que vivía fuera del mundo absorta en sus delirios. ¡La materia prima de las nuevas sociedades! En los muelles se agolpaban, sin perder su jerarquía, el segundón, tan noble como el rey, "dineros menos", el aventurero con su hatillo al hombro, los frailes temerosos, los tahures y los pícaros escapados de la cárcel, el arzobispo y el virrey, la dama y la buscona. Oíanse las salmodias de los mendigos y de los limosneros de los conventos y cofradías que mostraban sus cepos adornados con imágenes de santos milagrosos y el aviso de los grumetes llamando a la comida: "Tabla, tabla, señor capitán, piloto maestre y buena compañía. Tabla puesta, vianda presta. Agua usada para el señor capitán, piloto maestre y buena compañía. Viva, viva el rey de Castilla por mar y por tierra. Y quien no viniere que no coma".

Las vírgenes de la Concepción, de la Bonanza y de la Barrameda, con Santa Clara, San Telmo y San Nicolás, eran los santos patronos de los navegantes y objeto de reiteradas invocaciones: "Nuestra Señora de Bonanza, que ella nos quiera socorrer y dar mar bonanza, con luz y viento, recemos Ave María y Pater Noster". De esta manera imploraban a San Nicolás: "San Nicolás quiera guardar nuestra quilla, nuestra tilla, nuestro puente, nuestra jarcia que fuera pende y dentro cae; aqueste viaje y otros muchos mejorados... con mar bonanza y largo viento y buen viaje y salvamento".

Entre las oraciones acostumbradas, la Salve que se cantaba los sábados por las tardes se distinguía a causa de su hondo sentido poético. Decía el maestre ante el altar:

Salve, digamos,
que buen viaje hagamos.
Salve, diremos,
que buen viaje haremos.

Y respondían a coro los marineros: "Ave María, señora mía, el rey de los cielos a vos me envía, que nos alumbre y que de noche y que de día; quien vido cosa tan maravillosa, que de un pino verde hizo nacer una rosa y de aquella rosa hacer un fruto, por nos salvar a nos y a todo el mundo".

Una idea precisa de lo que suponía la navegación a las Indias en el XVI nos la da el diario de fray Tomás de la Torre, que pasó a Chiapas con los cuarenta y seis dominicos de la memorable expedición de fray Bartolomé de las Casas.[21]

Los frailes estuvieron en Sevilla y en San Lúcar de Barrameda esperando la salida de la flota del 13 de febrero al 9 de julio de 1544. El 20, desembarcaron en la Gomera, el 31 se hicieron de nuevo al mar y, después de tocar tierra en Santo Domingo, alcanzaron Campeche, el puerto de entrada más cercano a Chiapas, el 6 de enero de 1545. Hechas las cuentas, el viaje de nuestros religiosos duró poco más de un año, la mitad del cual se empleó en luchar contra los oficiales de la Casa de Contratación.

La reunión de barcos desiguales, la documentación de los pasajeros, las especificaciones en materia de cargamento, los registros y las tardanzas hacían de Sevilla el purgatorio de todos los que marchaban al paraíso de las Indias. Cada viajero debía llevar su propia cama —un jergón de lana de perro que se tendía bajo el puente—, sus alimentos y los utensilios necesarios para cocinarlos. Las demoras que sufría la flota mientras los papeles andaban de mano en mano originaban la pérdida de los víveres ya embarcados, gastos de alojamiento y un sinfín de molestias que se vencían a fuerza de tenacidad y de ese genio del español para salvar los obstáculos burocráticos con que gustaba de entorpecerse la existencia.

Por último he aquí a los frailes a bordo de su nave. El viento hinchó las velas y los barcos se hicieron al mar buscando la salida de la barra. Temprano se inician los accidentes. La nao, mal lastrada, se varó en la peligrosa barra de San Lúcar y un día entero estuvieron inmóviles, los frailes entregados a la oración, los marineros echando maldiciones.

A flote de nuevo, cayeron sobre ellos, como un fardo excesivo, los sufrimientos de la navegación. Ardía la brea, los marineros se ensañaban a su costa gritándoles "frailes acá, frailes acullá", haciéndolos dormir bajo cubierta donde se morían de calor y se complacían en pisarlos, "no los hábitos —aclara el religioso—, sino las barbas y las bocas", debido a que eran frailes y, para colmo, iban tirados en el suelo, mareados, "como

muertos". "No se puede imaginar —escribe el fraile acostumbrado a llevar una vida de privaciones en su miserable convento de Salamanca— hospital más sucio y de más gemidos que aquél." El barco, para estos hombres de tierra adentro, era una cárcel estrecha, donde el calor —se habían quitado los zapatos, las sayas y se hubieran quitado el escapulario de haberlo permitido la regla—, el ahogo, los vómitos, el olor del agua podrida que achicaban sin cesar las bombas y el miedo a los franceses eran el pan nuestro de cada día.

Descansaron un poco en la isla Gomera y, al volver a bordo, el relator pinta su estado de ánimo diciendo: "Habíamos cogido tanto miedo al navío que pensábamos ser homicidas de nosotros mismos".

No bien se reanudó el viaje volvieron a caer en sus jergones. Los piojos se los comían vivos, no podían lavar las ropas con el agua del mar y la alimentación salada les producía una sed espantosa que no bastaba a calmar el medio azumbre que se repartía diariamente. Bebían vino los ricos y el agua era objeto de un infame comercio.

Los marineros, debido al buen tiempo que reinaba, iban espantados y decían que Dios no lo podría mejorar. Algunos tripulantes pensaban que no era viento natural sino que los ángeles soplaban en las velas, los indianos creían que el peligro sufrido por el barco en la barra de San Lúcar se debía a los pecados de los dominicos y sobre todo al obispo Las Casas que destruía las Indias, y un franciscano opinó que gracias a los frailes disfrutaban de buen tiempo y que con ellos el barco navegaría aunque le faltara el velamen.

De noche, la blandura del aire —Colón se asombraba de no escuchar el trino del ruiseñor—, el cielo palpitante de estrellas y la fosforescencia marina aliviaban el trabajo de la navegación. Los frailes cantaban himnos y salmos, y los marineros, acompañados de sus guitarras, cantaban romances. Dormía la codicia y el odio "porque cuando hay sosiego y salud levanta el amor en gran manera el corazón a Dios".

Las calmas, en que los barcos permanecían con las velas inertes durante varios días, el anuncio de los nortes, la alegría de las primeras islas del Caribe —"si yo fuera el descubridor de aquella

isla, suspira el fraile, pensara sin duda que era el paraíso terrenal por su gran hermosura"—, los funerales de los que morían a bordo, constituían el espectáculo de un viaje trasatlántico normal. Con frecuencia, la peste y la tempestad hacían de aquellos navíos verdaderas embarcaciones fantasmas, ataúdes que arrastraban un conjunto de muertos zarandeados por las olas del mar indiferente.

Juzgada desde América, la navegación era parte esencial de la vida. Todo lo bueno y todo lo malo lo esperaba la Nueva España de la llegada de las flotas a Veracruz. El barco traía la noticia, el cambio, el gobernante, el arzobispo, el visitador, el inquisidor, el hierro, el azogue, el libro, el vino y sobre todo el papel, el papel sellado, la gruesa y crujiente hoja escrita que contenía la ordenanza, la cédula, el fallo del pleito, la carta familiar, el poder o la ruina.

MEDICINA, ENFERMEDADES Y MUERTE

La práctica de la medicina, las enfermedades y la muerte nos descubren uno de los aspectos más sombríos y dolorosos del siglo XVI. En 1522, al año de realizada la Conquista, Hernán Cortés le había rogado al Emperador Carlos V no concediera autorización a los clérigos, los licenciados y los médicos para venir a México. El tiempo se encargaría de justificar sus temores. Los clérigos carecían de elevados sentimientos morales y su conducta contrastó penosamente con la de los primeros frailes apostólicos; los licenciados no sólo arrebataron el poder de la Colonia a los conquistadores sino que terminaron por derrotar afrentosamente al propio conquistador, y los médicos, a su vez emplearon procedimientos de tal modo voraces, que Motolinia, en su vehemente estilo, llegó a expresarse de esta manera:

> En México, cuando algún vecino adolece y muere, habiendo estado veinte días en cama, para pagar la botica y el médico ha menester cuanta hacienda tiene, que apenas le queda para el entierro... Oí decir a un casado, hombre sabio, que cuando enfermase alguno de los dos, teniendo cierta la muerte, luego el marido había de matar a la mujer, y la mujer al marido, y trabajar de enterrar el uno al otro en cualquier cementerio, por no quedar pobres, solos y adeudados.[22]

Gran número de españoles contraían enfermedades mortales en la navegación trasatlántica y perecían de modo lamentable a poco de llegados a la Nueva España. De los cinco miembros que componían la primera audiencia, dos de ellos, los licenciados Parada y Maldonado, murieron de "dolor de costado" trece días después de desembarcar en Veracruz, y de los tres jueces pesquisidores enviados por Felipe II en 1564 para conocer de una rebelión criolla, el licenciado Jaraba falleció en pleno océano camino del Virreinato y el doctor Carrillo murió también en el mar cuando emprendía el viaje de regreso a su patria.[23]

Durante la gubernatura de Hernán Cortés perecieron sucesivamente el Adelantado Francisco de Garay, la mayoría de los trece primeros agustinos venidos con fray Tomás Ortiz, el Visitador Luis Ponce de León y el licenciado Marcos de Aguilar, delegado inquisitorial, sucesor de Ponce como gobernador de la Colonia y sin duda el funcionario más enfermo del período virreinal, ya que lo alimentaban indistintamente una nodriza que trajo de España y un rebaño de cabras.

Garay, de acuerdo con las inculpaciones de los enemigos de Cortés vertidas en su juicio de residencia, falleció a consecuencia de una capirotada; Ponce, debido a un plato de natillas, y el licenciado Aguilar, a un torrezno flamenco que devoró cansado de escuchar el triste balido de su rebaño de cabras. De estas muertes, cargadas a la cuenta de Cortés, la del licenciado Ponce fue particularmente dramática. A pesar del invencible sueño que lo invadía —la "modorra" a que alude Bernal Díaz del Castillo—, el agonizante dejaba traslucir un temor espantoso a la muerte.

Lo atendieron los doctores don Pedro López y don Cristóbal de Ojeda —el segundo era un médico poco escrupuloso que alteraba los diagnósticos de acuerdo con su conveniencia—, pero al hacerse patente la gravedad, no vacilaron en llamar a una curandera indígena, de la misma manera que en España se recurría a los moriscos cuando fracasaban las intervenciones de los médicos españoles.[24] Ya moribundo, este hombre que moría lejos de su patria y en plena juventud tuvo energía para tomar en sus manos ardientes y temblorosas la vara de mando y entregársela, delante de sus enemigos, al licenciado Marcos de Aguilar.

Los juicios de la época de tarde en tarde descorren el velo que cubre la agonía de los enfermos importantes. Los ayes de dolor brotando en el silencio de la noche, los síntomas precursores de la descomposición final —desmayos, cámaras y vómitos— nos hablan de la debilidad y de la importancia del hombre para enfrentarse a la muerte. Los pomposos diagnósticos redactados en latín —a Ponce se le adjudicó una fiebre *emitritea sincope humorosa*— sólo confirman la ignorancia de algunos solemnes protomédicos. Administraban casi siempre sangrías y purgantes, práctica que habría de conservarse hasta la época del Periquillo Sarniento, y aunque por visita cobraban oficialmente medio peso de acuerdo con una disposición del ayuntamiento fechada en 1536, los honorarios permitían a los médicos hacerse de fortunas considerables como lo prueba la magnífica residencia del doctor Pedro López a que alude Cervantes de Salazar en su segundo diálogo.[25]

La peste, el terrible azote de Europa que dio origen a las Danzas de la Muerte y a los saqueos de los apestados, referidos por los cronistas medievales, no dejaba de asomar su siniestra figura en la Nueva España. Atacaba de preferencia a los indios, y junto con las minas y las encomiendas, contribuyó a reducir su número en forma impresionante. El padre Sahagún, por sí solo, enterró a más de diez mil vecinos del barrio de Tlatelolco, y, en 1545, cuenta Motolinia que algunas veces al salir un indio a su trabajo "se le salía también el alma del cuerpo y caía tendido a la puerta de su cabaña". Los cadáveres en estas grandes epidemias tapizaban las calles y faltaban brazos para enterrar a los muertos. "Muchos morían de hambre y otros de pura congoja."

Por lo que hace al azote de la sífilis, a juzgar por lo que escribió el doctor Juan de Cárdenas, era un mal tan generalizado en México como pudo haberlo sido en Italia bajo el reinado de los Borgia. Cárdenas, que tuvo la manía de averiguar el origen de todas las cosas con el resultado de ofrecernos la más abultada lista de imaginables disparates, atribuía el florecimiento extraordinario del *morbo galicus* al clima húmedo y caliente de las Indias, si bien no ignoraba que su trasmisión obedecía a la práctica de ciertos actos calificados por él de "sucios, torpes e

inmundos". Un médico de nuestros días se llenaría de un justificado asombro ante la irrespetuosa libertad con que el doctor Cárdenas se refería a su clientela y a la de sus colegas. Los hombres, según sus cínicas pinturas, llevaban un parche de terciopelo en el rostro a fin de cubrir el estrago de las bubas y eran de tal modo comunes la falta de un hueso en la frente o un chichón en la sien, que pasaban inadvertidos. Sería por lo demás cuento de nunca acabar referirse a las "llaguillas" en la boca, los "dolorcillos" en las coyunturas o al quebrado color de la piel, síntomas comunes a la mayoría de los vecinos. "Es cosa cierta y averiguada —sentencia Cárdenas— que no hay en el mundo provincia ni reino donde más este mal aflija ni donde más azogue, guayacán, china y zarzaparrilla se gaste, ni más sepitimio, polipodio y hermodátiles se consuman en jarabes." El increíble florecimiento de la sífilis, llamada "fruta de la tierra" —un mal que no era ni secreto ni infamante—, debe haber hecho de México el paraíso de médicos y boticarios. En el XVI corría por las Indias en calidad de autorizado refrán el dicho de "que no es hombre honrado el que no tiene cierto ramillo o rastro de este achaque".[26]

La religión competía con los médicos y los curanderos indígenas poniendo a disposición del enfermo sus poderosos recursos. Se elevaban rogativas, se hacían votos y promesas y se llevaban al lecho del moribundo piadosas imágenes y reliquias con el objeto de ahuyentar a la muerte. Felipe II, de quien emanaba todo principio de autoridad, era el primero no sólo en sancionar estas costumbres sino en dar a sus vasallos el ejemplo de lo que era capaz de realizar una fe puesta en los recursos sobrenaturales allí donde fracasaba la ciencia de los médicos. La noche del 19 de abril de 1562, su hijo el príncipe don Carlos, por salir de aventuras amorosas, se cayó de una escalera rompiéndose la cabeza. Nueve médicos, los más reputados de España, tuvieron cincuenta juntas sucesivas, lo cual no impidió que el maligno heredero se agravara de modo alarmante. En el transcurso de la enfermedad, el Rey escribió cartas a los frailes de los monasterios famosos "pidiéndoles imploraran el favor de Dios Nuestro Señor como debe hacerse y como estamos acostumbrados a hacer en todos nuestros asuntos y la intercesión de su Santa

Madre, rogándoles que devuelvan la salud a mi hijo".[27] Se organizaron procesiones y desfiles de flagelantes, la reina oraba de rodillas sin cesar "en su capilla privada", y "la princesa Juana fue descalza, una noche muy fría, al monasterio de Nuestra Señora de la Consolación para rogar por la vida del príncipe".

El 9 de mayo, el príncipe yacía en su lecho semejante a un cadáver. A la caída de la tarde —los médicos habían autorizado como recurso extremo que un curandero morisco llamado *El Pinterete* le aplicase dos ungüentos de su invención, sin ningún resultado—, se presenció en las afueras de palacio una escena impresionante. Varios frailes, seguidos de mucha gente del pueblo, cargaban en hombros el ataúd donde reposaba la momia de fray Diego de Alcalá, un lego franciscano muerto hacía más de cien años y a quien las curaciones milagrosas y los actos de humildad realizados durante su vida —no vacilaba en lamer las llagas de los enfermos incurables— le habían ganado una aureola de santo. Las puertas se abrieron al fúnebre cortejo, la odorífera momia fue puesta en la cama del enfermo, y se cubrió la cabeza inmóvil y deforme del príncipe con el lienzo que envolvía la calavera de fray Diego.

Felipe, esa noche, salió de Alcalá rumbo a Madrid para organizar los funerales de su hijo. Al día siguiente, el príncipe —más le valía haber muerto entonces— salió de su desmayo y a poco recobró la salud. "Ni don Carlos ni el rey Felipe dudaron nunca que la curación se había debido a un milagro auténtico",[28] por lo que la Corona española hizo de la canonización de fray Diego una cuestión de Estado.

La seducción de este milagro no debe engañarnos acerca de las ideas que Felipe II profesaba en materia médica. Fomentó, en cuanto le fue posible, el conocimiento científico y trató de proteger la salud pública, haciendo que las actividades de los médicos estuvieran bajo el control del gobierno. El doctor Francisco Hernández, uno de sus médicos personales, recorrió en misión oficial la Nueva España colectando animales, plantas y minerales. Ningún peligro le arredraba. En el trópico, en la meseta o en las cumbres de las cordilleras, sufriendo hambres, fatigas y graves padecimientos, andaba seguido de sus herbarios y sus valiosas colecciones. Podía haberlo enriquecido el ejercicio de la

medicina, pero rehusó desdeñosamente esta posibilidad entregándose a la investigación científica.

Hacía probar —dice Icazbalceta— prácticamente en los hospitales la eficacia de las medicinas y, valido de su título de protomédico, convocó a los facultativos que había entonces en la ciudad para que hicieran ensayos semejantes y le comunicaran el resultados de ellos.[29]

Aun dentro del pacífico mundo de la medicina abundaban las figuras interesantes. Juan de Unza, un vasco de noble origen que tuvo la desgracia de matar a un hombre en circunstancias desconocidas para nosotros, refugióse en un hospital de Extremadura, se hizo notable cirujano y, ansioso de pagar su delito por el martirio, vino a México, donde tomó el hábito de lego en el convento de San Francisco. Aquí sus maravillosas curas le valieron una reputación legendaria. La idea de devolver mal por bien lo obsesionaba al extremo de que, cuando uno de sus pacientes moría, el fraile se azotaba sin misericordia.

En otro orden menos novelesco se encuentran el agustino fray Agustín Farfán, autor del *Breve tratado de medicina,* la primera obra de este género publicada en la Nueva España, y el doctor Juan de la Fuente. Durante la terrible peste de 1576-1577 este notable profesional aconsejaba a sus colegas, los obligaba a reunirse en juntas y llegó a practicar la autopsia de un indio víctima de la epidemia.[30]

En la cabecera de los enfermos importantes —de los humildes la historia no gusta ocuparse—, hallamos siempre a tres personajes: el médico, el fraile y el escribano. De los tres, el más importante era el eclesiástico, ya que el arreglo de los negocios del mundo y del cuerpo no preocupaban tanto como el arreglo de los negocios del alma. El lúgubre recordatorio de que polvo somos y en polvo nos hemos de convertir y la melancólica sentencia del *Sic Transit Gloria Mundi* sonaban continuamente en los oídos de la gente con toda su terrible fuerza. La muerte, atropellando tiaras pontificias y cetros reales, la muerte coronada que vencía a los invencibles monarcas, era la imagen omnipotente que se proyectaba sobre el mundo. Entonces a los muer-

tos no se les escamoteaba en la forma industrial que acostumbran hacerlo nuestros agentes de pompas fúnebres, sino que se les exaltaba como la misma idea de un fin a que todas las cosas se hallan condenadas. Se llegaba incluso a penetrar en el misterio de las tumbas, fijando en los cuadros que colgaban en iglesias y monasterios el proceso de la descomposición de la carne, y en todas partes alternaban las calaveras y las tibias, con la representación de las mujeres en crueles radiografías, una mitad de las cuales ofrecía su hermosura terrenal ataviada de sedas y de joyas, y la otra, el esqueleto en que descansaba tanta gloria. La rosa, como símbolo de lo perecedero, estaba en labios de todos y era el motivo más caro a los poetas.

La familiaridad con la muerte y la certeza consoladora de que se descendía al sepulcro rodeado de las mayores seguridades para alcanzar la gloria algo dulcificaban la agonía del moribundo. Una firme creencia en otra vida de castigos o de recompensas eternas llenaba el futuro con las muy concretas realidades del infierno y el cielo. Para asegurarse el goce celestial no se escatimaban sacrificios económicos. El crecido número de misas, rogativas y desagravios ordenados con minucioso cuidado en los testamentos de la época acusan inequívocamente el temor a las llamas transitorias del purgatorio y, con mucha más razón, a las eternas del infierno que embargaba la culpable conciencia de nuestros antecesores.

La muerte del hombre tenía sin duda una mayor significación que su nacimiento. No se trataba de ese hecho confuso que nos hace caminar sobre las puntas de los pies y descubrirnos, sino de un suceso trascendente, de una cierta glorificación acerca de la cual convenía meditar y postrarse en tierra. Ya el hombre había dejado de ser, pero las campanas se encargaban de publicar su transfiguración llenando la ciudad de acentos metálicos. En la iglesia las ceras ardían en la solemne pira; en el altar, el sacerdote cantaba el oficio de difuntos y los asistentes se estremecían elevando ardientes preces por la salvación de un desconocido. Su piedad les sería recompensada, pues al tocarles el turno, otros vecinos, también desconocidos, rogarían por su alma. "Como te ves me vi, como me ves te verás", era el recordatorio que acostumbraba ponerse al pie de los huesos de los fieles difuntos.

LA CULTURA COLONIAL

La cultura constituyó una verdadera atmósfera henchida de profundas y ricas motivaciones. Hernán Cortés, el primer gobernante efectivo de la Colonia, los miembros de la segunda Audiencia, entre los cuales figuraba el propio don Vasco de Quiroga, y de manera especial los primeros virreyes, con muchos humildes frailes y dignatarios eclesiásticos, estuvieron vivamente interesados en el acarreo y consolidación de todos los elementos esenciales a la vida espiritual de la Metrópoli. España estaba en el cenit. Su aspiración a la hegemonía mundial en ella viva y sustancialmente unida a su ardiente deseo por hacer del hombre un católico, y su ambición de riquezas, mezclada a su avidez de gloria, eran sentimientos de tal modo vigorosos que los santos y los guerreros andaban repartiendo sermones y cuchilladas lo mismo en Flandes o en Italia, que en México, en el Perú o en China. Lo que hicieron la fe y el heroísmo parece cosa de milagro. En menos de cincuenta años unos millares de locos descubren océanos, volcanes, selvas y ríos gigantescos, le dan la vuelta al mundo y se adueñan de un Continente, estableciendo el mayor imperio colonial de la historia europea. En tanto que los teólogos españoles forjaban nuevamente el catolicismo y a los tercios se sumaba otro género de extraños soldados, en las Indias surgen los guerreros colonos, constructores de ciudades e historiadores de sus propias hazañas.

Las obras creadoras, orientadas hacia fines prácticos, tuvieron como uno de sus principales objetivos satisfacer la urgencia de iglesias y monasterios que en los primeros tiempos se hizo sentir de manera inaplazable. "La fundación de innumerables poblaciones —escribe George Kubler— fue el deber y el privilegio excepcional de los primeros pobladores en México".[31] Las gruesas torres de las casas, sus almenas y sus puertas claveteadas establecieron al principio un tipo de urbanismo feudal, hosco y guerrero, que poco a poco suavizó la gracia del plateresco, las hermosas fuentes, las plazas y sus frescas arcadas.

Paralela a la construcción civil florecía la construcción religiosa. Franciscanos, dominicos y agustinos, animados de su fer-

vor apostólico, multiplicaron los conventos en la ciudad y en el campo. A pesar de que muchas de las primitivas construcciones se han destruído o han sufrido alteraciones radicales, perduran reliquias tan numerosas e impresionantes, que bastan para darnos una idea precisa de las dimensiones alcanzadas por aquella pasión constructiva. Las torres, las fachadas y las bóvedas de las iglesias, las arquerías y los claustros de los conventos dieron a las ciudades de la Nueva España su inconfundible fisonomía religiosa, al mismo tiempo que introducían en los campos una tónica esencialmente feudal de contrafuertes y almenas, vigente hasta nuestros días.

Este mundo de piedra erigido en su mayor parte por frailes españoles aficionados a la arquitectura, este trasplante realizado en escala continental de unas formas occidentales, no obstante sus semejanzas, se diferencia en muchos aspectos de la arquitectura religiosa peninsular. El indio, al colaborar en los propósitos meramente estilísticos del constructor, introdujo una nueva sensibilidad, una deformación deliberada de los diversos estilos consagrados, que matizó la piedra con su aliento espurio y virginal.

La alteración en los estilos debida a la intervención de los alarifes indígenas, con ser importante y significativa, lo es menos que la alteración operada en la dinámica de nuestra arquitectura religiosa, porque nos relaciona en forma directa con el rasgo característico de la cultura colonial. En menos de cincuenta años, de acuerdo con la aguda observación de José Moreno Villa, la escultura de la Nueva España —la obra dejada por el cantero en capiteles, cruces, fuentes bautismales, figuras y labrados decorativos— se complació en recrear aquí los estilos del románico, del gótico y del renacimiento, mezclando formas que en Europa han tenido que gestarse en cuatrocientos años. "Las artes o modos artísticos —concluye Moreno Villa— son aquí de aluvión, es decir que no obedecen a un proceso interno evolutivo como en Europa".[32] El fenómeno, en realidad, no es privativo de la arquitectura sino de la cultura colonial en el siglo XVI. Si el alarife indígena, haciendo a un lado su manifiesta sensibilidad artística, pudo muy bien transformarse en un cantero medieval o renacentista, al poeta criollo no le sería tampoco difícil

escribir con una mano décimas medievales y con la otra sonetos petrarquistas.

EL UNIVERSO MÁGICO DE LOS LIBROS

La librería con sus estantes henchidos de volúmenes y su erudito propietario era desconocida en el siglo XVI. Sin embargo, se leía mucho, como lo prueba la cantidad de volúmenes importados y el número de comerciantes que traficaban en libros. ¿Qué leían los habitantes de la Nueva España en el siglo XVI? Dos importantes documentos de 1576 se encargarán de darnos una satisfactoria respuesta. El primero se refiere a una compra local de 341 volúmenes y el segundo a la adquisición de 1,190 libros importados de España. La circunstancia de que estas compras hayan sido hechas por comerciantes de la ciudad de México y no por instituciones o particulares nos permite formarnos una idea de los gustos literarios y de las necesidades técnicas del Virreinato.[33]

Es natural que la mitad de los volúmenes contenidos en ambas listas —la primera es del 22 de junio y la segunda del 2 de diciembre— fueran "libros teológicos, manuales o escritos piadosos". La presencia de veinte Biblias editadas en Francia o en Amberes y la de numerosos ejemplares de las obras de Erasmo, considerado en 1571 como un herético peligroso, demuestra que existía a pesar de la Contrarreforma cierta libertad por lo que hacía a la circulación de libros prohibidos.

Entre las obras mencionadas en los dos contratos ocupaban un lugar preferente la medicina, la jurisprudencia y la filosofía. Lo antiguo —un libro del griego Dioscórides y un tratado farmacéutico de Juan Mesue, médico del fabuloso Harun-Al-Raschid— se mezclaba a lo moderno —obras de los médicos de Carlos V y Felipe II—. En filosofía el todopoderoso Aristóteles iba de la mano con Vives y fray Alonso de la Veracruz y en jurisprudencia las obras teóricas de los viejos figuraban al lado de las obras de los contemporáneos o aun de recopilaciones de leyes indianas.

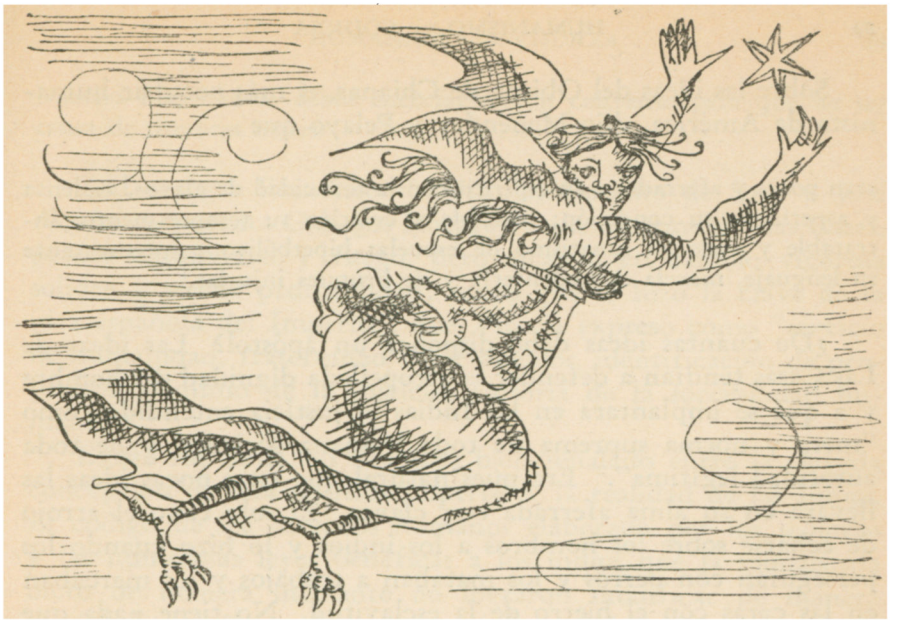
Si bien el simple escrutinio de un conjunto de libros no puede abarcar el panorama demasiado complejo de una cultura que como la española alcanzaba un momento cenital, basta a trazar,

en sus grandes líneas generales, las tendencias y los gustos que animaban a los lectores de la Nueva España. Es indudable que en medio siglo la cultura se había depurado considerablemente. Los libros de caballería, que tanto gustaron a la generación de los conquistadores, habían sido sustituídos por nuevas y más exigentes lecturas.

De acuerdo con la afición a los géneros poéticos que ya desde el arranque de la Colonia se manifestó en México como una tendencia literaria favorita, los poetas fueron los preferidos. Virgilio figura con treinta y tres ejemplares de sus obras en latín y treinta y cuatro en español; Marcial con veinticinco y el picante *De amatoria* de Ovidio —otro libro que razonablemente debería suponerse en el limbo del Índice inquisitorial— alcanza el privilegio de figurar en ambos contratos.

Los prosistas, con Cicerón a la cabeza —sus epístolas aparecen listadas veintiún veces y su libro *De oficiis* veintiséis—, circulaban profusamente. El hecho de que Lucano, Marcial, Séneca, Salustio, Justino y Julio César sean objeto de un activo comercio justifica la afirmación de Menéndez y Pelayo en el sentido de que "México empezaba a cobrar el nombre de Atenas del Nuevo Mundo" y aun la exagerada y optimista creencia de "que fácilmente podemos igualar a los griegos" expresada por el criollo o mestizo mexicano fray Diego de Valadés en su *Rhetorica christiana.*

El mercado de libros en la Nueva España no sólo proveía a sus clientes de clásicos sino también de autores contemporáneos españoles. Las "novedades" de la época, los libros más en boga —los *best seller* del XVI según la designación americana de Irving—, registrados en las listas de 1576, reflejan, en lo esencial, dos características bien definidas de la sociedad mexicana: la afición por el realismo y la sensualidad que compendiaba *La Celestina* y la tendencia al apólogo que satisfacía cumplidamente el *Libro áureo de Marco Aurelio,* las dos obras preferidas de ese siglo. Época afecta a moralizar y a sacar de todo lecciones y ejemplos, con frecuencia estereotipados, se desquitaba teniendo como libro de cabecera la *Tragicomedia de Calixto y Melibea.*



III: HUMANISMO *vs.* CODICIA, UNA LUCHA SIN VICTORIA

Pecad enérgicamente.
LUTERO

Los IDEALES de la justicia y de la libertad como patrimonio común a todos los hombres, propios de los humanistas españoles, fecundan una gran porción de la vida mexicana en el siglo XVI. Se trata más bien de una actitud vital que de un estilo literario. Entre la cultura grecolatina del Renacimiento y Las Casas, entre Zumárraga y Erasmo o don Vasco de Quiroga y Tomás Moro, existen profundas diferencias por más que todos ellos, en algún modo, participen del mismo ambiente espiritual.

Los humanistas que vinieron a México, a excepción hecha de Cervantes de Salazar, se nos presentan como enérgicos hombres de acción. Trabajan en un Nuevo Mundo, tienen ante sí una realidad característica, están revestidos de una misión sagrada y la realizan entregándose a ella con todas sus fuerzas.

Sobre las ideas del Obispo de Chiapas, el más peculiar humanista de América, dijo Menéndez y Pelayo que

> eran pocas y aferradas a su espíritu con la tenacidad de clavos, violenta y asperísima su condición; irascible y colérico su temperamento; intratable y rudo su fanatismo de escuela; hiperbólico e intemperante su lenguaje, mezcla de pedantería y de brutales injurias.[1]

¿De cuántas ideas debe disponer un apóstol? Las ideas de Las Casas tendían a defender la atropellada dignidad del hombre y a que se implantara en las Indias la justicia entendida como "meta y norma suprema de toda humana sociedad y de toda autoridad legítima".[2] Era pues natural que estas pocas ideas las llevara en su alma aferrada con clavos. Él solo tuvo el arrojo de echarse sobre los hombros a los indios y lo hizo cuando los perseguían con perros y los mataban a trabajos y los marcaban en las caras con el hierro de la esclavitud. No tiene nada que ver con Ginés de Sepúlveda, el apaciguador de conciencias, su contricante, ni con los teólogos forjadores del derecho teórico. Ellos se estaban en sus bibliotecas escribiendo al amparo del fuego mientras Las Casas se enfrentaba directamente a los esclavistas, recibía sus insultos y las piedras que le arrojaban, padecía hambres y soles, cruzaba el océano muchas veces, aun en plena ancianidad, escribía y hablaba como un poseso —"yo he escrito muchos pliegos de papel y pasan de dos mil en latín y en romance"—, y no vacilaba en decirles a los reyes, en sus barbas, que ellos cargarían con los pecados de la Conquista.

¿Podía no ser violento y áspero, irascible y colérico el hombre que asistió a la destrucción de los indios del Caribe con la amarga y desesperada certidumbre de su impotencia? Él fue la conciencia moral del Imperio español en las Indias, y esta cruz que aceptó voluntariamente le acarreó el odio de los fariseos y de los escribas de su tiempo y del nuestro. El mismo Motolinia, que fue un defensor sincero de los indios, le escribía a Carlos V:

> Yo me maravillo cómo Vuestra Majestad y los de vuestros Consejos han podido sufrir tanto tiempo a un hombre tan pesado, inquieto e inoportuno, y bullicioso y pleitista en hábito de religión, tan desasosegado, tan mal criado y tan injuriador y perjudicial y tan sin reposo.

Vuestra Majestad le debía encerrar en un convento para que no sea causa de mayores males.

"Al recoger Francisco de Vitoria, Domino de Soto y José Acuña —comenta Gallegos Rocafull— la doctrina de Las Casas, perdió agresividad y fuego, pero alcanzó en cambio vigorosa solidez y serena profundidad; tanto que se hizo la clave de la idea española del Imperio", que Vitoria expresó como "servicio de humanidad, fraternidad entre pueblos, identificación de propósitos, dominio de la justicia, victoria de la sociabilidad humana".[3]

Existe sin duda un divorcio bien señalado entre la elevada concepción de esta política imperial y la realidad de las Indias. El código de los derechos humanos elaborado por los teólogos y las numerosas leyes benéficas a los indios que la monarquía dictó de manera incesante no lograron modificar de manera sensible la condición de los naturales, sobre los cuales descansaba la estructura económica del Imperio. En la fachada de las Indias, como en el frontispicio de un templo, se hallaban registradas las hermosas palabras que consagraban el dominio de la justicia y de la socialidad humana, pero en el interior reinaban la injusticia y la desorganización social. Las Casas no logró, no podía lograrlo, salvar a los indios de la esclavitud, pero al menos, en aquella remota lucha por la justicia social, despertó un movimiento de simpatía hacia ellos que salvó a millares abriéndoles la posibilidad de una futura redención. Su obra, encaminada a deslindar con terrible claridad la distancia que separa un buen propósito de la realidad, dejó sin justificación moral posible la parte sombría de la conquista y de la colonización españolas. Ésta es la razón por la que se le odia tanto. Los hispanistas hablan de sus exageraciones como si el crimen fuera una cuestión de estadística, pero después de cuatro siglos la mejor prueba de la verdad de su denuncia debe verse en la situación de extremada miseria y desamparo en que todavía se encuentran millones de indios americanos.

Si las acusaciones de fray Bartolomé de las Casas las aprovecharon los enemigos de España, ¿por qué vamos a preocuparnos? Lo que importa es que las haya formulado, en medio de un hu-

racán de pasiones y de intereses al rojo blanco, un fraile español, y que estuvieran de su lado los mejores españoles. Todo lo que hablaron posteriormente los detractores de España carece de vida y de emoción auténticas. Es justo reconocer —no sabemos si se trata de un vicio o de una virtud nacionales— que nunca un pueblo se ha criticado a sí mismo tan despiadada y reiteradamente como lo ha hecho el español. Condición ésta del XVI y de siempre. El odio a la injusticia y a la infamia es una forma española del amor y ese amor lo tuvo fray Bartolomé de las Casas en un grado de heroísmo del que no hay otro ejemplo en el mundo.

ZUMÁRRAGA, LA CONTRADICCIÓN DE SU TIEMPO

La figura de Zumárraga, a pesar de su viva inclinación por Erasmo, no se ofrece revestida de aquellos rasgos que tradicionalmente se asignan al humanista. El primer obispo de México fue, a juzgar por el dibujo de su vida, un fraile medieval. Carlos V que lo conoció accidentalmente en su humilde convento del Abrojo le confió la misión de exterminar a las brujas de Navarra y ésta fue la primera tarea que realizó fuera del claustro. Más tarde se le nombra obispo de México, protector de los indios e inquisidor apostólico, cargos los tres un poco imprecisos que él tomó, según lo expresa, "por cruz y martirio".

La situación que afronta Zumárraga en México rebasa todo cálculo anterior. Nuño de Guzmán, que había llevado de su gobernación del Pánuco veinte navíos cargados de indios para ser vendidos en las islas del Caribe, ostentaba el elevado puesto de Presidente de la Audiencia. La lista de los crímenes cometidos por Guzmán, los oidores, el factor Salazar y el veedor Chirinos —los gobernantes en turno— resulta increíble. Si bien un funcionario legalmente no podía tener indios esclavos, de hecho la Audiencia disponía de todos los indios; construían para ellos, sin percibir salario alguno, casas, molinos y quintas; se les despojaba, mediante contratos irrisorios, de sus aguas y sus tierras y abrumábanlos a cargas y tributos; vendían empleos y repartimientos, tenían esclavos en los placeres de oro y se les conducían como ganado al Pánuco. Los naturales, enloquecidos,

se suicidaban o negábanse a tener hijos con sus mujeres. Los robos de indias hermosas, aun de las que vivían en casas de recogimiento, estaban a la orden del día. Las prostitutas compartían con los oidores los sillones del Consejo.[4]

Zumárraga, que ni siquiera era obispo consagrado —se embarcó antes de recibir las bulas pontificias—, contando con el odio de los dominicos partidarios de la Audiencia y sin un clero organizado que lo apoyara, intervino valerosamente en defensa de los indios.

> El Presidente y oidores —dice García Icazbalceta— mandaron pregonar que ningún español acudiese al protector por negocio de indios so pena de perderlos, ni tampoco los indios con quejas porque serían ahorcados. Puso tanto miedo a todos aquel pregón, que nadie osaba hablar con el obispo "más que con descomulgado".[5]

No había freno para la violencia. A un fraile que pretendió exhortar a los oidores se le bajó a golpes del púlpito, y cuando por la fuerza las autoridades violaron el derecho de asilo conventual para vengarse de dos pobres diablos, Zumárraga no vaciló en ponerse al frente de un motín. Se derribó la puerta de las casas reales, él mismo respondió iracundo a los insultos que le dirigían los oidores y se salvó de morir debido a que un lanzazo asestado por Delgadillo le pasó debajo del brazo.

Desaparecida la Audiencia, Zumárraga pudo iniciar más tranquilamente sus tareas episcopales. En ese momento, descubrimos con sorpresa que bajo el hábito del fraile se oculta un humanista. La tesis de su *Doctrina breve muy provechosa* (1543-1544), inspirada con pequeñas variantes, en la *Paráclasis* de Erasmo, se repite "abreviada al fin de la otra Doctrina impresa por su orden hacia 1546,[6] lo cual significa que Zumárraga se atrevió a lanzar un programa erasmista de cristianización diez años después de haber muerto Erasmo y cuando sus obras, desaparecidos también sus encumbrados defensores en España, eran objeto de implacables persecuciones inquisitoriales.

El primer Obispo de México sostenía en ambas doctrinas la necesidad de que los Evangelios fueran traducidos a todas las lenguas del mundo y conocidos de todos. A las supersticiones del pueblo y a las obras de los teólogos, anteponía la palabra

viva de Cristo, enseñada con sencillez y, sobre todo, con el ejemplo personal. "¿Quieres, hermano, que te diga lo que siento? No puedo acabar de entender qué es la causa por que queremos más deprender la sabiduría de Jesucristo de las escrituras de los hombres, que de la boca del mismo Jesucristo." Para él Cristo era el único maestro, el mayor y más verdadero teólogo. Confiaba antes en la oración que en los argumentos y condenaba toda pedantería, pues "más se muestra [la palabra de Dios] en bien vivir que en bien argüir y mejor se aprende con divinas inspiraciones que con trabajos de escuela".

Abundan las contradicciones en el alma de Zumárraga. En el Catecismo que dió a la estampa en 1546, reproducción casi literal de la *Suma de doctrina cristiana* del Doctor Constantino, no menciona a la Virgen, ni el Purgatorio, ni las indulgencias.

> Puede sospecharse —escribe Bataillon— que, para los intrépidos "evangelistas" que emprenden la cristianización de los indios, todo lo que sea fomentar la devoción de la Virgen y de los santos tal como corre entre "cristianos viejos" encierra un peligro de confusión con la anterior idolatría y de ofuscación de lo fundamental que es obediencia de la ley de Dios, conocimiento del pecado y fe en la redención por la sangre de Cristo.[7]

A pesar del revelador silencio y del peligro de confundir idolatrías, el nombre de Zumárraga está ligado con firmeza a la aparición de la Virgen de Guadalupe, que es la invención milagrosa más hondamente arraigada en el pueblo de México. No es ésta la única grieta que presenta el erasmismo de Zumárraga. Ejerció a conciencia su cargo de inquisidor, no obstante que el filósofo holandés había condenado el empleo de la violencia para imponer el catolicismo y destruir la herejía. "Estando en México —puntualiza García Icazbalceta— prendió a un brujo llamado Océlotl y le desterró a España por ser muy perjudicial." Veía escondido al diablo detrás de los códices y de los ídolos indígenas, razón por la cual los entregó a la hoguera purificadora, y su actuación culminó con la muerte del cacique de Texcoco ordenada en tales circunstancias que mereció la reprobación de los mismos inquisidores españoles.

El odio que sentía el señor Zumárraga hacia toda manifestación sospechosa de herejía era compatible con el amor más acendrado a los indios y a la cultura. No debemos sólo al Obispo la primera imprenta y en parte la Universidad, sino la idea del Colegio de Santiago Tlatelolco. El espectáculo conmovedor que ofrecían los niños indígenas entregados al estudio y a la artesanía en el convento grande de San Francisco, bajo la dirección de fray Pedro de Gante, inspiró a Zumárraga el deseo de "proporcionarles un colegio especial donde pudieran ampliar sus estudios y llegar a servir de maestros".[8] El viejo fraile concebía todo en grande.

> La cosa en que mi pensamiento más se ocupa —le escribía a Carlos V— y mi voluntad más se inclina y pelean con mis pocas fuerzas es que en esta ciudad y en este obispado haya un colegio de indios mochachos que aprendan gramática a lo menos, y un monasterio grande en que quepan mucho número de niñas hijas de indios.

Ofrecía su biblioteca y un pueblo de su propiedad para traer de España un navío con árboles frutales que fueran sembrados en las huertas de los colegios, pues de esta manera las gentes perderían "el deseo de Castilla, que siempre pían, más que por otra cosa, por las frutas de ella".[9]

Con la ayuda del Emperador y del Virrey don Antonio de Mendoza pudo inaugurarse el Colegio en 1536. Los maestros fueron notables. Enseñaban en Tlatelolco fray Andrés de Olmos, que vino a México con Zumárraga, escritor, lingüista, y "apóstol durante cuarenta y tres años de naciones bárbaras y remotas";[10] fray Juan Gaona, ilustre teólogo, "tan humilde como sabio";[11] el monje francés Juan Focher, doctor de la Universidad de París y fray Bernardino de Sahagún. Este fraile —de joven era tan hermoso que sus superiores lo ocultaban para no darle ocasión de perderse— fue durante largos años el animador del Colegio. En torno a la composición de su *Historia general de las cosas de Nueva España* se creó un grupo de latinistas, intérpretes, ilustradores y cajistas indígenas que no ha sido nunca superado. La miseria del Colegio, presente aun en sus días de mayor esplendor, y las "envidias y pasiones" a que aludiera el Virrey Mendoza no impidieron que en el Colegio se forma-

ran, entre otros muchos indios, el famoso orador y latinista Antonio Valeriano, Diego de Grado, Mateo Severino y el rector Martín Jacobita.

El espíritu combativo de San Pablo que Dios le niega a Erasmo, un hombre de letras, se lo concede a Zumárraga, un hombre de acción. Él, que era un fraile, cierra los ojos a los ataques monásticos de su inspirador, tal vez por considerarlos justos, y trata de llevar al Nuevo Mundo la palabra de Dios devuelta a su primitiva pureza. Posiblemente estuvo lejos de la humanidad clásica tal como la entendía Erasmo, aunque hizo suyas algunas de las ideas renovadoras del holandés, y no debe haber sido tampoco muy partidario de los santos, de las reliquias, las supersticiones y la pompa del ceremonial eclesiástico. Se soñó el pastor de una nueva iglesia apostólica que tuviera por guía el Evangelio; pero no se dio cuenta, y si se dio no pareció darle importancia, de que lo que él consideraba como la verdad y la salvación del universo cristiano, el movimiento que había inspirado la mejor hora de España, era condenado y perseguido a sangre y fuego por los suyos, por los frailes, los clérigos y los inquisidores, cuya más alta representación ostentaba. En esta lucha de la razón contra las tradiciones seculares, de la doctrina evangélica contra las jerarquías fosilizadas de la Iglesia, él fue vencido. El cambio histórico de España hizo imposible la realización de sus ideales. Prevalecieron los monjes, aumentó la pompa de las ceremonias religiosas, triunfó la violencia y la superstición. En el alma de Zumárraga al fin predominaron también sus elementos feudales. Le faltó la tolerancia y el entendimiento cordial de las cosas que el humanista debe poseer en el más alto grado; fomentó, arrastrado por su tiempo, las supersticiones; fue siempre un monje respetuoso de su orden y, sobre todo, un loco español que es distinto a los otros locos. Tenía cerca de ochenta años cuando se le ocurrió irse a China para predicar el Evangelio con su amigo fray Domingo de Betanzos, dejando la diócesis abandonada. Naturalmente las autoridades eclesiásticas le negaron su absurda petición y murió en la cama, contra su voluntad, a las nueve de la mañana del domingo 3 de junio de 1548. Una hora antes había dicho a los que le rodeaban: "¡Oh, padres! ¡Cuán diferente es verse el hombre en el

artículo de la muerte a hablar de ella." Sus últimas palabras resonaron claras en la pequeña celda: *In manos tuas, Domine, commendo spiritum meum.* Poco después llenaban el silencio de la casa arzobispal los dobles de las campanas anunciando la sede vacante.

De las resistencias con que tropezó el Colegio de Tlatelolco aun en vida de Zumárraga nos hablan sus mismos detractores. El escribano Jerónimo López contaba a Carlos V el siguiente sucedido: Un clérigo que lo visitó en 1541 se vio cercado de bulliciosos estudiantes indígenas. Llovieron sobre él tantas preguntas en materias de fe y de las Sagradas Escrituras, "que salió admirado y tapados los oídos y dijo que aquél era el infierno y los que estaban en él discípulos de Satanás".

Los frailes, puntualiza el escribano muerto de envidia, no sólo se contentaban con que los indios supieran "leer, escribir, puntar libros, tañer frautas, cheremías, trompetas y tecla, y ser músicos", sino que además incurrieron en el error de enseñarles gramática y ciencias. El indio debía saber el *Pater Noster,* el Ave María, el Credo, la Salve, los mandamientos "y no más". "La doctrina —sentencia el rábula— bueno fue que la sepan; pero el leer y escribir muy dañoso como el diablo." ¿Para qué les servía el latín a los indios que, según él, hablaban con la elegancia de un Tulio? En conclusión, "solo servía de que conocieran en el decir las misas y oficios divinos cuáles sacerdotes eran idiotas y se rieran de ellos o no los tuvieran en tanta reputación y para que asimismo notaran si en la predicación o en las pláticas echaban algún gazafatón en latín". Era indudable que el estudio sólo servía para hacerlos "más bellacos".

UN MUERTO PARA EL MUNDO

En 1535, dos oidores, acompañados de un escribano, dieron fe de un triste espectáculo muy frecuente en la ciudad de México. Un grupo de indios, tomados de rescate en la Nueva Galicia, esperaban la hora de ser vendidos como esclavos. Los hombres, las mujeres y los pequeños de tres o cuatro meses de edad mostraban en la cara el "hierro que dicen del rey casi tan grande como los carrillos de los niños"; "y vimos todo esto y más —re-

fiere uno de los oidores llamado don Vasco de Quiroga— que algunos de éstos estaban efermos y enfermas, casi que para expirar".[12]

Se preguntó a los dueños "qué mal habían hecho aquellas mujeres y los niños de teta para los así herrar", y ellos respondieron: "Los hemos sacado de las rocas de las montañas adonde se habían escondido huyendo de los españoles".

"Huyen las ovejas de los lobos —escribía más tarde don Vasco al Consejo de Indias—, huyen los indios y se defienden de los innumerables agravios y fuerzas y daños" recibidos, "con las armas del conejo que es huir a los montes y breñas". Huir no es levantarse en armas. Sólo "nosotros, ciegos de la codicia, llamamos rebelión a la defensa natural, porque así conviene a nuestros propios y particulares intereses".

Y no son sólo los indios de la Nueva Galicia. En otras muchas partes, a los indios "libres e inocentes" los hacen esclavos los "cristianos",

> y más que esclavos aun como condenados a las minas; los hierran en las caras . . . y se las aran, y escriben con los letreros de los nombres de cuantos los van comprando, unos de otros, de mano en mano, y algunos hay que tienen tres o cuatro letreros . . . de manera que la cara del hombre, que fue criado a imagen de Dios, se ha tornado en esta tierra, por nuestros pecados, papel, no de necios, sino de codiciosos, que son peores que ellos y más perjudiciales.

Piden las indias hermosas "a docenas y medias docenas", rescatan a los indios —"yo no sé qué diablo de rescate es éste"— no para doctrinarlos ni instruirlos sino para matarlos a trabajos. Sí. Todo esto lo hacen los "cristianos", "los malos y codiciosos cristianos".

> No son los naturales para nosotros —concluye el licenciado su Información— sino como los pájaros con la red; así se recelan y se espantan y escandalizan y huyen de nosotros y de nuestras obras y redes que les armamos para en cualquier manera que sea, por fas o por nefas, enredarlos y aprovecharnos de ellos, con total destrucción y asolamiento suyo.[13]

Don Vasco de Quiroga es quizá la más hermosa figura del humanismo mexicano. Tenía la caridad, el realismo práctico y

la fecunda imaginación de los grandes apóstoles. No altera su equilibrio vital ningún feo pecado de intolerancia. De funcionario de la Audiencia pasó insensible y suavemente al obispado de Michoacán. "Me arrancaron de la Magistratura —escribe— y me pusieron en el timón del sacerdocio por mérito de mis pecados . . . y así sucedió que antes de aprender empecé a enseñar." Fue un obrero de la aspiración ecuménica de su tiempo y de su país, para quien "el oficio [de Carlos V] consistía principalmente en que todas las naciones profesasen la misma fe ortodoxa y que el orbe universo sea reducido al culto del único Dios verdadero y se haga un solo rebaño y un solo pastor".[14]

Apoyándose en lo que era propio del indio, la agricultura comunal y la artesanía, convierte en realidad la Utopía de Moro, fundando los hospitales de Santa Fe y de Michoacán. He aquí una nueva idea aplicada en el Nuevo Mundo a una nueva sociedad. Las palabras de tuyo y mío, fuentes de la discordia universal, habían sido proscritas dentro de los límites de Utopía. Se trabajaba seis horas diarias; el fruto del moderado esfuerzo conjunto se distribuía particularmente "según que cada uno haya menester para sí y para su familia"; ellos mismos se hacían sus vestidos de algodón y lana, "blancos, limpios y honestos"; los funcionarios del hospital eran elegidos democráticamente; los niños aprendían jugando la agricultura y a todos se les enseñaba la palabra de Dios y las buenas costumbres.

> Os aprovechará —recomienda— la guarda de lo dicho, para que así, viviendo en este concierto y buena policía, fuera de necesidad y de mala ociosidad y codicia demasiada y desordenada, demás de salvar vuestras ánimas, os mostréis gratos a los beneficios de Dios Nuestro Señor.[15]

Don Vasco, a semejanza de Zumárraga, hablaba de fundar una "iglesia nueva y primitiva". Era de los "hombres verdaderamente muertos al mundo, vivos a Cristo" que enseñaron, según el ideal de Erasmo, "sinceramente la palabra de Dios entre las gentes bárbaras". Creía que mientras los europeos, de su antigua simplicidad y buena voluntad, habían decaído hasta parar en esta edad de hierro, los indios "estaban aún en la edad de oro".[16] Él, sin ayuda, principió a edificar en México la Ciudad de Dios.

Allí están en Tzintzuntzan, en ese campo de tierra roja que domina la plateada claridad del lago, los olivos que él plantara. Allí están las lacas de Pátzcuaro, el cobre batido de Santa María, la cerámica de Patamban, los instrumentos musicales de Paracho. El pie que mueve el torno del alfarero y la mano que se desliza en el telar del tejedor nos hablan hoy de sus enseñanzas. La ciudad construída en el XVI por la idea de comunidad, una aspiración que viene de Platón, vive en su nombre repetido con reverencia por todos los indios de Michoacán.

EL HUMANISMO DE LOS COLEGIOS

El humanismo de estos hombres que fueron más "píos y santos" que letrados, como quería Zumárraga, se extinguió cuando ellos murieron. Era un ideal de dignidad humana tan alto y tan puro que no podía prosperar en el mundo feudal contra el cual había combatido. Lo ahogó en su cuna la codicia del encomendero y la del funcionario de la Corona, pero la causa real de este desplome debe buscarse en la escisión del mundo cristiano. España trató de extirpar la herejía y de imponer por medio de la fuerza lo que ella creía era la salvación del hombre.

> Es el momento —escribe Joaquín Xirau— en que Luis de León, Juan de la Cruz y el Arzobispo de Toledo van a ser encarcelados y en que los seguidores de Luis Vives, de los Valdés, de Tomás Moro, de Erasmo . . . van a llenar los calabozos o a ser quemados en la plaza pública.

Frustrado el movimiento humanista español, la literatura que se expresa en latín y se nutre de preferencia en la antigüedad clásica no trasciende a la vida y queda circunscrita al ámbito de las escuelas. Cervantes de Salazar, compañero de Vives y el humanista civil más importante del XVI, no mereció la estimación de sus prelados. Su posición dentro de la Iglesia y en el orden social fue insignificante. Al morir oscuramente el hombre que había contribuído como nadie al esplendor de las exequias del Emperador Carlos V, se le erigió en la catedral una modestísima pira funeraria que valía un peso, sin contar las pinturas por las que se pagaron cuatro. No es posible precisar hasta qué

grado vivía el humanismo en Francisco Cervantes de Salazar, pero ni su medio, ni sus condiciones, pueden llevarnos a pensar que la antigüedad haya sido cosa vital en él como lo fue en ese Pietro Paolo Boscoli, que en la prisión —había conspirado contra la vida de los Médicis—: "hacía esfuerzos para librarse de sus fantasías romanas y morir cristianamente".

Un caso del mayor interés por tratarse de un mestizo es el de fray Diego de Valadés, "el primer mexicano que logró imprimir un libro suyo en Europa".[17] Según la costumbre, había ingresado muy joven en el convento grande de San Francisco, donde tuvo la oportunidad de colaborar al lado de fray Pedro de Gante. Vivió, "gracias a Dios", treinta años con los indios y fue predicador y confesor por más de veintidós en tres idiomas: mexicano, tarasco y otomí; desempeñó el cargo de Procurador de la orden de franciscanos menores ante la Santa Sede, y en 1597 vió la luz en Perusa su *Rhetorica christiana*, "vasto tratado —al decir de Gabriel Méndez Plancarte— que merece detenido estudio tanto en su aspecto literario como en su contenido histórico referente a los antiguos ritos y costumbres de los indios de México".

La figura de fray Diego de Valadés, a pesar de lo poco estudiada que ha sido, revela la indudable "saturación humanística" de nuestro siglo XVI. No sólo es un misionero, un grabador y un conocedor de lenguas indígenas sino al mismo tiempo un hombre de "vastísima erudición grecolatina", un escritor que "maneja el latín con soltura y elegancia" y un devoto fervoroso de Platón.

Genuino producto del movimiento humanístico que hemos esbozado, en él se funden las cualidades del intelectual y las del hombre de acción, lo que le permite rebasar las limitaciones naturales en un mestizo de su tiempo. Estando en la casa de un funcionario público del rey, puede decirle a cierto noble que se expresaba mal de los indios: "Pienso en verdad que ese prurito de hablar mal de los indios es propio de aquellos que ven la cosa desde arriba y no de cerca. O, para decirlo mejor, ha nacido de que ven el asunto con ojos torcidos y poco cristianos".

Justo es cantarles a esos que tal afirman con tanta ligereza e ineptitud, aquello de Pablo: Tú ¿quién eres que juzgas al siervo ajeno y

como ladrón metes tu hoz en la ajena mies? Dios es sólo cardiognostes que escruta los corazones y las entrañas. Ante su tribunal todos nos presentamos y Él investigará con antorchas y descubrirá a Jerusalén.[18]

DE ESPALDAS A LA VIDA

La llegada de los jesuítas, en el último cuarto del siglo, incrementó los estudios humanísticos. Se representaban piezas latinas y se organizaban con diversos motivos juntas y certámenes literarios. Los niños prodigios que hablaban el latín y recitaban la *Eneida* a los diez años se exhibían en el Colegio de San Pedro y San Pablo como pequeños monstruos dignos de los mayores elogios. De la olla providente, y en pleno hervor de la literatura novohispana, brotaban sin cesar numerosas poesías latinas, odas y epigramas de circunstancias. Toda esta producción un poco acartonada, vuelta de espaldas a la vida, añadió un nuevo elemento colonial al complejo panorama de la cultura, pues su manifiesta artificialidad no sólo no ayudó a la búsqueda de una expresión sino que le añadió un obstáculo. Al español nacido en América lo circunda desde el principio un ambiente de elementos y motivaciones gestados en otra circunstancia que no logra asimilar a su espíritu. No había un aglutinante capaz de fundir y darle un nuevo sentido a la mezcla arbitraria de clasicismo, renacimiento y feudalismo católico, unidos a los elementos culturales de España y de Italia que se hacían tragar en una sola cucharada al criollo estudioso.

Por otro lado, la desorganización social de la Colonia, el divorcio establecido entre la cultura importada y los imperativos de la realidad americana determinaron que las expresiones literarias en la Nueva España tuvieran escasa originalidad. En el campo del espíritu nada se produce por generación espontánea. La creación de formas individuales es fruto de un desarrollo orgánico, de una verdadera saturación cultural que fecunde profundamente la vida de un pueblo. Entre Apolo, el signo de lo griego, y Coatlicue, el símbolo de lo mexicano entonces sepultado y estigmatizado, entre la Italia del Renacimiento y su espíritu armonioso, y el feudalismo español nutrido con el sentimiento de su pueblo, se abrían simas que únicamente podían

salvar el transcurso de los siglos y la lenta, dolorosa gestación de la vida nacional.

El criollo en el XVI logró imitar con fortuna el estilo petrarquista que le daba su tono a la época y enriquecer el acervo de la poesía religiosa con aportaciones frescas y originales, pero no logró imitar siquiera dignamente los modelos grecolatinos que formaron parte tan considerable de su educación. Del humanismo escolar nos quedan muchos fríos ejercicios retóricos. No podemos condenarlos en su conjunto. Representaban una corriente henchida de savia secreta, que al correr del tiempo habría de fecundar el tierno trasplante.

IV: EL MUNDO DE LA LUZ

> Espantábamos mucho el decir, que pena y gloria era para siempre en lo que leíamos. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto; y gustábamos de decir muchas veces, para siempre, siempre, siempre.
>
> SANTA TERESA DE JESÚS

EL HOMBRE, a lo largo del siglo XVI, descansaba tranquilo en el blando soporte de su fe. Su mundo no era un mundo vacío, a la deriva, como el nuestro, sino un mundo firmemente asentado en las creencias religiosas. Ante todo le preocupaba la salvación de su alma, el destino que le aguardaba después de muerto, su tránsito a un lugar de goces o de dolores infinitos, sin riberas, sin cambios, eterno y perdurable. En su espíritu combatían incesantemente el bien y el mal, la propensión a la carne y a los goces terrenales y el ansia de salvarse, lo que originaba una conciencia de vivir en pecado, un conflicto desgarrador que sólo apaciguaba la edad madura, porque cuando el hombre era joven prevalecían sus fuerzas demoniacas y sólo al final, cuando las

pasiones se aquietaban, dominaban en él las fuerzas celestiales, por lo que la vida del español se nos ofrece claramente dividida entre un ansia de placeres, entre un verdadero frenesí maligno y el deseo inaplazable de arreglar sus cuentas con Dios y de ganarse, mediante sacrificios y oraciones, un lugar en el cielo. Fruto de esta preocupación eran en buena parte los conventos, las iglesias, las fundaciones piadosas y las cuantiosas limosnas que salían de las bolsas de los envejecidos pecadores contribuyendo a robustecer el auge del clero y la fisonomía religiosa de la época. Si en la actualidad nos enfrentamos a un universo alterado, el habitante de la Colonia se hallaba sumergido en un medio estático que lo obligaba a reflexionar continuamente sobre un grupo de asuntos invariables. El pecado, la muerte, el infierno, el purgatorio, la pasión de Cristo y la astucia vigilante del diablo constituían sus preocupaciones esenciales.

Por lo demás, nadie podía sustraerse a la pasión religiosa que abrasaba a los españoles. Era el tiempo de los grandes santos y de los reyes devotos en que las guerras y las conquistas se hacían en nombre de Dios. Un anhelo de martirios y sacrificios extremos, de redimir a los hombres por el amor divino, de entregarse a la contemplación y al servicio de la divinidad era sentido lo mismo por Colón, Hernán Cortés y San Ignacio de Loyola, que por el marino, el soldado o el fraile más humilde del siglo.

El espíritu de realizar grandes hazañas y de ganar para su monarca dilatadas regiones sin importar peligros y sacrificios, propio de los conquistadores, animaba también a los frailes misioneros. Estas dos milicias, la de Cristo y la del rey, marcharon paralelas, trabajando juntas sobre una tierra y unos hombres comunes, y las dos respondían de una manera tan orgánica y natural al carácter de España y a su momento histórico, que cuando la mano que blandía la espada principió a flaquear, la mano que empuñaba el crucifijo se debilitó y las dos se contagiaron de corrupción y decadencia.

Las hojas de las crónicas conventuales están impregnadas de un fuerte olor a santidad. Los viajes fatigosos, las incursiones a las tribus salvajes, las mayores fatigas y vejaciones se emprendían gozosamente, porque para esos frailes la vida era un atamiento que los privaba del bien divino y el martirio la única

manera de quedar libertados. De unos hombres que morían porque no morían todo podía esperarse. Su amor a los peligros, su desprecio a las riquezas y su auténtica caridad cristiana les hicieron acometer heroicidades y locuras en una escala desproporcionada a su número y a sus fuerzas humanas.

Los indios no vivían al margen de esta corriente. A pesar de que se les impedía entrar en religión, muchos de ellos hicieron voto de castidad y renunciaron a sus esclavos haciendo vida de santos. El viejo tronco a veces se adorna con las florecillas de San Francisco. Un joven señor indígena edificado por la vida del Santo de Asís, que leyó en lengua mexicana, dio sus bienes a los pobres, vistió un sayal y pidió el hábito. No le fue concedido, pero alcanzó a vivir devotamente en un rincón del convento grande de San Francisco.

La fe de los indios era nueva y conmovedora. En el Diario del Comisario Alonso Ponce se dice:

> Vio tanta devoción en los indios, que dio por bien empleados los trabajos padecidos por mar y por tierra, viendo en aquellos pobrecitos la devoción tan inflamada como en los verdaderos cristianos de la primitiva iglesia, y era cosa para alabar a Dios verles salir en procesión y hincados de rodillas y llorando pedir la bendición, ofreciendo muchos ramilletes y guirnaldas hechas de flores odoríferas, y pan y fruta, huevos y gallinas, conforme a su posibilidad y pobreza.

En una noche pasada en Tlaxcala, los indígenas corrieron caballos, vestidos de blanco, llevando hachas encendidas en la mano, "todo con una devoción y alegría extraña".[1]

La intensidad de la vida religiosa cargaba el acento sobre el feudalismo del siglo XVI. No era raro encontrar en las calles a los penitenciados del Santo Oficio vestidos con el sambenito implorando limosna a fin de pagar el rescate del hábito, y ver colgados en los muros de la catedral a manera de sombrías advertencias las corozas pintadas con diablos de los herejes que murieron ajusticiados o de los que habían terminado de cumplir su condena.

Los contrastes se ofrecen en todos los aspectos de la vida. Buena parte de los metales preciosos extraídos de las minas se volcaban en las iglesias y monasterios de la Colonia. Sólo Santo

Domingo, entre otros tesoros, poseía una lámpara de plata de trescientas velas y cien candilejas valuada en cuatrocientos mil ducados; las joyas de que estaban cubiertas las imágenes, los objetos del culto, las vestiduras sacerdotales, componían un mundo esplendoroso que no guardaba ninguna relación con los enfermos y los mendigos que en las porterías esperaban la sopa boba del convento, servida en un gigantesco perol por dos sucios legos, ni con los indios cubiertos de harapos y descalzos, que sentados en el suelo llenaban con sus salmodias dolorosas las naves de los templos.

De cualquier modo, la religión era el único lugar de unificación y concordia donde podían asistir, sin herirse, las divorciadas clases sociales. El brillo áureo de los altares y el esplendor del ritual eclesiástico eran compartidos por ricos y pobres, por blancos y por indios. En la puerta de las iglesias, sin importar mucho que el noble tuviera un sitial en el presbiterio, terminaba la desigualdad y los arbitrarios patronos se fundían en un solo anhelo de redención ecuménica.

Las riquezas materiales y el poderío espiritual ilimitado de la Iglesia hubieran logrado establecer en la Nueva España la resplandeciente Ciudad de Dios si en el Nuevo Mundo, como en la Europa medieval, no lo hubiera impedido el demonio. Sus muecas llenaban de pesadillas las noches oscuras de la ciudad; sus blandas patas armadas con garras y sus alas de murciélago cubiertas de escamas, frías y ciegas se movían incesantemente para estrangular al pecador. El hombre sentía su presencia, sabía que lo acompañaba, camarada obligado, a lo largo de su vida; que lo atraía sin cesar hacia abajo, hacia los abismos de turbadoras seducciones, mas la convicción de que su destino estaba en manos de un demonio capaz de atraer las mayores desventuras le daba fuerzas para no dejarse arrastrar del perímetro de la luz, del mundo rescatado por la sangre de Cristo.

LA CARIDAD UNIVERSAL DE BERNARDINO ÁLVAREZ

Bernardino Álvarez encarna en las Indias un tipo humano característico de España: el del aventurero convertido en santo cuya imagen esboza Mateo Alemán en *El pícaro Guzmán de Alfarache*. Una vida puede partirse en dos mitades como una

naranja. Una pertenece al Diablo y otra a Dios. En una, el pecador se entrega a las legiones que atraen su alma hacia las cavernas infernales; en la otra, el resucitado se ofrece al coro de los ángeles y con ellos asciende, entre nubes y lluvia de plumas encendidas, al trono deslumbrador del Altísimo.

A los veinte años, la edad de los buenos inmigrantes, más confiado en su espada y en sus recios puños que en sus latines estudiados mal y a la fuerza, sentó plaza de soldado y se fue al norte de la Nueva España donde la guerra, al decir de su biógrafo el licenciado don Juan Díaz de Arce, estaba "fierísima".[2] Para 1534, año de su llegada a México, las armas carecían de atractivos. Se había cerrado el ciclo de las grandes conquistas y ni siquiera era posible enredarse en aquellas fáciles y alegres batallas contra los indios del Caribe que llevaban por broqueles sus desnudas barrigas.

En el desierto Bernardino comía el rancho del soldado, bostezaba de tedio acogido a los presidios construídos de troncos de árboles y adobes; alguna vez escoltaba una recua cargada de plata y sus batallas se reducían a correr tras de los indios invisibles. De tarde en tarde un hombre del pequeño destacamento rodaba con el gaznate atravesado por una flecha. ¿Era eso vida? Bernardino se cansó pronto de ella y regresó a la ciudad de México que a fines del XVI estaba "opulentísima". Todo cambió en un segundo. Vivía en los tugurios sin soltar las cartas de la mano, abundaban los comelitones, las mozas de partido y también las trampas y las cuchilladas.

El licenciado Juan Díaz de Arce relata con visible repugnancia esta parte de la historia del Patriarca. El héroe de su apología, contrariando las señales evidentes de una futura santidad, desciende a capitanear una banda de forajidos, y por mucho que su biógrafo se esfuerce en suavizar asperezas y aun llegue a calificar las aventuras de ese período como "travesuras", la justicia, menos indulgente, mete a los doce bribones en la cárcel condenándolos "a que navegasen en los descubrimientos de la China". "Parecióle a Bernardino y a sus compañeros —escribe Arce en su estilo sentencioso— que, aunque sea la China tierra donde prueban bien los valientes, sin tanta navegación podrían ejercitarse en la Nueva España." ¿Conclusión? La

fuga. De los doce, la justicia prendió a tres y los ahorca sin muchas consideraciones. Entre tanto Bernardino Álvarez se ha refugiado en la casa de una mujer "no de Jericó, sino del barrio de Necaltitlán", que lo tiene muchos días escondido, le lleva noticias de sus perseguidores y al último le proporciona dinero, armas y un caballo. Bernardino toma el camino de Acapulco, embarca en una nao rumbo al Perú y después de una larga ausencia reaparece en la Nueva España. No es el mismo. Se fue sin pelo en la cara, pobre y huyendo de la justicia, y regresa barbado, serio y rico. Son dineros —más de treinta mil pesos— "dados de Dios", según explicaría luego, es decir, ganados no con cartas marcadas ni con la espada, sino en el comercio indiano, recorriendo los Andes, del Callao caliente al Cuzco frío donde las arcadas españolas y las tejas se levantan sobre las piedras labradas de los palacios incaicos.

El mercader, deseoso de traer a la familia, escribe a su madre enviándole mil pesos. La vieja no necesita nada; tiene algún dinero, la vida para ella carece de atractivos y quiere morir en paz entregada a la oración en su tranquila villa de Utrera. La carta de la anciana, que Arce toma como el rayo que derribó de su caballo a Saulo, está llena de consejos y recomendaciones. Cuando Bernardino termina de leerla se encuentra en el principio del buen camino. Podría edificar una casa, beber vino en copas de plata, vestirse de brocado, pero en lugar de gozar de sus riquezas, el indiano se corta el pelo, elige un silicio y un sayal y entra de sirviente en el hospital de la Purísima Concepción fundado por Hernán Cortés. Diez años largos transcurren cuidando a los enfermos, socorriendo a los pobres y a los presos. Para un arrepentido vulgar aquel género de expiación habría sido suficiente. El hospital y la cárcel suponen la otra cara de la sociedad; allí iban los indios casi deshechos, los mestizos desnudos, los últimos bribones. Una vida no alcanzaba a remediar tantos males. Bernardino Álvarez, sin embargo, tiene la ambición de su tiempo y su ardiente caridad se proyecta a todos los necesitados. Ha observado que los enfermos, al ser dados de alta, o mueren en la calle o carecen de fuerzas para trabajar y sufren graves privaciones. A fin de resolver el problema, con los restos de su fortuna y dinero, que obtiene de limosna, erige el hospi-

tal de los Convalecientes. ¿Y los ancianos, de quienes nadie se ocupa? ¿Y los niños desvalidos? ¿Y los clérigos incapacitados? ¿Y los locos, llamados inocentes, que carecen de asilo? Bernardino piensa en todos y compra un extenso terreno situado en la vecindad de la iglesia de San Hipólito; él mismo trabaja de albañil, pide socorros, da de comer a los pobres, vela junto a los enfermos, enseña a los niños las primeras letras.

El Creso del XVI, don Alonso de Villaseca, le promete cien mil pesos a cambio del patronato de su asilo. Bernardino responde: "Dios es el patrono de esta obra, Él dará con qué sustentar a sus piedras vivas. No ha de tener esta obra otro patrón que Dios".

Seguido de dos locos que llevaban un cesto, podía vérsele por las calles de la ciudad tocando de puerta en puerta: "Den por el amor de Dios para las piedras vivas de Cristo". Le llovían donativos. Pan, dinero, ropas viejas, mantas, zapatos. En sus manos todo se multiplicaba. Fundó un nuevo hospital y una hostelería destinada a los inmigrantes pobres en Jalapa. Una recua de mulas los conducía a México librándolos del clima malsano de Veracruz y se les socorría hasta que encontraban acomodo en el hospital de San Hipólito, sobre cuya puerta principal estaba esculpido un Eccehomo con esta frase: *Dominus Providevit*. En la pared exterior, durante mucho tiempo se mantuvo una sentencia que definía el espíritu del asilo: "En este hospital general serán socorridos todos los que estuvieren en alguna manera necesitados".

El 12 de agosto de 1584, a los setenta años de edad y al medio siglo de su estancia en las Indias, murió Bernardino Álvarez, el pecador arrepentido que tuvo el ferviente propósito de "socorrer a todos los pobres del mundo". De él nos quedan sus manos, unas manos grandes, fuertes y nerviosas, dobladas con visible esfuerzo en actitud de orar. Como su vida, estas manos se mueven en dos zonas opuestas. En una, la de las sombras, extendíanse condiciosas y armadas hacia las cartas, el vino, las mujeres y los cuerpos blandos de las víctimas; en otra, la de la luz, tendíanse protectoras e incansables sobre las cabezas de los enfermos, los dementes y los desamparados. Alejadas voluntariamente de la violencia y de la sensualidad, su piedad y su

amor al hombre borraron las manos antiguas y quedaron las nuevas en expresión de una caridad universal que habría de salvarlo para siempre.

EL SIERVO DE DIOS, GREGORIO LÓPEZ

En el bravo Norte de la Nueva España, un día de 1562 apareció frente al capitán Pedro Carrillo de Ávila, dueño de una hacienda cercana a Zacatecas, una extrañísima figura. Se trataba de un joven de "gentil disposición", descalzo y vestido con un áspero sayal ceñido a la cintura por una cuerda, que pedía alguna tierra para vivir alejado del mundo, y como precisamente lo que abundaba en el Norte era la tierra, el capitán accedió gustoso a la solicitud de aquel precoz anacoreta.

Ayudado por los indios construyó una cabaña. Dormía en el suelo sobre una tabla, no comía carne sino maíz y fruta que cultivaba en un huerto o le llevaban los chichimecas; rehuía el trato con los españoles y nunca fue a misa ni usó escapularios ni otros objetos propios de un devoto. Los soldados, que de tarde en tarde cruzaban el desierto persiguiendo a los guerreros indígenas, lo tomaban por un loco o por un hereje y se burlaban de él diciéndole: "A muerto me oléis, hermano".

Casi no hay referencias de su vida en España. Eremita a los diez años en las montañas de Navarra —la mística como la música es un don de los niños—, paje de Felipe II a los doce, y visitante de monasterios famosos, a los veinte, en el convento de Nuestra Señora de Guadalupe se le reveló su destino posterior y se embarcó a la Nueva España. En Veracruz, apenas dejó la nao, distribuyó su ropa entre los pobres —"no lo atraían las ansias de las riquezas de los naturales"— y pasó una semana santa a pan y agua en la casa de Luis Zapata. Muchos años después, cuando Gregorio López había alcanzado renombre de santo, Zapata, radicado en Taxco, le escribió esta carta:

> Avrá veintinueve o treinta años que viuiendo yo en la calle de Tacuba, en México, vino de España, y posó en mi casa vn gentil hombre, vestido de raja, y por más señas, ayunó aqueya Quaresma a pan, y agua, llamauase Gregorio López, dízenme que se llama V. M. así de este nombre, hágame merced de esbriuir si es V. M. y de encomendarme a Dios.

Gregorio contestó a su manera: "Yo soy el que V. M. dize, y haré lo que me manda".

Él mismo rodeó de un impenetrable misterio su vida anterior. Su biógrafo, el padre Losa, cura de la catedral de México,[3] dice que nació en Madrid y se bautizó en la parroquia de San Gil, perteneciente al real alcázar. Con estos informes, su época, dada a los miterios y a las figuraciones poéticas, construyó una leyenda que ha llegado a nuestros días sin perder su frescura. Aquel joven anacoreta, al parecer caído del cielo, no era otro que el príncipe don Carlos, el desdichado hijo de Felipe II, a quien todos suponían muerto.

Los orígenes con que lo ungieron sus contemporáneos correspondían a la naturaleza peculiarísima de Gregorio López. Él se dirigía, para decirlo con las palabras de Esdrás que alguna vez citara, a la "Ciudad, figuración de la Gloria, donde no se puede entrar sino por trabajos y peligros". El camino que tomó fue el de la soledad, el enfrentarse sin escape a las tentaciones. Los primeros años de su estancia en el Norte dejan traslucir el horror helado de su lucha, pues combatía con el diablo cuerpo a cuerpo y los bramidos del Malo se oían claramente mezclados al aullido de los coyotes en las noches sobresaltadas del páramo.

Fue ante todo un ansioso de soledad, un verdadero lobo estepario, y lo que de él sorprende es su razón, su conciencia despierta, su desdén hacia todo consuelo, ya que no lo visitaban los ángeles, ni se le concedía la gracia de los éxtasis, ni recorría los caminos trillados de la santidad sino el suyo propio, y aunque entre su lucha con el diablo y los hombres él levantara murallas de aislamiento, su vida fue la de un perseguido eterno.

A los siete años de permanecer en el Norte, fray Domingo de Salazar, un religioso que figura en todos los acontecimientos del siglo XVI, logró convencerlo a fuerza de ruegos que tomara el hábito de los dominicos en el convento de México. Gregorio, como necesitara comprarse un sayal nuevo "y nunca mendigaba ni pedía cosa alguna", trabajó en una hacienda hasta ganar lo necesario y luego emprendió a pie el largo y peligroso camino.

En Santo Domingo los frailes lo aceptaron gustosos, pero Gregorio entendió que su vocación lo llevaba a la soledad y

pronto abandonó el convento. Esta fuga no suponía una renuncia a vivir en el mundo, porque desde niño estuvo en él como un extranjero. Según su propia confesión, una confesión que en cierto modo constituye la clave de su vida, "nunca había sido niño en sus costumbres". A semejanza de San Benito —*San Bendito*—, un prototipo humano que condicionó en la Edad Media el período de la *senectus*, Gregorio López ya era viejo en la cuna.[4] Una profunda serenidad, un deseo de mantenerse apartado de los hombres y un carácter grave y silencioso, natural en algunos ancianos, fueron sus rasgos esenciales en España y en México.

Perteneciente a una época discurseadora y polemista, nunca hablabla si no era antes preguntado, y al proponerle cierto fraile un tema de las Escrituras como asunto de discusión, respondió "que no disputaba ni sabía más de lo que Dios le daba a entender". Cortaba y medía sus razones, de modo que ni sobraban ni faltaban palabras . . . No exageraba, no encarecía." Escuchaba a los que poseían el don de la palabra y le decía a su biógrafo: "Padre Losa, yo veo que muchos hablan bien, obremos bien nosotros".

No tenía una gran opinión de sí mismo. Un obispo que lo visitó opinó que era un "loco insensato". "No me maravillo —añadió razonando el duro calificativo—, pues que sin ser preguntado, no haya querido hablar, y no hablando no haya dado muestras de quien es."

Gregorio López, informado del juicio del obispo, hizo este comentario: "Lo mismo me pensara yo si viera un hombre de mi talle".

Temía ser conocido de los hombres y huía de ellos cuantas veces le era posible, mas los hombres lo acosaban. El no asistir a misa, ni tener imágenes sagradas, ni incurrir en las devociones oficiales, le valieron persecuciones. La Huasteca, Atlixco, el santuario de Nuestra Señora de los Remedios, el hospital de Huaxtepec fundado por Bernardino Álvarez, y San Agustín de las Cuevas, lo vieron llegar y marcharse importunado en busca de un nuevo asilo. Se le llamaba hereje, luterano y judío, la Inquisición le mandaba agentes; unos frailes, "no de los más doctos", pensaron que su sabiduría impropia de su juventud

era cosa del diablo, y el arzobispo Moya de Contreras lo sometió a diversas pruebas de las que salió victorioso. "Después de haber puesto Satanás todo su poderío en oscurecer la vida y fama deste gran siervo de Dios —opinó el obispo de Guadalajara—, siempre salía como oro del crisol más purificado y resplandeciente." De los enviados por Moya de Contreras, el padre Losa dejó su curato con tal de seguirlo y el jesuíta Alonso Sánchez le confió a su biógrafo: "Por cierto, señor, que en comparación de este hombre yo no he comenzado el A B C de lo espiritual". Se le creyó dotado de ciencia infusa. En realidad, leía mucho.

> Fué aficionadísimo a libros —comenta Losa— y los procuraba cuidadosamente. Túvolos siempre prestados y por grandes que fuesen los volúmenes, leídos, los volvía a los tres o cuatro días. El modo de leerlos era raro y una cosa más que natural y al modo de la comprensión angélica.

En la rapidez con que leía no había ningún misterio. El mismo anacoreta le confesó a fray Jerónimo de Ocampo "que sólo leía el argumento de los capítulos y si en algunos hallaba doctrina de que no tuviese noticia lo leía; si estaba bien en la materia pasaba adelante".

Sabía latín, sin haberlo estudiado en las escuelas, cosmografía, historia —es autor de una *Cronología universal*—, geografía y astrología; fue consumado calígrafo y acerca de sus conocimientos teológicos el Arzobispo-Virrey don Pedro Moya de Contreras, después de consultarle un difícil problema, declaró: "Nunca entendí que supiera tanto".

No gozaba de buena salud. En la Huasteca enfermó del estómago —la enfermedad de los místicos—, y en Huaxtepec, donde escribió su *Tratado de medicina o Secreto de las plantas medicinales de la Nueva España,* un tabardillo, "diagnosticado tardíamente", le acarreó graves y constantes padecimientos.[5]

El 22 de mayo de 1589, se recogió, para no abandonarla más, en la pequeña casa que había edificado don Vasco de Quiroga en la vecindad de su hospital de Santa Fe. El padre Losa, su compañero de eremitorio, nos ha dejado una detallada relación de la vida que hacía Gregorio. Al amanecer abría su ventana, se lavaba la cara y las manos y leía su Biblia por un cuarto

de hora. A pesar de que se la sabía de memoria, no dejó de estudiarla nunca y poco antes de morir lamentábase con el antiguo cura de la catedral: "Diez días ha que no leo la Biblia y no me acuerdo de haber dejado de leer en ella otro tanto después que salí a la soledad". Luego cerraba el libro santo y se hundía en sus habituales meditaciones. En punto de las once, salía llevando su jarro de agua, comía, charlaba y a la caída de la tarde volvía a su celda. La circunstancia extraña de que sólo durmiera dos o tres horas y la noche se la pasara despierto y a oscuras desde sus primeros días de anacoreta intrigó al padre Losa, quien un día le preguntó qué hacía sin leer toda la noche. "Mi ejercicio interior —comentó el ermitaño— no tiene dependencia de esta lumbre material, sino de la espiritual, que ni de noche ni de día me falta."

Todos los esfuerzos realizados para penetrar en el gran secreto de sus éxtasis fracasaban. El obispo de Filipinas, fray Domingo de Salazar una vez trató asimismo de averiguar en qué consistía la naturaleza de sus inexplicables meditaciones. Gregorio, según era su costumbre, respondió con una de sus breves, enigmáticas sentencias:

"Amar a Dios y al prójimo."

"Verdaderamente —exclamó el obispo irritado—, estas mismas palabras me dijo en Amaxac, ahora veinticinco años."

"Siempre he dicho esto —dijo Gregorio, impasible—, aunque hay diferencia de la obra de entonces a la de ahora."

La doble vida de Gregorio, sus raptos que lo aislaban del mundo circundante, preocupaba mucho a sus contemporáneos. Durante su estancia en el hospital de Huaxtepec, el hermano Esteban de Herrera contaba que con frecuencia, al llamarlo para comer, lo encontraba sentado, de pie o de rodillas, perdido en sí mismo. Después de mucho insistir, preguntaba: "¿Qué quieres?", y sólo al cabo de un rato despertaba y se disponía a seguirlo suspirando: "¡Bendito sea Dios!" Vuelto a su vida interior, el paisaje, con sus aguas y montes, sólo una vez le llamó la atención, y Losa, el hombre que asistía de cerca al impenetrable misterio de sus arrebatos, escribió que no podía decir si lo que hacía "era oración, si era meditación o contemplación, si era de cosas tristes o alegres".

Su fama, una fama nunca tan varonilmente rechazada, se extendía por toda la Nueva España. Altos funcionarios, hombres de letras, dignatarios eclesiásticos, el propio virrey don Luis de Velasco el Segundo, acudían no sólo a visitarlo sino a pedirle consejo.

Las cartas del virrey merecían respuestas como éstas que ha conservado su biógrafo: "Haré lo que en ésta se manda" y sus relaciones con el virrey deben haber concluído ante la insistencia del anacoreta para que se abstuviera de visitarlo. A los muchos que le exponían el motivo de sus humanas aflicciones, sólo les decía: "Amanecerá y medraremos".

El 20 de julio de 1596, a los 54 años de su vida y a los treinta de habitar en soledad, amaneció al fin para Gregorio López. Hasta el último día rechazó el menor convencionalismo. Ya agonizante se le preguntó si quería la candela del bien morir a fin de ver claro en las tinieblas que lo circundaban y dijo: "Todo es claro, no hay secreto, mediodía es para mí". Al concluirse la lucha, el iluminado apartó con sus manos desfallecientes la luz que Goethe solicitara afanoso en su agonía. Un grabado impreso en Roma el año de 1740, con motivo de su beatificación, nos muestra al *Servi Dei Primi Anachoretae* de las Indias Occidentales sostenido por dos ángeles. Está de rodillas sobre una roca, vestido de sotana, y un rosario —el que nunca repasaron sus dedos— pende de su cintura. Es el hombre cuya ascensión se detuvo en un modesto peldaño de la jerarquía celestial, una figura secundaria a la que no correspondía la gloria resplandeciente de los santos.

A Gregorio López no debe vérsele rodeado de ángeles, en la pompa de la Roma barroca que evoca ese grabado, sino en un viejo óleo de nuestro Museo de Historia donde aparece solo, vestido con un sayal negro parecido en un caftán turco, que se destaca como una sombra sobre las tinieblas del fondo; tiene los brazos cruzados, está de pie, y su figura delicada pero llena de firmeza parece aguardar con helada resolución la inminente acometida del demonio. El pelo, el bigote de caídas guías y la barba enmarcan la frente, la nariz, los pómulos que vuelven más salientes las hundidas mejillas. Sus severos ojos cargados de sombras completan la dignidad glacial, el duro misticismo de

este hombre extraño que conservó intacto, en tierra de retóricos, el lema de su vida: *Secretum, meum mihi.*

FELIPE DE JESÚS, EL SANTO CRIOLLO

Felipe de Jesús tuvo el mismo origen de numerosos criollos. Su padre, Alonso las Casas, hidalgüelo castellano archipobre, andaba en Sevilla deseoso de pasar a las Indias y allí tropezó con Antonia Rodríguez, hija de un sastre vecino de la estrecha calle de Tintores, donde las comadres se despellejaban tirándose del pelo de balcón a balcón. El 5 de noviembre de 1570 se casaron en el Sagrario de la Metropolitana y parte de su luna de miel transcurrió en el mar, a palo seco o a trapo tendido y con más movimiento del necesario.

Asentado en México, el matrimonio prosperó. Alonso unía al cargo honroso y nada lucrativo de calificador del Santo Oficio el suculento de mercader y proveedor de las naos de China. Se le veía siempre a caballo seguido de recuas y caporales, entre la ciudad de México y el puerto de Acapulco, despachaba barcos cargados de plata, prestaba dinero y traficaba con los productos coloniales de las naves que venían del Perú y de Guatemala o con las frágiles porcelanas, las sedas, los marfiles y las especias de Tidoro, Ofir y Macao.

A este ambiente, mitad oriental, mitad indiano, propio del mexicano de la meseta que no vivía de espaldas al mar, perteneció Felipe. Su familia distinguíase por su extremada religiosidad. De sus hermanos varones, uno fue franciscano; otro, agustino, murió abatido a flechazos en las Filipinas; de las mujeres, dos fueron monjas, y el mismo Felipe a los dieciséis años se refugió en el convento poblano de Santa Bárbara.

Recién entrado sufrió la tentación del diablo. Sin duda era un diablo inventado por los biógrafos barrocos del XVIII porque se valió de una idea falseada en que la soberbia, el pecado demoníaco por excelencia, el pecado de Luzbel y Adán, el pecado en fin de sentirse Dios, quedaba expresado en esta pueril y grotesca advertencia, dicha al oído del novicio: "En verdad eres soberbio en considerarte capaz de llevar ese sayal. ¿Crees tú que puedes llevar el hábito, cuando varones tan grandes y tan

santos no lo han vestido? Esta tu presunción te destruirá y por tu gran soberbia te condenarás."

La tentación —¡ay, San Antonio!—, posiblemente, revistió formas mucho menos teológicas ya que se trataba de un adolescente. Mientras Felipe debía vestir un burdo sayal, rezar a toda hora y arrastrar una existencia miserable, los criollos de su edad, ataviados con sedas y plumas, divertíanse de lo lindo, asistían a los festines y hacían caracolear sus caballos frente a las ventanas de las doncellas hermosas. El contraste lo decidió. Con sencillez —de los arrepentidos está lleno el Reino de los Cielos—, colgó el sayal en un clavo de su triste celda y volvió a la casa paterna.

Felipe, al salir del convento, se hizo aprendiz de platero. A semejanza del Periquillo Sarniento, modelo de criollos, todo lo que le ofrece su medio lo prueba desganadamente. En el fondo no le interesaba la vida religiosa, ni la orfebrería, ni los cargos modestos, sino los amoríos, las cabalgatas y las diversiones. De los familiares era su madre la única que confiaba en el guapo mozo. Su irrazonable fe la llevaba a creer ciegamente en el hijo y a rezar sin descanso porque las potencias celestiales se dignaran coronar su mala y encantadora cabeza con la aureola de los santos.

Una criada negra, cuyo nombre no han recogido las historias, amante de soliloquios y de reflexiones morales, se manifestaba francamente pesimista acerca de la posible conversión de Felipe. Ante una seca higuera que se alzaba en la mitad del patio, uno de esos palos que las familias conservan como a los perros viejos en recuerdo de sus antiguos servicios, la negra se detenía con frecuencia y moviendo la cabeza decía en alta voz: "¿Felipillo, Santo? Sí, cuando la higuera reverdezca, cuando la higuera reverdezca".

El padre, que no creía en la enmienda de Felipe ni en la resurrección de la higuera, decidió mandarlo a China: "Anda, hijo. Ve a mercar a las Islas para que hagas fortuna y la goces con la bendición de Dios y la nuestra".[6] La decisión del mercader se apoyaba en buenas razones. Las Filipinas eran, como cien años atrás habían sido las islas del Caribe, el campo ideal en que las almas mostraban sus virtudes y sus flaquezas. El

bueno se transformaba en santo, el malo en diablo, el soldado en héroe y el aventurero en millonario no con el perezoso ritmo de la normalidad sino de una vez y para siempre.

Felipillo, de 1590, fecha de su desembarco en Cavite, a 1593, vivió la pequeña, oscura novela de los inmigrantes jóvenes. "Manila —confiesa el mejor y más liberal de sus biógrafos— era, para un soltero de veinte años, el mejor sitio de la tierra".[7] Mejor que Cuba y Panamá con sus mujeres africanas y mejor que México con sus mulatas resplandecientes de brocados y perlas. Tagalas y cambodias medio desnudas, chinas sabias y perversas, y moriscas dueñas de una lascivia sustantiva y ardiente, formaban el *mundo carnalis,* el misterioso y prohibido continente de la lujuria donde los perfumes, la libertad y el frenesí se ordenaban bajo un signo desconocido en las grandes ciudades católicas de las Indias.

De estos años no queda una palabra de Felipe, un ademán, que no hayan sido borrados cuidadosamente de las piadosas biografías. La huella de su existencia desaparece en Manila para surgir de nuevo, sin transición, en la imagen de un hombre arrepentido y lloroso que le dice, de rodillas y sollozante, a un franciscano del convento de Santa María de los Ángeles: "Padre, te ruego me recibas en la orden; estoy dispuesto a sufrir todas las pruebas y adversidades que quiera Dios enviarme por mis pecados". El 22 de mayo de 1594 hizo los votos solemnes y vistió el áspero sayal que tanto le molestara en Puebla. Las crónicas franciscanas recuerdan a un pequeño novicio que se pasaba las horas muertas oyendo cantar a los frailes en el coro o sirviendo con humildad y alegría a sus hermanos enfermos.

Llegadas las nuevas de la conversión, su padre, Alonso las Casas, movió a sus amigos los inquisidores para que a Felipe se le autorizara profesar en México, y obtenido el permiso nuestro criollo andariego, no sabemos si con su voluntad o sin ella, embarcó en Cavite el 12 de julio de 1596 a bordo del galeón *San Felipe.*

Su vida, hasta el momento de iniciarse la travesía del Pacífico, es una vida normal. A nadie extrañaba que un criollo atolondrado se largara a las Filipinas ni que arrepentido de sus pecados tratara de salvar su alma haciéndose fraile. El Océano

Pacífico, aunque hoy nos parezca increíble, fue un poco el Mediterráneo de México, y en la sociedad colonial abundaban los aventureros y los pecadores arrepentidos. Se requería ciertamente una conquista ruidosa o un sacrificio excepcional para alcanzar la fama. Las indecisiones de Felipe, sus aventuras, más privadas que públicas, su corta y sencilla vida monacal, el anonimato casi absoluto en que había transcurrido su juventud, antecedentes que difícilmente explicarían un modo violento e inesperado de ganar la santidad, quedaron olvidados en Manila, y sus biógrafos, a partir de la hora en que pisa la cubierta del *San Felipe*, trabajan activos porque su destino sea el impío, doloroso y resplandeciente de los mártires y de los elegidos.

A los pocos días de navegación el tranquilo océano arrugó el entrecejo. La nave, sobrecargada —llevaba un millón y medio de pesos en mercancías—, se hundía en las olas, anegándose. Perdido el rumbo, a oscuras, escuchando el aullido del viento, marinos y frailes, salían de un huracán para meterse en otro, "con la muerte en el ojo". Uno de los franciscanos que viajaban en el galeón, el famoso Juan Pobre, soñó cierta noche que los tripulantes, a excepción hecha de los grumetes y de los esclavos, estaban condenados, y al día siguiente, subido en el combés, pronunció un sermón agorero. "La ira de Dios sólo podría calmarse por medio de penitencias", afirmó el religioso, y dando el primero un ejemplo inmediato, alzóse los hábitos y se azotó cruelmente a la vista de todos. El 18 de septiembre, el tifón desgarró las velas, y se llevó las jarcias, los palos, el castillo de proa, los fogones y las cubiertas; el 19 mejoró el tiempo y pudieron verse las caras: "Apenas se conocían unos y otros y aun a sí mismos, según lo bien parados que quedaron".

El 5 de octubre, después de sufrir nuevos temporales, la visión de una gran cruz celeste que parecía erguirse sobre la costa japonesa, decidió al capitán don Martín de Landecho a buscar un refugio en el puerto de Urando. Al principio las cosas marcharon bien. Chokosabe, el gobernador de la provincia, hizo remolcar el averiado *San Felipe*, visitó oficialmente al equipaje desplegando una pompa oriental, y ordenó rescatar las mercancías depositándolas en el muelle bajo el cuidado de sus guardias, pero más tarde procedió a decomisarlas alegando que

no se las devolvería sin la debida autorización del emperador Taico Sama.

El Japón vivía entonces una época de terribles desastres. Los temblores habían arruinado sus ciudades y en uno de ellos, que derribó el alcázar de Taico Sama, sus galerías y salas "tachonadas de oro", matando a setenta de sus mujeres, el Emperador se salvó echándose desnudo de la cama.

Quedó el desventurado como atónito —dice un cronista—, y con tan gran melancolía que no había quien osase mirarle la cara; mas no por ello se movió a conocer la poderosa mano de Dios que le daba aquellos golpes para dispertale del profundo letargo de su infidelidad.[8]

Estas señales, que los historiadores de Filipinas interpretaron como anuncio de las próximas tragedias, se mezclaban en el ánimo de Taico Sama al recelo con que observaba la penetración del cristianismo en su Imperio.

Nagasaki, sede de los representantes de España y Portugal, era ya el más activo centro evangelizador del extremo Oriente. Los jesuítas, protegidos por un breve del Papa Gregorio XIII que les concedía el monopolio de la evangelización, habían logrado convertir a ocho mil japoneses, gozaban de consideraciones en la corte —un miembro de la Compañía, Pedro Martínez, era el obispo— y luchaban sin cuartel contra los franciscanos que trataban de intervenir en la recolección de aquella copiosa mies, valiéndose de todas las armas. El obispo había mandado a los conversos japoneses que no asistieran a las iglesias de los franciscanos por estar excomulgados y publicaban

que nuestros religiosos —escribe un cronista de la orden seráfica— eran gente vil y baja; que no tenían cortesía ni política y que su vida era de pobretones, que olían mal y andaban llenos de mugre; y que no tenían salas ni recibimientos, ni aderezos para recibir a los señores y gente principal, y otras cosas semejantes . . .[9]

Landecho, en Urando, estaba desesperado. Había nombrado a fray Juan Pobre, al agustino Juan Tamayo y a Felipe de Jesús representantes suyos ante el Emperador para gestionar la devolución del cargamento y presionaba sin diplomacia al gobernador Chokosabe, amenazándolo con la venganza del Rey de España, a

quien llamaba de continuo, y visiblemente complacido, "el más poderoso señor del mundo". Taico Sama, enterado de estos desahogos —él se creía descendientes de los dioses y dueño absoluto del universo—, no se dignó siquiera recibir a los enviados de Landecho, por lo que Felipe, en compañía del acólito japonés Tomás Cozaqui, de Osaka marchó a Kioto con el objeto de acogerse al pequeño convento franciscano de Santa María de los Ángeles.

El 8 de diciembre, el Comisario fray Pedro Bautista, los religiosos y los cristianos japoneses quedaron presos en el interior del convento. A Felipe, por haber fungido de embajador, le ofrecieron la libertad, mas la rehusó orgullosamente diciendo: "No quiera Dios que mis hermanos estén presos y que yo me vea suelto; será de mí lo que fuere de ellos".

El día 30, hallándose la comunidad rezando vísperas en el coro, se presentó el funcionario Xinaboxo con orden de llevarlos a la cárcel. El Comisario, un religioso que tenía una idea elevada de su misión, demostró una gran entereza. En tanto que los soldados los ataban cantaron ante el altar de la iglesia el *Te Deum Laudamus* y el *Te Deum Confitemur*, y al salir entonaron el hermoso himno *O Gloriosa Domine*.

De la cárcel en la que se hallaban fray Martín de la Ascensión, del convento de Osaka, tres japoneses de la tercera orden de San Francisco y tres jesuítas, hechos prisioneros la víspera, se les condujo al patíbulo y se le cortó la oreja izquierda. Felipe al ser mutilado exclamó gozoso: "Ya estoy marcado por Cristo. Aunque el tirano me mandase dar libertad, no la admitiría", y el niño Cozaqui, levantando del suelo su ensangrentada oreja y mostrándola en alto, le gritó al verdugo: "Corta más; hártate bien de sangre de cristianos".

El calvario de Kioto a Nagasaki duró treinta días. Fueron treinta días mortales de sufrimientos y de vejaciones. Andaban en pleno invierno descalzos y con los hábitos desgarrados, muertos de hambre y de frío. La gente los cubría de insultos, de piedras y de escupitajos y cuando uno de ellos caía en la nieve, los guardias lo alzaban a palos y los campesinos le llenaban la boca de hierbas heladas llamándolo bestia. Fray Pedro Bautista les daba valor a los desfallecientes: "Ánimo, hermanos,

que éste es el camino real por donde se poblaron las sillas del cielo". Frente al pequeño grupo de mártires un soldado llevaba en un asta escrita la sentencia imperial:

Por cuanto estos hombres vinieron de los Luzones con título de embajadores, y se quedaron en Kioto, predicando la ley de los cristianos, que yo prohibí los años pasados, mando que sean justiciados juntamente con los japoneses que se hicieron de su ley. Y así estos veinticuatro serán crucificados en Nagasaki. Y vuelvo a prohibir la dicha ley en lo futuro, porque venga a noticia de todos; y mando se ejecute. Y si alguno fuera osado a quebrantar este mandato, sea castigado con toda su generación. El primer año de Keycho, a los diez días de la undécima luna.[10]

En Nagasaki, el día en que debía ejecutarse la sentencia, los padres Rodríguez y Passio confesaron a los veintiséis condenados —dos se habían sumado en el camino— y los acompañaron hasta la colina sembrada de trigo en que estaban dispuestas las cruces. La cruz japonesa era distinta de la cristiana. Montaban al ajusticiado en un travesaño central y se le suspendía de cinco argollas. Dos retenían los pies abiertos a los extremos del madero, dos sujetaban los brazos y la quinta ceñía el cuello de la víctima. En cuanto Felipe vio la cruz que se le había asignado, corrió hacia ella diciendo: "¡Oh dichoso navío! ¡Oh dichoso galeón *San Felipe!*, que te perdiste para que se ganase Felipe. ¡Oh pérdida, no pérdida para mí, sino la mayor de las ganancias!" [11]

Este ingenioso juego de palabas un tanto impropio del mártir, se tomaría como una colaboración posterior de sus biógrafos si no supiésemos la forma en que gustaban de hablar los criollos. Felipe mostró una conmovedora fidelidad a su lenguaje natal aun en el momento solemne de morir por su fe en medio de una muchedumbre pagana. El forzado y elaborado retruécano era en él una segunda naturaleza y la llevó consigo al Japón, sin que las circunstancias dramáticas de su martirio lograran alterarla.

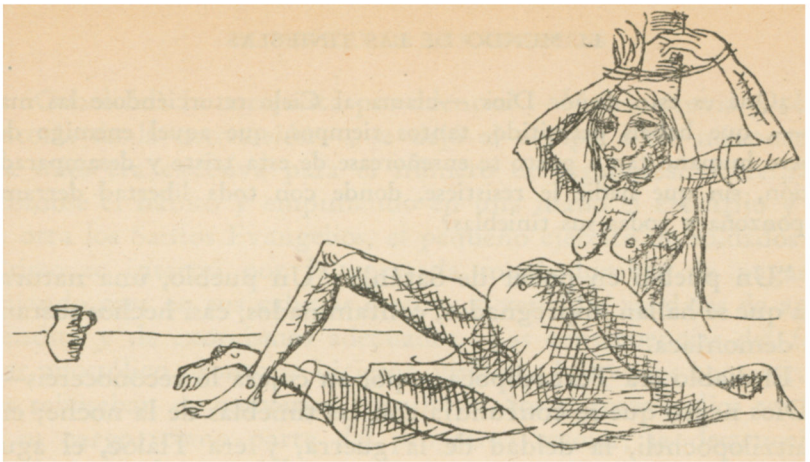
Al clavarse la cruz en el suelo el joven novicio resbaló y quedó suspendido del cuello. Ahogándose, con las piernas y los brazos desollados, entendió que iba a desmayarse, lo cual restaba mérito a su martirio y rogó se le enderezara. El verdugo enton-

ces le asestó un lanzazo en el costado derecho atravesándole el hombro izquierdo. Felipe sólo alcanzó a decir: "Jesús, Jesús, Jesús", cuando una segunda lanza se le hundió en el costado izquierdo saliéndole por el hombro opuesto. Ya muerto, le dieron un tercer lanzazo, esta vez en el cuello, y su cuerpo quedó tal como figura en su capilla dorada de la catedral, prendido en la cruz por dos lanzas finas y simétricas.

Los jesuítas confesores se afanaban en el trigal auxiliando a los moribundos, y el obispo, a quien se le obligó a permanecer en su casa, desde una ventana contemplaba la escena repartiendo bendiciones.

El 13 de febrero de 1597, es decir, el mismo día en que la cabeza de Felipe se inclinaba tronchada como un lirio sobre los trigos del Nagasaki, el aya negra salió al patio y, hallando las ramas secas de la higuera cubiertas de hojas afelpadas y tiernas, aturdió la casa con sus gritos alborozados: "¡Señora, la higuera ha reverdecido! ¡Felipillo Santo! ¡Felipillo Santo!" En ese minuto se inició la gloriosa carrera de Felipe, la única figura que México ha podido encaramar en los altares. Como Cuauhtémoc, nuestro más grande héroe civil, este otro héroe de la Iglesia no es más que un desenlace. Un martirio nada común lo sacó de su anonimato y le otorgó la elevada jerarquía de que disfruta en el Cielo. Es mexicano, criollo y nativo de la ciudad, santo patrono de los plateros, el gremio nacional por excelencia, y a las devotas les gusta desde hace siglos debido a su mocedad, a su guapura, a su paisanaje y a que en tierras extrañas se portó como el mejor de los santos se hubiera portado. Invención de un pueblo necesitado de afirmaciones, no le llama San Felipe a secas sino con el diminutivo familiar de Felipillo Santo, le cuelga leyendas y lo atavía con un ropaje de sueños y esperanzas que en vano sus biógrafos se empeñan en quitarle. Momificado a fuerza de ramplonerías eclesiásticas, un poeta de los veinte a quien angustiaba el porvenir de México lo rescató de las jaculatorias comerciales en que yacía sepultado, dejando este verso extraño al pie de su barroco altar de la Catedral:

Te dará frente al higo y al obús
un higo San Felipe de Jesús.



V: EL MUNDO DE LAS TINIEBLAS

—¿Quiere usted decir...? ¿Piensa usted que fue... el Demonio?

—¿Quién más desea la degradación y destrucción de la raza humana?

ALDOUS HUXLEY

AL DESCUBRIRSE América y quedar incluída como parte del mundo cristiano, se advirtió con horror que no era en modo alguno la dulce tierra virginal exaltada por Cristóbal Colón, donde los hombres, en estado de naturaleza, vagaban inocentes y desnudos a través de un risueño paraíso. En la otra ribera del *Mare Tenebrosum*, oculta hasta entonces a la curiosidad de Occidente, esperaba a los españoles el diablo, el inconfundible personaje que ellos habían creído dejar a sus espaldas entregado a la lucha por impedir que el reino de Dios se estableciera en sus viejas ciudades. Éste era, quizá, el mayor y el más turbador secreto que el descubrimiento de América había revelado. Satanás en persona desde los días del pecado original se había adueñado en forma absoluta no sólo de un pueblo o de una nación, sino de todo un mundo.

Sahagún, un fraile que vino muy joven a este lugar de abominación, llenaba el convento de Santiago con sus lamentaciones:

¿Qué es esto, Señor Dios —clama al Cielo retorciéndose las manos—, que habéis permitido, tantos tiempos, que aquel enemigo del género humano tan a gusto se enseñorease de esta triste y desamparada nación, sin que nadie le resistiese, donde con toda libertad derramó su ponzoña y todas sus tinieblas?

"Un pueblo en poder de Satán".[1] Un pueblo, una naturaleza que se hallan impregnados, contaminados, casi hechos sustancia demoníaca.

El diablo era Tezcatlipoca —por su cojera lo reconoceréis—, el Dios negro que se confundía con las tinieblas de la noche; era Huitzilopochtli, la deidad de la guerra, y era Tláloc, el agua remansada, el agua de las nubes, el agua que desciende a la tierra y el agua que llevan los arroyos y los ríos: era también el inventor de las redes y de la cerámica y el domesticador del maíz; encarnaba en las mujeres muertas de parto que burlaban a los maridos, tenía pacto con los reyes, los hechiceros y los médicos y había creado la antropofagia, el rito suntuoso y cruel, la canción y la danza. El rebaño indiano ostentaba en las carnes su marca, la señal de su posesión y a esta ley no escapaban ni los recién nacidos.

Con mal pie entró el Nuevo Mundo en la historia universal. Un crimen de origen, un estigma infamante lo ofrecía manchado, envilecido y despreciable a los ojos de sus descubridores. Nada podía alegar en su defensa. Sus dioses eran ídolos hechos a imagen y semejanza del demonio; sus fiestas, orgías diabólicas; sus creencias, "enajenación y locura".

Ningún caballero feudal, ningún fraile misionero pudieron imaginar nunca una tierra más propicia a la aventura y a la cruzada que la tierra de México. El guerrero —instrumento de Dios— se yergue sobre los estribos y avanza entre la selva hirviente de herejías. Cada mandoble de la espada derriba en tierra a un diablo, cada bote de lanza extermina a un pecador contumaz, pues "el castigo del indio por su pecado, la purificación total de su culpa, sólo se alcanza en la destrucción de su civilización y en la muerte de sus dioses".[2] "Tal parece —comenta Luis Villoro— que todo el sentido de la historia americana hubiera sido esperar a que Dios tuviera a bien tomarla en cuenta para sus universales designios."

Concluída la conquista providencial —la fase previa y obligatoria de la conversión—, se dejó el campo a los misioneros. La mies era excesiva para el número de segadores. Arremangándose el hábito y empuñando en una mano el crucifijo y en la otra los Santos Evangelios, el pequeño ejército de soldados de Cristo se internó por la apretada muchedumbre de paganos dejando caer en sus cabezas oscuras y vencidas raudales de agua bendita y de exorcismos adecuados. Las consecuencias del fervor apostólico pronto se hicieron visibles. Los atrios conventuales rebosaban de conversos entusiastas, los mismos indios tenían a su cargo, como parte del programa escolar, la destrucción de los templos, y Sahagún "nos cuenta ingenuamente cómo caían los neófitos sobre sus compatriotas paganos y cómo amorosamente metíanlos a palos en el Cielo".[3]

La embriaguez de esta victoria sin precedentes en los anales del cristianismo no impidió a los más sagaces misioneros darse cuenta de que el diablo conservaba, a pesar de todos los esfuerzos empleados en combatirlo, una parte considerable de su antiguo poder. Bajo las apariencias conmovedoras de una nueva fe, el sentimiento religioso del indio permanecía inalterable y el lazo que lo ataba al dominio no había logrado romperse. Mezclados con manifiesta impudicia a las imágenes católicas figuraban los ídolos, o muchas veces, cuando el culto público se hacía imposible, los constructores de iglesias ocultaban a sus dioses en el interior de los altares, en el mismo lugar donde se realizaba la trasmutación de las especies en la carne y en la sangre de Cristo. Los cánticos de los ritos sanguinarios, esos cánticos enseñados por el diablo que sonaban llenos de tristeza melancólica en los oídos españoles, continuaban oyéndose de modo irremediable mezclados a las ceremonias de la Iglesia, y las danzas agotadoras estallaban con su frenesí de plumas y de joyas al menor pretexto. Otras veces "el manto azul de la Virgen encubría a Tonantzin, la Chihuacóatl madre de los dioses; veneraban las arrugas de Tocitzin en las que mostraba Santa Ana y a Tepochtli, su gran Tezcatlipoca, siguieron adorando so capa del casto evangelista".[4]

Se destruían a diario numerosos ídolos, pero en la mayoría de los poblados los indios trataban de salvarlos ocultándolos en

sus casas o llevándolos a los montes. Había indios que viajaban con sus ídolos cuidadosamente envueltos en mantas, y sabemos de un mercader que poseía un gran ídolo que nunca desataba "porque decía que quien lo desatase moriría".[5] Era una sensibilidad irreductible. Aquella entrega apasionada a los dioses, aquel clima de sacrificios extremos y de vigilias incesantes, la asociación de la divinidad a los fenómenos de la naturaleza, deben haberse exacerbado con la persecución y la crueldad desatadas por los españoles.

De un modo o de otro los indios mantenían vivo el culto a sus dioses, a sus hechiceros y a sus médicos. Los magos habitaban desnudos en cuevas misteriosas, se alimentaban de hierbas, practicaban la castidad "y, a la manera de los frailes, usaban un cerquillo en la cabeza".[6] Los médicos ejercían abiertamente su profesión sin ser peseguidos. Podía vérseles a diario en los tianguis rodeados de sus hierbas, de sus pájaros disecados, de sus amuletos y de sus brebajes con los que causaban la muerte o la locura.

Nadie presenció nunca las noches de Walpurgis bárbaras que tenían lugar en la profundidad de las montañas. Volvían los ídolos a sus templos. Danzaban los guerreros cubiertos con máscaras de animales y demonios, gemía la chirimía y roncaba el teponaxtle mientras la mano del sacerdote buscaba el corazón en el abierto pecho de la víctima y un clamor de júbilo sacudía a los fieles agazapados en la sombra.

Con la luz de la mañana se desvanecían las viejas ceremonias. Un copal ardiendo cerca de las ruinas, una ofrenda, algodones manchados de sangre, unos papeles escritos con jeroglíficos, eran los únicos signos visibles de esta subterránea corriente, que no pudieron atajar los esfuerzos españoles. Resultaron inútiles las ordenanzas encaminadas a sofocar las supervivencias idolátricas. En 1546, el indio que se negaba a ingresar en el catolicismo era apaleado y rapado y no podía ejercer oficio ni cargo en sus pueblos. Se penaba con cien azotes al que pusiera a sus hijos "nombres, divisas ni señales en los vestidos ni cabellos por donde se representen que los ofrecen y encomienden a los demonios" y a los que adoraban al sol, a la luna, a las piedras y a los papeles. Estas medidas no deben haber sido muy efi-

caces ya que dos siglos más tarde, en el XVIII, la Inquisición recomendaba a los indios en un edicto:

Destruíd los ídolos, echadlos por tierra, quemad, confundid y acabad todos los lugares donde estuvieren, aniquilad los sitios, montes y peñascos en que los pusieron, cubrid y cerrad a piedra y lodo las cuevas donde los ocultaron para que no se os ocurra al pensamiento su memoria; no hagáis sacrificios al demonio, ni pidáis consejos a los magos, encantadores, brujos maléficos, ni adivinos, no tengáis trato ni amistad con ellos, ni los ocultéis, sino descubridlos y acusadlos; aunque sean vuestros padres, madres, hijos, hermanos, maridos o mujeres propios; no oigáis ni creáis a los que os quieren engañar, aunque los veáis hacer cosas que os parezcan milagros, porque verdaderamente no lo son, sino embustes del demonio para apartaros de la fe.[7]

LOS MÁRTIRES DE LAS ANTIGUAS RELIGIONES

Entre los mártires de las antiguas religiones destaca don Carlos Ometochtzin, señor, o para decirlo en lengua mexicana, chichimecatecutli de Texcoco. Don Carlos, hijo de Netzahualpilli y nieto de Netzahualcóyotl, el rey poeta, pertenecía a ese reducido grupo de la alta nobleza indígena en que se acendran las virtudes de un pueblo. Todo lo poco que de él sabemos —esas palabras de los indios que la historia recoge como a su pesar— se distingue por su autenticidad y su grandeza. Su opositor no fue un soldado sino el obispo don fray Juan de Zumárraga. El conflicto puede ser referido brevemente: un indio acusó a don Carlos de rendirle culto al dios Tláloc; intervino Zumárraga y se abrió el proceso correspondiente, lográndose poner en claro muchos pormenores interesantes de la doble vida religiosa que hacían los indios. El señor de Texcoco, cuando no llovía en sus dominios, se dirigía con los suyos a una sierra consagrada de antiguo a Tláloc y le rendía ofrendas y sacrificios. Los familiares del Santo Oficio encontraron además en su palacio dos adoratorios ocultos, y por si estos testimonios no bastaran a condenarlo, se averiguó que no sólo era un hereje sino un rebelde, enemigo de la religión y de la política del Imperio, que se refería a los españoles empleando un lenguaje intolerable: "¿Quiénes son éstos —decía— que nos deshacen y perturban

y viven sobre nosotros y los tenemos a cuestas y nos sojuzgan?" Un indio así no podía vivir en la Colonia. Se le sentenció a ser quemado vivo en la Plaza Mayor y se cumplió la sentencia el domingo 30 de noviembre de 1539. Su muerte escandalizó a los mismos inquisidores españoles. Se ordenó que en lo futuro el Santo Oficio no procediese contra los indios recién convertidos y el Inquisidor General escribió una carta "reprehendiendo al ilustrísimo señor Zumárraga por haber hecho proceso contra un indio cacique y haberlo sentenciado a muerte por idolátrico".[8]

En términos generales, los indios, sin que contara mucho su adhesión al cristianismo o a su primitiva religión, estaban condenados. Quienes han vivido en compañía del diablo y se han identificado con él, de tal modo que casi parecían hechos de su propia sustancia, habían incurrido en una culpa tan grave que la sola intención de sustraerlos a su origen demoníaco abriéndoles las puertas de la salvación eterna bastaba para obligarlos a sus redentores de manera absoluta. Y es así como la aspiración del español a vivir del trabajo de sus esclavos encontró una justificación religiosa que en último término trascendía al régimen de la encomienda y a las relaciones sociales. Un mundo de esclavos sospechoso de herejía o un mundo rescatado y rebosante de la más honda gratitud constituían un lugar de tinieblas, imperdonable y monstruoso, que se levantaba al lado de un mundo blanco, lleno de la luz, la confianza y la gracia naturales en una comunidad privilegiada.

LOS JUDÍOS EN LA NUEVA ESPAÑA

A fines del XVI un gran número de judíos conversos, originarios en su mayor parte de Portugal, huyó de las hogueras inquisitoriales avivadas por el celo religioso de Felipe II y fijó su residencia en el Perú y en la Nueva España provocando conflictos religiosos muy superiores a los que el carácter peculiar de nuestros indios planteó desde el principio.

Uno de los judíos más notables de ese grupo llegado a México fue don Luis de Carvajal llamado "El Viejo". Asimismo originario de Portugal, muy joven había servido de tesorero en

Cabo Verde, si bien después se ligó a España radicándose en Sevilla, trampolín y antesala de la deslumbradora Tierra Prometida. Lo poco que sabemos de su medio familiar ayuda a entenderlo. Un tío suyo, don Duarte de León, había desempeñado el cargo de gobernador de Guinea, el padre de su mujer fungía como factor en la contratación de negros de Santo Domingo, un hermano, destacado jesuíta, murió en plena juventud, y otro, que era clérigo, se extinguió oscuramente en Oaxaca. Religiosos, negreros o soldados de fortuna doblados de mercaderes conciben planes ambiciosos, se esfuerzan en realizarlos desplegando energías de gigantes, pero ninguno logra vencer los sentimientos de rencor y desconfianza que inspiran. Por mucho que se esfuercen no logran hacer olvidar que son judíos encubiertos o descendientes de judíos.

La vida de Carvajal "El Viejo" fue una constante frustración. Sincero católico, se había casado con doña Guiomar de Rivera, una judía intransigente, pero ni ella logró devolverlo a su antigua religión ni él fue capaz de atraerla a sus nuevas creencias. Cuando Carvajal, a raíz de una ruinosa operación, decidió pasar a las Indias en 1566, trayendo un navío cargado de vinos, doña Guiomar se negó resueltamente a seguirlo.

En México, Carvajal se dedicó al comercio, a la exploración y principalmente a la guerra. Aprehendió en el Pánuco, el centro de sus operaciones militares, a los piratas del inglés Hawkins, pacificó las regiones de Jalpa y la Huasteca —el virrey don Martín Enríquez dijo de él que "más procuraba tratar de paz a los indios que beberles la sangre"— y finalmente descubrió y principió la conquista del Nuevo Reino de León. En 1578 regresó a España y al año siguiente una capitulación real le daba el título de gobernador y capitán del Nuevo Reino de León autorizándole para llevar consigo a cien pobladores "sin exigírseles, como prevenían las leyes, las pruebas de que eran cristianos viejos".[9]

Al disponer el gobernador su viaje de regreso se encontraba en la mayor soledad. Sus diferencias con la mujer, cada vez más hondas, lo llevaron a pensar en una hermana suya, doña Francisca Núñez de Carvajal, radicada en Benavente, a quien logró convencer de que le acompañara a las Indias junto con su mari-

do, Francisco Rodríguez de Matos, un comerciante pobre, y sus numerosos hijos. Eran éstos Baltasar el mayor; Gaspar, fraile dominico; Luis de Carvajal, quien habría de heredar a la muerte del tío la gubernatura; doña Isabel, viuda de un tal Gabriel Herrera; Catalina, Mariana y Leonor, tres mozas solteras, y los niños Anica y Miguel, de muy corta edad. Esta familia —a excepción hecha del fraile— era de judíos, aunque en España no tuvieran oportunidad de practicar su religión, y entre los pobladores que trajo a la Colonia —caso extraño dado el probado catolicismo de Carvajal— figuraban numerosos judíos, algunos tan notables como el licenciado Antonio de Morales, médico y rabino famoso.

Mientras "El Viejo" continuaba sus conquistas, la familia de Rodríguez Matos se estableció en el Pánuco. La Nueva Jerusalén en realidad era para ellos "desconsolado desierto poblado de muchos mosquitos y calor donde vivían muy pobres",[10] al extremo de que las mujeres andaban descalzas.

El Gobernador pronto se dio cuenta de que el fanatismo de sus parientes era arraigado y peligroso. Doña Isabel, "considerada como una santa a causa de su estricta y aun exagerada observancia de la ley mosaica" y a quien animaba un afán de proselitismo incontenible, cometía grandes imprudencias, y por su lado Luis "El Mozo" se entregaba a un misticismo delirante.

A poco de residir en el Pánuco, Rodríguez de Matos salió con su hijo Luis para vender en la ciudad de México cierto número de indios esclavos. Aquí, la numerosa comunidad hebrea acogió efusivamente a los recién llegados. No sabemos qué modificaciones habría sufrido la Colonia si esta casta de hombres inteligentes y emprendedores hubiera logrado consolidarse y prosperar. Entre los 70 y los 90 se hallaban mezclados a los ricos mercaderes de la calle de San Agustín, a los joyeros de San Francisco, a los mineros de Taxco, Pachuca y Zacatecas y a los negociantes de China. La mayoría cumplía celosamente sus deberes de católicos, pero en el interior de sus casas guardaban el sábado, cantaban los salmos del Viejo Testamento y las oraciones de los difuntos, lavaban y envolvían en mortajas nuevas a los muertos y se vengaban de la intolerancia religiosa enterrando imágenes en las puertas de sus negocios o haciendo coser

en el forro de un cojín la tela de un crucificado, torpes desahogos que al ser descubiertos les valían atroces castigos. Lo chusco asomaba en ocasiones. Nos ha llegado noticia de un judío que apenas escuchaba la campanilla del viático en la calle corría desalado en busca de un refugio para no tener la obligación de rendir a su odiado enemigo un homenaje público.

El viejo Rodríguez Matos, que no estaba hecho para la vida de la selva, se pasó enfermo seis meses en la casa de un pariente suyo, confesó y comulgó, al parecer devotamente —los judíos estaban autorizados a disimular su religión—, si bien en privado exhortó a Luis a mantener sus creencias y antes de morir le pidió: "Hijo, lávame este cuerpo, no vaya así de sucio a la tierra".

De vuelta al Pánuco, Luis se entregó a la lectura de la Biblia que un clérigo le vendió por seis pesos. Esta Biblia era su único tesoro, su consuelo, la fuente en que bebía sediento el agua de la sabiduría divina, pues el alma del judío, como la del cristiano, requería, en mayor medida que el cuerpo, su alimento, su "matalotaje" según dirá en la *Autobiografía* empleando un término de viajero.

Hallándose Luis una tarde en el corredor de su casa, leyó este versículo del Génesis: "Indispensable será circuncidado el nacido en tu casa y el comprado con tu dinero; así estará mi pacto en vuestra misma carne como pacto sempiterno. Mas en cuanto al varón incircunciso, que no tuviera circundada la carne de su prepucio, el alma aquella será cortada de entre su pueblo; ha quebrantado mi pacto". Luis dejó el libro abierto, cogió unas tijeras de "gastados filos" y yéndose a un barranco se hizo la circuncisión. Un año más tarde, al ir tras un caballo robado, se perdió solo en la montaña poblada de indios chichimecas y logró, después de muchas vicisitudes, ser rescatado milagrosamente. Si el libro de Esdrás que llevaba oculto en el jubón copiado de su mano lo hacía invulnerable, la circuncisión realizada de tan dolorosa manera le fue, a lo largo de su breve existencia, de acuerdo con sus propias palabras, "armadura fuerte contra la lujuria y ayuda a la castidad".

Jehová en aquellos primeros días no desdeñaba intervenir en la vida de sus elegidos con algún hermoso beneficio. Cierto día, la casa de su madre se llenó con una música bárbara de chi-

rimías indígenas y de trompetas españolas. Se abrió la puerta y ante los ojos asombrados de doña Francisca —Luis estaba ausente en el Nuevo Reino de León— aparecieron, rodeados de una lujosa comitiva, Antonio Díaz de Cáceres y Jorge de Almeida, dos ricos judíos, quienes apeándose de sus caballos respetuosamente solicitaron la mano de las descalzas doña Leonor y doña Catalina.

Realizadas las bodas con la intervención de fray Gaspar, la familia cambió su hogar a México. Doña Francisca, vestida de nuevo y cabalgando en una mula, figuraba en el séquito de las cenicientas. Las vecinas corrían tras ella preguntándole: "Señora, ¿qué buena oración rezasteis? ¿A qué santo os habéis encomendado?" La madre guardaba silencio en tanto que el satisfecho Jehová se acariciaba por encima de la selva tropical la barba resplandeciente. Fue un día de confusión y de esperanza para las madres que tenían hijas solteras en el Pánuco.

CÁRCEL, SUEÑOS Y TORMENTO

Al abandonar Luis la "grave cárcel y collera" del desierto encontró a sus hermanas, "que dejó con las sayas rotas", vestidas con sedas y terciopelos. Sin embargo, doña Francisca y las hijas solteras continuaban en la miseria a causa de su rompimiento definitivo con el Gobernador, pues "aunque por fuera el vestido se veía bueno, las necesidades que pasaban eran grandes".

Carvajal "El Mozo" a veces trabajaba de escribiente con un mercader —era un excelente calígrafo— y a veces en las minas de sus cuñados, pero nunca dejaba de practicar intensamente su religión. Él y su hermano Baltasar —"se amaban como el agua y la tierra"— visitaban a un judío tullido para quien el licenciado Morales había traducido el *Deuteronomio,* reuníanse en sinagogas improvisadas para cantar salmos y escuchar la palabra de Dios y guardaban escrupulosamente las fiestas y los ayunos. "El Mozo" era siempre el alma de estas actividades. Vivía de sus lecturas bíblicas, de componer cánticos y poemas, soñando sueños, lleno de fe y de entusiasmo religioso. De tarde en tarde despertaba de sus delirios místicos y volvía los ojos a la realidad. En una ciudad que había jurado pública y solemnemente perse-

guir a los herejes como a perros rabiosos, llena de espías y de enemigos vigilantes, bastaba la menor indiscreción —y ellos habían cometido demasiadas— para perderse. El continuo disimulo, el hecho de no poder siquiera vestirse de limpio los sábados o degollar una gallina sin jugarse la vida, habían terminado por hacerle odiosa su estancia en las Indias y decidir establecerse con su familia en Roma donde el Papa, mediante un tributo anual, permitía a los judíos ejercer la religión de Moisés sin restricciones.

Ya con firme propósito de marchar a Italia, Luis y Gaspar pensaron en llevar consigo a su hermano el dominico después de convertirlo al judaísmo. La escena que tiene lugar en una celda del convento de Santo Domingo, los ingeniosos y pueriles argumentos de que se valen para hacerle ver que la religión católica no era la verdadera, el terror y la confusión del fraile —sabía que sus hermanos estaban en pecado mortal, pero no podía disuadirlos de su error ni delatarlos a sus superiores como era su deber— dan una idea del fanatismo irreflexivo que dominaba a esta familia.

Entretanto, los temores de Luis se habían confirmado. El capitán Felipe Núñez, a quien doña Isabel había procurado atraer al judaísmo en el Pánuco, presentó su denuncia a la Inquisición al mismo tiempo que Luis de Carvajal "El Viejo" era llevado a la cárcel real debido a un pleito de jurisdicciones que sostenía con el virrey.

Primero fue presa la viuda imprudente y después la madre doña Francisca. Una noche en que se disponían a cenar, invadió la casa un pelotón de guardias, alguaciles, porteros y escribanos del Santo Oficio. La anciana, al oír la orden de aprehensión, tomó su manto "con mansedumbre —escribe Luis en su *Autobiografía*— y, llorando sus trabajos y alabando al Señor Dios, fue llevada por aquellos ministros de maldición, verdugos de nuestras vidas, a una prisión oscurísima". Las hijas, llorando también, decían a gritos: "¿Adónde nos la llevan? Por amor de Dios, tened piedad de nosotros".

Poco después toda la familia Carvajal, sin exceptuar a los dos niños Miguelito y Anica, estaba alojada en la Inquisición.

Luis no estaba solo. Compartía su celda un espía de los inquisidores, antiguo recoleto descalzo de la provincia de Valencia llamado Francisco Ruiz de Luna, a quien el Santo Oficio había enjuiciado por ejercer funciones sacerdotales valiéndose de documentos falsificados. Arrastrado por su fervor religioso el joven hebreo logró convertirlo tan sinceramente a la ley mosaica, que el fraile, muchos años después de haber sido reconciliado, fue aprehendido nuevamente en La Habana bajo el cargo de judaísmo y traído a México se le condenó a remar diez años en galeras, a doscientos azotes, sambenito, cárcel y destierro perpetuos.

Los sueños de Luis encendían la oscuridad del calabazo. En una ocasión vio a su padre, el viejo mercader cuyo cuerpo lavó y amortajó poniéndole una moneda en la boca, no con el traje polvoriento que vestía en las selvas del Pánuco, sino con un alba blanca adornada con campanillas de oro. Le dio la mano para que se la besase y abrazándolo le dijo: "Ven acá, hijo mío, descansarás de todos los trabajos".

En otra de sus visiones se le apareció una redoma de vidrio llena del dulcísimo licor de la sabiduría divina y escuchó la voz del Señor que le decía a Salomón: "Toma una cuchara e hínchela de este licor y dásela a beber a este muchacho". Al beber Luis de aquella redoma se hizo en su corazón un bienestar maravilloso y a partir de entonces abandonó su nombre de Luis de Carvajal bautizándose a sí mismo con el significativo de José Lumbroso. El sueño era su desahogo, la única manera de escapar a la amarga realidad, porque la fe de Luis, su espíritu iluminado y sensible, no guardaba relación con la debilidad y flaqueza de su carne. Experimentaba un miedo espantoso a los tormentos y aun a los interrogatorios; y los dolores a que se veían condenados sus familiares exacerbaban hasta los límites de la locura la desesperación de encontrarse sujeto al horror de un proceso inquisitorial.

Una mañana, a través de un pequeño agujero que con la ayuda de unos huesos de carnero había practicado en la puerta de la celda, pudo ver a su madre dirigirse a la sala del tormento acompañada del alcalde de la cárcel y del verdugo. Nada podía hacer en su ayuda. Durante largas horas permaneció de pie,

junto a la puerta, oyendo sus gritos e imaginando, desgarrado, todos los pasos de un calvario afrentoso que él había padecido en su propia carne.

Las cosas ocurrieron del mismo modo que el hijo las había imaginado. A las ocho de la mañana, el escribano daba principio a la lectura de la sentencia invocando el nombre de Cristo: "*Christi Nomine Invocato.* Fallamos atentos los autos y méritos de este proceso, indicios y sospechas que de él resultan contra la dicha Francisca Núñez de Carvajal que le debemos de condenar y condenamos a que sea puesta a cuestión de tormento sobre las disminuciones que de probanza y confesiones resultan conforme a lo en esta causa votado, tanto tiempo cuanto nuestra voluntad fuere . . ."

"Ya he dicho —responde doña Francisca— que he creído derechamente en la ley de Moisés y ésta es la verdad. Señores, doleos de mí y de los huérfanos de mis hijos, de quienes tengo más pena que de mi propia vida. Por amor de Dios que no me afrentéis."

Doña Francisca era una mujer que de la vida sólo había conocido la dureza. A los nueve años la casaron sus padres con Rodríguez de Matos y a los doce se realizó el matrimonio. Cercada de peligros y luchando contra la miseria, se hizo vieja pronto, no teniendo otros consuelos que los tradicionales de los hebreos; el acendrado amor a la familia y la práctica de su altiva religión. Llegado el momento de la prueba, el momento en que la amenaza eternamente suspendida sobre su cabeza se cumplía de modo fatal, trataba de defenderse y de defender a los suyos negándose a entrar en pormenores aunque confesando su fe, pues había nacido judía y no existía ninguna razón para que dejara de serlo.

Ante la negativa, a las ocho y media se hizo entrar al verdugo —era parte de la rutina judicial— y se le dio orden de que la desnudara.

"¡Mátenme! —grita herida la madre—. Denme garrote luego, pero no me desnuden ni afrenten aunque me den mil muertes. Miren que soy mujer y viuda honesta, con quien no se sufre hacer esto en el mundo; en especial donde hay tanta santidad. Ya he dicho que creía en la ley de Moisés y no en la de Jesucris-

to y no hay más que decir, ni sé de más que soy una desconsolada, triste viuda con hijos, que clamarán a Dios."

El verdugo y su ayudante le arrancaron el vestido mientras el escribano amonestaba: "Por reverencia de Dios decid la verdad. Decid la verdad si no queréis veros en este trabajo y peligro".

"Todo es maldad —clama la anciana—. ¡Todo es maldad! Vaya esto en remisión de mis pecados."

Se le tendió a la fuerza en el potro atándosele cordeles a brazos y piernas, en tanto que el escribano salmodiaba: "Decid la verdad, decid la verdad".

"Miren que he dicho la verdad y que quitan una madre a sus hijos. Nunca entendí que tal crueldad se usara con una pobre mujer. Encomiendo mi alma y ofrezco este martirio al que en el libro *Espejo de consolación* he leído que adoraban los macabeos."

Una vuelta dio el verdugo a la rueda y los cordeles penetraron en su carne. El grueso papel que registra la actuación recoge, a partir de entonces, con la fidelidad y precisión de un disco, los sonidos que se escapan de su boca. Son eso, sonido, sólo la carne elemental y patética. Una pobre vieja que se retuerce y aúlla de dolor ante unos hombres dignamente sentados en unos sillones de terciopelo: "¡Ay, ay! Tanta crueldad. Tanta. ¡Ay que me muero!"

A la segunda vuelta el escribano insistió: "Decid la verdad, decid la verdad".

"Todo lo he confesado y no me quieren creer. ¡Me muero, me muero! ¡Denme muerte de una vez! ¡Ay que me descoyuntan y acaban la vida! ¡Dios mío, no puedo sufrir más, y si más sufriera lo dijera!"

"Decid la verdad, decid la verdad."

"Ya he dicho que creía y adoraba la ley de Moisés y no la de Jesucristo. Tened misericordia de mí que he dicho toda la verdad. Me muero, me muero. ¡Ay que me muero!"

A la cuarta vuelta la mujer estaba destrozada.

"Decid la verdad, decid la verdad."

"Ya no puedo sufrir más. Ya se les acabó a sus hijos su triste madre."

"Decid la verdad, decid la verdad."

"Doleos, señores, de este martirio, por amor del Señor —ya el verdugo daba una quinta vuelta a la rueda—, porque me muero."

"Se os amonesta de nuevo a que digáis la verdad no dando lugar a que prosiga el tormento, con tanto riesgo de vuestra vida, quedándoos tanta parte que pasar y padecer con que excusaréis dolores y martirios. Por reverencia de Dios, decid la verdad y doleos y compadeceos de vos misma."

La judaizante ha perdido su coherencia y delira:

"No tengo nada que decir, sino testimonios... y ésos no quiera Dios que los diga, ni los he de decir, ni lo sé... Sea Él bendito, que aquí me tratan con tanta crueldad, nunca jamás oída con mujer."

"Decid la verdad, decid la verdad."

"No sé decir —exclama levantándose—, sino que triste nací del vientre de mi madre, y desdichada fue mi suerte y mi triste vejez."

El verdugo la volvió a tender inútilmente porque se había agotado el tormento. Desnuda, cubierta de sangre, vencida, se arrodilló en el suelo y sollozando hizo un relato de su vida en el que las fuerzas le alcanzaron para "ocultar algunas cosas que pudieran perjudicar a sus hijos".

Poco antes del mediodía se suspendió la diligencia y se reanudó a las dos de la tarde. La perspectiva de un nuevo tormento y los dolores pasados habían destruído su naturaleza. La ternura de la madre, el amor a su religión, todo lo que había sido el centro de su vida, estaba deshecho. Abandonada, terminó por denunciar a sus hijos, por traicionar a su familia y a sí misma.

Luis escribió más tarde en su *Autobiografía:* "Aquel día de mayor amargura y aflicción que todos los pasados, oí los dolorosísimos gemidos de mi querida madre cuando era atormentada sin tener otra defensa que encomendarla a Jehová".

LIBERTAD, NUEVA PRISIÓN Y CONSUELOS EPISTOLARES

Al cerrarse el proceso de la familia Carvajal los inquisidores mostraron cierta clemencia. El 24 de febrero de 1590 en el auto de fe celebrado en el interior de la catedral, doña Francisca,

Isabel, Leonor, Catalina y Luis se reconciliaron "abjurando públicamente de sus errores". Vestían un sambenito de paño amarillo sobre el que se destacaban las aspas coloradas de San Andrés y llevaban una vela encendida en la mano.

Luis, condenado a cárcel y hábito perpetuos, fue primero llevado al hospital de Convalecientes de San Hipólito, donde sirvió de criado, y después de un año se le permitió trasladarse al convento de Santa Cruz de Tlatelolco, en el que enseñaba latín a los indios. La madre y las hermanas, que debían estar recluídas en diversos conventos de monjas, por gestiones de Almeida fueron autorizadas a vivir juntas en una casa del mismo barrio de Tlatelolco, bajo el cuidado de fray Pedro de Oroz, guardián del convento de la Santa Cruz.

La vida empezó nuevamente a sonreírles. Para ellos la felicidad consistía en estar reunidos y en practicar la religión mosaica. Los dolores sufridos en la Inquisición lejos de beneficiar a Luis haciéndolo más cauto parece que acrecentaron su espíritu mesiánico. Apenas ganó la confianza del guardián del convento obtuvo una llave de la bibloteca y, aprovechando los menores descuidos, no sólo devoraba los libros sagrados sino que copió varios capítulos del Antiguo Testamento con su hermosa letra y los llevaba siempre consigo. El sambenito, más que suponerle molestias, le hacía ganar dinero. Andaba en las calles de la ciudad y en los caminos pidiendo limosna para comprar su libertad definitiva y, aunque pronto reunió la suma estipulada, explotó su situación hasta septiembre de 1594 en que llegaron de España, gestionadas por su cuñado Almeida, las provisiones de su libertad y las de su familia.

Cada pequeña ventaja obtenida por Luis aumentaba su imprudencia. En su casa practicaba escrupulosamente la ley judaica, no se recataba en su obra de proselitismo, iniciada con tanto éxito en la cárcel, y visitaba con frecuencia a los hebreos. Un hecho vino a empeorar la situación de la familia. Leonor, la hermana, había terminado por perder la razón y en sus ataques arrojaba las imágenes religiosas a la calle o asomada al balcón insultaba a los transeúntes, por lo que se vieron obligados a mantenerla atada a su cama. En ese sombrío período de locura religiosa, la figura de Justa Méndez, una hermosa judía que

asistía con su madre a las ceremonias del ritual, proyecta sobre el alma torturada del fanático la luz de un amor delicado.

Como era de esperarse, el fiscal de la Inquisición Marcos de Bohórquez acusó a Luis oficialmente el 1º de febrero de 1595 de haber reincidido en el judaísmo, lo cual significaba la hoguera por tratarse de un reconciliado.

En el curso del nuevo juicio su exaltación mística era más acentuada. Se creía un predestinado y hablaba de su próximo martiro con entusiasmo. Había desaparecido el hombre acobardado del primer juicio, que se valía de todos los recursos con tal de verse libre y esta vez parecía enfrentarse valientemente a sus jueces, defendiendo sus creencias con citas del Antiguo Testamento y "argumentos numerosos y oportunos". Manifestaba además una repugnancia extrema a decir falsedades y los cargos que él mismo se hacía sobrepasaban en mucho a las gravísimas acusaciones presentadas por el fiscal en su contra.

La actitud poco común del reo no fue obstáculo para que los inquisidores le hicieran compartir su celda con un nuevo espía. Era éste un clérigo repugnante llamado Luis Díaz, que había logrado ordenarse a fuerza de recomendaciones. Decía misa sin tener licencias eclesiásticas y se fingía comisario del Santo Oficio para realizar toda suerte de atropellos y despojos. En el fondo no era otra cosa que un ebrio despreciable. Los reos, que conocían su indigno papel, le escupían la cara y lo insultaban, pero Luis de Carvajal, sintiéndose un instrumento del Señor, trató de convertirlo, "abriéndole su pecho". Su candor no reconocía límites. Aun sabiendo que Díaz "tomaba vino y se embriagaba y andaba en las tabernas y empeñaba hasta los vestidos", vicios que a él, temperante por convicción, repugnaban, llegó a descubrirle el sitio donde ocultaba su *Autobiografía* y sus versiones bíblicas, a confiarle el nombre de numerosos judíos practicantes y, lo que es peor, a referirle las "sucias irreverencias que él y otros judíos habían cometido con un crucifijo".

Los prolongados ayunos a que Luis se sometía —enterraba gran parte de la comida que le llevaban por contener alimentos prohibidos—, sus noches de vigilia pobladas de éxtasis y de sueños místicos, la forzada convivencia dentro de esforzando

y oscura celda con criminales y pederastas, y sobre todo el terror que le causaban los inquisidores —sólo de ver al cruel Alonso de Peralta le temblaban las carnes—, los interrogatorios y los tormentos, terminaron perturbándolo. Incapaz de resistir el dolor físico, no sólo denunció nuevamente a sus familiares y a una multitud de conocidos sino que intentó suicidarse arrojándose desde uno de los corredores al patio de la Inquisición.

Estas debilidades, lamentables en el hombre que se creía un elegido del Señor y un profeta —anunciaba para el año de 1600 la venida del Mesías y él mismo se pensó llamado a engendrarlo cuando se enamoró de Justa Méndez—, alternaban con otras muestras de fortaleza inspiradas en el amor que profesaba a su familia. En huesos de aguacate, en dulces y en frutas escribía con la punta de un alfiler conmovedores mensajes. Le decía a doña Leonor: "Paciencia como Job. Almas de mi corazón, visíteos Adonay Nuestro Señor. Yo la tengo, gloria a Dios; con grillos estoy por mi Dios".

Dentro de la cáscara de un plátano iba cuidadosamente oculto este mensaje dirigido también a doña Leonor: "Ángel mío, albricias, que mejor viaje es el del Paraíso que el de Castilla, bien aventurado el pan que comiste, y el agua que bebiste y la tierra que pisaste, y el vientre en que anduvimos, que de aquí a poco hemos de ir a profesar la religión sacra de los ángeles. ¡Oh qué ricos jardines, músicas y fiestas nos esperan!"

Ninguna de estas misivas llegó a su destino. Informados los inquisidores, ordenaron se le llevara papel, pluma y tintero, cosa que cumplió el alcalde de la prisión con el pretexto de que Luis le escribiera unas recetas. El cándido joven, indeciso todavía, escribió a Leonor: "Raquel de mi corazón, Adonay mi Señor me enseñó para que te consuele y me da este papel y tinta". Más tarde, cuando los inquisidores decidieron establecer en firme la correspondencia, Luis pudo mandarles a sus familiares, con la seguridad de que las recibían, admirables cartas.

Le decía a su madre: "¡Ay madre de mi alma, sequina sea contigo! ¡Ay rebaño mío querido, que así estás disparcido; Dios fuerte te defienda! ¡Ay madre de mi vida, Adonay te [illegible]forte! ¡Ay hermanas de mi vida, el padre de los huéfanos os religiosa, la[illegible]madre de mi corazón, vea mi Señor Dios tu aflic-

ción y te acompañe y salve, y te cubra y a todo su fruto con su santa bendición! ¡Ay llagadas mías, el Señor del mundo os medicine! ¡Ay presas mías, Tobías os suelte de prisión y pecado, y de cárcel y infierno! Amén. Amén. Amén. Amén. Amén. Amén. Amén."

Escribía a la pobre de Anica: "Ana mía, bendita de mis ojos, alma de mi corazón, visítete mi fuerte Dios y Señor y esfuércete y a toda la santa compañía como de día y noche mis continuos clamores y lágrimas le suplica este pecador. Por milagro suyo me vino a la mano tinta y este poco de papel para escribirte, que aunque por mis pecados os tenga ausentes de la vista, siempre estáis presentes en los ojos de mi ánima y corazón y tú principalmente, herida mía, horfanita mía, regalada de mi Dios de cuyas misericordias sean amparadas. Vida mía, a mí me prendieron por derecha voluntad de mi Dios para gran bien de mi alma y por acusación del buen Lucena. A vosotros, mis ángeles, por sospechas solamente, y si vuestra inocencia es aquí afligida, tenedlo por certísima señal, no de aborrecimiento sino de grande amor, que os tiene mi Señor Dios, vuestro padre celestial. ¡Alégrate y gózate, bendita hija, que éste es el camino del paraíso y gloria que te espera! Por aquí pasaron todos los santos que agora gozan de ella. ¡Oh qué lindas gargantillas de oro y perlas de Ofir te ha de mandar poner tu Señor Dios, mi mártir, en esa garganta dolorida! ¡Oh qué lindas cadenas de oro! ¡Oh qué joyeles por lo que has padecido en ella! ¡Ea, ea, mi inocente, paciencia que yo te mando albricias!"

Después de prometerle a su hermanita, que también ha denunciado ante los inquisidores, músicas, sedas y trajes preciosos, viñas y fuentes de olorosas aguas, terminaba así su carta: "¡Ea, albricias, albricias! ¡Alegría! Alegría! ¡Alegría! ¡Alegría! Cesen ansias y suspiros, que aquí me ha revelado mi señor Dios grandes maravillas suyas. A Él os encomiendo, mis ángeles. Él os visite y salve. Amén".

EL AUTO DE FE

En la enorme plaza sólo se escuchaba la voz del predicador que golpeaba con descompasados ademanes el borde lustroso del púlpito. Terminado el sermón, un dominico leyó, esforzando

la voz, un largo juramento de fe en el que se proponía una compleja táctica encaminada a la exterminación de la herejía. Remató el fraile la lectura: "Digan todos así: Lo prometemos y juramos".

La muchedumbre respondió en su eco sordo y multiplicado: "Lo prometemos y juramos". "Si así lo hiciereis —sentenció el dominico—, Dios Nuestro Señor, cuya es esta causa, os ayude en este mundo, en el cuerpo, y en el otro en el alma, donde más habéis de durar; y si lo contrario hiciereis, lo que Dios no quiera, Él os la demande mal y caramente como a rebeldes, que a sabiendas juran su santo nombre en vano. Digan todos amén."

Una vez que se restableció el silencio, trepó a uno de los púlpitos laterales el encargado de leer la sentencia de los numerosos reos. Su voz monótona se escuchaba bajo del toldo que cubría el tablado principal como el revolar de un moscardón impertinente. El virrey don Gaspar de Zúñiga y Acevedo, conde de Monterrey, sentado en su silla de nogal —era el único que disponía de dos cojines de terciopelo, uno puesto sobre la silla y otro para que reposara los pies—, trataba de ahuyentar la somnolencia recorriendo con la mirada el suntuoso y variado espectáculo.

A su izquierda, ocupando el lugar de honor y tras de una mesa cubierta con una carpeta de terciopelo negro recamada de oro, estaban los inquisidores, y en los extremos, los seis componentes de la Audiencia. Contempló los adornos de la escribanía de plata cincelada y el semblante impasible del Inquisidor Mayor, medio oculto por el estandarte de la fe que sostenía el Fiscal del Santo Oficio entre dos caballeros ataviados con sus lujosos mantos de cruzados. Sus ojos se detuvieron después en la cara del escribano y en el cofrecillo puesto al alcance de su mano de donde iban saliendo las sentencias. Centelleaban las cadenas de oro y las bruñidas espadas de los nobles. Los franciscanos, los dominicos, los agustinos y los jesuítas se advertían como grandes manchones azules, blancos y negros. Desde arriba era curioso observar los birretes de terciopelo granate, un poco orientales, del Rector y de los doctores de la Universidad, flotar en medio de aquella mezcla familiar de tonsuras, cerquillos, barbas frailescas y bigotes cortesanos.

El conjunto, una masa varonil que despedía en la resolana un olor acre de sudor mezclado al del incienso, y la voz sin matices del lector, aburrían a don Gaspar de Zúñiga aumentando la somnolencia que lo invadía. De nuevo, haciendo un esfuerzo trató de ahuyentarla y fijó su atención en la pirámide escalonada donde los reos vestidos con sus chillantes sambenitos y sus gorros puntiagudos permanecían inmóviles. Negros, judíos, españoles, portugueses. Viejas hechiceras llorosas y asombradas, esclavos indiferentes, la enérgica figura de Manuel Lucena, el relapso que soportó los mayores tormentos sin despegar los labios, y el apacible rostro de Justa Méndez. Luis estaba allí, atado de manos, moviéndose nervisomante como si los diablos de su coroza lo pincharan con sus agudos tridentes y las llamas pintadas lo quemaran de verdad, brotándole por los ojos desvelados y febriles.

Apenas concluído el largo proceso, el judío blasfemo y reincidente se había transformado en el personaje más singular de todos los concurrentes al auto de fe y en la figura más apasionante de la Nueva España. En cierto modo su cuerpo ya estaba muerto y su alma, al menos teóricamente, había pasado, mediante un siniestro juego de escamoteo, a ser propiedad del diablo. De sus garras era indispensable arrancarlo si no se quería que los recursos espirituales de la Iglesia mostraran una inconcebible debilidad ante las omnipotentes fuerzas desplegadas por el príncipe de las tinieblas. Los frailes, ya desde que se inició el segundo juicio, habían emprendido la tarea de salvarlo sin muchas esperanzas. Los dominicos, impotentes, llamaron en su auxilio a los más sagaces teólogos; en las iglesias se emprendían rogativas por el triunfo de la religión y no hubo recurso que no se empleara a fin de rescatarlo del fuego eterno del infierno, ya que era imposible librarlo de las llamas terrenales a que lo condenaría, sin remisión, el brazo de la justicia secular.

El vigor de Luis era inagotable. Sobreviviente de un intento de suicidio, de torturas y sufrimientos nada comunes, había asistido la víspera al ensayo de su propia muerte y ante las ávidas miradas de los curiosos aparecía el rebelde ungido de renovados poderes infernales. Sentado en medio de los condenados, ajeno a la tediosa enumeración de los cargos, no cesaba de exhortar a su

madre y a sus hermanas ya convertidas al cristianismo para que murieran en la fe mosaica, razón por la cual los inquisidores ordenaron ponerle una mordaza. Aun reducido al silencio, cada vez que los familiares le acercaban la cruz, el irreductible judío la apartaba a codazos y sólo guardó cierta compostura cuando al iniciarse la lectura de la sentencia de Justa Méndez, después de quitarse la mordaza haciendo un gran esfuerzo, suplicó a los guardias encargados de su custodia: "Déjenme oír la sentencia de aquella dichosa y bienaventurada doncellita".

El patetismo de la escena aumentó al llegarle su turno. Siempre que el lector pronunciaba su nombre de Luis de Carvajal, permanecía inmóvil como si se refiriera a otra persona y sólo al escuchar el de José Lumbroso, se levantaba y respondía con alegre entereza. La lista de sus crímenes resonaba en el silencio de la plaza helando de espanto a los espectadores.

La demencia religiosa se había apoderado de todos. A fin de evitar que Luis hincara las rodillas cada vez que el lector se refería al Dios de Israel, tres robustos familiares lo tenían inmovilizado y aun así el hereje forcejeaba con ellos y sus ojos se llenaban de lágrimas.

En el duelo abierto entre Dios y el diablo, hasta después de la lectura de la sentencia, Satanás parecía haber ganado la partida. Luis volvió impávido a su banco y para el más despreocupado de los asistentes era visible que estaba condenado sin remedio al infierno si los instrumentos de la gracia no revelaran al último su oculto poderío. Inadvertido entre los religiosos se hallaba fray Alonso de Contreras, un oscuro dominico a quien debemos la relación de los increíbles acontecimientos que habrían de desarrollarse en forma dramática y milagrosa a partir del momento en que Luis abandonó el tablado. La víspera, fray Alonso no había pensado siquiera asistir al auto ni solicitó licencia del superior como lo habían hecho numerosos dominicos, pero una carta del fiscal Marcos de Bohórquez en que se le nombraba miembro del tribunal determinó que aceptara la designación a última hora. Ya en el tablado, abandonó el excelente lugar que se le había asignado y lo cambió por otro menos bueno, aunque tenía sobre el primero la ventaja de darle una rápida salida a la calle, lo que le permitió, al bajar Luis camino del

quemadero, seguirlo muy de cerca y aficionarse a él movido por una fuerza desconocida.

El rostro del condenado a muerte revelaba denuedo y orgullo. Lo montaron en un caballo con albarda —"la más mala bestia [escribe el religioso], inquieta, e indómita, de cuantas allí iban, que no sé si de propósito le guardaron para dar mayor pena al delincuente" [11]— y se inició la marcha. No era fácil mantenerse junto a Carvajal o tratar siquiera de ser oído. Las lágrimas y las razones del dominico fray Jerónimo Rubión, el confesor oficial, habían fracasado y todavía al acercarle uno de los frailes en un impulso irrazonable, que sólo nuevas irreverencias ocasionaría, la cruz verde para que la besase, la escupió rechazándola con airadas palabras: "¿Pues por fuerza, maldito? ¿Hay ley que eso mande? Habían de llevarle a la Inquisición y castigarle gravísimamente, que lo merece mejor que yo".

Fray Alonso, a pesar de que el caballo del relapso lo había pisado por segunda vez, llevado de un turbio designio que sólo después habría de ponerse en claro, sobreponiéndose al dolor, juzgó conveniente preguntarle: "Sabéis, Luis, ¿qué es Inquisición y Santo Oficio?"

Responde Luis en latín: "*Consilium impiorum, et cathedra pestilentiae*".

Se alborotaron los frailes. Luis entonces, por primera vez, dirigiéndose directamente al dominico, exclama: "¿Hay mayor tormento en el mundo que estar un hombre maniatado, tan rodeado de perros rabiosos?"

Arguyó el fraile de inmediato: "Lo había dicho David con divina propiedad en la persona de Cristo, que se cumplió en su prendimiento y en las juntas y cabildos que contra él habían hecho los pontífices y fariseos, verdaderos perros crueles y poderosos que deseaban quitarle la vida. Debes tomar en Cristo ejemplo de paciencia y aficionarte a su divina bondad y santidad".

"A Cristo, padre mío —contesta el judío—, mucho le quiero y mucha afición le tengo, pero Cristo no es Dios."

La irreverente frase provocó una tempestad de indignación. Muchos espectadores, enfurecidos, lograron romper la fila de alabarderos y acercándose al hereje le escupieron la cara. Hecha

de nuevo la calma, en medio del gentío que se apretaba, del calor y del polvo, se inició entre Luis y fray Alonso, mitad en latín, mitad en español, una polémica teológica destinada a probar la divinidad de Cristo.

En eso estaban cuando un fraile pequeñito se deslizó metiéndose "casi debajo del escapulario" del dominico. Asombrado le interroga el dominico:

"¿Qué quiere vuestra merced?"

"Vengo —dice orgulloso el frailecito— a argüir con ese hereje."

"En eso estamos nosotros y vuestra merced sea servido de dejarme."

Afortunadamente el bravo polemista se alejó tan inesperadamente como se había presentado y fray Alonso, desembarazado del inoportuno, volvió a la carga en el momento en que la comitiva hacía un alto en el tribunal del Corregidor, situado en la esquina del portal de Mercaderes y la calle de Plateros, el cual notificó al reo la sentencia de ser quemado vivo añadiendo el siguiente aviso:

Señor alguacil mayor, séale a Vuestra Merced notorio cómo hay excomunión mayor, para que no vaya con este hereje sino sólo su confesor señalado; vuestra merced lo cumpla así, y a todos los demás apártelos a bastonazos aunque caigan.

Era el fin. Fray Alonso, descorazonado, se disponía a volverse cuando advirtió que el Corregidor le guiñaba un ojo animándolo a proseguir al lado del judaizante. La calle de Plateros, a la que entraron cambiando exhortaciones y citas bíblicas, debe haberla visto el abrumado religioso como un viacrucis interminable.

Fray Alonso se hallaba acostumbrado a sostener discusiones en el interior de su convento, rodeado de adversarios cordiales y de abundantes y sabios volúmenes, pero no a librar polémicas con un enemigo de su religión, conocedor sagaz de la Biblia y que por añadidura iba puesto sobre un caballo mientras él marchaba a pie, entre las apreturas de la gente, pisoteado y cegado por el sudor y el polvo. Muerto de fatiga se detuvo a limpiarse la cara y al tratar nuevamente de volver a su sitio halló que junto al

caballo demoníaco del judío iba un fraile alto y robusto, el cual le hablaba al condenado de esta imprudente manera: "¿Conocéisme, Luis? ¿No os acordáis que os di limosna y de comer un día?"

El frailazo, a quien asistía al mismo derecho de catequizar a Luis que a los demás religiosos, introducía en el desesperado forcejeo un humorismo un poco brutal que distraía al reo con peligro de la recién iniciada conversión. Sin embargo, a poco andar pudo verse que Dios estaba decididamente del lado de fray Alonso. El caballo de Luis —siempre ese caballo hechizado— se negó a caminar, por lo que el intruso lo azuzó al modo de un arriero experimentado dándole una fuerte palmada en la barriga:

"Arre, válate el diablo."

Sin perder un segundo el dominico corrió a su lado.

"¿Padre mío, es vuestra señoría sacerdote?"

"Sí, de hartos años", respondió el fraile.

"¿Pues cómo ha hecho esa irregularidad?"

Llegaba la comitiva al sitio en que la procesión del Viernes Santo tenía por costumbre depositar la imagen de Cristo. Allí precisamente el intruso fraile, temeroso de sufrir un castigo, desapareció entre el gentío y a nuestro dominico —nueva señal del favor divino— le vino de pronto una inspiración. Dirigiéndose con el aire de un poseso al Alguacil Mayor encargado de la vigilancia de los reos, le dijo anhelante: "Ruego a Vuestra Merced, de parte de Nuestro Señor, haga una pausa para decir aquí una palabra".

Obedeció el Alguacil, la comitiva se detuvo y en el acto rodearon al dominico los vecinos y los religiosos asombrados. La expectación había alcanzado su máxima intensidad. Después de un día de agotadoras emociones en que la lucha entre Dios y el diablo había cobrado la fuerza de un drama que se desarrollaba ante los ojos de todos como una parte de su propia existencia, se experimentaba la sensación de que las cosas estaban llegando a un desenlace inesperado.

El fraile, luego de encomendarse fervorosamente a la Virgen, se dirigió al reo, con todas las apariencias de haber perdido la razón: "Luis, sólo una palabra te quiero decir, la cual creo, por

virtud de Jesucristo, te va a rendir; y si no yo te prometo de volverme y no darte más fatiga. Estame atento. En la divina escritura está este texto tan claro de Cristo: *Spiritus oris nostri, Christus Dominus, captus est in pecatis nostris cui diximus, in umbra tua vivemus inter gentes.*[12] Díme, ¿de quién se trata aqu?"

"¿Dónde está eso?", preguntó el judío extrañado.

El fraile, sin estar seguro de lo que decía, respondió:

"En el profeta Jeremías."

Soltó la risa Carvajal: "El profeta es a quien más veneración tengo de todos porque soy su pariente y creo que habló mejor que los demás y estoy en él como lo que agora digo y esto ni lo he leído allí, ni me lo ha dicho hombre humano".

Advirtió el dominico, con alegría, que "la muralla de ese corazón de diamante" se había roto. Exaltado, en pleno delirio, sus palabras resonaron en el silencio sólo interrumpido por el crepitar de los hachones: "Ora, pues te precias de noble, haz una cosa noble. Dame la palabra de que si te doy el texto expreso en dicho profeta, que le entenderás a la letra de Jesucristo, nuestro Salvador, como allí se entiende y te convertirás a su fe y Santa Iglesia".

Luis pidió que se le dijera otra vez el texto y después de oído exclamó con determinación: "Sí doy. *Vincet qui vincit*".

El dominico se lo había apostado todo a una carta. No era propiamente una cuestión de fe, sino un problema de erudición bíblica lo que se ventilaba. La frase podía estar en Jeremías y la batalla terminaría felizmente, pero existían las mismas probabilidades de que no estuviera, y en ese caso allí mismo se consumaría la derrota de la Iglesia y el prestigio del dominico quedaría abatido para siempre.

Fray Alonso, fuera de sí, a los presentes hizo testigos de la promesa de Carvajal, les pidió rezaran en voz alta un Pater Noster y un Ave María y a gritos solicitó una Biblia que en el acto le fue llevada. Nuestro fraile, obligado a caminar junto a Luis, trató de hallar en el largo libro de Jeremías el texto que había de operar el ansiado milagro, sin encontrarlo. Su estado era el de un enajenado. Llevaba el hábito desgarrado a fuerza de empellones; el polvo le impedía leer, el caballo de un alguacil volvió a pisarlo, protestaban gruñendo los frailes de una imprudencia

capaz de acarrear un grave perjuicio a la fe del pueblo y, como si este cúmulo de circunstancias no bastaran a destrozarlo, Luis de Carvajal, zarandeado en su caballejo, iba riéndose muy satisfecho de su fácil victoria.

Fray Alonso cerrando la inútil Biblia pidió a voces, en el colmo de la exaltación, un libro de *Concordancias*. Trataba de aplazar su derrota, de que una circunstancia inesperada le permitiera salir de la trampa a que su irreflexivo celo apostólico lo había empujado, pues era evidente que en la calle de San Francisco no había un solo espectador, fuera hombre de iglesia o seglar, que dispusiera de un libro de consulta propio de las bibliotecas conventuales. Entonces ocurrió lo que todos juzgaban imposible. La comitiva, inmotivadamente, se había detenido frente a la casa del doctor Alonso Muñoz, primo hermano del dominico, y como éste se hallara a la puerta y no en la plaza mayor o en el quemadero, según era de esperarse, oyó la petición de fray Alonso, subió a sus habitaciones, revolvió los libros de su biblioteca, tomó las *Concordancias* y abriéndose paso entre la multitud las puso en las manos de su angustiado pariente, que las abrió tembloroso e incrédulo. Allí, en la palabra *Spiritus*, estaba el anhelado texto, el treno cuarto del lloroso Jeremías, suficiente para abrirle al blasfemo las puertas del paraíso. El corazón le saltaba de gozo, "parecía haber resucitado" y, tendiéndole a Luis la Biblia abierta, le dice saboreando el placer de su triunfo:

"Lee, hijo mío."

Luis leyó despacio, y al terminar, lleno de mansedumbre y con los ojos bajos, murmuró: "Yo cumplo mi palabra y me rindo y sujeto a la Santa Madre Iglesia católica, y confieso verdaderamente que el profeta Jeremías habló aquí a la letra de Jesucristo Dios y Hombre, espíritu y alma de todos los fieles, ungido en cuanto hombre, y preso y cautivo, azotado y muerto por los hombres, en cuya sombra, que es su gracia, podremos los judíos uncir, y merecer entre los gentiles los bienes de sus sacramentos, y por lo cual podemos alcanzar vida eterna, yo lo confieso así y denme un crucifijo".

Mientras lo aguardaban, el caballo "pagó el trabajo del fraile" dándole una dolorosa cabezada en la sien. ¿Por qué a él

y no a los mirones o a los soldados que estaban más cercanos? ¿Por qué la bestia no escogió al confesor oficial que marchaba en el costado opuesto? La cosa era bien clara. El diablo había procurado entorpecer, a toda costa, la salvación del judío, y ahora que, despechado, abandonaba su presa, encarnó en la bestia y se vengó del catequizador propinándole un golpe que su víctima comenta del siguiente modo: "Si fue bofetada que me dio el demonio yo no lo sé".

La vena mística de Carvajal —no debemos enturbiar la victoria de fray Alonso atribuyéndola al miedo que le inspiraba la hoguera— tomó por otros cauces. Llorando y suspirando cubría de besos el crucifijo y decía al dominico: "¡Oh, ángel de mi guarda, restaurador de mi ánima! ¿Quién puso en tu boca aquello que me dijistes, quién te lo enseñó? Aquí está la fuente, Señor, aquí está mi verdadero lavatorio, aquí el agua con que seré lavado, y quedará mi alma más blanca que la nieve".

"Hijo mío, Luis —exhortó el religioso—, para ser lavado tienes que confesar tus pecados. Haz memoria de ellos. De aquí al lugar donde has de morir te doy de término, para que hagas examen de todos los que te acordares, que yo te ayudaré hasta la muerte."

Luis ya no tuvo una respuesta para los muchos que lo seguían importunando. Con los ojos bajos, besando al Cristo y rezando *Dilectus meus mihi et ego illi,* llegó al quemadero. Todavía al bajarse del caballo, tuvo ánimo de matizar con una broma oportuna el torrente de su pasión religiosa: "Espero, mi Señor, que presto recibirán mis oídos en la Gloria el pago de haber recibido tan amorosamente vuestra palabra; y los huesos que el demonio ha molido tan sin fruto —hasta ponerme en este caballo que ninguno me ha dejado sano— ya presto recibirán descanso, yendo mi alma a gozaros".

Habían llegado al quemadero de San Hipólito, amplia plataforma de piedra sobre la que se destacaban los palos del garrote, iluminados por la amarilla luz de centenares de hachones. Allí encontrábanse reunidos después de una larga separación los principales miembros de aquella extraña familia de fanáticos. Luis, la anciana madre doña Francisca, sus tres hijas doña Isabel,

doña Catalina y doña Leonor. También figuraban los huesos del viejo Rodríguez de Matos, con otros herejes difuntos sacados de sus tumbas y arrojados en pobres ataúdes; las estatuas de los ausentes mezcladas a muchos relapsos y hechiceros, es decir, el pasado y el presente, los vivos y los muertos, toda esa parte de la sociedad cuyas turbadoras relaciones con el mundo de las tinieblas habían sido descubiertas y estigmatizadas hacía por última vez acto de presencia en medio del fúnebre escenario colonial.

Se asistía allí al triunfo de la Iglesia y al aniquilamiento momentáneo del diablo, al episodio final de una dramática contienda en la que el pueblo entero desempeñó su papel sin discrepancias. La gente llenaba los tablados construídos exprofeso, se apiñaba guardando un penoso equilibrio en el acueducto o colgaba en densos racimos de los árboles.

Luis figuraba en un primer término. Había solicitado licencia del alcalde mayor para despedirse de su madre y abrazado a sus viejas piernas le decía con su lenguaje apasionado: "Madre mía, hasta aquí madre de un pecador duro y obstinado, ya madre de un hijo convertido a la fe de Cristo, por la caridad y amor suyo, os pido perdón y bendición".

Fray Alonso no abandonaba a su converso. Lo llevó al garrote y cubriéndolo con su capa, juntos los rostros mojados en lágrimas, Luis inició su confesión: "Por la señal de la santa cruz en que murió nuestro Señor Jesucristo... Yo, Luis de Carvajal, grandísimo pecador..."

Concluída la confesión que el dominico juzgó "la más breve, clara, llena y verdadera oída en su vida", a petición de "El Mozo" le impuso como penitencia "la de su muerte y sus dolores". No se escatimó ninguno de los recursos espirituales que era posible movilizar en esa contingencia para darle a su alma la mayor seguridad de ganar el Cielo. Fray Alonso lamentó no haber traído consigo la bula de la cruzada, pero a cambio ofreció veinte misas —que en efecto se dijeron al día siguiente en el monasterio de Santo Domingo— y, por si las puertas celestiales todavía no se abrieran con la prontitud deseada, un sacerdote le mostró una imagen con la cual se ganaba indulgencia plenaria diciendo tres veces: "Bendita sea la pasión de Nuestro Señor Je-

sucristo". El pueblo, a solicitud expresa de Luis, rezó con él un padrenuestro y a cada invocación el amén de rigor se escuchaba en millares de bocas sobre el rumor de las oraciones y el lamento de los ajusticiados.

Fray Alonso, bañado en lágrimas, impotente, cayó de rodillas ante el resucitado y se despidió de él rogándole no lo olvidara en el Cielo. Aquélla era la obra de su vida. El poder de sus razonamientos había logrado quebrantar la soberbia cabeza de la serpiente y ahora que Luis, limpio de pecados, iba a morir en medio de crueles dolores, el religioso sentía que un espíritu ligado a él por una cadena de sucesos extraordinarios quedaría destruído, y con él la prueba tangible de su increíble triunfo.

Luis, sujeto al garrote por una argolla de hierro puesta en el cuello, pronunció con voz entera las palabras de la reconciliación hasta que el dominico, compadecido de su esfuerzo, le ordenó detenerse. Ya con dos vueltas aún tuvo fuerzas para solicitar un credo. Las manos se le resbalaban —el verdugo lo ahogó con gran trabajo debido a su torpeza—, por lo que fray Alonso —ésa sería su última acción que recogiera la historia— le detuvo el crucifijo en los dedos crispados. Ya había muerto su madre y su amigo Lucena. A pocos momentos murió su hermana mayor y la anciana Paiba dejó caer su blanco pelo sobre el rostro torcido.

Al mismo tiempo que la llamarada de las piras hacía palidecer la luz de los hachones, en la plaza, el inquisidor mayor absolvía a los reconciliados. Se escuchó el solemne canto llano de la capilla de la catedral, y la procesión, con los reos que no fueron entregados al brazo secular, volvió al edificio de la Inquisición alumbrándose con millares de hachas y linternas y llevando las cruces, no enlutadas como en la mañana, sino vestidas de terciopelo carmesí y adornadas con flores.

Días después se cumplieron los sentencias de los reconciliados. Iban montados a caballo, y los verdugos descargaban latigazos en sus espaldas desnudas. Los familiares del Santo Oficio los animaban como lo habían hecho en 1574 cuando se castigó a los piratas de Hawkins, pero esta vez la gente no se conformó con su papel de espectador silencioso y los injuriaba arrojándoles toda clase de desperdicios y basura. Transcurrida una se-

mana, el virrey, los funcionarios y los hidalgos, en acción de gracias, desfilaron por la ciudad con trajes de gala.

EL OBLIGADO EPÍLOGO

La tragedia religiosa más espectacular del siglo XVI, que entre otros muchos escritores aprovechó el general don Vicente Riva Palacio para componer uno de sus gustados folletones, quedaría incompleta si no refiriéramos la suerte final que el destino reservó a sus actores principales. Entre ellos, debe contarse en primer término a don Luis de Carvajal llamado "El Viejo". El autor inconsciente de tan disparatados infortunios murió de tristeza y desesperación en la cárcel, sin que le valieran sus títulos de capitán general y gobernador del Nuevo Reino de León que él había fundado. Sus trabajos de conquistador y poblador, sus haciendas y sus minas creadas en pleno desierto a fuerza de tenacidad no le proporcionaron alegrías ni satisfacciones.

En la crónica sólo perduran de este hombre desventurado —los guardias al aprehenderlo encontraron que llevaba tres reales en la bolsa— dos rasgos significativos de su rostro: una áspera barba y unos ojos ardientes.

Sobre doña Mariana, la pobre loca que arrojaba las imágenes por la ventana de su casa, diremos que, apenas recobró la razón, se le enjuició de nueva cuenta y fue ajusticiada el 25 de marzo de 1601 en el quemadero de San Hipólito. El mayor sufrimiento, con todo, estaba destinado a la pequeña Anica. Su larga y atormentada vida determinó que los judíos terminaran viendo en ella a una santa y los católicos a una mujer tan peligrosa que llegó a sostener relaciones frecuentes con el diablo, según el testimonio de cierto padre Bocanegra, quien en su proceso aseguró bajo juramento haber visto al demonio, disfrazado de negrillo, visitarla en su celda. Naturalmente fue condenada a la hoguera y se cumplió la sentencia en el *auto grande* del 11 de abril de 1649 a los sesenta y siete años de edad. "Su muerte —escribió el erudito don José Toribio Medina— debió servir de descanso a la infeliz anciana; pues sin otras gravísimas enfermedades padecía un cáncer en el pecho, tan profundo, que casi se le veían las entrañas."

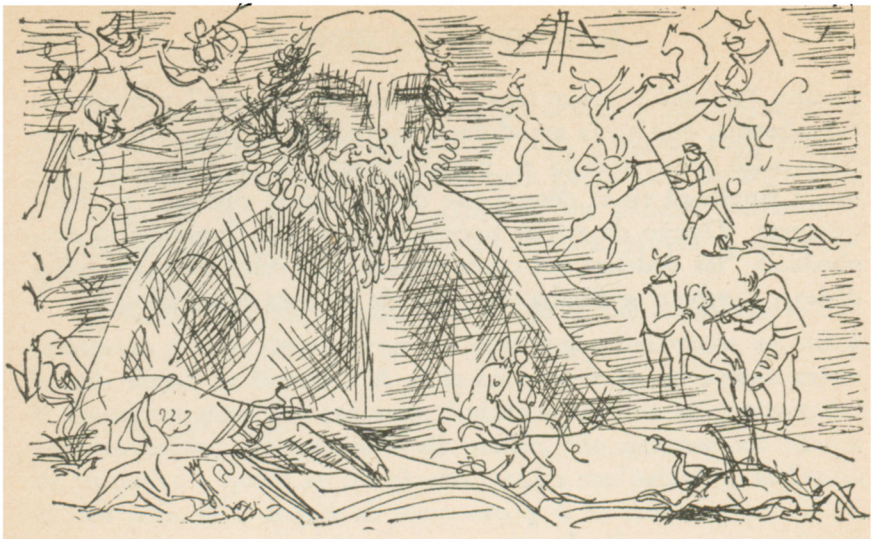
Al rico Antonio Díaz de Cáceres, debido a sus influencias, sólo se le condenó —no obstante su bien probado judaísmo— a pagar una multa de mil ducados para gastos del Santo Oficio, y a Jorge de Almeida, el otro cuñado, por hallarse ausente, la Inquisición se resignó a quemarlo en estatua, previo el secuestro de sus bienes.

La suerte de fray Gaspar, pese a que le fue levantada la excomunión y se le devolvieron sus derechos eclesiásticos, es quizá la más digna de lástima. A él le tocó vivir en su propia carne el drama religioso que entonces dividía al mundo en dos mitades irreconciliables. Denunció a su madre, vio quemar los huesos de su padre a quien se imaginaba, según sus palabras, ardiendo en los infiernos, asistió al tormento y a la destrucción de los suyos y tuvo que sufrir el verse relegado de su comunidad y estigmatizado. Aun para el siglo XVI sus tragedias eran desmesuradas.

Baltasar, el hermano mayor, y Miguelico, el benjamín de la familia Carvajal, los únicos que lograron escapar a las persecuciones inquisitoriales, después de correr numerosas aventuras encontraron en la católica Italia un refugio seguro. Baltasar se casó con una judía rica y vivía en Pisa rodeada de sus hijos; Miguel, a su vez, convertido en un sabio rabino, regía un templo en la antigua Salónica.

Estas dos excepciones afortunadas no bastaban a compensar el equilibrio de una balanza inclinada con evidente falta de equidad en favor de los católicos y en contra de los judíos. Jehová, una deidad en franca decadencia, incapaz siquiera de aliviar el sufrimiento de sus elegidos mediante uno de los hechos asombrosos con que en otra época abatió el orgullo del Faraón, al último ejerció una pequeña venganza que en algo restableció el averiado mecanismo de la justicia divina. Una visita ordenada por el supremo consejo de la Inquisición descubrió que Alonso de Peralta, el cruel funcionario cuya presencia hacía temblar de espanto las carnes de Luis de Carvajal, era culpable de treinta y dos delitos suficientemente probados. En contra de las prohibiciones en vigor "contrataba como si fuera mercader" y negociaba valido de su puesto. Tuvo la osadía de encarcelar a Lucas Padilla por haberle dicho al alcalde de las prisiones secretas que

Peralta "no debía tener tienda pública de géneros" y mostraba tal soberbia, que hacía arrodillar a los reos en su presencia. Tampoco salió bien librado el Fiscal Marcos de Bohórquez, cuya única finalidad en el desempeño de sus tareas consistía en enriquecerse. Dueño de varias haciendas, este mal funcionario desobedeció "las órdenes del consejo para que vendiese sus propiedades y también se dejaba cohechar de manera escandalosa".



VI: EL ESPAÑOL, CONQUISTADOR Y CONQUISTADO

Averiguar dónde el español se vuelve mexicano es enigma digno de Zenón, y tan escurridizo en las letras como después lo ha sido a la hora de las reclamaciones diplomáticas.

ALFONSO REYES

ENTRE los días intensos, juveniles y arrebatados de la conquista y la redacción de la *Historia verdadera* del veterano Bernal Díaz del Castillo media un espacio de cincuenta años. Es decir, entre el rasgueo de su pluma y los hechos que evoca, ha corrido una larga vida, pero la circunstancia de que Bernal domine una perspectiva de sepulcros no le impide relatar los viejos sucedidos como si, en vez de pertenecer a un remotísimo pasado, hubieran ocurrido el mismo día de su registro. Ni la edad, ni la amarga presencia de la muerte, ni su relativa pobreza fueron capaces de quebrantar el optimismo vital de este soldado y cronista extraordinario. Tenía sin duda una clara idea de su misión, pues al hablarnos en el maravilloso capítulo CCV de "los valerosos capitanes y fuertes y esforzados soldados" que pasaron a México con Hernán Cortés, termina dando gracias a Dios y a

la Virgen de haberle preservado la vida en medio de tantos peligros "para que ahora se descubran y se vean muy claramente nuestros heroicos hechos y quiénes fueron . . . los que ganaron esta parte del Nuevo Mundo y no se refiera la honra de todos a un solo capitán".[1]

Acicateado por Gómara, uno de los mejores prosistas de su tiempo, se lamentaba de no tener la maestría de Apeles, Berruguete, Miguel Ángel o el Burgalés, para esculpir y pintar las facciones y las maneras de sus camaradas tal como vivían en su memoria. Estas salidas propias de un estudiante de retórica, frecuentes en él, ayudan a medir la distancia que separa la evocación que hace un hombre del pueblo, al que su época hizo intervenir en una conquista, de la historia de un letrado que escribió de oídas acerca de hazañas realizadas por un grupo de aventureros en una región del mundo que le era desconocida. En Gómara, el soldado español es un signo, una abstracción, una sombra anónima sobre la que resalta la figura luminosa de Cortés. En Bernal, es Jerónimo Mejía llamado Rapapelo "porque decía él mismo que era nieto de un Mejía que andaba a robar en el tiempo del Rey Don Juan"; es el sevillano Tarifa Manos Blancas, a quien se le puso este nombre debido a que "no era bueno para la guerra ni para cosas de trabajo, sino [para] hablar de cosas pasadas", y es Pedro de Solís Tras la Puerta, que mereció el apodo gracias a su costumbre de "estar mirando a los que pasaban por la calle y él no podía ser visto", o un hermano de éste, Solís el de la Huerta, "porque tenía una muy buena huerta y sacaba buena renta de ella" y a quien también llamaban Sayo de Seda, ya que se "preciaba mucho de traer seda".

Del medio millar de hombres que salieron de Cuba para realizar la Conquista de México, muy pocos alcanzaron fortuna y el destino reservado a los capitanes tampoco fue nada placentero. Pedro de Alvarado, el segundo de Cortés, llegó a ser Comendador de Santiago, Adelantado y Gobernador de Guatemala, pero terminó sus días aplastado por un caballo que le cayó encima durante un combate, y Gonzalo de Sandoval, el bravo capitán considerado como el brazo derecho de Cortés, hombre sin letras "sino a las buenas llanas", murió de una enfermedad extraña en el puerto de Palos, de regreso a su patria. Al gigan-

tesco Cristóbal de Olid, a quien Cortés llamara "Héctor en el esfuerzo", se le apuñaleó en una cena y luego fue acusado de traidor al Rey y decapitado. Juan Velázquez de León, pariente del Gobernador de Cuba, murió la *Noche Triste* acribillado a flechazos en los puentes cortados por los aztecas. Cristóbal de Olea, recio y apacible, dos veces le salvó la vida a Cortés, una en Xochimilco, donde los escuadrones mexicanos lo habían derribado de su caballo *El Romo*, y otra, en la emboscada que le tendió Cuauhtémoc durante el cerco de Tenochtitlán. Los caudillos, de acuerdo con la finalidad de su guerra que consistía en tomar vivos a los enemigos para después sacrificarlos, ya se llevaban herido a Cortés, cuando Olea, en medio de la confusión de la lucha, y de los muertos que llenaban la calzada, hizo un último esfuerzo y se lanzó contra los aprehensores de su capitán. Fue una pelea salvaje. Los aztecas se aferraban a Cortés enloquecidos, y Olea, bañado en sangre, luchó con su terrible espada hasta que cedieron los caudillos. "Y así —concluye Bernal—, le salvó la vida y Cristóbal de Olea quedó allí muerto por salvarle."

Juan de Escalante, capitán de la Villa Rica, murió a manos de los indios en Almería, y Diego de Ordaz, antiguo mayordomo del Gobernador Diego Velázquez, primero en ascender al Popocatépetl, el volcán sagrado de Anáhuac, luego de ganar el título de comendador de Santiago, cayó abatido en el lejano Marañón. Los demás capitanes, los que "murieron de su muerte", de la sucia y triste muerte propia del hombre y no de la hermosa muerte del soldado, fuera de Sandoval, apenas merecieron de Bernal una breve nota necrológica. Francisco de Montejo, Gobernador y Adelantado de Yucatán, falleció en Castilla; Pedro de Ircio —todo palabras, ningunas obras— se apagó tan oscuramente como había vivido; Alonso de Ávila murió en Yucatán; Francisco de Lugo, Andrés de Tapia, Juan Jaramillo y Luis Marín expiraron tranquilos en sus casas, sin pena ni gloria.

RAZÓN Y SINRAZÓN DE UNA FAMA

Muy distintos se ofrecen los motivos por los cuales algunos soldados de Cortés lograron forzar las puertas de la historia.

Maldonado, un mancebo de Medellín, el capitán Andrés de Monjaraz, el buen soldado Juan del Puerto, Rodrigo Rangel, persona prominente, y el artillero Francisco de Orozco, aseguraron la inmortalidad a causa de las bubas, heridas ganadas en las batallas que requieren campos de pluma según aconsejaba con buen sentido eclesiástico don Luis de Góngora.

Juan Pérez, Juárez el Viejo y el valiente soldado Escobar merecieron dos líneas en la nómina heroica de Bernal debido a que el primero mató a su mujer, conocida con el nombre de guerra de "La Vaquera", en forma harto vulgar, pues el cronista no se toma el trabajo de referirla; a que el segundo se deshizo de su cónyuge, empleando para recobrar su libertad lo que Bernal designa como una piedra de moler maíz y nosotros con el nombre familiar de la mano del metate, y a que el tercero pagó en la horca los crímenes de haber forzado una doncella y el "de ser un revoltoso incorregible".

A otros los salvó Bernal del anonimato fascinado por cierta peculiaridad notable de su carácter. En este grupo debemos señalar al "muy pulido" Francisco de Saucedo, antiguo maestresala del Almirante de Castilla a quien sus camaradas apodaron "El Galán"; a un tal Espinosa, de mote "el de la Bendición", así apodado porque en sus relatos, siempre que ponderaba un hecho, le añadía la muletilla de "con la buena bendición"; a un San Juan que perdió su nombre para conservar a lo largo de los siglos el de "El Entonado", que le ganó su presunción, y a un tal Alonso Ruiz, llamado "El Niño" no obstante su elevada estatura, nombre con el que aparece invariablemente en las crónicas.

De los pocos viejos resistentes y animosos que tomaron parte en las guerras, destacan Solís Casquete, hermano de los otros Solises, al que apodaron así por ser "algo arrebatacuestiones", a un ballestero anónimo, gran jugador de naipes, y a otro anciano, padre de Orteguilla, muchacho que hablaba náhuatl y fue paje del Emperador Moctezuma. Estos dos últimos viejos y el muchacho tuvieron un destino semejante: los tres murieron en poder de los indios.

Con sus relatos, el mismo Bernal destruye la orgullosa y reiterada afirmación de que la mayoría de los conquistadores eran

"hijosdalgos". La humanidad pintada por él es pueblo que todavía no ha perdido su olor a tierra y a cebollas; está muy cerca del villorrio, de la alquería, del huerto y de la cocina adornada con ristras de ajos donde se habla de aparecidos, de guerras lejanas y de santos milagrosos; se pueden ver sus manos encallecidas y se oyen sus muletillas, sus refranes y sus apodos.

El cronista nunca olvidará a los vanidosos, a los elegantes, ni a los que tienen un ojo quebrado, cojean o les falta una mano. Para estos hombres nutridos de romances y de libros de caballería, lo truculento se reviste de un apasionado interés que los hace referirse a los crímenes cometidos por sus camaradas no sólo sin acritud, sino con acentuada benevolencia. Aman la gloria, el dinero, el valor, pero al mismo tiempo son brutales, codiciosos y mujeriegos y, cuando llega la hora de cobrar las recompensas a que creen tener derecho, son capaces de emplear medio siglo escribiendo memoriales sobre los servicios prestados a la Corona.

Del campesino tienen además el humorismo socarrón y la finura del oído y de la vista. Describen con el mismo gusto la estrella que mostraba en la frente el caballo de Cortés, que el pelo crespo de Gonzalo de Sandoval o el color ceniciento de un rostro cuyos rasgos habían terminado por olvidar sus propios hijos.

LA BÚSQUEDA DEL TIEMPO PERDIDO

A medida que escribe el viejo, acuden a su mesa los muertos. Se acercan, unos cojeando, otros, con una cuchillada en la cara o con un ojo vacío; llevan sus sombreros rotos, sus cascos abollados, sus jubones descoloridos, sus medallas y sus armas. Ante él brilla el diamante que acostumbraba lucir en un dedo Hernán Cortés o la cadena de oro de Alvarado, pero lo más asombroso es que estos lejanos espectros, meras sombras de la olvidada edad heroica, no han perdido el acento y el tono que distinguía medio siglo atrás sus inconfundibles voces. Gonzalo de Sandoval, en contraste con su juventud, la tenía "no muy clara, sino algo espantosa y ceceaba tanto cuanto"; la de Velázquez de León "era espantosa y gorda y algo tartamuda"; Diego de Ordaz no acertaba a pronunciar algunas palabras, pues

era medio tartajoso; Pedro de Ircio fue "muy plático en demasía y siempre contaba cuentos de don Pedro Girón y del Conde de Ureña, por lo que le decían Agrajes sin obras"; la conversación de Alonso de Ávila era expresiva, muy clara y de buenas razones; Narváez, el trágico figurón de la Conquista, se distinguía por una "voz muy entonada, como que salía de bóveda".

Los cantores y los músicos que figuran en el ejército son, como era de esperarse en un cronista de oído tan sensible, objeto de una especial recordación. Bernal Díaz menciona a Benito de Bejel, atambor y tamborino en Italia y en la Nueva España, a Morón, gran músico y mediano soldado, a Ortiz, tañedor de viola y amigo de mover los pies en las danzas, y a Porras, cantor de pelo colorado que murió, como tantos otros, en poder de los indios.

Una buena parte de los que desfilan ante su mesa pueden ser descritos como gente sin oficio ni beneficio, amigos de pendencias y aventuras galantes, escapados de la justicia en España, jugadores, estudiantes fracasados, bufones, astrólogos, truhanes y soldados que después de obtener un buen repartimiento de indios renuncian su encomienda y se hacen frailes o ermitaños.

Los que Bernal dejó en su tintero de cuerno, por no haberse distinguido ni en la paz ni en la guerra —buen número de soldados de los que llegaron con Pánfilo de Narváez o en las expediciones posteriores—, son gentes del común, herreros, carpinteros, marineros, grumetes, criados de casas grandes, labradores o modestos soldados de profesión que no ven la hora de soltar la ballesta o el arcabuz, utensilios con los que penosamente se ganan la vida.

Concluída la jornada de las armas, se reparte el botín. Un puñado de oro pesado con unas balanzas falsas. Es posible verlos en el campamento de Coyoacán, a la luz de las antorchas, jugarlo a los naipes. La vida oficial de la Colonia en cierto modo se inicia con una comilona en la que los soldados bailan al son de la flauta y el tambor, ruedan borrachos debajo de las mesas o persiguen a las mujeres entre los árboles de la huerta. Como en los grabados de Peter Bruegel, el pintor del pueblo, sueñan, tirados en la hierba, con gansos y pavos que vuelan asados, con pasteles y capones puestos al alcance de la mano sudorosa, flojo el

cinturón y abandonada la ociosa lanza todavía manchada de sangre. A estas imágenes del paraíso europeo se suman las propias del Nuevo Mundo, la encomienda y sus esclavos, los trajes de brocado y de raso, la cacería, el torneo y los briosos caballos ataviados con gualdrapas de terciopelo.

La pasión aventurera los ha unido en la hora de la guerra. Su recio sentido de camaradería les ha permitido sobreponerse a su acusada individualidad y a la codicia que alienta en ellos por haber presenciado el festín de la vida asomados a la ventana de un palacio iluminado, que es el lugar donde el pueblo acostumbra asistir a los regocijos del poderoso.

Este fragmento de pueblo abigarrado es uno de los componentes primarios de la sociedad mexicana. Espíritus formados de excesivos contrastes, en ellos se funde la imaginación llena de color, el ansia de aventura y de gloria, las fuerzas del Renacimiento que los empujan a emprender hazañas de locos, con las supersticiones, el egoísmo de afilados colmillos y las terribles contradicciones de la Edad Media. La sensualidad y la codicia determinan que su vida esté en continua pugna con sus ideas religiosas. Aman a Cristo y para hacerse ricos no vacilan en cometer las peores atrocidades; son apasionados de la libertad y no pueden vivir sin esclavos; consagran la castidad como una de las virtudes esenciales de su religión y son raptores de indias; viven dentro de un régimen de legalidad y son incapaces de entender la justicia. En el fondo de su conciencia, el diablo medieval libra su batalla eterna contra los poderes del Cielo. A veces, en su espíritu el sueño heroico de la caballería andante entabla un diálogo dulce y severo con Amadís de Gaula, y la música del romance suena en sus oídos. El romano y el árabe, el Cid y Jimena, el galope de los señores feudales y los pueblos amurallados, el acólito que por mirar a la bella piadosa dice amor por amén, son algunas de las imágenes que se agitan en su mundo interior.

Su vida va a cambiar radicalmente al concluirse la guerra. Dejarán de ser españoles para convertirse en indianos. En el conquistador conquistado por su conquista ya se insinúa el desarraigo, el choque entre las vivencias y los intereses viejos y nuevos. El aventurero, como la serpiente, deja, con la armadura,

una etapa azarosa de su existencia y se transforma en un sedentario, en un noble reciente, en un pequeño y cruel barón de la tierra.

Domina el abigarrado conjunto de los conquistadores la figura de Hernán Cortés. Él es el más afortunado y el más desgraciado de todos. Reúne en una mayor proporción las virtudes y los defectos de sus camaradas, a los que dio, por ser suyos, un vigoroso sentido histórico. La codicia, las contradicciones, el desarraigo, la metamorfosis del soldado español en empresario indiano, el proceso aristocratizante que en ellos se opera, las corrientes feudales y renacentistas que los vitalizan, en él alcanzan su máxima expresión. Es con Cuauhtémoc nuestro otro abuelo —el blanco— y para entender a los nietos resulta indispensable fijarlo en el arranque de la nueva sociedad.

LA METAMORFOSIS DEL CONQUISTADOR

El afán de ostentación, el carácter derrochador, la fanfarronería, eran casi siempre rasgos privativos del español avecinado en las Indias y a la regla no escapaba Hernán Cortés. Ya desde su época de granjero y escribano próspero, en la isla de Cuba, gastaba más dinero del que ganaba organizando fiestas para sus amigos o comprando a su mujer costosas galas. Las deudas no le quitaban el sueño a ningún aventurero. Eran, por decirlo así, una fatalidad social a la que nadie lograba evadirse si se quería prosperar en las Indias. En última instancia la conquista de México —y en el mismo caso se hayan las conquistas realizadas en las Indias— debe más a los prestamistas que a la Corona española. Hernán Cortés, antes de abandonar la isla de Cuba, tenía empeñados todos sus bienes y adeudaba una suma tan considerable a diversos acreedores que en toda su vida, consagrada a la agricultura y a las triquiñuelas judiciales, no hubiera llegado a liquidar.

Sus compañeros de aventura estaban en peores condiciones. Los prestamistas —también ellos confiaban en la buena estrella y en el heroísmo de sus deudores— les habían vendido una ballesta en cuarenta pesos y una espada en cincuenta. Los caballos costaban de ochocientos a mil y los médicos y los barberos, que

acompañaban al ejército, curaban también a crédito y a muy elevado precio las heridas.

Si en Cuba ya se conducía Hernán Cortés como un "bravoso y esforzado capitán", antes de serlo, en México, no bien cayó la ciudad de Tenochtitlán, logró transformarse, sin los cómicos excesos del nuevo rico, en un gran señor. Sus casas de la ciudad y del campo eran las más espaciosas y ricas de la Nueva España. Torreones y almenas, fachadas de cantera y tezontle, patios circundados de columnas, viguerías de cedro y nobles aposentos, establecieron desde el principio un modelo de habitación que habría de prevalecer, sin modificaciones sensibles, durante la Colonia.

La servidumbre se componía de dos maestresalas, mayordomos, numerosos pajes y mozos de espuela. Aunque él no tuviera afición a las comidas y a las libaciones excesivas —comía con sencillez y sólo bebía una taza de vino aguado al mediodía—, su mesa era de príncipe. Poseía vajillas de oro y plata, suntuosos manteles y reposteros, y amenizaban sus fiestas músicos, bailarines y saltimbanquis. Los juegos de azar no significaron gran cosa en su vida. En cambio, amaba los caballos —montaba como un maestro, nos dice uno de sus biógrafos—, los ejercicios de las armas y la cacería. Vestía con sobria elegancia, a la manera de los nobles españoles, y sus joyas consistían en una sortija con un diamante, una cadena de oro de la que pendían imágenes de la Virgen y de San Juan Bautista, y un medallón en la gorra.[2]

Diariamente oía misa y leía su libro de horas. Sentía gran devoción por la Virgen, San Pedro, San Juan Bautista y Santiago, el patrón de los guerreros españoles; "daba limosna todos los años por deber de conciencia",[3] y cuando cayó enfermo de gravedad en su trágica expedición a las Hibueras, ordenó le tuvieran lista la mortaja de San Francisco para que le enterrasen. De los conquistadores de América fue el más tolerante y el menos cruel, si bien muchas veces se infamó cometiendo crímenes tan injustificables como las matanzas de Cholula y de Tenochtitlán, o como el tormento y el asesinato del vencido emperador Cuauhtémoc. Sincero católico —él mismo se sentía un campeón de la cristiandad—, pertenecía a esa extraña época en que el pecado, la injusticia y la insensibilidad ante el dolor ajeno iban unidos al

arrepentimiento, el silicio, la cruzada de la fe y la piedad heroica. Por lo demás, nunca quebró la línea moral de su ambiente aunque sostuviera un serrallo en Coyoacán y hubiera sido capaz de estrangular a su desagradable mujer Catalïna Suárez cuando la supuso un estorbo a sus ambiciones de nobleza.

Hernán Cortés siempre veía las cosas en grande. Hombre múltiple, fue por un lado y en otro escenario un héroe a la altura del Duque de Alba y de Alejandro Farnesio, los capitanes que consolidaron en Europa el poderío español. Lo animó, en mayor proporción que a cualquier otro conquistador de las Indias, ese espíritu universal, ese no estar en sí mismo en que descansa, de acuerdo con el juicio de Américo Castro, la esencia de lo hispánico. Los ambiciosos sueños rebasaban la realidad por anchurosa que ésta fuera. Al mismo tiempo que edificaba la ciudad de México, organizaba las expediciones a Tuxtepec, Michoacán, Oaxaca, Colima, Zacatula, Honduras y Guatemala y personalmente emprendía la conquista del Pánuco, lo deslumbraba el resplandor de las minas de oro, las perlas y las piedras preciosas que se descubrirían en el oriente junto con "otros muchos secretos y cosas admirables". Los conquistadores poseían en gran medida el moderno espíritu de investigación que caracterizaba a los hombres del Renacimiento, sólo que para ellos el mundo era su laboratorio, y sus libros, las hojas turbadoras de la Naturaleza y de los países incógnitos que poblaban el mundo desconocido. El secreto de su fuerza residía en el deseo nunca satisfecho de querer revelar el *secreto* de las cosas, de penetrar en el gran misterio del Universo no revelado, y este deseo era de tal modo exigente y desmesurado que cada nueva conquista y cada nuevo descubrimiento, en lugar de satisfacerlo, lo exaltaba al grado de que pensase en Asia como en un fruto mágico puesto al alcance de su mano.

A diferencia de Cristóbal Colón, un soñador que condenaba al desorden y a la ruina sus conquistas por correr tras el fantasma de Cipango, Cortés era un visionario doblado de hombre práctico. En tres años de gobierno ilícito, de 1521 a 1524, fecha de la iniciación de su viaje a las Hibueras, logró establecer en sus líneas generales la sólida y peculiar estructura en que descansaría el Virreinato. Desde luego, los señores de las distintas

provincias sojuzgadas por sus capitanes se apresuraron a rendirle vasallaje. "De esta manera —dice Lucas Alamán—[4] se formó una nación de todas estas partes separadas, y este elemento precioso de la unidad nacional vino a ser el fundamento de la grandeza a que la República podrá llegar algún día si sabe conservarla." Allí estaba México, sin unidad nacional, pero allí estaba, con sus paisajes y climas diversos, con sus bosques y sus llanos, sus hombres y sus lenguajes diferentes, sus trajes y sus costumbres arbitrarias, y su misterio sagrado, único e impenetrable, al que se vistió con la piel y se cubrió con la máscara solemne del Imperio español.

Sobre el mundo indígena, con notable rapidez, Cortés organizó la dominación hispánica. Calles, fuentes, acueductos, monasterios, iglesias, casas y mesones modificaron el sentido del paisaje; soldados y gambusinos erigieron villas y descubrieron minerales; las naves zarpaban de los puertos distantes; se creó el cabildo, se fabricó pólvora, se fundieron cañones y se implantó la encomienda, que fue la base de la economía virreinal.

Una sentencia de esclavitud dictada en contra de millones de indios, es decir, una condenación de proporciones casi divinas, a pesar de su evidente fatalidad, hizo temblar la mano de Cortés. La decisión de establecer oficialmente la encomienda, fiel a una costumbre seguida a lo largo de la Conquista, no la presentó como una resolución voluntaria, sino como una extrema medida que se vio obligado a adoptar coaccionado por las circunstancias. Ante el Emperador, que era un poco ante la Historia, se lavó las manos considerándose inocente. Había tenido en cuenta los muchos y continuos gastos del rey

> y sobre todo —escribe— la mucha importunación de los oficiales de S.M. y de todos los españoles, y como de ninguna manera se podía excusar, fuele casi forzoso depositar los señores y naturales destas partes a los españoles, considerando las personas y los servicios que en estas partes a S.M. habían hecho . . .[5]

Por un lado, según expresa en su tercera Carta de Relación, se le hacía duro "compeler a los naturales a que sirvieran a los españoles de la manera que los de las islas", y por el otro, "cesando aquesto, los conquistadores y pobladores . . . no se

podían sustentar". El dilema, así planteado, nos relaciona con una de las actitudes más significativas del indiano español. Ni el conquistador, ni siquiera el poblador, son capaces de vivir en América privados del trabajo del esclavo indígena sobre cuyas espaldas se edifica, crece y prospera la nueva sociedad. Él construye las iglesias y las casas, los caminos y los acueductos, labora en las minas y todavía sustenta la encomienda que satisfacía la doble aspiración de poseer crecidas rentas y la de vivir con los derechos y las preeminencias de un señor feudal.

Lucas Alamán encontraba interesante que las condiciones *sui generis* de la encomienda hubieran prevalecido durante los siglos coloniales. Lo que entonces se improvisaba en medio de un vértigo: ayuntamiento, encomienda, sujeción de señoríos indígenas, sistemas de trabajo, aquellas creaciones miserables o benéficas que salían de las manos de Cortés habrían en efecto de perdurar, al través de los años, idénticas a sí mismas como esas figuras de los antiguos relojes que movidas por la vieja maquinaria continúan desfilando en los campanarios y se repiten siempre, viva contradicción del tiempo alado que proclaman.

El conquistador será la primera víctima de la Colonia que ha creado. El horrible proceso del coloniaje, que deformará el carácter de sus hijos marcándolos con un estigma, se iniciará en el propio ser del soldado victorioso. Cortés, al igual que los demás conquistadores españoles de Europa o de las Indias, debido a la inflexible política de la Corona, no será el gobernante sino el obediente vasallo de las autoridades que el rey tenga a bien designar en la Nueva España. Es fácil imaginar lo que esto supuso para el orgulloso guerrero feudal. Mancillando los frescos laureles que ornaban su frente, estará sujeto a un funcionario que no es un héroe, ni un sabio, ni un noble, sino un triste licenciado que ve el mundo, asomado a su tintero de cuerno.

Cuando Cortés es desterrado de México por el tesorero Estrada, gobernante en turno de la Colonia, expresa su amargura diciéndole a Carlos V "que daba gracias a Dios que de las tierras y ciudades que había ganado con tanta sangre suya y de sus compañeros vinieran a desterrarle personas que no eran dignas de bien ninguno, ni de tener los oficios que tenían". No se crea que el episodio de Estrada es excepcional en la carrera de Cortés.

De 1521 a 1528, año en que acosado huye de México para sincerarse ante el Emperador, las autoridades españolas trataron por todos los medios de arrebatarle el poder, nombrando gobernadores y visitadores —Tapia, Garay, Estrada, Ponce, Aguilar y la primera audiencia encabezada por el rapaz Nuño de Guzmán— o dictando órdenes de aprehensión en su contra.[6] Si la escena de un Colón encadenado no se repite con Hernán Cortés, esto se debió a meros accidentes que entorpecieron el deseo real de tenerlo alejado de la Nueva España.

La pugna que se planteó entre la política regalista y las tendencias feudales del conquistador se resolvió en favor de la Corona gracias en muy buena parte al espíritu caballeresco del aventurero español que, sobre todas las cosas, anteponía la fidelidad a su monarca. Cortés tuvo razones y medios sobrados para alzarse con la tierra. Nunca lo hizo. Acalló sus resentimientos, renunció a tomarse por la fuerza lo que se le negaba de buen grado y en vez de convertirse en un rebelde se resignó a no ser otra cosa que un pedigüeño desairado el resto de su vida.

EL PÁLIDO SOL DE LA GLORIA

A semejanza de Colón, Hernán Cortés vive su única hora de gloria al regresar a España. Era una gloria bien ganada. Salió como uno de tantos oscuros inmigrantes con su hatillo al hombro y regresaba, después de una ausencia de veinticuatro años, convertido en uno de los hombres más célebres de su tiempo. Especie de Marco Polo que por un momento logró embrujar a Europa con la magia de sus maravillosos relatos, sus cartas se leían traducidas al italiano y al latín y en todas partes se hablaba de su valor, de su fría sagacidad, de su rara fortuna al conquistar, con un puñado de valientes, dilatados reinos henchidos de prodigios. Y he aquí que este hombre fabuloso, escapado a los cuchillos de pedernal de los aztecas, al cerco puesto por millares de fanáticos guerreros, el soldado que tuvo el privilegio de vencer al emperador Moctezuma, no era una leyenda sino un hombre de carne y hueso que se encontraba en España.

Su cortejo sobrepasó en esplendor al de Cristóbal Colón. Lo acompañaban dos hijos de Moctezuma, tres jóvenes de la alta nobleza de Tlaxcala y con ellos iban indios malabaristas que hacían primores moviendo un palo con los pies y acróbatas capaces de volar como los pájaros atados a un altísimo poste con cuerdas que se destrenzaban a increíbles distancias.

Otra vez se sucedían las escenas que en 1493 presenció España. Los balcones estaban adornados con tapices y estandartes, sonaban las campanas echadas a vuelo y entre el gentío que llenaba las plazas y las calles desfilaban enanos y contrahechos indígenas, albinos, soldados cubiertos de cicatrices, criados enarbolando rodelas y abanicos de plumas, y los pájaros y los animales descritos en sus Cartas de Relación a Carlos V. Cerraban la comitiva poderosas mulas ricamente enjaezadas donde esta vez sí se conducían los tesoros de las Indias.

Las mujeres encontraban particularmente interesante la figura de Cortés. Iba a caballo; la gorra de terciopelo ocultaba el pelo que principiaba a encanecer y el vestido negro hacía resaltar la palidez de su rostro en que se mezclaban la dignidad y la severa dulzura propia de algunos españoles.

El deseo de casarse con una mujer de la nobleza española lo obsesionaba al extremo de que no le interesaran las plebeyas que lo aclamaban a su paso ni las robustas maritornes de las ventas en que se detenía. Su gloria no le regateaba ninguna posibilidad. En el convento de Guadalupe, durante su viaje triunfal, conoció a un grupo de mujeres principales. La seducción fue recíproca. Ellas vieron en él al soldado victorioso que había hecho hablar a Europa con sus hazañas y al amante excepcional que en México sostenía un serrallo abastecido de princesas indígenas y de aventureras españolas. Para él, esas mujeres de nombres ilustres eran el mejor premio a sus conquistas, la meta obligada de un proceso aristocratizante que se opera en el conquistador tan pronto como gana la tierra. Les habló con su persuasión acostumbrada de ciudades fantásticas, de cortes bárbaras y suntuosas y al final, como lo hiciera Messer Millione en Venecia, les regaló perlas y joyas de oro.

Al arrodillarse frente a Carlos V, el César lo levantó del suelo y charló con él visiblemente complacido. Un año después,

en 1529, se le concedía el título de Marqués del Valle que comprendía veintidós villas y veintitrés mil vasallos, "que él prefirió a todo el reino de Michoacán que se le ofreció",[7] el hábito de Santiago, las dos casas de Moctezuma situadas en la plaza principal de Tenochtitlán y dos cotos de caza.

Sus desplantes de millonario asombraban a Europa y causaron la envidia hasta de la misma Emperatriz. Entre las joyas que regaló a su esposa la hermosa joven doña Juana de Zúñiga, hija del Conde de Aguilar y sobrina del Duque de Béjar, figuraban cinco esmeraldas, una tallada en forma de rosa, otra de trompeta y la tercera de un pez con los ojos de oro, "obra de los indios que los autores contemporáneos llaman maravillosa";[8] la cuarta representaba una campana guarnecida de oro con una gruesa perla de badajo, y la última, una taza incrustada en oro y plata que lucía este orgulloso mote: *Inter natos mulierum non surrexit major*. Las cinco piedras se valuaron en cien mil ducados y sólo por una de ellas ciertos joyeros genoveses de Sevilla ofrecieron cuarenta mil.

Fuera de este segundo embriagador, su estrella declina con rapidez. Bernal Díaz, el antiguo y olvidado camarada, considerando la vida de su jefe, juzga con razón que la fortuna sólo le acompañó en la Conquista de México. El hecho de que no se le ratificara el nombramiento de Gobernador de la Nueva España y su codicia que lo llevó a interpretar el otorgamiento de los veintitrés mil vasallos como si fueran jefes de familia, lo que al menos cuadruplicaba la primitiva concesión, le causaron disgustos sin cuento.

GRANDEZAS Y MISERIAS DE LA VICTORIA

De vuelta a México en 1530, la lucha abierta contra las autoridades se hizo más enconada. Luchaba por preeminencias, por faltas de etiqueta, por insignificancias. El pleito de los vasallos duraría más que su vida. En 1532 se quejaba: "no tengo un peso de oro que gastar en cosas que son menester". Era evidente que exageraba. Su enorme marquesado comprendía porciones de los valles de México, Toluca y Michoacán, por el sur abarcaba Cuernavaca, Cuautla y Oaxaca y además poseía costas

en los dos océanos. Este inmenso territorio ofrecía desde las nieves eternas de los volcanes, los bosques de coníferas y las tierras frías de las altas mesetas, hasta los maravillosos climas intermedios de las altas cordilleras y las costas tropicales. Era, pues, un reino, un desmesurado campo experimental donde un hombre tenaz y dotado de iniciativa podía ensayar con éxito todas las industrias y los cultivos conocidos en el mundo. Esto fue cabalmente lo que hizo Cortés. En Veracruz y en Guerrero estableció ingenios de azúcar, inició el cultivo de la seda en Yautepec, que después se extendería a diversas provincias, fomentó la cría de ganados, sembró trigo, cáñamo, lino y algodón, explotó las minas de Zacatecas y Taxco y los placeres de oro de Tehuantepec.

En 1540, el estado de sus pleitos lo obligó a pasar a la Corte. Su estilo se volvió jeremíaco. Pedía sólo una

partecica de un gran todo con que sirvió a su Majestad sin costar trabajo ni peligro en su real persona, ni cuidado de espíritu de proveer como se hiciese, ni costa de dinero para pagar la gente que lo hizo, y que tan limpia y lealmente sirvió no sólo con la tierra que ganó, pero con mucha cantidad de oro y plata y piedras de los despojos que en ella hubo.

Bernal atribuye las desventuras que cayeron sobre Cortés "a maldiciones que le echaron los soldados por no haber remunerado sus servicios tan largamente como pretendían", ya que de otra manera no se podía explicar el hecho de que un oscuro fiscal le fuera más dificultoso "que ganar la tierra a los enemigos".

De 1540 a 1547, el año de su muerte, Cortés es una sombra de sí mismo. El hombre que inició su vida como aventurero y soldado de fortuna termina sus días entregado a melancólicos pensamientos. Ni siquiera el largo pleito en que se ha consumido parece interesarle. El 3 de febrero, en una última carta dirigida al Emperador, solicita una rápida sentencia

porque a dilatarse, dejarlo he perder y volverme he a mi casa, porque no tengo ya edad para andar por mesones, sino para recogerme a aclarar mi cuenta con Dios, pues la tengo larga, y poca vida para dar los descargos, y será mejor dejar perder la hacienda quel ánima.

La vida es breve, largo el capítulo de las culpas. De hombre triunfó en él la codicia, la sensualidad, el afán de mando,

y ahora que está viejo y mira cercana la muerte, le atormenta la idea de arreglar aquella vieja y embrollada cuenta y le acosan sin cesar los remordimientos.

Entre los negocios de la tierra y los negocios del alma —su sentido práctico no lo abandonó nunca—, transcurren sus horas en España. Presidía una especie de academia donde los concurrentes —allí se reunían un cardenal, un virrey y varios letrados de los cuales debe mencionarse a Francisco Cervantes de Salazar— proponían elevados temas de conversación. Uno de esos temas, el de mayo de 1547, suscitado por la gravedad de Francisco de los Cobos el poderoso ministro de Carlos V, llevaba el siguiente título: "Angustias de un hombre rico y poderoso al dejar esta tierra".[9]

Si bien desconocemos las reflexiones que a Cortés inspiró ese asunto en el seno de la academia, nos es posible conjeturarlas gracias a su testamento otorgado en Sevilla el 11 de octubre de ese mismo año. Humboldt, que lo tuvo en sus manos durante su viaje a la Nueva España, opinó que era "un gran documento histórico digno de ser salvado del olvido",[10] y el señor G. R. G. Conway, a quien debemos su mejor edición, escribió que en él Cortés "da muestras de una habilidad mercantil nada común; de una memoria excelente y una cordial tolerancia".[11]

EL "INDIANO PERULERO"

> Primeramente —dice— mando que si muriese en estos Reinos de España mi cuerpo sea puesto y depositado en la iglesia . . . hasta que sea tiempo y a mi sucesor le parezca . . . de llevar mis huesos a la Nueva España, lo cual yo le encargo y mando que así haga dentro de diez años, y antes, si fuera posible.

Con esta disposición solemne encabeza Hernán Cortés su postrera voluntad. Ordena perentoriamente que tan pronto como el último jirón de la carne se desprenda de sus huesos —esos huesos aventureros y polémicos que parecen jugar al escondite a través de los siglos— sean conducidos a la Nueva España. En ninguna clásula se muestra tan categórico como en ésta, porque Hernán Cortés, el "indiano perulero",[12] como le

llamaban en la Corte, es ya un americano, un hombre desarraigado de su patria que se liga al destino de una nueva tierra ganada por él con el esfuerzo de su brazo.

En España se siente un extranjero. De su memoria se han borrado el sonar de las campanas y los gritos de la multitud que lo aclamaba al regresar la primera vez a la Península y, en cambio, le duele como una quemadura reciente la ofensa que le hiciera Carlos V al no invitarlo a la junta donde se discutió la suerte de Túnez. De España recuerda los mesones incómodos, los acerbos pleitos judiciales, las hostiles cancillerías reales donde los expedientes duermen el sueño de los justos. España le regatea sus méritos, lo empobrece, lo mata a disgustos, lo considera un extranjero. En México todo ocurre al revés. Aquí ganó fama y riquezas. Los indios ven en él a un dios, y a pesar de la audiencia puede vivir en sus dominios a semejanza de un príncipe, ocuparse de cosas creadoras y descansar en su palacio de Cuernavaca, tendido en la galería, contemplando los chorros verdes del bosque, el vuelo de los pájaros y el brillo límpido de la nieve de los volcanes, al mismo tiempo que respirar el aire perfumado y tibio de su paraíso.

Luego le interesa su entierro. Deberán concurrir a él todos los frailes de todas las órdenes de la ciudad y seguirán el ataúd cincuenta pobres vestidos con capuchas, largas ropas pardas y un hacha encendida en la mano. El día de su muerte —si no ocurría después de las 12— se rezarían misas en todas las iglesias y monasterios de la ciudad y en los días siguientes se dirían cinco mil misas distribuídas en la siguiente forma: mil por las ánimas del purgatorio —Cortés era un candidato seguro a ese triste lugar de castigo y debía complacer a sus futuros compañeros de infortunios—, dos mil a la memoria de sus soldados muertos en las Indias "y las dos mil misas restantes —digámoslo con sus propias palabras— por las ánimas de aquellas personas a quien yo tengo algunos cargos de que no me acuerde ni tenga noticia". Después venía la lista de las fundaciones piadosas que aliviarían su alma de los horrores del purgatorio y le darían un nombre de benefactor. Se erigiría con sus fondos en Coyoacán un convento de monjas y un hospital, y en la ciudad de México un colegio donde se estudiaría derecho civil y canónico.

El testamento se ocupa con el mayor detalle de darles un entierro a los muertos y de asegurarles la existencia a los vivos. Él sería sepultado junto a su madre doña Catalina Pizarro y sus dos pequeños hijos legítimos, Luis y Catalina, que yacían en Texcoco. A su mujer Juana de Zúñiga se le pagarían los diez mil ducados que llevó al matrimonio de dote y él gastó en las flotas lanzadas a la conquista de la Especiería. Como en el momento de extender el testamento se estaba concertando el matrimonio de su hija María con el heredero del Marqués de Astorga y le había entregado a éste veinte mil ducados de los cien mil fijados para la dote, ordenaba se le pagaran los ochenta mil restantes.[13] Sus otras dos hijas legítimas, Catalina y Juana, recibirían cincuenta mil ducados cada una y sus hijos bastardos don Martín y don Luis, legitimados en 1529 por el Papa, recibirían mil ducados anuales mientras vivieran, aunque en el codicilio redactado días más tarde anulara la pensión concedida a Luis legándosela al poderoso Duque de Medinasidonia.

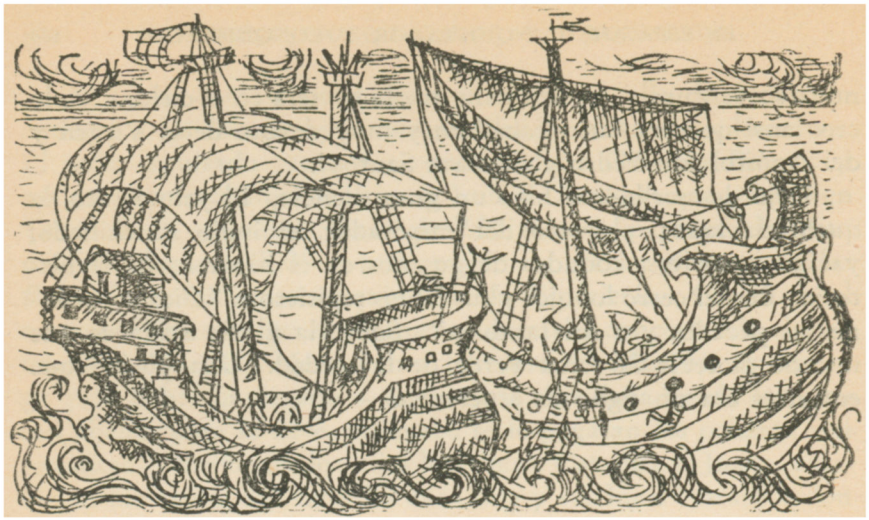
Sentía un hondo cariño por su hija bastarda Catalina Pizarro, hija de Leonor Pizarro, y a ella dedica una parte de su testamento legándole el pueblo de Chinantla con sus tributos, rentas y numerosos ganados. A doña María y a doña Leonor les fija diez mil ducados a cada una y se ocupa de sus primas, de las doncellas de su mujer y de sus servidores. Aun los menores detalles de su dramática existencia están presentes en esa hora. A su caballerizo y a su repostero, a quienes obligó a pagarle un dinero que ellos juraron les había sido robado, ordenaba se les devolviera y no olvidó la cuenta que tenía pendiente con uno de sus sastres.

Naturalmente su cuidado mayor lo centra en su hijo primogénito Martín Cortés. Sobre él se fundaría el mayorazgo concedido por Carlos V y él llevaría el título de Marqués del Valle y heredaría sus riquezas al cumplir los 25 años, fecha en que cesaría la tutoría del Duque de Medinasidonia, el Marqués de Astorga y el Conde de Aguilar.[14]

Bernal Díaz, arrinconado en Guatemala, no se olvidó de poner una modesta corona en el sepulcro de su antiguo capitán. Inclinó la cabeza sobre el papel y su vieja mano rugosa de fuertes dedos tomó la pluma. "Después que ganó la Nueva España,

no tuvo ventura . . . quizá para que la tuviera en el cielo, y yo lo creo ansi que era buen caballero y muy devoto de la Virgen y del Apóstol San Pedro y de otros Santos".

Dejó de escribir, se hizo un gran silencio. El yelmo roto, la quebrada lanza, el cetro del emperador, el indio acuchillado, yacían revueltos, comidos de gusanos en el basurero de la historia. Bernal cerró los ojos y sus labios repitieron: "Dios le perdone sus pecados y a mí también". Sobre la gloria ajada de este mundo florecía la rama verde de la piedad. Una piedad que entonces era un signo de esperanza.



VII: LOS ÁVILA, UNA FAMILIA DE EMPLAZADOS

> La juventud se define de la manera más profunda como la vida que no ha entrado aún en contacto con la tragedia. Y la flor más hermosa de la juventud es saber la lección antes de la experiencia, cuando está aún imperturbada.
>
> A. N. WHITEHEAD

UN DESTINO sombrío y desagradable pesaba sobre los miembros de la familia Ávila. El primero de ellos que apareció en México fue el capitán Alonso de Ávila y vino con Hernán Cortés desde la isla de Cuba. A pesar de que sólo figuró en la expedición de la conquista de México hasta el desastre de la *Noche Triste,* ganó renombre de soldado esforzado de acuerdo con el retrato minucioso que de él nos dejara Bernal Díaz del Castillo. En 1519 tenía treinta y tres años, buen cuerpo y alegre rostro. Sus palabras eran claras y expresivas y mostraba franqueza en su trato con los camaradas, pero al mismo tiempo, como español del siglo XVI, le gustaba mandar y no ser mandado, era bullicioso —amigo de ruidos, aclara Bernal en otra mención que hace del joven capitán— y descubría un puntillo de envidia. Hernán Cortés, incapaz de sufrir a un hombre de carác-

ter tan semejante al suyo, a la primera ocasión se deshizo de su peligroso oficial enviándolo como su procurador a la Isla Española, con el pretexto de que el Tribunal de las Indias resolviera algunos problemas que planteaba la recién iniciada conquista.

Alonso de Ávila cumplió eficazmente su misión y regresó con "buenos despachos"[1] a México después de haber caído Tenochtitlán en manos de los españoles. Cortés lo nombró entonces contador de la Colonia —fue el primero de la Nueva España—, le dio la importante encomienda de Cuauhtitlán y, como posiblemente seguía viendo en él a un rival, le confió la misión de llevar al Emperador Carlos V, con el zamorano Quiñones —capitán de su guardia personal—, una parte del botín cobrado en México.

Alonso ocupaba una situación muy superior a la de la mayoría de los aventureros enganchados del principio al fin de la conquista. Era encomendero próspero, embajador, depositario de un tesoro fantástico —Bernal Díaz menciona, entre otras varias joyas, "la recámara de oro que solían tener Moctezuma y Guatemuz" [2]—, y por si esto fuera poco, Cortés, con su acostumbrada liberalidad, lo había regalado con ciertas barras de oro.

El sino de los Ávila consistía en ocupar elevadas situaciones para hundirse después, dramáticamente, en el dolor y en la miseria. Quiñones, su acompañante, a causa de un lío de faldas, fue muerto a cuchilladas en la Isla Tercera y Alonso continuó solo la navegación, sin imaginarse que el destino haría de él la víctima de uno de los episodios más célebres en la historia de la piratería. Ya se advertía en el horizonte el perfil de la costa española, cuando la flota de Juan Florín le cayó encima —Hollywood ha desprestigiado lo bastante esta clase de asaltos para que nos tomemos el trabajo de describirlo— llevándoselo a Francia con la recámara y las joyas robadas en México. Francisco I, el monarca que en vano pedía se le mostrara el testamento de Adán, por el cual un papa entremetido repartió el mundo entre españoles y portugueses desheredando a Francia, comprendió que la Providencia le restituía algunas de las riquezas indianas aunque fuera por el oscuro camino de la piratería, y saboreó la gran reivindicación histórica que le brindaba, en bandeja de plata mexicana, el valor de sus hambrientos corsarios.

Alonso estuvo prisionero dos años de los franceses, y al regresar a España, sin el tesoro de Moctezuma y sin el oro de Cortés, el adelantado Francisco de Montejo lo nombró contador de Yucatán, marchándose con él a la remota península, una tierra privada de ríos y montañas, en la que todavía alientan, junto a sus ruinosas pirámides, los mayas, indios amigos del baño, de los símbolos mágicos y de cortar las cabezas de los blancos siempre que extreman con ellos sus crueldades.

En 1524 apareció en México el segundo de los Ávila, un hermano de Alonso llamado Gil González de Benavides.[3] Este oscuro aventurero del Caribe —su vida es una hipótesis interminable— se unió a Cortés en la desastrosa expedición a las Hibueras, obtuvo de vuelta a México que Alonso le enviara desde Yucatán un poder "para que tuviese en sí y se sirviese del pueblo de Cuauhtitlán" [4] y pronto llegó a figurar destacadamente entre los primeros encomenderos que hubo en la Nueva España.

Estaba casado con doña Leonor de Alvarado, de la cual tenía cinco hijos, Gil González de Benavides el primogénito, Alonso de Ávila llamado así en honor de su tío, dos mujeres, María y Beatriz, y un niño cuyo nombre nos es desconocido.[5] Vivía en una casa magnífica, contigua a la de su hermano que ocupaba la esquina de las calles real de Ixtapalapa y Tacuba, y percibía una renta anual de más de veinte mil pesos, pues aparte del pueblo de Cuauhtitlán, que usufructuaba por ausencia del hermano, tenía las encomiendas de Ixmiquilpan y Xaltocan en el Estado de México, y las de Zirándaro y Guaymeo en el distrito de Pátzcuaro.

Los títulos de Gil González a sus numerosas encomiendas no están muy claros. Él era un típico manos-blancas que sin participar en la conquista había logrado obtener los más jugosos repartimientos de la Colonia, con gran dolor de los verdaderos conquistadores. Juan Suárez de Peralta, nuestro único guía en el laberinto de las genealogías indianas y que como buen criollo poseía una lengua afilada y gustaba de meter las narices en los orígenes de las fortunas coloniales, acusa a Gil González de haberse quedado con los pueblos de su hermano empleando fraudes y malas artes, de modo que Alonso murió en Yucatán

"casi desesperado y dicen que le maldijo y pidió a Dios fuese servido hacerle justicia, y que su hermano ni sus hijos gozasen de su hacienda y así fue".[6]

Gracias a las indagaciones del autor del *Tratado de las Indias* estamos en posibilidad de advertir que la súbita riqueza de Gil González, su encumbramiento, la vida y la posición de sus hijos eran más bien aparentes, ya que los amenazaba la maldición de un moribundo la cual habría de cumplirse tarde o temprano con la voluntad de Dios y el auxilio del diablo encargado de realizar estos bajos, sucios e indispensables menesteres. Si bien el pícaro Gil González no tuvo la dicha de recibir íntegro el castigo debido a su falta, al menos comenzó a pagar algo de la deuda, ya que el último de sus hijos, siendo aún muy pequeño, se ahogó en unas letrinas. La innoble desaparición de este niño fué el primer trabajo realizado por el demonio en cumplimiento de la maldición del tío conquistador. El segundo, tal como lo presenta Suárez de Peralta, ofreció mayores dificultades —naturalmente se trataba de una mujer— y le llevó muchos años, pero es justo reconocer que lo realizó con una malevolencia y un dominio de los recursos dramáticos dignos de sus más ambiciosas y elaboradas empresas.

He aquí la historia. Gil González estaba muy orgulloso de una de sus hijas llamada María y pensaba casarla ventajosamente. La aristocrática criolla, al igual que las damas de su época, vivía en una clausura rigurosa. Entre María y la sensualidad del mundo exterior se interponían no sólo el grueso muro, la espesa reja de las ventanas y la puerta claveteada, sino las dueñas, las azafatas y la mirada vigilante de la madre. Los recursos defensivos de una mansión colonial y la presencia de una madre, por sagaz que se la suponga, no bastan a conjurar un vaticinio que a despecho de cuidados y previsiones habría de cumplirse fatalmente. El diablo no estaba fuera, en la calle, ni en la iglesia, ni en el sarao, sino dentro de la misma casa, encarnado en la figura de un caballerango, un criado llamado Arrutia, que para mayor afrenta no era siquiera un blanco sino un mestizo despreciable. Dejemos a Suárez la responsabilidad del obligado comentario: "Se enredaron en unos tiernos amores, metiendo cada uno prenda para perpetuarse en ellos,

con notable despojo que se hizo al honor de sus padres, dándose palabra de casamiento".[7]

Algo de la verdad de este amor prohibido llegó a traslucirse y "para no acabar de derramar en el lugar su infamia",[8] Alonso y Gil —posiblemente ya el padre había muerto en esa fecha— hicieron desaparecer al mestizo embarcándolo rumbo a España.

Días más tarde, Alonso se acercó a la hermana llorosa, diciéndole: "Andad acá, hermana, al monasterio de las monjas, que quiero, y nos conviene, que seáis monja (y habéislo de ser) donde seréis de mí y de todos vuestros parientes muy regalada y servida, y en esto no ha de haber réplica porque conviene".[9]

Recluída en el convento, María negábase a profesar, con la esperanza de que volviera su amado, pero aún esta débil luz la apagó el duro viento que soplaba sobre ella y la entregó desnuda y sin defensa en manos de su destino. Los hermanos, validos de un engaño, "fingieron cartas que era muerto y dijéronselo y luego hizo profesión y vivía una vida tristísima".[10] Pasados los años, "quince o veinte", los necesarios, cuando la maldición del capitán Alonso de Ávila se había cumplido en todos los miembros de la familia del modo que veremos más adelante, el drama particular de la monja llegó puntual a su desenlace. El proscrito Arrutia —"quien bien ama tarde olvida o nunca"— se presentó en Veracruz y escribió una carta donde relataba "cómo era vivo y estaba en la tierra".[11] ¿Desmayos? Sí, la monja "cayó amortecida en el suelo". ¿Lágrimas? También, y lamentaciones. "Luego empezó a llorar y a quejarse de que no podía gozar del que tanto quería." ¿Locura? Triste es confesarlo, María terminó perdiendo el juicio. ¿Es el fin? Quien conozca el siglo XVI, y un poco al diablo manejado por Suárez de Peralta, sabe que la historia deberá ostentar una rúbrica de fuego y asistir al espectáculo infernal de que la sobreviviente de una maldición colectiva e indiscriminada saliera a la huerta de su convento y se ahorcara de un árbol para que con su cuerpo se perdiera su alma, en medio de las risas y los cánticos de una muchedumbre de alegres, desenfrenados y victoriosos demonios.

Una vez que Suárez hizo morir al capitán Alonso de Ávila maldiciendo en su lecho de muerte al hermano Gil González

de Benavides, que abrió las puertas de la condenación eterna a sor María de Alvarado y que llenó el captíulo XXXIV del *Tratado* con todos los horrores que, atentos a la fidelidad de su espíritu, hemos intentado reproducir, se apresura conmovido y solemne a componer el siguiente responso: "Este fin tuvieron todos los hijos de Gil González de Benavides, por cierto, lastimosos y dignos que todos los que lo supieren rueguen a nuestro Señor por sus ánimas, y las tenga en su gloria".

UN COMENSAL PRIVILEGIADO

Alonso de Ávila, antes de la llegada de Martín Cortés, podía considerarse como el criollo más privilegiado de la Nueva España. Su posición de segundón no fue obstáculo para que a la muerte del padre heredara las encomiendas de Xaltocan, Cuauhtitlán, Zirándaro y Guaymeo, mientras que Gil González de Benavides, contra las costumbres de la época, sólo obtuvo el triste pueblo de Ixmiquilpan. Alonso no se preocupaba demasiado por sus encomiendas. Un administrador cobraba regularmente los tributos, y un *capixtle,* especie de capataz, cumplía a conciencia el cargo de hacer trabajar a los indios. El rico encomendero —percibía una renta anual de veinticinco mil pesos— nunca visitó sus haciendas a excepción hecha de Cuauhtitlán, y eso por un corto período de tiempo. En realidad la ciudad reunía suficientes atractivos para que un joven criollo mostrara interés por el progreso de la agricultura y de la industria o la existencia de sus esclavos. Cada mes, en forma un poco misteriosa, llegaban a su mesa las buenas piezas de oro por que se vendían el maíz, las mantas, la cerámica y los animales del tributo, un tributo que Alonso percibía debido a los trabajos, no del todo claros, realizados por un tío desconocido cuyo nombre ostentaba.

Desde la casa de Alonso, situada en la aristocrática calle del Reloj y a unos cuantos pasos de la Universidad, era posible contemplar la plaza mayor, la fábica de la catedral y la elevada galería del ayuntamiento.

Posiblemente de acuerdo con las costumbres del tiempo se había casado, antes de cumplir los veinte años, con doña María

de Sosa, hija del tesorero don Juan Alonso de Sosa y de doña Ana Estrada, hija a su vez de don Alonso de Estrada que había sido otro tesorero célebre de la Nueva España. Todas las hijas de los Estrada habían contraído ventajosos enlaces con los hombres más distinguidos de la Colonia y uno de los hijos, fray Juan de la Magdalena, "tuvo la gloria" [12] de traducir la *Escala espiritual* de san Juan Clímaco, el primer libro impreso en el Nuevo Mundo. Por añadidura, su esposa era sobrina de doña Juana de Sosa, mujer del Almirante don Luis de Castilla, quizá el vecino más influyente y poderoso de la ciudad de México. Consejero de virreyes, funcionario público, este hombre, que había llegado a la tierra como un insignificante poblador, era al mismo tiempo un minero de fortuna. Sostenía en su casa, cercana a la de Alonso, una sala de armas, numerosos criados, una cuadra soberbia y un séquito de señor feudal. "Hasta los vasos serviles de cocina —afirma Dorantes de Carranza— eran de plata y dio más en esta vida a pobres e hidalgos que un rey muy liberal pudiera dar".[13]

Así pues, Alonso de Ávila por su ascendencia, sus riquezas y su mujer pertenecía a un consorcio de encomenderos, mineros y funcionarios públicos —él mismo desempeñaba el cargo de regidor del ayuntamiento— que no sólo le daba su tono a la sociedad sino que, con su participación en el gobierno, aseguraba a los criollos un lugar preponderante en la Colonia.

Los hijos de los conquistadores o de los primeros pobladores que tuvieron la fortuna de heredar importantes pueblos de indios desconocían el tedio. Alonso organizaba con frecuencia comidas, cenas y saraos. La época del virrey don Antonio de Mendoza, en que las señoras se accidentaban en los banquetes a causa de su glotonería y en que los hombres perseguían a las sirvientas indígenas blandiendo en la mano sucia de grasa un muslo de pavo a medio devorar, estaba liquidada. Los mayordomos no se veían tampoco obligados a vigilar a los comensales temiendo que se llevaran los objetos de plata, porque en cierto modo la fiesta era el ambiente natural del criollo, como lo fue para su padre la aventura internacional y la guerra. En la casa de los Ávila sonaban sin cesar los instrumentos musicales, la costosa vajilla se disponía diariamente a la luz de las velas per-

fumadas y Alonso era capaz de improvisar versos de circunstancias o de requebrar a las damas, convirtiendo su mesa en un torneo ingenioso y atrevido.

Las escenas realistas de *La Celestina,* el libro favorito del XVI, proyectan sus imágenes en el trasfondo de la vida, tiñéndola de colores y desenfados que en vano la otra parte de la sociedad, la de los religiosos y la de los arrepentidos, trataba de combatir con la pintura, nada halagüeña, del ruido de las cadenas y de los ayes con que las ánimas del purgatorio reclamaban el auxilio de los olvidadizos pecadores. La boca desdentada de la sabia trotaconventos, remendadora de virgos prematuramente estropeados, no se apartaba de la oreja de Alonso: "Goza de tu mocedad, el buen día, la buena noche, el buen comer o beber. Cuando pudieres haberlo no lo dexes. Piérdase lo que se perdiese". El consejo era seguido al pie de la letra. Alonso no tenía aficiones históricas —eso se quedaba para los criollos miserables—, no incurría en el pecado de componer cantos heroicos con fines interesados, ni de preocuparse siquiera por salvar su alma de las llamas del infierno, ya que para un joven de su edad había tiempo sobrado de entregarse al remordimiento.

En su afición a las mujeres y en otras cosas Alonso era llevado, con docilidad, de la mano de la alcahueta:

> No hay cosa más perdida que el "mur" [el ratón] que no sabe sino un horado. Si aquél le tapan no habrá de donde se esconda del gato. Quien no tiene sino un ojo, ¡mira a cuántos peligros anda! Un alma sola ni canta ni llora; un solo acto no hace hábito; un fraile solo pocas veces lo encontrarás por la calle; una perdiz sola por maravilla vuela, mayormente en verano; un manjar solo continuo presto pone hastío; una golondrina no hace verano; un testigo solo no es entera fe; quien sólo una ropa tiene presto la envejece. ¿Qué quieres, hijo, de este número uno? Más inconvenientes te diré de él que años tengo a cuestas. Ten siquiera dos, que es compañía loable y tal cual es éste: como tienes dos orejas, dos pies y dos manos, dos sábanas en la cama, como dos camisas para remudar. Y si más quisieres, mejor te irá, que mientras más moros más ganancia; que honra sin provecho no es sino anillo en el dedo. Y pues entrambos no caben en un saco, acoge la ganancia.

Los días festivos Alonso participaba en las carreras, los simulacros, los juegos de cañas o de sortijas. En las mañanas podía vérsele en el prado vecinal practicar ejercicios caballerescos; después de comer jugaba a la pelota y en la tarde o después de la cena jugaba partidas de naipes y de dados, en las que apostaba grandes cantidades.[14] Las cacerías, uno de los deportes predilectos del caballero, las cabalgatas y los paseos, las visitas tardías a la encomienda, donde reinaba como un verdadero señor de horca y cuchillo, las puntillosas exigencias de la etiqueta y el excesivo cuidado de su persona llenaban de un modo satisfactorio el espacio de los días.

No conocemos bien la figura del primogénito Gil González de Benavides, pero, al lado de su hermano, este hombre retraído y recién viudo resultaba apenas una sombra. La presencia de Alonso se hacía sentir de una manera o de otra en la vida colonial. Él llevaba el estandarte real en el Paseo del Pendón; era el alegre espíritu que animaba los saraos y las fiestas; su rizado cabello, las finas guías de su bigote y su elegancia se llevaban los ojos de las damas. No había lugar que no lo llenara su gracia y su apostura.

ESCRUTINIO EN LA CASA DE ALONSO

A mediados del XVI la estancia más importante en la casa de un hidalgo era la sala de armas. Alonso poseía una celada, una cota con sus mangas y calzones, guantes, manoplas, dos coseletes de mallas, dos corazas y dos grevas, lo cual le permitía jugar a los torneos vestido de punta en blanco. Completaban el atavío del antiguo guerrero tres alabardas, dos partesanas, seis lanzas y numerosos escudos entre adargas y rodelas. Las armas de fuego, frente a este conjunto vetusto de prendas metálicas, no guardaba ninguna relación por disponer de dos arcabuces y de dos pistoletes "con todos sus recaudos".[15]

Figuraban en su cuadra un hermoso caballo blanco, su favorito, cuya airosa figura recogió la crónica de Juan Suárez de Peralta; tres morcillos, un bayo labrado, una jaca, una yegua overa y una mula negra de poderosa alzada. Dos machos, uno pardo y otro negro, se uncían a la litera de raso colorado, cada

vez que su mujer salía de visitas o a la iglesia, pues todavía no se conocían los carruajes en 1565.

Las guarniciones y las sillas de terciopelo negro, morado y amarillo, tachonadas con clavos de oro, los sillones de cordobán, como se llamaba el adorno que cubría las ancas de los caballos, los pretales de cascabeles, los frenos de diversos estilos —estradiotes, a la brida y a la jineta—, los jaeces carmesíes y anaranjados, los cabezales de plata con campanillas y las gualdrapas representaban una verdadera fortuna.

El guardarropa del matrimonio Ávila revela ante todo el amor a las telas y a los vestidos costosos, que fue característico de la última Edad Media, así como el afán por sobresalir que daba el tono a la vida caballeresca. Un recuento de las prendas de doña María de Sosa sacó a la luz de la indiscreción pública "un verdugado de raso con verdugos de terciopelo", un vestido "colombino" adornado con pasamanerías de plata y otro color olivo. Además, unas sayas, un corpezuelo de brocado y otro de raso blanco y dos pares de mangas, uno de carmesí bordado de oro y aljófar, y otro de raso morado guarnecido de plata. En conclusión, la señora poseía tres vestidos completos, unas faldas, dos mangas y dos sacos que con ayuda de cierta imaginación y una aguja diligente podían convertirse en dos nuevos vestidos. Completaban el escaso atavío de tan relevante dama un manto de damasco rojo bordado en plata, un capote morado con pasamanos del mismo metal y un solo, un triste sombrero de terciopelo, privado de todo adorno.

Al contrario de lo que ocurre en nuestros días, el guardarropa de los hombres era más brillante y rico que el de las mujeres. Contra el pobre sombrerito negro de doña María, Alonso, fuera de su rígido atavío guerrero, oponía seis sombreros de tafetán; al manto y al capotillo, tres magníficas capas de damasco, un capote de terciopelo bordado en oro y forrado de damasco pardo, un herreruelo de terciopelo azul y un capuz y tres capotillos de tela blanca con adornos blancos, de raso negro con pieles de tigrillo y pasamanerías de oro y el último de raso negro forrado en felpa. Las cueras —especie de chaquetilla que se ponía sobre el jubón— eran ocho, de raso y terciopelo, y las calzas, que se ajustaban a la piel como un guante a la mano y

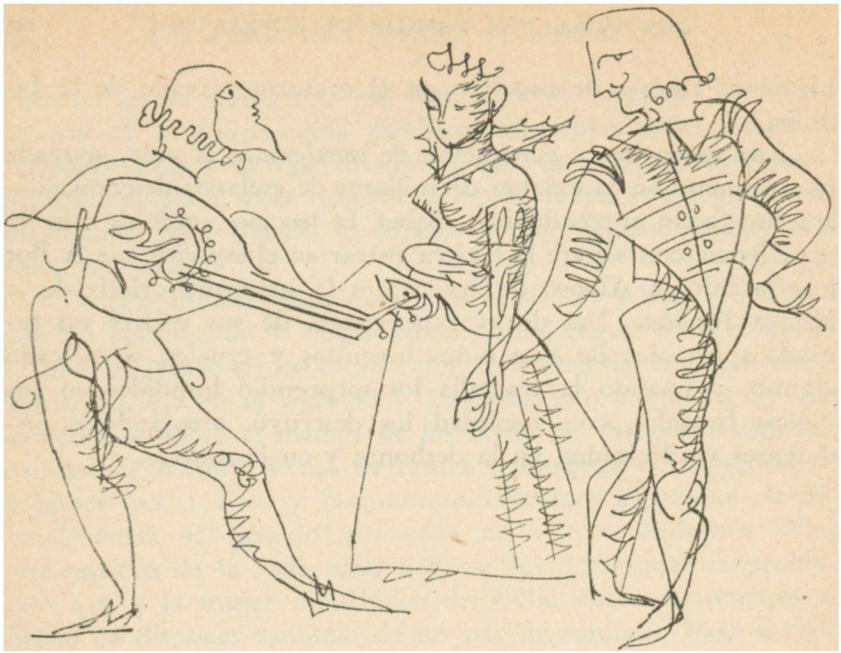
cubrían de la cintura a los pies haciendo resaltar la figura varonil de la pierna, eran también numerosas y las había de terciopelo negro, de raso carmesí y oro, de raso blanco con espiguillas de plata, y los jubones, como los trajes, ropas y ropetas, ostentaban pasamanerías, guarniciones y bordados de seda y metales preciosos.

La ropa interior femenina, con su frágil y suave tesoro o con su complicado y engañoso andamiaje, que nuestra época exhibe sin recato en los escaparates de las tiendas más céntricas, apenas existía en el siglo XVI. El inventario completo de que disponemos sobre el menaje de los Ávila no menciona sino seis camisas de hombre y dos de mujer y ninguna otra prenda de carácter más íntimo y pecaminoso. Nuestra capacidad de investigadores del pasado nos veda no sólo extendernos sobre este aspecto de la vida, sino deducir los desagradables problemas que a la mujer de Alonso de Ávila debía ocasionarle el hecho de disponer tan sólo de un par de camisas. Para mayor confusión, ignoramos si las telas de las dichosas camisas eran de fina calidad o si llevaban los encajes, las cintas o los bordados que tan caras hacen hoy a nuestros ojos esas prendas.

Las joyas, en modo alguno extraordinarias, servían al propósito de aumentar la riqueza del atuendo. Reunían en conjunto diez anillos de esmeraldas y brillantes, seis aretes de oro, cristal y perlas, dos collares con pomas de oro, perlas y pinturas religiosas, un cinto de oro del que colgaba un puñal y nada menos que cuarenta y ocho cabos y puntas de oro y cristal como adorno de sus vestidos. El brillo exterior parece haber sido una ley que gobernaba la economía casera. Si nuestro inventario registra siete camas de terciopelo, de grana y de madera dorada, tapiceros y guardamecíes, sillas de caderas, escritorios forrados de cuero y cordobán y numerosos objetos de plata, menciona cuatro sábanas de ruan, un cobertor de grana guarnecido de terciopelo carmesí, una única cama dispuesta con sábanas, almohadas y colchones, y habla de cucharas, pero guarda silencio acerca de la existencia de tenedores o cuchillos. La servidumbre del opulento matrimonio se componía de dos criados españoles, dos pajes, y siete esclavos negros. Un clérigo tenía a su cargo, en calidad de protector, la educación de sus pequeños hijos y posi-

blemente fungía de capellán en el oratorio privado de la familia.

Para esa primera generación de mexicanos, la vida, apoyada blandamente en la espalda de millares de esclavos desconocidos, era un festín interminable. Saber la lección antes de que la experiencia con sangre la hiciera entrar en el espíritu fue la flor que le faltó a Alonso de Ávila y a la juventud criolla de la Nueva España. Las duras experiencias de sus padres no tenían, a los ojos de esos niños ingenuos y crueles, significado alguno, y cuando la tragedia los sorprendió hundidos en sus sueños feudales, con facilidad los destruyó, arrojándolos, indefensos y admirados, en la deshonra y en la muerte.



VIII: MARTÍN CORTÉS, SEGUNDO MARQUÉS DEL VALLE DE OAXACA

Ours is essencially a tragic age, so we refuse to take it tragically.

D. H. LAWRENCE

LA IMAGEN que ofrecía España al mediar el siglo XVI era la de un castillo medieval invadido por un tropel de gente educada en la libre y gozosa atmósfera del Renacimiento. Costumbres y sentimientos antiguos, supersticiones y creencias de pasadas épocas se mezclaban confusa y arbitrariamente a esa nueva sensibilidad y gusto por la vida que irradiaba, como un sol vivificador, del humanismo italiano. El Príncipe Felipe estaba muy lejos de ser el *Demonio del Sur* que habría de reflejarse en el turbio espejo de la historia. En 1554 tenía veintisiete años y era más bien un poco alocado. Participaba con verdadera furia en torneos y cacerías, se moría por los bailes y gustaba de cantar y tocar la guitarra. Tenía blanca la piel, dorados el cabello y

la barba —se le llamaba el Príncipe Rubio— y unía a su natural dignidad una gracia juvenil no exenta de fuerza.

Ese mismo año, Carlos V, a punto de renunciar el imperio del mundo, concibió el proyecto de casarlo con la reina María Tudor, lo que permitiría, ganada Inglaterra para la causa del catolicismo español, derrotar con facilidad a los numerosos enemigos, sin excluir al Papa, que lo tenían cercado. Felipe, obediente, prestó su aprobación a la boda, ultimándose en el mes de abril los costosos preparativos. El 14 de mayo el joven príncipe salió de Valladolid, camino de Alcántara, donde lo esperaba su hermana Juana, que debía ser regente de España durante su ausencia, acompañado por un brillante séquito de mil caballeros en el que figuraba el Marqués del Valle de Oaxaca, hijo primogénito y heredero del Conquistador de México.

El 3 de junio, la comitiva llegó a Benavente. Las fiestas fueron espléndidas. Desfilaron enormes elefantes de cartón, un barco con las banderas inglesa y española y una muchacha, "yaciendo en un ataúd, quejándose de Cupido, que la seguía a caballo y que al llegar ante la tribuna real era lanzado al aire gracias a una cuerda sujeta a su cintura, arrojando desde la altura fuegos de artificio".[1] Hubo intermedios de Lope de Rueda —su escenografía como la de Shakespeare se reducía a unas pelucas y a una cortina—, toros y cañas. La muchedumbre, agitando antorchas, desfiló bajo los balcones colgados de tapices, donde Felipe contemplaba el regocijo popular junto a la cabezota deforme de su hijo el príncipe don Carlos.

En el "santo y terrible" lugar de Compostela, Felipe se arrodilló ante el sepulcro del Apóstol Santiago, auxiliar y patrón de los guerreros españoles, y recibió a los enviados de la Reina capitaneados por el protestante John Russel. A los pocos días embarcó en la Coruña y cruzó el canal seguido por centenares de barcos a bordo del *Espíritu Santo,* enorme navío mercante de popa esculpida y dorada, sobre el que flotaba el estandarte real de España "de más veinte metros de largo, con las armas de Felipe bordadas sobre damasco morado".[2]

En Londres, el Príncipe, vestido de terciopelo negro y plata, habló en latín a los consejeros de la Reina —"no venía para buscar hombres ni dinero sino porque Dios le había ordenado

casarse con su virtuosa soberana"— y, terminado el discurso, bebió sin pestañar el gigantesco vaso de cerveza que se le tenía preparado.

Desde Winchester, María, su prometida —el Papa después comentó que no podía decirse si Felipe era su marido, su sobrino o su primo—, envió al conde Pembroke a su encuentro, con una escolta de doscientos caballeros vestidos de terciopelo negro y una compañía de arqueros que mostraban los colores rojo y gualda del reino de Aragón. A pesar que esa mañana diluviaba, Felipe cabalgó en un hermoso caballo sobre cuya grupa se extendía airoso su manto rojo y esa misma tarde asistió, acompañado por doce nobles, a una entrevista privada con la Reina. La marcha nocturna a través de jardines misteriosos con árboles y fuentes, que les hicieron recordar las leyendas de Amadís de Gaula y del Rey Arturo, tenía un sabor de aventura romancesca, desvanecido apenas cruzaron el umbral del salón donde los esperaba, conmovida, la vieja y sufrida soberana. Felipe, con el mismo valor que se tomó la cerveza ante los consejeros, besó la boca de su novia, fiel a la costumbre de la corte británica.

En la boda se desplegó una solemnidad nunca vista en Inglaterra. A las once de la mañana, abriéndose paso entre la multitud que llenaba las afueras de la catedral, apareció Felipe vestido de blanco y cubierto con un manto de oro bordado de perlas. La Reina llegó media hora después vestida también de blanco y oro y "deslumbradora, ya que no de belleza, de numerosos diamantes".[3]

Concluídas la misa y las ceremonias medievales de la boda, uno de los reyes de armas gritó en latín: "Felipe y María, por la gracia de Dios, rey y reina de Inglaterra, Francia, Nápoles, Jerusalén, Irlanda, defensores de la fe, príncipes de España y Sicilia, archiduques de Austria, duques de Milán, Borgoña y Bravante, condes de Habsburgo, Flandes y Tirol en el primero y segundo año de su reinado".

Tres años después de aquellas fastuosas ceremonias, cuando Felipe había enviudado de la pobre María Tudor, desvaneciéndose el sueño de Carlos V, Martín Cortés acompañó a Felipe en su campaña contra Francia. En la primera gran batalla del

monarca —"su experiencia se reducía a la breve campaña de Perpignan al lado de Alba"—,[4] Martín, que había figurado en dos ocasiones solemnes de la vida del Príncipe, se halla también presente, aunque no sabemos si como soldado o como simple agregado de su casa. De todos modos, la situación que guardaba cerca de Felipe era bien distinta de la que guardó su padre ante el Emperador, ya recluído para 1557 en el monasterio de Yuste. Felipe no era soldado. A los treinta, en la plenitud de la vida, debía guardar cama después de justar en un torneo, y el ejercicio de la caza, su deporte favorito, le indisponía. Esta vez, mientras sus ciento cincuenta mil soldados al mando del Duque de Saboya avanzaban, él se mantuvo a larga distancia de San Quintín, contra la tradición feudal de los reyes españoles que siempre habían combatido a la cabeza de su ejército, y la situación del frente le era dada a conocer por medio de mensajeros, con lo cual inauguraba, sin proponérselo, la época de la guerra moderna. En otras cosas se alejaba de las costumbres de su tiempo. Estando en Cambray, recibió un horóscopo de Nostradamus, enviado desde París, pero lo quemó sin leerlo.

La batalla de San Quintín fue breve y fácil. En el ala derecha, mandada por Alonso de Cáceres, formaban españoles y alemanes; el ala izquierda estaba constituída por el tercio de Navarrete y soldados valones, y el centro se había confiado al célebre Julián Romero que mandaba sus tropas españolas y los refuerzos ingleses y borgoñones. La caballería tenía a su cargo la retaguardia y el aprovisionamiento de las líneas.

El 10 de agosto, día de San Lorenzo, cerca de los muros de la ciudad, una parte del ejército arrolló a los dieciocho mil franceses del condestable Montmorency, haciéndole, casi sin pérdidas, seis mil muertos y dos mil prisioneros. El 11, Felipe, vestido con su armadura cincelada, se presentó, entre las salvas de la artillería, a recibir el homenaje de las banderas tomadas al enemigo y dio un abrazo a Saboya, que se arrodillaba para besarle las manos. Después, en lugar de lanzarse sobre París, que por ausencia del Duque de Guisa no podía resistirle, organizó una solemne procesión hasta una iglesia próxima donde prometió la construcción de un monasterio dedicado a San Lorenzo, el nuevo sostén milagroso de las victorias españolas.

Éste era el rey a quien se refería el Papa Paulo, en una conversación sostenida con Navagero, de la siguiente manera: "Felipe come carne en público los días de vigilia y durante la cuaresma, diciendo que la debilidad de su estómago lo obliga a hacerlo así. ¡Come en tu habitación, pícaro, y puesto que sabes que es ése uno de los dogmas luteranos, no des al mundo tan escandaloso ejemplo!"

La batalla de San Quintín había de ser la primera y la última acción de guerra de Felipe II, pues a partir de 1558 casi no abandonó su reino, principiando a hundirse gustosamente en el océano de papel que le llegaba a su mesa de los más lejanos rincones del mundo.

De vuelta a España con el monarca, Martín Cortés se casó con doña Ana Ramírez de Arellano, su sobrina, de la que tuvo un hijo llamado Fernando como su abuelo. Fue entonces cuando decidió establecerse en México, dando por concluída una carrera cortesana que no debía ofrecerle perspectivas brillantes. Felipe se mostró generoso con su fiel acompañante firmándole en Madrid, el 29 de enero de 1562, una cédula por la que le compraba su casa principal de la ciudad de México, y el 16 de septiembre, otra cédula, firmada en Toledo, a manera de despedida, le concedía el disfrute irrestricto de todos los vasallos que vivieran dentro de los límites del marquesado. De esta sencilla y grata manera, la sentencia favorable del litigio que había perseguido inútilmente Hernán Cortés durante largos y amargos años la obtenía su hijo, sin haber prestado ningún servicio notable a la Corona española.

UN PEQUEÑO MONARCA INDIANO

El segundo marqués del Valle de Oaxaca, heredero de las riquezas y del nombre de Hernán Cortés, iniciaba su vuelta a México bajo excelentes auspicios. En plena juventud —había nacido según se cree en el año de 1532 en Cuernavaca—,[5] la conclusión del pleito que había agotado las fuerzas de su padre le convertía, de hecho, en un pequeño monarca indiano. Dentro de los imprecisos límites del extenso mayorazgo sólo regían sus propias leyes. Él nombraba a las autoridades eclesiásticas, a las

judiciales y a los empleados administrativos, percibía tributos, diezmos y primicias sobre las siembras y los ganados, y sus vasallos estaban obligados a prestarle los servicio personales "que acostumbraban dar a los emperadores aztecas".[6] Sus tierras de labor, sus industrias, sus minas, sus ganados y sus millares de esclavos le proporcionaban una renta anual que se juzgaba conservadoramente en cincuenta mil pesos, y poseía además, con el prestigio sagrado que circundó la figura de Cortés, un título nobiliario único en la Nueva España. Aunque él era por su cuna y por su jerarquía el primero de los criollos, México le era desconocido. Su padre lo había llevado a España a los ocho años de edad y desde entonces vivió como un cortesano al lado de Felipe II.

Los grandes acontecimientos en los cuales le tocó participar —el desastre de Argel, las campañas de Flandes, el casamiento de su monarca con María Tudor, la batalla de San Quintín y la intensa vida de la corte española— no parecieron haber dejado una huella apreciable en su carácter. El epitafio que escribió para la tumba de su padre, reproducido en su historia por Gómara con evidente mala fe, puede darnos una idea de la mediocridad que en todas las cosas reveló este desafortunado retoño del gran conquistador y la importancia que le concedía a su linaje:

> Padre cuya suerte impropiamente
> Aqueste bajo mundo poseía;
> Valor que nuestra edad enriquecía,
> Descansa agora en paz eternamente.

Acompañaban a don Martín en el viaje su esposa doña Ana Ramírez de Arellano y sus medios hermanos, don Martín, hijo de la famosa doña Marina, y don Luis, que el Conquistador tuvo con la española Antonia Hermosillo y a quien desheredó inesperadamente en el codicilio añadido a su testamento poco antes de morir.

Don Martín Cortés, el bastardo, representaba, dentro de la casa del Marqués del Valle y en la sociedad de su época, un curioso tipo humano. Las consideraciones que la Europa de la Edad Media concedía a los hijos naturales, en México les eran negadas

de acuerdo con el juicio del genealogista Baltasar Dorantes de Carranza, para quien los bastardos, por el sólo hecho de serlo, debían estar privados de empleos, honores sociales y recompensas económicas.

A este deshonor, don Martín Cortés añadía el de su mestizaje, si bien algo contrarrestaban estos graves inconvenientes su procedencia y el hecho de que el Papa, igual que a sus demás hermanos bastardos, lo hubiera legitimado. Equidistante entre la sangre de su padre, el conquitsador de México, y la de su madre, la más célebre india del continente, por su educación caía de lleno en la órbita de lo occidental. Del indio conservó la parte instintiva, el heroísmo silencioso que había de manifestar más tarde en las difíciles pruebas que lo aguardaban, pero pensaba y actuaba en todo como un español.

Muy niño aún fue arrancado de los brazos de doña Marina y enviado a España. Su condición de mestizo excepcional —era un testimonio elocuente de la pujanza del Imperio— determinó que estuviera al servicio del Príncipe Felipe y más tarde al de la Emperatriz. Muy joven se batió en Argel y en Alemania "donde salió herido repetidas veces",[7] en España ingresó en la orden de Santiago, contrajo matrimonio con doña Bernaldina de Porras y se sostenía con los mil ducados anuales que le fijó Hernán Cortés en su testamento, lo que suponía vivir entregado al arbitrio de su hermano el jefe del marquesado. Su larga ausencia de México, su título de caballero, sus servicios prestados a la Corona, lo hicieron, en la misma medida que lo era el legítimo don Martín, un extranjero en su patria.

Los hijos principales de Hernán Cortés, el moreno y el blanco, constituyeron dos prototipos. El bastardo establecía una larguísima sucesión de mestizos para los cuales, lejos de significar su sangre indígena una fuerza creadora y estimulante, suponía inseguridades fundamentales. A su vez, el legítimo iniciaba una cadena interminable de criollos holgazanes y ausentistas, cuya razón de prevalecer sobre los demás se apoyaba tanto en su linaje de nuevos aristócratas como en la riqueza que habían heredado casi siempre a costa de ciertos esclavos sometidos por unas hazañas en las que la brutalidad se confundía con la intervención milagrosa de la voluntad divina.

EL CRIOLLO EN SU SALSA

La noticia del viaje de Martín Cortés, afirma Suárez de Peralta, "dio grandísimo contento a la tierra y más a los hijos de los conquistadores que lo deseaban con muchas veras".[8] Un atraso, muy común en la navegación de entonces, vino a demostrar la ansiedad con que se le aguardaba. Durante muchos días, la gente, sin saber nada de él, principió a temer que el barco hubiera sufrido un accidente. Todos los recursos espirituales de la época se movilizaron para conjurar el peligro en que se hallaba, lográndose, a fuerza de rogativas, plegarias, votos y procesiones, que un correo llegara con la noticia de que Martín se encontraba sano y salvo en Yucatán, donde su mujer había dado a luz un niño.

La ciudad pasó sin transición del más profundo dolor a la más loca alegría. Se cambiaron "albricias", los obsequios con que se premiaban las buenas nuevas, hubo saraos y cabalgatas, y el Virrey don Luis de Velasco se reunió con el ayuntamiento y los señores principales, a fin de organizar el programa de la recepción.

Numerosos criollos fueron a recibirlo a Veracruz "y el que menos a Cholula". "La flor de la Tierra", caballeros, clérigos y frailes, iba sumándose al cortejo y, como en la época de Hernán Cortés, los caminos aparecían cubiertos con pétalos de flores, los indios, al son de la chirimía y el teponaxtle, danzaban en las plazas y sus autoridades ofrecían a Martín las varas de plata del corregimiento.

El Marqués, contra lo que se esperaba, reveló apenas desembarcado un carácter en todo diferente al de su padre. Hernán Cortés fue un diplomático nato. A sus largos y sabrosos razonamientos —todo lo sabía muy bien platicar, recordaba Bernal—, a su persuasión y camaradería de hombre del pueblo, debió, más que a las armas, sus mejores victorias. Trataba con la misma deferencia a los capitanes que a los soldados más humildes y, cuando recibió a los primeros franciscanos que llegaron bajo la custodia de fray Martín de Valencia, se arrodilló en tierra y les besó los hábitos con reverencia. Su hijo, en cambio, apareció revestido de un orgullo insufrible. No daba el tratamiento ade-

cuado a sus acompañantes ni se preocupó en proporcionarles asientos conforme a su jerarquía.

Si en el modo de ser eran distintos Hernán Cortés y su primogénito, también en la carne ofrecían señaladas diferencias. Aunque todos los retratos del conquistador fueron pintados al final de su vida y no por grandes artistas, algo lograron captar de aquella contradictoria naturaleza. En los ojos abiertos y profundos, los desengaños sufridos no habían podido extinguir del todo la llama de las atrevidas resoluciones; la boca conservaba la energía y la sensualidad del hombre acostumbrado a tratar con mujeres y a ser obedecido, y sólo su cabeza, inclinada y cubierta de canas, revelaba el cambio que la edad había operado en él, al asomarse por última vez, confusa y tristemente, a un mundo del que se disponía a partir sin haberlo entendido.

El hospital de Jesús conserva un óleo de gran interés porque nos muestra no sólo el único retrato conocido de Martín Cortés sino quizá el único de un criollo descendiente directo de la generación de los conquistadores. Ante todo vemos en él que es el retrato de un caballero y no el de un hombre del pueblo. La profusa barba negra y el bigote que estaban de moda no logran imprimir energía al rostro de estereotipada mediocridad, que contribuyen a subrayar la golilla rizada y el enorme sombrero emplumado con que se cubre. La empuñadura de la espada, salida del óvalo del cuadro, resulta con tanta evidencia desproporcionada a sus pequeñas manos y a sus cortesanos puños de encaje, que el artista, ante la ausencia de rasgos significativos, se vio en la necesidad de cargar el énfasis en la manga abullonada del jubón y de estampar un gran escudo del marquesado en su vientre, procedimiento que, si por un lado acusaba las limitaciones del pintor, por otro despejaba toda duda sobre la alcurnia de su ilustre modelo.

El anónimo retrato corresponde bien a su figura y a su vida. Suárez de Peralta, un criollo que lo trató de cerca durante su estancia en la Nueva España y que en todo momento fue partidario suyo o de sus familiares, escribe acerca de la impresión que causó a los vecinos su grosera descortesía:

> Y desde que puso el Marqués los pies en tierra de Nueva España, luego se fue malquistando, y cada día más, porque dio en llamar a

todos los caballeros y frailes de vos y no darles asiento. Esto sintieron grandemente y luego voló esta mala fama hasta México, y se murmuraba en extremo, y aun muchos se conjuraban de no sufrírselo, y era el amor que le tenían y deseo de verle que pasaba con ello con esa costumbre.[9]

En Coyoacán, donde se levantaba la finca de campo construída por el Conquistador, lo recibieron los vecinos, olvidados de su insolencia, "como a la misma persona real". Luego vino la fiesta organizada por la ciudad. En un prado trescientos jinetes vestidos de librea sostuvieron una escaramuza. Corrían los caballos adornados con preciosas jaeces sobre la hierba. Los maestros de campo, las fanfarias, el brillo de las armaduras y de los ropajes, deben haberle traído a la memoria los festejos reales en que había participado.

Concluída la escaramuza celebróse la entrada en la ciudad. Los trescientos caballeros, vestidos con los mismos trajes, rompían la marcha seguidos de dos mil vecinos que cabalgaban cubiertos de capas negras. En los balcones, colgados de tapices y doseles de terciopelo, se hallaban las señoras "y las que no lo eran", luciendo sus joyas. Así llegaron a palacio. El Virrey, que estaba enfermo de gota, recibió a Martín en la puerta de la "sala grande", apoyado en un bastón, y allí se pidieron las manos y abrazaron. Porfióse largo rato sobre la delicada cuestión de quién ocuparía el lado derecho, honor que al fin cedió Martín ganándose la sonrisa complacida de todos. Por la noche don Luis de Velasco ofreció una espléndida cena "y después se fue el Marqués a su casa y el Virrey se quedó en la suya".[10]

PARAÍSO CRIOLLO, FANTASMAS Y GUERRAS DE PAPEL

El calendario de festividades se alteró con la llegada de Martín Cortés. Suárez de Peralta, que con su voluntad o sin ella se vio arrastrado por aquel torbellino de locura, se expresa en esta forma: "no se trataba de otra cosa sino era de fiestas y galas y así las había más que jamás hubo". El palacio del Marqués, abandonado largo tiempo en manos de su adminstrador, abrió sus puertas a los principales caballeros de la Nueva España. Ofrecía a diario comidas y cenas suntuosas y por las tardes se jugaban

gruesas sumas a las cartas. Martín, a quien debe haber parecido intolerable la severa etiqueta de la corte española, mostraba una avidez de goces nunca saciada y su imaginación trabajaba sin descanso para ofrecerles a sus huéspedes renovadas emociones. Él inventó los *brindis* —"esto no se usaba en la tierra ni se sabía qué cosa era"—, un pasatiempo similar a los que se entregaban los jóvenes ricos y desocupados de la aristocracia zarista.

Los *brindis* consistían en un desafío para ver quién era capaz de beber más vino sin caerse. Acudían los mayordomos con una buena provisión de botellas, se depositaban las apuestas y los contendientes, desatándose los cordones del jubón, escanciaban sin tregua hasta que uno de los dos rodaba casi apoplético debajo de la mesa, arrastrando en su caída el mantel y la vajilla. El juego tenía sus reglas. Al que no aceptaba el desafío se le acuchillaba la gorra públicamente en señal del profundo desprecio que merecía su apocamiento. La crueldad no dejaba de asomar su maligna cara. "En las comidas y en las cenas se trataban de muchas faltas que se sabían de algunos, aunque estuvieran presentes."

Dieron también en organizar mascaradas. Bastaba que alguien dijera en la mesa "esta noche tengamos máscara", para que en el acto se disfrazaran cien criollos y salieran montados a recorrer las calles. Podemos imaginar las escenas de carnaval que provocaba un crecido número de borrachos al amparo de los disfraces. A caballo, de ventana en ventana, unos requebraban a las mujeres y otros, los más audaces, entraban en las casas de los mercaderes ricos que tenían hijas hermosas, permitiéndose las mayores libertades.

El demonio, el activo demonio cuyo poder había quebrantado Hernán Cortés con espada y con lanza, gozaba utilizando al hijo como instrumento de sus infernales designios. "Vino el negocio a tanto —comenta Suárez—, que ya andaban muchos tomados por el diablo." Los frailes, desde los púlpitos, lanzaban catilinarias y aconsejaban a los padres sobre la forma en que debían salvaguardar el honor de sus familiares. Predicaban en el desierto.

Como sin duda, y a despecho de las amonestaciones, las mujeres se negaban a retirarse de las ventanas, los familiares de-

cidieron permanecer a su lado, pero los ingeniosos criollos, a través de largas cerbatanas en cuyo extremo ponían flores, deslizaban, sin el menor temor a las indiscreciones, los más apasionados requiebros.

Cacerías, torneos, cabalgatas, juegos de cartas, brindis y saraos se sucedían sin interrupción haciendo de la Colonia una feliz Arcadia. Una fiesta se correspondía con otra y un festín se pagaba echando la casa por la ventana. Si la liberalidad de Martín y su irrefrenable propensión a las fiestas le ganaba la voluntad de la mitad de los criollos, su avaricia y su carácter atrabiliario le indisponían con la otra mitad. Hernán Gutiérrez Altamirano, riquísimo propietario, deudo suyo, apenas llegado le ofreció una espléndida cena, donde gastó, cosa que parece increíble, sólo en "presentes y regalos" más de dos mil ducados, lo cual no fue obstáculo para que Martín, a los pocos días, le entablara una demanda sobre unas tierras, "lo que pareció muy mal a todos y ya andaban con el Marqués notándole muchas cosas que usaba, que fueron causa de su perdición".

La luna de miel, iniciada con tanta felicidad por el Virrey y los encomenderos, no tardó en agriarse. Estaban frente a frente dos fuerzas igualmente poderosas e incompatibles. De un lado hallábase don Luis de Velasco, representante del monarca, apoyado en sus activos parientes y en los recursos administrativos y económicos de la Colonia, y del otro, un grupo de criollos terratenientes amenazados con la pérdida de sus encomiendas, que veían en Martín Cortés al defensor nato de sus derechos. Por desgracia, éste carecía de la energía y de la sagacidad necesarias para conservar siquiera la privilegiada situación de los suyos. El rígido orgullo de casta y la elevada idea que tenía de sí mismo lo llevaron a provocar resentimientos incurables y conflictos de etiqueta ya muy frecuentes en su mundo puntilloso y legalista.

Uno de esos conflictos sirvió de pretexto para que la lucha inminente planteada entre él y don Luis de Velasco estallara al fin. A poco de vivir en la ciudad mandó hacer un gran sello de plata que llevaba grabadas, con su corona y con sus armas, esta desproporcionada sentencia: *Martinus Cortesus primus hujus nominis Dux Marchio Secundus*. La primera vez que sus adminis-

tradores lo utilizaron a fin de pagar el quinto real, Hortuño de Ibarra lo decomisó alegando que suponía un desacato emplear un sello semejante al que se usaba en las provisiones reales, y el Virrey no sólo apoyó a Ibarra sino que ordenó levantar un proceso del asunto y enviarlo a España.

Las cosas empeoraron con la llegada del Visitador Jerónimo de Valderrama. El Virrey, según era la costumbre, se dispuso a salir a su encuentro acompañado de los caballeros principales de la ciudad, pero Martín, inexplicablemente, rechazó sin decírselo su invitación y, en vez de unirse a la comitiva oficial, el 16 de agosto de 1563 se adelantó por la calzada de Ixtapalapa seguido de su paje de lanza, dio la bienvenida al Visitador y regresó con él donde esperaba el séquito de Velasco. Don Luis, imposibilitado de reprocharle a Cortés el haberse adelantado, halló pronto una manera de castigarlo en público sin que su autoridad sufriere quebranto, y con su secretario Turcios mandó decirle que su paje debía retirarse de la comitiva, pues a nadie le era permitido mostrar insignia alguna llevando la audiencia el estandarte real.

La guerra estaba declarada. Martín recibió el primer golpe pero se apresuró a devolverlo. "El paje —respondió— seguirá en la comitiva." El Virrey presentó un ultimátum: "Si el Marqués se niega a obedecer, lo hará por la fuerza". Turcios corría de un lado a otro, los soldados aguardaban una orden para echarse encima del lacayo, y el Marqués, resuelto, se llevaba la mano a la empuñadura de la espada, cuando Valderrama terció en la disputa y a fuerza de súplicas obtuvo que el criado, con su lanza enfundada, se retirara a una distancia conveniente del pendón real.

Parecía que el Virrey hubiera ganado la partida y sin embargo no fue así. Valderrama, posiblemente recordando la leyenda de las natillas envenenadas con que Hernán Cortés había suprimido a su antecesor el licenciado Luis Ponce de León, optó por alojarse en la casa de Martín, lo que también suponía una manera de tomar el partido criollo.

Jerónimo de Valderrama es una figura de borrosos perfiles. No sabemos qué polvoriento legajo guarde algún trazo de su

vida e incluso se ignora la forma de su rostro, su edad, su medio familiar o sus inclinaciones personales. El curioso que se inclina sobre una edad antigua, la mira, impotente, cruzada por sombras fugitivas y debe resignarse a ofrecer rasgos aislados, líneas que no bastan a dibujar un contorno, ambientes demasiado henchidos de nieblas y de silencios que transforman su relato en un cuento de aparecidos. Éste y no otro es el caso de Valderrama y el de la mayoría de los personajes —digámoslo con entera franqueza— que figuran en nuestro libro. Mera librea que se agita en el aire con movimientos fantasmales, el Visitador de tarde en tarde firma un oficio, dicta un acuerdo, rinde un informe, se traslada misteriosamente de un lugar a otro, pero no pierde nunca su naturaleza de duende.

¿Qué consecuencias se derivan de la acción fantasmal de Valderrama? Muchas y muy variadas. En primer término los combates epistolares que libraban los habitantes de la Colonia se exacerbaron hasta un grado hoy apenas concebible. El Arzobispo Montúfar escribía venenosas misivas contra los frailes, los frailes llenaban de horrores pliegos interminables contra el Arzobispo; el Virrey se quejaba de los criollos, los criollos del Virrey, y Valderrama, fuera de su amigo Martín Cortés, se quejaba y escribía contra todos. Para él, Velasco era un apático que gustaba favorecer a los suyos, por lo que los negocios se despachaban con la intervención de padrinos, y los oidores unos ineptos; los frailes gastaban sumas enormes en la construcción de monasterios y predicaban en sus sermones "que la peste que causaba tantos estragos era castigo de Dios por las culpas del Rey, y que mientras la tierra no tuviera su propio monarca no podría gobernarse bien", y en cuanto a los indios, opinaba que si bien eran vejados y maltratados, siguiendo los consejos de los frailes se ocultaban a fin de no pagar el tributo.

Otra consecuencia, y no la menor, fue que Valderrama aumentó al doble el tributo de los indios, levantó incluso excepciones de pagos ya sancionadas y apremió a los morosos fijándoles severos castigos, medidas todas ellas irrazonables y contradictorias ya que, partiendo de un representante del monarca, encontraron enérgica oposición de parte de Velasco en quien

se veía —siempre ese endemoniado enredo administrativo— no sólo a un representante del Rey sino a su misma omnipotente y sacrosanta persona.

Valderrama era categórico. Solicitó de Felipe II la remoción del Virrey y la de los miembros de la Audiencia, y sin esperar a que el Consejo de Indias dictaminara sobre sus radicales peticiones, destituyó a los oidores Villanueva y Puga —se trata del doctor Vasco de Puga, autor de la celebrada recopilación de cédulas que lleva su nombre— enviándolos a España, con lo que se formó, si así pudiéramos calificarlo, el primer capítulo de una larga novela de nombramientos y destituciones, de desapariciones y apariciones truculentas que han proporcionado abundantes materiales a incontables generaciones de cronistas, historiadores y dramaturgos mexicanos.

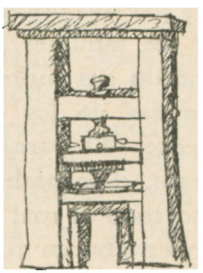
Martín, por su lado, apoyándose en la sombra que vivía en su casa, abrió el fuego contra sus enemigos. ¿La Audiencia le impedía concluir el edificio que levantaba en el Volador? Pleito contra la Audiencia. ¿El Obispo de Michoacán alegaba tener derechos sobre sus tierras de Santa Fe? Pleito contra el Obispo. ¿El Ayuntamiento se negaba a reconocer que los términos de sus villas de Coyoacán y Tacubaya lindaban con los barrios de la ciudad de México? Pleito contra el Ayuntamiento.[12]

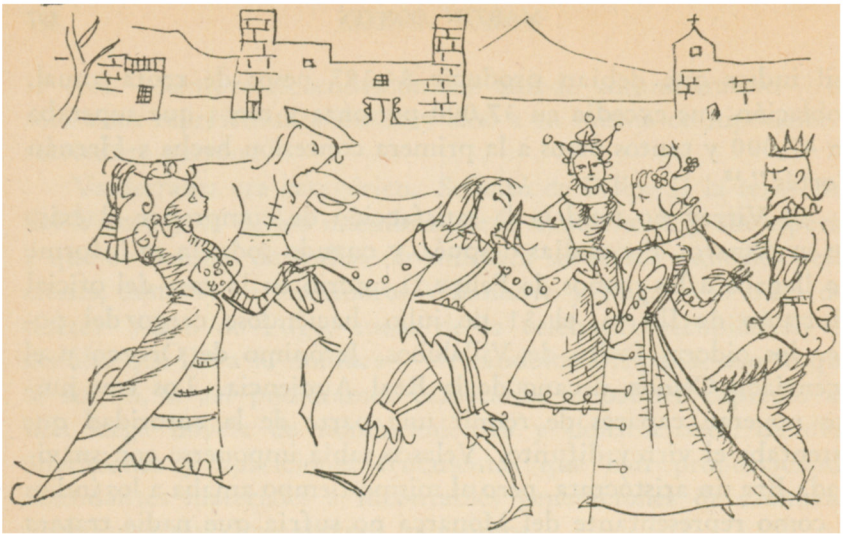
Los escribanos copiaban alegatos y sentencias, sin descanso, los licenciados hacían fortuna asestándose golpes atroces, y los señores, no satisfechos con haber desatado aquel diluvio de papel que amenazaba ahogarlos, dentro del mayor de los sigilos enviaban cartas a los amigos influyentes que tenían en España para que apoyaran sus pretensiones ante los consejeros de Felipe II.

El Virrey no permanecía al margen de todas estas batallas. Ya en algunas cartas dirigidas al Consejo de Indias había pintado, sin cargar la mano, la vanidosa y atrabiliaria conducta de Cortés y los choques y las molestias que continuamente provocaba, pero el haber doblado Valderrama el tributo a los indios, de quienes fue siempre sincero protector, hizo que afinara la puntería y el 22 de junio de 1564 se dirigió al Rey informándole que "existían en los pueblos del marquesado más de sesenta

mil indios que debían producir 84,387 pesos de renta anual, población que excedía en 37,000 personas y renta que superaba en 47,000 y tantos pesos a la primera concesión hecha a Hernán Cortés." [18]

El Virrey no tendría la satisfacción de comprobar el éxito de su disparo. Pocos días después, y cuando todavía su informe no llegaba a las manos de Felipe II, murió en la casa del oficial Hortuño de Ibarra, el 31 de julio, haciéndose cargo del poder los oidores Pedro de Villalobos, Jerónimo de Orozco y el licenciado Ceinos, decano de la Real Audiencia. Los tres juntos no eran capaces de reunir una parte de la autoridad que ostentaba el virrey difunto. Velasco sabía imponerse con suavidad. Era un aristócrata, pero al mismo tiempo amaba a los indios y como representante del Monarca no sufría que nadie tratara de imponérsele. Los criollos, para este hombre justo, eran un grupo de jóvenes turbulentos que entraban en razón con sólo amenazarlos desde lejos. Las insolencias de Martín Cortés supo reprimirlas oportunamente sin necesidad de recurrir a medidas extremas y conservó el orden a pesar de que los orgullosos barones de la tierra, más fuertes que nunca, padecían un verdadero ataque de pánico.





IX: EL PARAÍSO CRIOLLO Y LA SERPIENTE

El Evangelio aconseja:
"Recataos, que vendrán lobos
vestidos de piel de oveja,
y en disfrazada pelleja,
cometerán muchos robos".

JUAN DE TIMONEDA

AQUEL alegre y civilizado paraíso criollo donde las fuentes manaban vino, los pavos y los jamones colgaban de los árboles, vestían de raso y de brocado sus moradores y el oro aparecía misteriosamente en las mesas de los encomenderos encerraba una cruel y activa serpiente. El paraíso, miniatura feudal de cacerías, cabalgatas y saraos, descansaba en una propiedad ilusoria, y la serpiente, como todo el mal y el bien de la Colonia, era de papel y se la representaba en forma de una cédula real que fatalmente habría de arrebatar a los criollos el disfrute de sus amadas encomiendas.

Al partir del establecimiento de la encomienda la Corona española había tratado de suprimirla, librándose desde entonces una lucha sin cuartel entre el regalismo centralista y los barones

indianos que el paso del tiempo, lejos de suavizar, hacía más violenta. Todas las acometidas de la Corona, incluyendo las famosas Nuevas Leyes, dictadas en 1540 por inspiración de fray Bartolomé de las Casas, no habían tropezado con una resistencia armada de parte de los conquistadores. Su fidelidad al monarca, posiblemente la característica más saliente del soldado español, sufría severas pruebas sin quebrantarse. Limitábanse a gritar, a decir bravuconadas, a pleitear en los tribunales o, en el último extremo, a pensar en recibir, vestidos de negro, al visitador Tello de Sandoval, encargado de poner en práctica las leyes, impulso un tanto risible de que los disuadió el virrey don Antonio de Mendoza.

La disputa afectaba seriamente a los indios y al desenvolvimiento de la Colonia.

> Nadie —escribe don Joaquín García Icazbalceta en su biografía del obispo Zumárraga— edificaba ni emprendía trabajos de lejano fruto; todo estaba en el aire, los indios eran cruelmente extorsionados y la tierra se empobrecía y despoblaba. Tan palpables eran las consecuencias de aquella precaria constitución de la riqueza pública, que los frailes mismos, tan contrarios en lo general a los repartimientos, abogaron más de una vez porque fueran perpetuos como único medio de aliviar la suerte de los indios y de dar asiento a la tierra.[1]

La llegada de Cortés proporcionó a los criollos una confianza y una seguridad antes desconocidas. Él era, por sus blasones y su cuna, un criollo muy superior a los funcionarios españoles que tradicionalmente habían despreciado a los nacidos en la Colonia y era un encomendero capaz de rivalizar, por sus riquezas y el número de sus vasallos, con el poder de las autoridades coloniales. Los problemas de su clase eran sus propios problemas y lo que concernía a los demás sufrílalo Martín en una mayor proporción, razón por la cual le fué imposible mantenerse al margen de la disputa.

La muerte de Velasco vino a robustecer el partido de los criollos. Valderrama estaba de su lado y los oidores eran tres viejos y asustadizos licenciados cuya principal ocupación consistía en sustanciar procesos y en condenar a pequeños crimi-

nales. Sin la presencia de una autoridad enérgica que los contuviera, el desprecio que el caballero experimentaba de antiguo por el golilla ahora se manifestaba libremente.

Una consigna tácita recorría la ciudad levantando los ánimos. No se pensaba ni se conversaba de otra cosa que de la necesidad inaplazable de obtener a cualquier precio la perpetuidad del amenazado repartimiento. Las juntas sucedían a las juntas, y los desahogos y las exclamaciones cargaban de electricidad la ya excitada atmósfera. Hablaban de "morir por sus haciendas y honras", "de su determinación de hacer rey al Marqués del Valle", pues "tenía más derecho a la tierra que el Rey de Castilla, y "del grandísimo agravio que su majestad hacía a la tierra dejándola perdida en todo punto, porque ya las más de las encomiendas estaban en tercera vida".

El miedo a verse despojados de lo que sus padres habían conquistado, quedándose en la miseria, los enloquecía y

como el demonio —dice Suárez de Peralta sacando a relucir su imprescindible diablo— halló puerta abierta para hacer de las suyas, no faltó quien dijera: "¡Cuerpo de Dios! Nosotros somos gallinas; pues el rey nos quiere quitar el comer y las haciendas, quitémosle a él el reino y alzémonos con la tierra y démosla al marqués, pues es suya, y su padre y los nuestros la ganaron a su costa y no veamos esta lástima".

Martín Cortés, convertido en el centro de la vida colonial, no contaba con la simpatía de todos los criollos. Sus tendencias al cacicazgo, su estúpido orgullo y sus arbitrariedades provocaban resentimientos y divisiones que le creaban numerosos enemigos.

El 5 de abril de 1565 ocurrió en la calle de Martín Aberraza un encuentro armado de los muchos que habrían de convertir a la capital de la Nueva España en un remedo de la Florencia ensangrentada por los combates de los bandos rivales. Bernardino de Bocanegra y su hermano Hernando de Córdoba por un lado, y por otro Juan Suárez, Alonso de Peralta, Alonso de Cervantes y un hombre apellidado Nájera, sacaron las espadas acometiéndose furiosamente. Sin duda los Bocanegra eran há-

biles espadachines ya que a pesar del número de sus adversarios, cuando intervino la guardia, Cervantes yacía en el suelo herido de una estocada.

Martín tomó ostensiblemente el partido de los Bocanegra. Durante el proceso los visitaba con frecuencia en su casa colmándolos de favores, al mismo tiempo que procuraba abrumar a los contrarios, hijos, la mayor parte, de fieles a su padre el Conquistador. Suárez atribuye la razón de esta preferencia a la inclinación que sentía Martín por doña Marina Vázquez de Coronado, mujer de Nuño de Chávez de Bocanegra. México era entonces una pequeña ciudad en la que no podía ocurrir nada que no fuera divulgado en el acto. Los vecinos, agrupados en bandos, conocían a fondo "sus debilidades y defectos", convertían los hechos triviales en cuestiones de vida o de muerte, "y como además el carácter de la época se distingue por el orgullo y la bravura, y la moda ayudaba ordenando llevar siempre la espada ceñida, las disputas terminaban de común en cuchilladas repartidas . . . en las calles y en las plazas públicas".[2]

El rumor de que Martín "traía requiebro con una señora", cuyo nombre sugería historias equívocas, dio lugar a una intensa lucha de charlatanerías, anónimos y coplas venenosas. Martín, cierto día, al sacar de las calzas un "paño de narices", dio con esta cuerteta:

> Por Marina, soy testigo,
> ganó esta tierra un buen hombre,
> y por otra de este nombre
> la perderá quien yo digo.[3]

Haya sido esta segunda doña Marina de la historia amante de Cortés como lo insinúa con su malevolencia acostumbrada Suárez de Peralta o no lo haya sido, como lo rechaza el nombre de "La Santa", que sus contemporáneos le dieron en reconocimiento a sus virtudes, el incidente de las coplas descubre la atmósfera de intrigas, de rencillas y sutiles agravios que envolvía a la sociedad del XVI.

En este confuso período, era Martín Cortés el promotor directo o indirecto de los choques y las revueltas que ocurrían

sin interrupción. Desde su llegada a México, estableció la costumbre de que toda persona de cierto rango que lo tropezase en la calle debía sumarse a su comitiva. No bien aparecía el Marqués seguido del escudero, los hombres desviaban su camino y acudían a saludarlo, añadiéndose a su séquito. Estaba lejos de ser voluntario el homenaje. Los amigos le rendían esta pleitesía gustosamente, pero los criollos resentidos y los españoles, celosos de las formas hasta la exageracrión, la prestaban a regañadientes y sólo esperaban una oportunidad que les dispensara de prestar el forzado homenaje.

Dio la ocasión, tal vez sin proponérselo, el Alguacil Mayor Juan de Sámano. Cierta vez, en un encuentro casual, tuvo la osadía de seguir su marcha, luego de haberlo saludado quitándose la gorra. Aquella grave falta, si no se corregía a tiempo, podía significar el principio del derrumbamiento del mundo feudal de Martín. Don Luis Cortés fue el encargado de reconvenir al ensoberbecido Sámano. El Alguacil se disculpó con las obligaciones urgentes de su cargo; don Luis sugirió que en caso de ir de prisa bien podía, al encontrar a su hermano, doblar una esquina o meterse en una casa a "fin de que el pueblo no se diera cuenta del desacato", pero Sámano se escurrió con evasivas y a poco tiempo, como lo temía Cortés, otros disidentes siguieron el ejemplo.

Aunque el bando del Marqués tomó cartas en el asunto y amenazó con una soberana paliza a todo aquel que cometiera la insolencia de no abandonar sus obligaciones para seguirlo, después de Sámano, incurrió en el mismo desacato Juan de Valdivieso, criollo de veintitrés años, propietario de cuatro pueblos en la Mixteca, de casas y huertos valuados en cuarenta mil castellanos, quien por añadidura era deudo político de Martín, ya que una hermana suya, doña Guiomar de Escobar, estaba casada con Luis el bastardo.

Una mañana, encontrándose Valdivieso en la puerta de Santo Domingo, acertó a pasar Martín sin que el arrogante criollo hiciera el menor intento de sumarse a la comitiva. Don Luis, ante aquella imperdonable ofensa, detuvo el paso de su caballo y le dijo:

"Señor Valdivieso, déjese vuestra merced ver".

A lo que contestó su cuñado:

"Donde vuestra merced mandare".

La conducta de Luis Cortés en estos choques quizá justifique el codicilio que el padre añadió poco antes de morir a su testamento, desheredándolo. Cerca del hermano, sus oficiosidades lacayunas consistían en convencer a los descarriados de que debían seguir el pendón del Marqués siempre que apareciera en las calles. En esta ocasión fue también el encargado de tirarle las orejas al rebelde, pero no habiéndolo encontrado le dejó dicho que lo esperaba en su casa situada en el lugar donde hoy se levanta el Monte de Piedad.

El 7 de mayo acudió a la cita Valdivieso acompañado de Hernando de Bazán. Luis estaba en los corredores altos que enmarcaban el patio y allí se enredaron en una agria discusión. Alegaba Cortés que el parentesco lo obligaba a respetar la costumbre y Valdivieso se defendía amparándose en su dignidad de caballero. Al último, viendo Luis que su cuñado no cedía, le prohibió a gritos que lo siguiera llamando hermano y que volviera a poner los pies en su casa. Salieron a relucir las espadas y Bazán trataba de intervenir, cuando tres criados, poniéndose del lado de su amo, obligaron a Valdivieso, más que de prisa, a bajar las escaleras bajo un diluvio de cuchilladas.

En la plazoleta, situada frente al palacio del Marqués, arreció el tumulto. Buena parte de los caballeros de la ciudad —ahí estaban entre otros el comendador Leonel de Cervantes, el propio cronista de los hechos Juan Suárez de Peralta, el alcalde Juan de Sámano y Juan Gutiérrez de Bocanegra— acudieron en el acto poniéndose del lado de Luis Cortés o de Valdivieso.

La gente del pueblo, deseosa de no perder la oportunidad de que sus señores mutuamente se destruyeran, acudió en tropel y animaba a los contrincantes con silbidos y voces. Los oidores, que al ocurrir el zafarrancho estaban reunidos en acuerdo, enterados de los sucesos por el escribano Pedro Morán, ordenaron anunciar al pregonero que se impondría una multa de dos mil pesos a quien no se retirara en el acto a su casa.

Luis Cortés y Hernando Pacheco quedaron presos en el cabildo, y Valdivieso, por su menor jerarquía, fue echado a la cárcel pública, de donde salieron pronto sin que la audiencia tuviera el valor de imponerles una severa pena. A fines de ese mismo mes, Agustín de Villanueva y Baltasar de Aguilar, "dos de los desairados en la cuestión de los Bocanegra",[4] andaban en pandillas armadas por las calles tratando de buscarle pendencia a Martín. Prevenido éste, se hizo acompañar de sus hermanos, de sus amigos y de sus criados armados con garrotes ocultos bajo las capas. No llegó la sangre al río. Cortés, gracias a numerosos mediadores, renunció a la vanganza, y la lucha planteada se resolvió en un encuentro pacífico donde la banda de Villanueva se conformó con rechinar los dientes y no llevarse la mano a las gorras mientras la comitiva del Marqués desfilaba orgullosa frente al grupo de sus adversarios.

El 17 de junio surgió otro incidente. Julián de Salazar, a las diez y media de la noche, en una de sus rondas por la ciudad, le quitó la espada a uno de los criados del Marqués. Martín, que cenaba en su casa cuando el criado le informó lo ocurrido, envió por el arma a otro sirviente y a un paje de librea. Éstos, apercibidos de rodela y estoque, se portaron con tanta insolencia que el alcalde decidió decomisarles las espadas y a poco regresaron con una falsa historia de agravios. Martín, furioso, se levantó de la mesa, salió con su guardia a la calle y encontrando a Salazar en el puente de madera contiguo al Ayuntamiento lo insultó de manera deshonrosa y le quitó por la fuerza las armas decomisadas.

LA LÍNEA DE SOMBRA

¿Quién tuvo primero la idea de "alzarse con la tierra"? Los procesos a que dio lugar la llamada conspiración del Marqués del Valle la ofrecen en plena marcha, y tan inútiles fueron las rabiosas pesquisas de los jueces emprendidas en el siglo XVI para descubrir al culpable, como las deducciones de los historiadores del siglo XIX y del XX encaminadas a dilucidar qué frente merecía esa fresca corona. De cierto, sólo sabemos que los desahogos

personales, los secreteos y la irritación que provocaba un despojo inminente, agitado siempre como un espantajo, habían terminado por crear finalmente un descontento y una atmósfera de contagiosa rebeldía que aumentaba la increíble debilidad de los oidores.

Todos esos personajes oscuros, ambiciosos y un poco estrafalarios que surgen a la hora de las revoluciones invaden sin previo aviso nuestro limitado campo, reclamando su derecho a figurar en la historia. El licenciado Espinosa de Ayala, clérigo y racionero de la catedral, un su amigo, mitad pícaro, mitad hombre de iglesia, llamado Pedro de Aguilar, los hermanos Baltasar y Pedro de Quesada, dos jóvenes sin oficio ni beneficio, y Cristóbal de Oñate, un aventurero de las guerras peruanas, apellidado "El Mozo" para distinguirse de su tío el conquistador del mismo nombre, oliendo la conspiración acudieron a la casa de Alonso de Ávila con una atrevida propuesta.

El licenciado Espinosa, quien parece haber estado de acuerdo con Alonso, tuvo a su cargo las presentaciones:

"Estos caballeros han deseado en extremo ver a vuesa merced y besarle las manos y ofrecerse a su servicio."

"Beso a vuestras mercedes las manos —respondió Alonso— y en todo lo que se les ofreciere pueden tener esta casa por suya."

"Bien sabe vuesa merced mi señor don Alonso —expuso el racionero— el descontento grande que hay en toda esta tierra con motivo de una nueva cédula enviada por su majestad para que los nietos de los encomenderos no hereden las encomiendas . . ."

"No creo que haya tal cédula", interrumpió Alonso.

"Juro a Dios por esta cruz —exclamó el clérigo— que un religioso me ha certificado haberla visto y leído."

"Muy confiado está vuesa merced en creer que no la hay —añadió uno del grupo—, pues lo que el señor licenciado dice lo hemos oído nosotros por cosa cierta, sino que los oidores disimulan por asegurarse más." [5]

En pocas palabras, y haciendo a un lado circunloquios y cortesías, de lo que se trataba era de "alzarse con la tierra".

Alonso protestó, luego amenazó con denunciarlos y al último concluyó por sumarse a los planes del audaz licenciado Espinosa de Ayala.

De esta endeble y poco convincente manera, Alonso de Ávila cruzó la línea que separaba a los vecinos respetables de los que incurrían en graves culpas, entrando en una zona dolorosa y prohibida. No es que el rico hidalgo tuviera un empeño decidido en cambiar el esplendor y la seguridad de su vida por la azarosa carrera del conjurado, pero las cosas habían llegado a un extremo intolerable. ¿Qué sería de ellos, privados de esclavos y de tierras? Estarían obligados a solicitar empleos, a pedir limosna y, lo que era aún mucho más deshonroso, a trabajar con sus manos.

Un hecho, que en otras circunstancias hubiera causado un inocente derroche de tinta y papel sellado, concluyó por exasperar a los criollos. En la flota que tocó el puerto de Veracruz el mes de septiembre de 1565 al mando del general Pedro de Roelas, vinieron dos cédulas reales. Una, consecuencia de los informes del virrey Velasco, reanudaba el pleito ya liquidado sobre el número de los vasallos del marquesado del Valle, y la otra, resultado del proceso que se levantó con motivo del disparatado sello en que Martín se había otorgado a sí mismo el título de duque hacía más de dos años, le ordenaba se abstuviera de usarlo. Estas cédulas dieron lugar a que misteriosamente se extendiera, con la velocidad y los estragos de una peste, el rumor de que en la flota había llegado una tercera cédula real que decretaba la abolición de la encomienda.

La prolongada guerra de nervios había concluído y la pesada maquinaria principió a moverse lentamente. De octubre a diciembre de 1565 hubo diversas juntas y comunicación de proyectos descabellados, se apercibieron armas y se incurrió en el pecado en que incurren los conspiradores noveles de escribir cartas comprometedoras. Una de ellas, redactada por Luis Cortés y el licenciado Ayala de Espinosa, reclamaba la presencia en México de Alonso a fin de que activara la marcha de la conspiración, y le fue enviada, con otras destinadas a tres clérigos de Toluca, por medio de Pedro de Aguilar.

Aguilar encontró a Alonso en uno de los pueblos de indios que poseía "situado entre Cuauhtitlán y la hacienda de Gabriel Logroño". Alonso leyó la carta y encerrándose con el mensajero le dijo:

"Señor Aguilar, estas cosas son de mucho secreto y de mucha confianza pues hay muchos ruines de quien hombre no se puede confiar y pues vuesa merced es tan hombre de bien y le tengo por amigo, le diré todo le que pasa acerca de este negocio".[6]

Aguilar, conocido mejor con el mote despectivo de Aguilarejo, estaba conmovido. Nunca en su oscura vida de pícaro un caballero auténtico le había revelado secretos de tanta importancia. Por la ventana del aposento se veía un campo cultivado y entraban las canciones melancólicas de los esclavos indios. Toda aquella riqueza era propiedad del hidalgo que se decía, sin él habérselo pedido, su amigo y confidente, y a cuyo lado, de igual a igual, se encontraba sentado.

El Marqués del Valle —según refirió Alonso— después de llamarlo a su palacio le había preguntado, dentro del mayor de los sigilos, "qué le parecía cómo el rey nos quería quitar el comer a todos?" Se discutió cuidadosamente el asunto y luego de darle muchas vueltas concluyeron que deberían alzarse con la tierra, matar a los oidores, a los oficiales de la Colonia, a don Luis y a don Francisco de Velasco, hijo y hermano del virrey difunto, "que Dios aya", partidarios insobornables del monarca. Sí, el rey debía entender que no se trataba de vasallos sumisos sino de hombres que estaban dispuestos a defender con la vida sus haciendas.

El plan de la conjuración estaba esbozado. No se había pensado aún en los medios de realizarlo, pero existía ya en sus líneas generales una finalidad concreta y, lo que era más importante, un acuero entre el poderoso Martín y Alonso de Ávila capaz de seducir a los criollos que tuvieran sus encomiendas en peligro. Alonso reveló además que había empleado cuatro o cinco días en México ocupado "en ponerlo por obra" y concluyó la entrevista dándole una carta a Pedro de Aguilar en la que prometía regresar a la ciudad tan pronto como le fuera posible.

UNA MASCARADA, PRINCIPIO DE LA CONJURACIÓN

Un domingo, Alonso de Ávila hizo su aparición en la ciudad, no de noche, como era de esperarse en un conspirador, ni ocultándose bajo el embozo de su capa, sino al frente de una de las más ruidosas mascaradas que recuerde la historia de la Colonia. ¡El carácter del criollo! Desde lejos, dominando el rumor de las campanas dominicales, se escuchó el ruido de una música bárbara que poco a poco fue acercándose a la plaza mayor, transitada a esa hora por burgueses y piadosas señoras.

Entre el sordo batir del teponaxtle y el agrio lamento de la chirimía, irrumpió la mascarada en la plaza. Alonso de Ávila, a caballo, y seguido de veinticuatro jinetes, representaba el papel del emperador Moctezuma Xocoyotzin. Una máscara cubría su rostro y llevaba la corona, el suntuoso manto y las sandalias con que el desventurado monarca se había presentado hacía más de cuarenta años ante los ojos asombrados de los conquistadores. Detrás venían músicos y danzantes y, cerrando la comitiva, numerosos esclavos de la encomienda de Cuauhtitlán, vestidos de blanco, sostenían ramos de flores y enormes cazuelas de barro de las que trascendía el picante olor de los guisos mexicanos.

La mascarada cruzó la plaza y se detuvo, armando una ruidosa algarabía, frente al palacio del segundo Marqués del Valle de Oaxaca. Martín, rodeado de pajes armados con partesanas, salió a la puerta, y Alonso, apeándose del caballo, medio velado por el humo que despedían los incensarios, después de saludarlo a la manera azteca, coronó a su mujer con una guirnalda de plumas. Un "truhán", de los muchos que contemplaban el espectáculo, gritó oportuno: "¡Tómate esa corona, marquesa!"

Sonaron de nuevo los instrumentos. Los caballeros del séquito repartieron preciosos ramos —llamados *suchiles* en náhuatl— que llevaban versos de amor y motes intencionados. El que le tocó a Martín ostentaba una frase nada difícil de interpretar: "No temas la caída, pues es para mayor subida".

Con la entrega de los ramos terminó aquella mojiganga en que se trató de representar la entrada de Cortés en Tenochtitlán,

y mientras los músicos españoles templaban sus instrumentos y los mayordomos disponían en el interior de la casa de Alonso de Ávila los preparativos del sarao, la mascarada salió a recorrer las calles de la ciudad.

Muy cerca de la medianoche, principió la cena que Alonso había mandado aderezar en su encomienda. Toda la vajilla, hecha por los alfareros de Cuauhtitlán, tenía pintada esta cifra:

y a la marquesa se le servía el vino en un jarro mayor que los otros, también pintado con el inquietante jeroglífico. No había concluído la cena cuando los oidores ya tenían en sus manos uno de estos jarros. Nueva prueba de culpabilidad era esa vasija recién salida del torno del alfarero indígena. La orgullosa corona y la R mayúscula sólo podían traducirse por un imperativo *Reinarás* con que la voluntad de los criollos ungía al heredero de Hernán Cortés.

Levantados los manteles, de nuevo la mojiganga recorrió la ciudad. Los criollos, alumbrados con hachas, se combatían arrojándose esferas de barro [7] llenas de flores o de ceniza, que paraban con las adargas, y en estas escaramuzas los sorprendió el día. Olorosos a vino, blancos de ceniza, volvieron las riendas cuidando de no atropellar a los soñolientos mercaderes que se dirigían a escuchar la primera misa.

ESPEJISMO DE PALABRAS

La conspiración, iniciada oficialmente con la mascarada, el sarao y los excesos juveniles del domingo, ocultaba una seriedad que no sospechaban los oidores. Alonso, decidido a llevar adelante la rebelión, el martes siguiente reunió en la sala de armas de su casa a los principales interesados. Allí estaban Cristóbal de Oñate, los hermanos Quesada, Aguilarejo, un pudiente criollo llamado Baltasar de Aguilar, Gil González, el licenciado Es-

pinosa de Ayala y el capitán Baltasar de Sotelo. Tres de los sirvientes de Alonso, González Núñez, Juan de Victoria y Méndez, su mayordomo, vigilaban las puertas. La luz de las velas se reflejaba con brillos metálicos en las armaduras, en las pistolas y en las espadas llenándolos de confianza. Alonso, sentado a la cabecera de la mesa, atusábase el dorado mostacho. Advertíase en él un cambio. Su fragilidad, sus blancas y finas manos, la expresión todavía delicada de su rostro, aparecían animadas de una resolución varonil.

Habló uno de los hermanos Quesada: "Entiendo que Alonso tiene un plan. Desearíamos oírlo".

"Es bien sencillo —respondió Alonso—. Ante todo, organizaremos pelotones de diez hombres armados al mando de un capitán. El viernes, día en que los oidores celebran consejo, un pelotón deberá reunirse disimuladamente en la puerta principal de las casas reales, un segundo se apoderará de la armería, y al mismo tiempo un tercero entrará en la sala del consejo y dará muerte a los oidores y al visitador.

"¿Es necesario matarlos?", preguntó Baltasar de Aguilar.

Alonso, vivamente: "¿Y qué otra cosa se puede hacer con nuestros enemigos? Si no los matamos a ellos, ellos nos matarán a nosotros".

Intervino Oñate: "Dejad que siga exponiendo su plan o no terminaremos nunca".

"Muertos los oidores, desde el corredor se le hará una señal convenida a uno de los nuestros que debe permanecer junto a la fuente del patio y éste se comunicará con otro conjurado apostado en la puerta de la calle, quien a su vez tendrá la obligación de agitar una capa colorada."

Se oyeron exclamaciones: "¿Y a qué viene ese complicado sistemas de señales? ¿Y esa capa roja agitada en el aire?"

Alonso de nuevo: "Amigos, esa capa roja le dirá al licenciado Espinosa que ha llegado el momento de tocar dos veces la campana mayor de catedral".

"Quiere usted decirme —interrumpió el licenciado Espinosa— qué objeto tiene que yo haga sonar por dos veces la campana?"

"A este aviso, otros pelotones ya dispuestos entrarán en las casas de los oficiales reales y de los Velasco para darles muerte", contestó Alonso.

Insistió Espinosa: "¿Pero yo debo estar en la torre?"

"¿Y cree vuestra merced que yo puedo matar a los oidores y al mismo tiempo repicar las campanas?"

Espinosa suspirando: "*Allea jacta est*".

Quesada, rápido: "¿Y después? Diez puñaladas no lo resuelven todo".

"¿Después? Echaremos los cadáveres a la plaza y en una hoguera se quemarán los papeles del archivo para que se entienda que la justicia del rey ha dejado de existir. Por su parte, el Marqués custodiará la plaza y le hablará al pueblo."

"No todos los encomenderos son partidarios de la rebelión", arguyó Cristóbal de Oñate.

"El caso está previsto. A los desafectos y a los tibios se les comprará con el dinero que tomaremos de las cajas reales. Una vez dueños de la ciudad, don Luis Cortés saldrá con un escuadrón y tomará la fortaleza de San Juan de Ulúa y los barcos de la flota; don Martín Cortés, el bastardo, marchará sobre Zacatecas y otras ciudades del interior, y Francisco de Reinoso tendrá a su cargo apoderarse de Puebla de los Ángeles".[8]

Todos estaban colgados de las palabras de Alonso. ¡Aquello, Dios mío, era tan fácil, tan hacedero! Un hombre grita en un corredor, otro responde desde el patio, otro más agita una capa colorada como quien cita a un toro, suenan dos campanadas y los servidores del tirano se hunden por un escotillón con el pecho cosido a puñaladas. En el segundo acto, sale un puñado de soldaditos y la flota del rey se rinde sin combate, sucumben Puebla de los Ángeles, Zacatecas con sus minas de plata, Jalisco con sus campos de trigo y la Nueva España, por un acto de prestidigitación verbal, pasa a manos de los criollos.

¿Y luego? Luego viene la apoteosis, el fin de fiesta donde los fuegos de artificio disparan al cielo sus bengalas, truena el cañón y una corona real sostenida por los ángeles desciende sobre la cabeza del Marqués del Valle: "¡El tirano Felipe ha muerto! ¡Viva Martín I, Rey de México!"

No terminaba aquí el hermoso delirio. Habría duques, marqueses y condes, una nobleza criolla ligada a la azteca; se repartiría la tierra, pues "había harto en ella para todos", abriríanse las puertas al comercio mundial, y los prelados, los caballeros y los gobernadores serían convocados a cortes para que prestaran el juramento de rigor al monarca.

Los conspiradores tuvieron presente el capítulo de las relaciones internacionales pensando ante todo en el Papa. El deán Alonso Chico de Molina, cargado de ricos tesoros, iría a implorar del Pontífice la investidura del reino y negociaría además con el rey de Francia un tratado de comercio a cambio del derecho de tránsito por su territorio hacia los Santos Lugares. Al licenciado Espinosa de Ayala no sólo le correspondía anunciar el degüello con dos toques de campana, sino la delicada misión de rescatar en Sevilla al hijo primogénito de Martín Cortés y traerse al príncipe heredero en un barco cargado de vino español.

¿Escrúpulos de conciencia? Quien pensó en el vino con que celebrar la victoria no podía haber prescindido de aducir una justificación convincente. La Nueva España según argumentaban los teólogos adictos a los encomenderos —el deán Chico de Molina y el franciscano fray Luis Cal principalmente— pertenecía con mayor derecho al descendiente de Hernán Cortés su conquistador, que no al rey deseoso de arruinarla con leyes injustas. Todo lo que se había dicho en secreto se remachó en la junta enfáticamente. Al tirano Felipe II se le haría entender que sus súbditos eran hombres que sabían defenderse y defender sus intereses.

Este plan de rebelión, destinado a ser el primero de una serie que se ha prolongado hasta nuestros días, no era otra cosa que un espejismo verbal. La acción, en el tiempo de los conquistadores, seguía a la palabra: a Dios rogando y con el mazo dando, se hacía la guerra; pero los criollos, educados en otro ambiente, habían perdido la capacidad de enfrentarse a la áspera realidad y sólo heredaron la propensión al relato, el gusto de la anécdota, la fascinación por la palabra desnuda, por su magia musical y su paladeo, por la palabra que no trascendía a la

vida sino que flotaba en el aire, sostenida a causa de su mismo prestigio, igual que una pesada nube de invierno cuelga inmóvil sobre el suelo amarillo del altiplano.

Nuevos adeptos se ganaban a diario. Alonso de Ávila en una de tantas juntas exhibió una lista con los nombres de ciento veinte conjurados, y Martín Cortés, por su parte, había escrito a sus amigos de Guatemala invitándolos a sumarse a la revuelta. Tan pronto como en la Nueva España se alzaran con la tierra —respondieron—, "allá harían lo mesmo y le corresponderían con la obediencia y vasallaje".

LLAMARADA DE PETATE

Transcurrió el viernes fijado para el alzamiento y los criollos no se lanzaron a la revolución. ¿Qué había ocurrido? Un accidente tan infundado y pueril como el que había puesto en marcha la maquinaria de la conspiración se introducía ahora entre sus ruedas paralizándola. Alonso de Ávila, revelando un espíritu legalista impropio de su carácter, se había empeñado en que el plan de rebelión se formulara por escrito y llevara las firmas de todos. Como era de esperarse, Cortés se rehusó a estampar su nombre en el comprometedor documento, y los demás conjurados alegaron que cumplirían lo ofrecido sin necesidad de atestiguarlo con sus firmas.

Días más tarde el Marqués del Valle era otra persona. Cuando los conjurados acudieron a ofrecerle la corona de México, los recibió de pie en su casa, respondiéndoles: "De buena gana les ayudaré, pero temo que no se haga nada y al fin perdamos la vida y las haciendas". Antes que Martín Cortés, un lejano pariente suyo, Gonzalo Pizarro, había tenido un delirio semejante y terminó degollado por mano de verdugo. El Marqués podía escarmentar sin eufemismo en la cabeza de su ambicioso deudo, y sus vacilaciones, ya visibles desde el principio, aumentaron. El mismo día de la mascarada denunció al Visitador la existencia de una conspiración y organizó la farsa de armar a los suyos. Poco después comunicó al mismo Valderrama, dentro del mayor sigilo, la existencia de un nuevo complot. Los

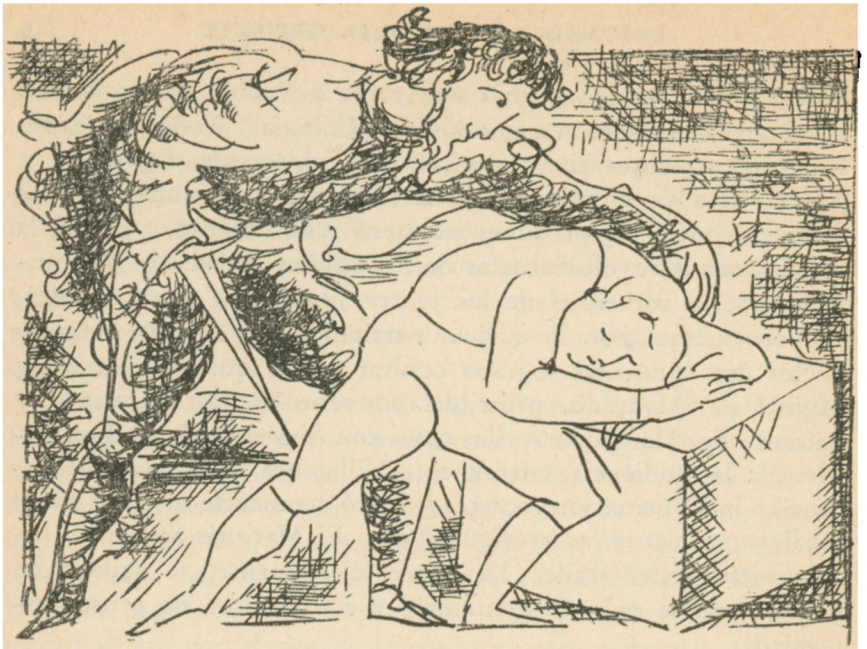
criollos, de acuerdo con su versión, se levantarían en Texcoco aprovechando un juego de cañas con el que se pensaba festejar la tornaboda de Alonso de Cervantes, y presionado por los conjurados ya alegaba que el levantamiento debía aplazarse hasta la llegada del nuevo virrey, ya aducía que era mejor aguardar a que se aplicara la cédula de extinción de las encomiendas, o bien, sin causa aparente, se apartaba resfriado de ellos y proclamaba que era gente a la que no se podía conceder la menor confianza.

Sobre Alonso había recaído todo el peso de la conspiración. Entre un juego de pelota y una partida de naipes, sostenía misteriosas conversaciones en la sala de armas, y la liberalidad de sus convites atraía a nuevos iniciados, pero la rebelión, sin el apoyo decidido de Cortés, sosteníase más bien por inercia. Alonso se esforzaba en mantener la hoguera encendida a su manera. Un día mostraba una lista donde figuraban los nombres de ciento veinte partidarios de la conjura; otro afirmaba que si el Marqués continuaba con sus evasivas él mismo lo obligaría a encabezar la empresa poniéndole un puñal en el pecho, y a veces se decidía a obrar por su cuenta, como único jefe responsable, "porque estaba determinado a morir y sabía que estaban denunciados".

El 1º de enero de 1566 cayó enfermo Alonso y se abrió un paréntesis de calma. Martín Cortés, oscilando siempre entre su ambición y su miedo, ante los criollos aparecía como un complaciente y lejano partidario, y ante el Visitador y los oidores, como un vasallo leal capaz de denunciar al menor intento rebelde de los suyos. Martín, a quien su propio doble juego, seguido sin astucia y con sus habituales reticencias, llanaba de miedo, al último optó por desatender el peligro y marcharse en compañía de su mujer a Toluca el mes de febrero, pero el Visitador y los oidores, fingiendo necesitar su ayuda, lo disuadieron de su propósito.

La partida de Valderrama, ocurrida posiblemente a fines de ese mes de febrero o a principios de marzo, restó a los criollos un poderoso aliado. Cortés en vano le suplicó demorara su viaje hasta la llegada del nuevo virrey y aun —era un modo de cu-

rarse en salud— le escribió una carta a Puebla presentándole el estado de agitación en que vivía la Colonia.[9] Todo fue inútil. La Audiencia, que sin el estorbo de Valderrama disponía por primera vez de un mando efectivo, principió a reunir pruebas de la conjura y la situación se alteró radicalmente. A medida que las tareas revolucionarias de los criollos decrecían y se nulificaban, la autoridad de los jueces aumentaba a niveles desproporcionados, con la curiosa particularidad de que ninguno de los dos oponentes lograba ocultar sus maquinaciones. Fray Miguel de Alvarado, prior del convento de los agustinos y pariente de Alonso de Ávila, tuvo conocimiento de lo que emprendía la Audiencia, entrevistó a Villalobos, encargado de sustanciar la información secreta, y logró arrancarle la promesa de no llevar adelante las averiguaciones. El Marqués apoyó los razonamientos del fraile. La tierra, ciertamente, se hallaba en paz y todo se reducía a rumores y a necedades de gente despechada.



X: LA CENIZA EN LA FRENTE

> Siento ansiedad por abandonar de una vez todas esas guerras, barbaries, hecatombes, martirios, acciones de estado, nombres altisonantes y disfraces, ansiedad por acercarme a algún asunto sencillísimo, de trocha angosta; a las cosas extraordinarias de los seres ordinarios; a un ser humano, en fin, quiero decir a una figura verdadera; no sé de qué índole habría de ser ni cómo..., pero quisiera que fuese auténtica en absoluto y totalmente mía, ¿entiendes?, totalmente mía.
>
> FRANZ WERFEL

EL 5 de abril de 1566 la conspiración se desplomó interiormente. Baltasar de Aguilar reveló los hechos a don Luis de Velasco, y éste, "casi a la fuerza", lo obligó a firmar una denuncia pormenorizada que también firmaron, en calidad de testigos, los hermanos Alonso y Agustín de Villanueva, del grupo de los leales al rey y enemigos del Marqués y de sus partidarios. Don Luis de Velasco, el futuro virrey, era un hombre inteligente y discreto que sólo esparaba una oportunidad para vengarse de

Martín por los agravios inferidos a su padre, y no debe haberle sido difícil aprovechar la confusión y la cobardía de su adversario.

Martín Cortés recogía lo que había sembrado, y como sucedió después, en 1810, una rebelión planeada por criollos habría de fracasar debido a la oposición de un grupo de criollos contrarrevolucionarios.

El 7 y el 8 de abril, que correspondieron al Domingo de Ramos y al Lunes Santo, Pedro de Aguilar, después de confesar y comulgar, denunció a su vez el complot a dos frailes dominicos, y aunque sólo ratificó oficialmente su acusación el 28 de mayo, la audiencia tuvo conocimiento de ella el mismo lunes. Otras denuncias se precipitaron. Ayala de Espinosa siguió los pasos de su cómplice, y los hermanos Quesada, viendo que todo el edificio de la conspiración amenazaba caerles encima, llevaron a la audiencia sus acusaciones. Pedro de Aguilar fue más lejos aún. Se comprometió a seguir fungiendo de conspirador "para mejor saber la verdad —son sus propias palabras— y, sabida, ir siempre dando aviso de ello, porque mi intención siempre ha sido y es de servir a su majestad que [le] soy obligado como a mi rey y señor".[1]

¿Qué podía esperarse de aquella gente? De los conjurados principales nadie se habría fiado como no fuera el atolondrado Alonso de Ávila. Los hermanos Quesada eran "dos mozos inquietos, viciosos y pobres". Por añadidura, Pedro vivía fuera de sí, debido a que cierto pariente le impedía casarse con una de sus hijas por quien el criollo sentíase perdidamente enamorado. El licenciado Espinosa de Ayala, racionero de la catedral y uno de los más activos instigadores de la revuelta, justificaba la mala reputación que en el XVI se habían ganado los clérigos. El mismo Alonso lo había echado de su pueblo de Zumpango en el que fungía como vicario por haberle vendido, sin ningún derecho, una piara de cerdos. Cesante y enfermo, tuvo que acogerse al hospital de los naturales, de donde salía en las noches vestido de indio para irse de juerga a los barrios apartados y sostenía a conocidas mujeres públicas —una Cristina de Arriata, mestiza, y otra llamada Leonor Ortiz— con el dinero que

le entraba de empeñar los cálices y los ornamentos sagrados de la capilla del hospital.

Los datos que poseemos de Pedro de Aguilar, conocido con el mote de Aguilarejo, dentro de su brevedad bastan a definirlo. Este redomado bribón, dedicado en apariencia a vender cacao, en 1554 huyó de Campeche perseguido muy de cerca por la justicia; cuatro años después se vestía de manto y bonete; en 1565 gastaba capa y espada; le apasionaban las cartas, el vino y las mozas de partido que liberalmente compatía con su anfitrión, amigo y compañero de correrías, el licenciado Espinosa de Ayala.

Cristóbal de Oñate era a su vez un joven de veintitrés años que ya en 1565 había corrido algún mundo. Desde niño entró en servicio del Conde de Niebla y pasó con él al Perú cuando fue nombrado Virrey. No hizo carrera en las Indias, pues al morir Niebla se embarcó rumbo a la Nueva España buscando la protección de su tío el conquistador Cristóbal de Oñate y aquí, según confesara, servía de acompañante a Catalina de Salazar, mujer de Oñate, e importunaba al tío pidiéndole dinero para regresar a España.

El Miércoles Santo, Baltasar de Aguilar fue al convento de Santiago donde estaba recogido Martín y le contó la historia de las denuncias. Martín pidió las llaves, aseguró las puertas del monasterio y más tarde salió con Bernardino de Bocanegra y sus criados a recorrer la ciudad. El Sábado de Gloria volvió Aguilar acompañado de Agustín de Villanueva haciéndole ver el peligro que corría. El Lunes de Pascua el Marqués trató de sincerarse ante el oidor Villalobos: ¿Qué culpa tenía él de que unos imprudentes hubieran mezclado su nombre en sus desahogos? ¿No había delatado él mismo la pretendida conjuración? Villalobos lo tranquilizó. No existía indicio de culpa y todo aquel escándalo se reducía a palabras y bravuconadas juveniles.

EL ESPLENDOR CRIOLLO

En tanto que los oidores se entregaban a la gratísima tarea de fundamentar un crecido número de procesos, los criollos su-

frían un nuevo ataque de furia. Diego Ferrer, su procurador en la corte, les informó en una extensa carta que el Consejo de Indias se oponía a conceder la perpetuidad de la encomienda y no deseaba que se insistiera sobre el asunto. Volvieron a reanudarse las juntas. Alonso de Ávila fanfarroneaba. "Él por su mano y en plena calle mataría con sus pistoletes a los oidores." El Marqués anudaba el hilo de sus ensueños reales y el plan de la conspiración se adornaba con inesperadas galas renacentistas. De acuerdo con la versión de Torquemada,[2] el alzamiento tendría lugar el 21 de junio, día de San Hipólito, durante el solemne paseo del pendón. En la esquina de la calle de Tacuba y la plazuela del Marqués, cerca de la torre del reloj que la flanqueaba, los conspiradores levantarían un gran navío, especie de caballo de Troya, en cuyo interior esconderían cañones y soldados. Una vez que el desfile llegara a palacio, el bastardo Martín Cortés, seguido de hombres armados, descendería de la torre al navío, se fingiría un combate, arrebataría el pendón real al Alférez —Alonso de Ávila desempeñaba ese año el cargo de abanderado—, proclamarían rey al Marqués y los disparos serían la señal de emprender la matanza de las autoridades.

Martín Cortés y sus amigos estuvieron durante el mes de junio entregados de tal manera a la preparación de las fiestas con que debía celebrarse el bautismo de dos hijos gemelos recién nacidos, que el nuevo artificio de la conspiración debe acreditarse a la exaltada imaginación del cronista franciscano.

El hecho de saberse denunciados no parece haber inquietado a los criollos. La ceremonia estaba fijada para el día de San Pedro —el santo por quien más devoción tuvo Hernán Cortés— y la ciudad ofrecía un aspecto de actividad inusitada. Los mercaderes en el interior de sus oscuras tiendas vendían encajes de Flandes, brocados crujientes, rasos de brillos metálicos, pesados terciopelos, y los sastres, como en el tiempo de las exequias de Carlos V, vivían con la aguja enhebrada. Los caballeros hacían bruñir sus armas y en todas partes se escuchaba el ruido del martillo y las voces de los criados que recorrían la ciudad llevando mil recados.

El día 30, cohetes y campanas echaron muy temprano a los vecinos de sus casas. El viento, de tarde en tarde, hacía flamear los tapices y banderines que colgaban de los balcones y sus bordados de oro y plata refulgían al sol de la mañana. A despecho de que por esos días se viviera bajo la amenaza de un pequeño diluvio y el agua se apretara gimiendo en el ojo de los puentes, la mañana era uno de esos respiros entre dos aguaceros que los poetas aprovechaban para añadir un terceto al iniciado poema:

> Todo huele a verano, todo envía
> suave respiración, y está compuesto
> del ámbar nuevo que en sus flores cría.

El zoco árabe de la plaza mayor se había transformado. Un pasadizo de madera —medía cuatro varas de alto por seis de ancho— extendíase de uno de los balcones de la casa de Martín a la puerta del perdón de la catedral adornado con flores, escudos y banderas. Los indios, según su costumbre, habían arrancado un bosque entero con sus árboles, sus peñas y sus arroyos, plantándolo en el corazón de la ciudad, y numerosos cazadores armados de flechas, macanas y cerbatanas daban muerte a los pájaros, los tigrillos y los zorros que andaban sueltos entre la arboleda. La música de los violines, sacabuches y laúdes europeos se mezclaba a la chirimía y al teponaxtle mexicanos, de la misma manera que el mundo medieval español y el mundo indígena se unían para rendir homenaje a los nietos del fundador de aquella extraña sociedad.

Al mediar la mañana el cortejo principió a desfilar por el tablado. En primer término aparecieron los padrinos don Luis de Castilla y su mujer doña Juana de Sosa rodeados de las plumas de los sombreros y el centellar de las joyas y las telas preciosas. Doce caballeros vestidos de punta en blanco custodiaban a don Carlos de Zúñiga y a don Pedro de Luna, encargados de conducir a los niños, pero al llegar a una de las entradas del pasadizo, dos caballeros, también vestidos de armadura, les cortaron el paso trabándose un reñido combate. Uno a uno iban cayendo los guardias de los recién nacidos hasta que el compa-

dre, desenvainando la espada, los venció sin esfuerzo y el cortejo pudo reanudar su marcha. El pueblo gozaba mucho con estos simulacros medievales y los señores no acostumbraban escatimárselos.

Después de que el Deán Chico de Molina hizo correr el agua por las cabecitas de Pedro y Juana —Pedro sería el último descendiente varón del Conquistador—, al reaparecer el cortejo a las puertas de la catedral lo recibió un clamor compuesto por las salvas de artillería, los repiques y las exclamaciones del pueblo.

En la noche se quemaron fuegos de artificio y hubo juego de cañas y mascarada. Bueyes, pavos y gallinas crepitaban en los asadores y los cocineros del Marqués daban de comer a los vecinos. Dos grandes barricas de vino español proporcionaban la bebida. Por las ventanas abiertas de palacio llegaban a la muchedumbre enardecida los sones de las vihuelas y laúdes y las voces alegres de los comensales.

Los criollos, en manos del diablo, llevados de un banquete a una danza, no advirtieron que, durante la celebración de la festividad, misteriosos grupos de jinetes recorrieron la ciudad sin perderlos de vista. El doctor Orozco, embozado en su capa, los Velascos y numerosos soldados habían extremado sus preocupaciones. Nunca sintieron más cercana la rebelión que el día consagrado al apóstol San Pedro en medio de unas fiestas que fueron más propias de un rey que de un marqués, al decir de los contemporáneos.

LOS INFANTES DE ARAGÓN, ¿QUÉ SE HICIERON?

Los primeros días de julio estuvieron llenos con los ecos del bautismo. El juego de la conspiración había concluído y sólo se le recordaba como un desahogo que no trajo para nadie consecuencias desagradables. La ciudad recobró su perezoso ritmo de otros años. Los tres oidores, entregados en apariencia a despachar activamente los numerosos pleitos que a diario llovían sobre los tribunales, en realidad no habían hecho otra cosa que reunir probanzas en contra de los criollos. El 14 de julio sobre

las mesas del consejo se apilaba un rimero de acusaciones, testimonios y relatos minuciosos. Todas las exclamaciones iracundas de los criollos, las juntas, los proyectos, sus pláticas, sus idas y venidas figuraban allí con su terrible fuerza legal y sólo faltaba que los oidores fijaran la fecha y la manera de aprehender a los conjurados. No era éste un problema sencillo. Un paso en falso, una aprehensión inoportuna, el menor escándalo, hubiera dado lugar a que los criollos ofrecieran resistencia y se iniciara la temida revolución.

La llegada a Veracruz de un navío con cédulas reales y cartas de España proporcionó a los oidores la ocasión de aprehender a Martín Cortés fuera de su casa y sin escándalo. El día 16 en la tarde, por medio de un mensajero, lo invitaron a presenciar en la sala del consejo la apertura del pliego real. Martín hizo enjaezar un "caballo morcillo de hermosísima persona" y, seguido de su paje de lanza, cruzó la plaza atestada de gente ansiosa de noticias. El Marqués, vestido con un largo jubón de damasco claro, propio del verano, y ceñida la espada, saludaba risueño y confiado a sus amigos:

"¡Ea, que buenas nuevas hemos de tener!"

Dos guardias le abrieron las puertas de la sala grande y los oidores, luego de ofrecerle un banco, ocuparon sus elevados sitiales.

Orozco entonces, con una voz ligeramente temblorosa, se dirigió al presidente de la audiencia:

"Mandad lo que deba hacerse."

El doctor Ceinos se levantó diciendo:

"Marqués, sed preso por el rey."

"¿Por qué tengo de ser preso?", preguntó sin salir de su asombro Martín.

"Por traidor a Su Majestad."

"Mentís —gritó Cortés llevándose la mano a la espada—, yo no soy traidor al rey ni los ha habido en mi linaje."

Fue el primer arranque varonil y el último de Martín Cortés que recoge la historia. Él solo se había entregado en manos de sus adversarios y no le valieron sus juramentos de lealtad ni sus hipócritas delaciones. Tres oscuros licenciados, cobardes y poco

respetables, le habían tendido al soberbio Marqués, dueño de miles de esclavos, una trampa infantil, y el futuro rey estaba preso en la sala de su imaginario trono, acusado de traición a Felipe II. Nada había que hacer. Entregó su inútil espada al doctor Ceinos y rodeado de guardias, desfalleciente, se le llevó a uno de los aposentos de las Casas Reales que se le había asignado de antemano como cárcel. "No entendió —escribe Suárez de Peralta— que aquella prisión era por lo que fue sino que debía haber venido en aquel pliego provisión del rey para prenderle."

El alguacil mayor Juan de Sámano tuvo el encargo de aprenhender a los hermanos del Marqués. Halló a Martín Cortés el bastardo, en su casa, enteramente ajeno de lo que ocurría. Sámano se le acercó con un pretexto: "Aquellos señores —dijo señalando a sus acompañantes— llaman a vuesa merced".

Martín pidió su capa y su espada y, al pretender ceñírsela, el alguacil se lo impidió:

"Ésta no puede vuesa merced llevar, porque va preso."

"¿Pues, por qué?", preguntó Martín empleando las mismas palabras del hermano.

"No lo sé —respondió Sámano—, mas que me mandaron llevar a vuesa merced preso y como tal lo llevaré."

En la calle, lo montaron en el caballo morcillo del Marqués, un lacayo tomó las riendas, dos más sostuvieron las cabezadas de la montura y Sámano escoltó al antiguo soldado hasta las Casas Reales, donde se le había preparado una estancia contigua a la que ocupaba su medio hermano. En cuanto a Luis, el más belicoso de la familia, también fue aprehendido sin que ofreciera le menor resistencia.

Mientras Sámano sorprendía a Martín el bastardo, el alcalde ordinario Manuel de Villegas, amigo íntimo de Alonso, se presentaba en la casa de los Ávila. Alonso no pensó siquiera en los "pistoletes" con que daría muerte a los oidores y entregó la espada, indiferente. A Gil González lo tomaron al regresar de su encomienda y fue llevado en compañía de Alonso a las oscuras celdas de la cárcel de corte, situada en la parte posterior del ayuntamiento.

Ese mismo día fueron echados a la torre del arzobispado que servía de cárcel a los seculares el Deán de la catedral Alonso Chico de Molina y el clérigo Maldonado. Al guardián del convento de Tlatelolco, uno de los religiosos más distinguidos de la provincia del Santo Evangelio, se le detuvo en una celda de su monasterio bajo graves inculpaciones.

Al día siguiente quedaron arrestados en sus casas, con la amenaza de perder la vida si salían, el comendador don Luis de Castilla y su hijo Pedro Lorenzo de Castilla; los hermanos Bernardino Pacheco de Bocanegra, Nuño de Chávez, Luis Ponce de León, Hernando de Córdoba y Francisco Pacheco, hijos los cinco del próspero encomendero Hernán Pérez de Bocanegra; Lope de Sosa, Alonso de Estrada y Alonso de Cabrera, hermanos carnales de la mujer de Alonso de Ávila; Hernán Gutiérrez de Altamirano, uno de sus amigos íntimos, don Juan de Guzmán y otros muchos criollos pertenecientes a las más encumbradas familias de la Nueva España.

PEQUEÑA BORRACHERA DE TIRANÍA

Estaban en turno los oidores. Primero habían sido unos oscuros satélites del brillante don Luis de Velasco. Muerto el Virrey —la única oportunidad que tenían de gobernar—, el despótico Valderrama había destituído a sus compañeros Villanueva y Puga y en todas partes les hacía sentir su desprecio, acusándolos de inútiles. Desaparecido Valderrama, tuvieron largos meses suspendidas sobre sus cabezas la amenaza de la conspiración, debían rendirle acatamiento a la mujer de Martín, sonreír al Marqués y soportar las frases hirientes, las juntas y las rencillas de los criollos. En pocos días, estos viejos trastos abandonados y llenos de miedo, por un mecanismo que después había de ser familiar a los habitantes del México independiente, se hicieron dueños absolutos de la Colonia. Los mismos conspiradores se les habían ido a entregar atados de pies y manos, y apenas tenían tiempo para recibir los juramentos de lealtad y los ofrecimientos que a diario les hacían los pocos señores feudales que escaparon a la justicia.

También había cambiado el aspecto que habitualmente ofrecía la ciudad de México. Al entrar prisionero Martín el bastardo en las Casas Reales, ya las puertas estaban guardadas. Por primera vez, los cañones cargados de metralla habían sido puestos en lugares estratégicos de la plaza mayor y numerosos pelotones recorrían la ciudad deteniendo a los vecinos. No acababan de preguntarles el consabido "¿Quién vive?", cuando el santo y seña se dejaba oír atropellado: "El rey don Felipe nuestro señor".

Noche y día los soldados rondaban las calles, no se quitaban los arreos a las cabalgaduras y llegó a registrarse el sacrilegio de que los guardias voluntarios al mando de Francisco de Velasco, que había sido nombrado Capitán General de la Nueva España, entraran en las iglesias durante los oficios divinos, con las mechas de los arcabuces prendidas, en busca de rebeldes.

Se tomaron otras ridículas precauciones. Cuatro hidalgos guardaban las puertas del aposento que servía de cárcel a Martín Cortés y no se permitía siquiera el acceso a sus familiares. "Los oidores —dice Orozco y Berra— mientras más remisos y cobardes se mostraron al principio, tanto más enconados y vengativos se mostraron a la hora del triunfo." El rábula que pasó su vida emborronando papelotes judiciales y envidiando a los caballeros hacía alarde de su poderío vejando a los criollos y, como suele suceder en estas pequeñas borracheras de tiranía tan frecuentes en la historia de América, sólo se obtuvo un resultado chusco.

Cierta noche, un mercader apacible y medio sordo llamado Villaberche caminaba por la plaza mayor, rumbo a su casa, cuando la ronda lo detuvo con el "quién vive" de reglamento. El hombre, a causa de su sordera, entendió que le preguntaban quién pasa y se apresuró a responder: "Villaberche". En un segundo los guardias se le echaron encima, lo golpearon y cargándolo en vilo lo arrojaron a la acequia que corría enfrente de las casas reales, gritando: "¡Cuerpo de Dios! ¿Villaberche vive?" Ahogándose, bajo el diluvio de golpes que le asestaban con las partesanas, el burgués, curado de la sordera, decía: "¡No vive sino el rey nuestro señor!" Allí hubiera muerto el mercader si uno de los guardias no lo reconociera interviniendo en su au-

xilio: "¡Paso, paso, por amor de Dios, dejadle, no le matéis!" —exclamó y entre todos ayudaron para que saliera de la acequia el confiado Villaberche—. Herido y chorreando agua se fue a su casa, al otro día cerró la tienda y juró permanecer encerrado hasta que no se viera un soldado por las calles.

La ciudad estaba "muy alborotada" y se hacía la gente mil conjeturas. Los que odiaban a Cortés y a sus amigos, "so color de servir al rey, decían las cosas que tenían represadas y manifestaban lo que antes no osaban".[3] Nadie se sentía seguro. Temían que a cada momento una orden de la Audiencia los arrojara a la cárcel y perdieran sus bienes. Los amigos de Cortés no se atrevían a preguntar por él y, abierto el juicio contra los Ávila, no hubo licenciado que aceptara hacerse cargo voluntariamente de la defensa.

LITERATURA CRIOLLA Y OTROS EXCESOS

El mismo día de la aprehensión se inició el proceso de los reos. Alonso y Gil, como era de esperarse, negaron todos los cargos que les hizo la Audiencia basada en la delación de los traidores. Los tres jueces, sin atender los asuntos ordinarios, se vivían en el tribunal ocupados en tomar declaración a los testigos, en acumular cargos adversos a los Ávila y en fijar perentorios términos al desahogo de las diligencias judiciales. Se abandonó el expediente usual de arrancarles la verdad por medio del tormento y procedióse con tanta prisa que para los últimos días de julio se había sentenciado a los hermanos. Se les condenaba a ser degollados. Sus cabezas deberían exhibirse en la picota, se confiscarían sus bienes, sus casas serían derribadas y en el terreno que ocupaban, como advertencia de criollos alborotados, fijaríase un padrón de infamia.

Alonso, luego de escuchar la lectura de la sentencia, se dio una palmada en la frente y preguntó:

"¿Es posible esto?"

Respondió el escribano:

"Sí señor, y lo que conviene es que os pongáis bien con Dios y le supliquéis perdone vuestros pecados."

. Volvió a insistir incrédulo el condenado a muerte: "¿No hay otro remedio?", y al escuchar una segunda negativa, principió a llorar y a lamentarse. Suárez de Peralta, que nos ha dejado, como testigo cercano de los hechos, una relación pormenorizada de todo lo ocurrido, aprovecha la ocasión para componer una de las blandas y llorosas escenas que adornan con tanta profusión su relato.

Alonso está en su celda rodeado de frailes, escribanos y guardias. Las lágrimas llenan las fuentes de sus ojos derramándose por el blanco rostro, "que lo tenía muy lindo" y era "muy gentil hombre y se acicalaba tanto que le decían la dama".

Pasado un rato, el cronista arranca un gran suspiro a su héroe y le hace decir, con la cara y la barba empadadas en lágrimas, esta conmovedora pieza retórica:

¡Ay hijos míos y querida mujer! ¿Ha de ser posible que esto suceda, en quien pensaba daros descanso y mucha honra, después de Dios, y que haya dado la fortuna vuelta tan contraria que la cabeza y rostro regalado vosotros habéis de ver en la picota, al agua y al sereno, como se ven los de los muy bajos e infames que la justicia castiga por hechos atroces y feos? ¿Ésta es la honra, hijos míos, que de mí esperábades de ver? ¡Inhabilitados de las preeminecias de caballeros —aquí el aristócrata infamado levanta el tono de la voz—, mucho mejor os estuviera ser hijos de un muy bajo padre, que jamás supo de honra!

A pesar de la negativa del escribano quedaba todavía el recurso legal de la suplicación. Un mal licenciado, nombrado por los oidores, redactó la súplica, los jueces la aceptaron, y en revista, el 2 de agosto, confirmaron la sentencia. Alonso, atontado por el golpe, se negó a dormir y a comer mientras duró la última, inútil gestión de la defensa.

"DESHOJADAS CLAVELLINAS Y ANOCHECIDAS PAVESAS"

Un desusado acontecimiento se preparaba en la plaza mayor. Las nubes de agosto flotaban como grandes y pesados arcángeles en el cielo anaranjado del crepúsculo. Todos los caballeros de la ciudad, a pie o montados a caballo, guardaban las bocas de las

calles y la artillería estaba dispuesta. "De esta manera —dice Suárez de Peralta— los oidores aseguraban el temor que lo tenían grande."

Mujeres cubiertas de tocas, hidalgos, burgueses, indios, mestizos, mulatos y negros se apretaban fundidos en una sola compacta muchedumbre. Lloraban todos en silencio. Los ricos se enjugaban las lágrimas con el fino pañuelo, los pobres con el oscuro dorso de la mano.

Los juegos del claroscuro anunciaban la noche y, mientras las sombras invadían los portales ciñendo la plaza con un cinturón de tinieblas, las almenas todavía se recortaban precisas en el cielo de verano. Una ventana se iluminó en palacio. Del gentío desvanecido brotó la alegre llamarada de una antorcha, y luego, como si hubiera sido una señal, principiaron a encenderse hachones, faroles, velas y fogatas y a destacarse, bañados por su luz agitada y amarilla, los rostros llorosos de las mujeres, bajo sus velos, y las barbas de los hombres sobre sus blancas golillas.

El reloj de palacio dejó oír ocho campanadas entre un chirrido de cadenas y poleas en el momento en que sacaban a los reos de la cárcel del cabildo. A través de la valla, escoltado por jinetes, apareció Gil González de Benavides. Llevaba un traje de camino de paño verdoso y unas botas altas de cuero. Atrás, cabalgando en una mula y rodeado de frailes dominicos que lo ayudaban a bien morir, iba Alonso de Ávila. Vestía calzas de terciopelo, un jubón de raso y una ropa de damasco forrada con pieles de tigrillos; cubría su cabello una gorra adornada con oro y plumas, y si no fuera porque sus manos nerviosas repasaban las cuentas de un rosario de madera de naranjo —se lo había mandado a la cárcel su hermana sor María de Alvarado— habríase creído que salía a dar uno de sus paseos acostumbrados. Los dos vestían los trajes con que los prendieron y los dos traían los pies encadenados. La gente al verlos lloraba a gritos. "Fue tal —recuerda Suárez de Peralta— la grita de llanto que se dio, que daba grima oírla".

De rodillas en el patíbulo, rezaron las frases de la reconciliación y ratificaron sus declaraciones ante los escribanos. Luego,

el verdugo improvisado tendió a Gil en el banco, "como a un cordero", y "haciéndole padecer un rato, que fue una lástima y no poca", pudo al fin degollarlo. La gritería y los sollozos de la gente hicieron al hermano volver la cabeza. Sólo al ver el cuerpo decapitado de Gil comprendió que debía morir. Sollozando, cayó de rodillas y volvió a rezar los salmos penitenciales.

Su blanca mano retorcía maquinalmente las guías del bigote y al iniciar el *Miserere* principió a desatarse muy despacio los cordones del jubón. Trataba sin duda de ganar tiempo. Para él la vida había sido una fiesta, un dichoso juego ininterrumpido y no podía creer que todo concluyera de aquella inesperada y sucia forma. Se aferraba a una esperanza. Los oidores arrepentidos le perdonarían la vida en el último momento; los criollos sus amigos intentarían salvarlo o los ángeles lo despertarían de esa pesadilla y la vida volvería a fluir con la alegre mansedumbre de otras veces. Corría el tiempo sin que ocurriera el milagro ardientemente deseado. Alonso intentó un recurso patético. Con los ojos puestos en su casa, visible desde el patíbulo, dijo en voz alta: "¡Ay hijos míos y mi querida mujer y cuáles os dejo!" Apresuradamente intervino fray Domingo de Salazar, que después sería nombrado obispo de Filipinas:

"No es tiempo éste, señor, que haga vuesa merced eso, sino mire por su ánima, que yo espero en Nuestro Señor, de aquí se irá derecho a gozar de Él, y yo le prometo de decirle una misa, que es día de mi padre Santo Domingo."

En tanto que Alonso continuaba el *Miserere*, el fraile, temiendo una sublevación, se dirigió al pueblo: "Señores, encomienden a Dios a estos caballeros, que ellos dicen mueren justamente." "¿No lo dice vuesa merced así?", añadió volviéndose al condenado.

Alonso afirmó débilmente. Se le vendaron los ojos —"era de ver lo que temía la muerte", observa Suárez cuyo caballo tenía la cabeza pegada a las maderas del patíbulo— y en el momento de tenderse alzó la mano, se descubrió los ojos, que era un poco como resucitar, y le dijo al fraile unas palabras en secreto. Inclinó después la cabeza, el verdugo le dio tres golpes y

el cuerpo decapitado cayó al suelo sin ruido. Antonio Ruiz de Castañeda, un encomendero, alzó los ojos al cielo y arrancándose las barbas juró vengar aquellas muertes.

La ejecución terminó muy tarde para las costumbres de la Colonia. Eran las once de la noche cuando la gente, herida y confusa, regresó a sus casas. Un olor de cuadra y de pólvora, de humo de antorchas y de cera derretida llenaba la plaza brillantemente iluminada.

HONRAS DE LOS CRIOLLOS POR SUS MUERTOS

De acuerdo con un romance anónimo, escrito a principios del siglo XVII

> (troncos los cuerpos quedaron,
> difuntas, purpúreas yertas
> deshojadas clavellinas
> y anochecidas pavesas),

esa misma noche, dos hombres, seguidos de un fraile que llevaba un cirio en la mano, enterraron a los Ávila en la iglesia de San Agustín donde tenía la familia su capilla.

Los criollos tenían conciencia de haber perdido una batalla decisiva. Un sentimiento de culpabilidad y frustración se hizo visible al día siguiente del degüello. "Era juicio —escribe Suárez— ver los que echaban todos diciendo iban mártires y que no debían la muerte." La forma en que se llevó el proceso, las circunstancias dramáticas del ajusticiamiento, la misma figura de Alonso en oposición a las mezquinas de los oidores, realzaron la antes imprecisa línea divisoria que separaba a los españoles de los criollos. Con su irresponsabilidad manifiesta, con su poca aptitud para la acción, con sus graves limitaciones, ellos componían un mundo aparte, un mundo solidario de gente nueva cuyos intereses y sentimientos eran no sólo diversos sino enemigos irreconciliables de los peninsulares.

En el momento álgido de la represión, algunos criollos reaccionaron en la forma que lo hiciera Antonio Ruiz de Castañeda. La indignación del que ha sido víctima de una injusticia

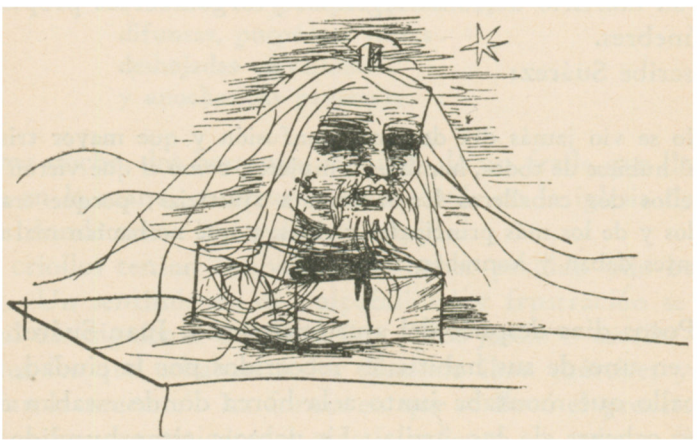
desmesurada volvía a expresarse en palabras, sin tenerse en cuenta que esas mismas palabras fueron las culpables del fracaso de la conspiración y de la muerte de Ávila. La incapacidad creadora del criollo lo hace ver en los tímidos defensores, pero defensosores al fin de sus derechos, a unos mártires, y con esta calidad los exalta y les rinde homenaje, lo cual señala otra diferencia entre conquistadores y criollos. El heroísmo es para el conquistador una meta que alcanza consciente y esforzadamente en Europa o en las Indias. Para el criollo, nacido en un ambiente colonial, el divorcio entre la palabra y la acción lo lleva en su primer intento de independencia a fracasar antes de haber luchado, a entregarse vencido de antemano y cuando, lleno de asombro infantil, enfrenta la tragedia, se considera un mártir y sobre su martirio derrama lágrimas y organiza sus propias honras fúnebres.

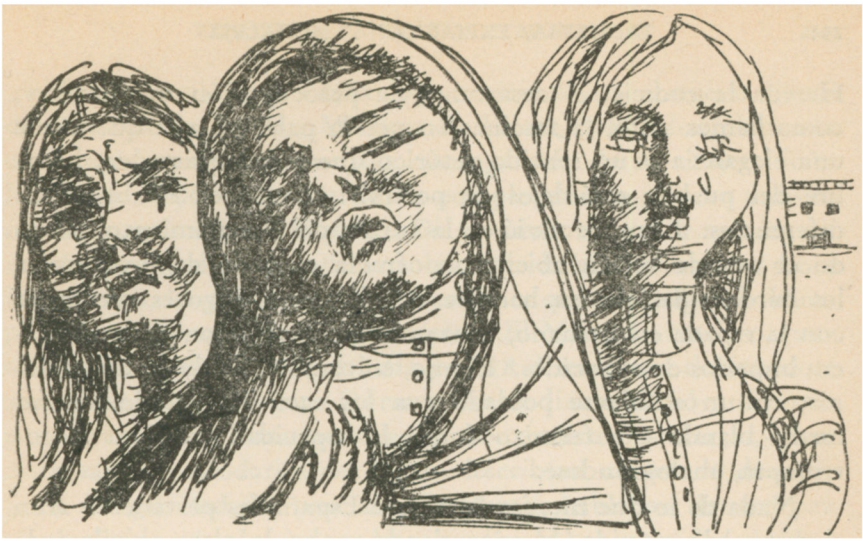
Escribe Suárez:

> No se vio jamás día de tanta confusión y que mayor tristeza en general hubiese de todos, hombres y mujeres, como el que vieron cuando a aquellos dos caballeros los sacaron a ajusticiar; porque eran muy queridos y de los más principales y ricos, y que no hacían mal a nadie, sino antes daban y honraban a su patria.

Pocos días después del ajusticiamiento, Juan Suárez de Peralta, en uno de sus habituales recorridos por la ciudad, detuvo el caballo que montaba junto a la horca donde estaban expuestas las cabezas de los Ávila. Le parecía estar hundido en un profundo sueño y a su imaginación se ofreció Alonso, tal como lo había visto en la calle la última vez, jinete en un hermoso caballo blanco que tenía una gualdrapa de terciopelo bordado y seguido de sus lacayos y pajes. "¡Hoy verlo en aquel estado!" Un largo clavo le traspaba "los sesos y carne delicada" sobresaliendo del "regalado casco". El bigote, que con tanta curiosidad se componía y retorcía, el "pelo sedoso" que se "rizaba y hacía copete con tanto cuidado para hermosarse", sin el adorno de los aderezos, caía a lo largo de la cara expuesto a la lluvia y al viento:

"¡Y todo sujeto a una de las mayores desventuras! Ese rico gentilhombre emparentado con todo lo bueno del lugar, en un momento perdió la vida, la honra, la hacienda y tuvo la muerte del más bajo de los salteadores." El criollo, a caballo, deja correr sus lágrimas. "No sé yo en vida —concluye— haber llorado tanto, con sólo considerar lo que el mundo había mostrado en aquello que veía presente."





XI: TRAGEDIA, EXPIACIÓN Y MORALEJA

Los muertos que vos matáis
gozan de buena salud.

Don Juan Tenorio

MARTÍN se defendió débilmente a lo largo del proceso. En los numerosos descargos que figuran en su actuación judicial no se encuentra un solo rasgo de la fría sagacidad y del valor que hicieron famoso el nombre de Hernán Cortés. Suárez de Peralta, resumiendo su actitud ante los jueces, formula esta certera opinión: "La confesión que el marqués hizo fue muy diferente de lo que prometía su entendimiento y viveza".

Hay sin duda una grave contradicción entre el entendimiento y la viveza peculiares del criollo y su modo de enfrentarse a la vida. Mientras imagina, juega o conversa, sus tres inclinaciones favoritas, el criollo revela un fina inteligencia, un espíritu alado y un cordial entendimiento de las cosas, pero no bien llega la hora de las realizaciones, se pone de manifiesto una mutilación dolorosa. Aquí también podemos advertir qué hereda el criollo de su padre y en qué momento se aleja de su legado.

Hereda la codicia, el desarraigo, la preocupación nobiliaria y, como hemos visto, la fascinación por la palabra, a la que añade una elegancia y un sentido retórico que el conquistador, hombre del pueblo, está lejos de percibir. La época establece sus diferencias. El padre vivió en la aurora del Renacimiento, cuando el mundo recién abierto se ofrecía cargado de promesas a los héroes. Saciaba su hambre de gloria y de goces terrenales con la espada en la mano, cruzando océanos o conquistando ricos imperios desconocidos. El hijo, en cambio, nació en una colonia, en un ambiente poblado con los ecos del pasado, en un medio blando y enfermizo donde la capacidad creadora se corrompía, malográndose.

Nada de lo que integra la Nueva España les pertenece. Aun el sostén de su vida, la encomienda, es en la clase privilegiada de los criollos algo que usufructúan no como una sólida herencia sino como depósito sujeto a contingencias imprevisibles. En su deseo de asegurar la perpetuidad de la encomienda, debemos ver, más que codicia, un poderoso anhelo de afirmación. A pesar de su riqueza y de su elevada jerarquía, el criollo se sentía en el aire. Alonso de Ávila y el Marqués del Valle, los dos prototipos del criollo eminente en el XVI, tienen sus bienes sujetos a las vicisitudes de un proceso y en un momento pueden perder los eslcavos y las tierras en que apoyan su razón de ser.

UN CORDERO ENTRE LOBOS

Del 16 de julio en que fueron aprehendidos los rebeldes a mediados de septiembre, casi no habían descansado los oidores. El juicio de Martín Cortés marchaba despacio. Era, a pesar de su débil defensa y de haber caído en desgracia, demasiado poderoso para que los oidores lo condenaran a sufrir la pena de los Ávila. El juicio de Luis, un segundón y un bastardo, sin dinero y sin influencias, pudo en cambio sentenciarse de prisa —se le condenó a ser degollado y a perdimiento de los bienes— y se confiaba en que, una vez negada la apelación de rigor, irremisiblemente le sería cortada su vacía, fastidiosa y vociferante cabeza.

Así las cosas, llegó a México la noticia de que el nuevo virrey don Gastón de Peralta, Marqués de Fálces, había desembarcado en Veracruz, sin previo aviso, acompañado de su mujer, doña Leonor de Vico. El virrey venía completamente ajeno a todo lo ocurrido en la Nueva España. De un modo casual, a tres leguas de Veracruz, el patrón de una barca le había informado sobre las muertes, las prisiones y las revueltas a que dio origen la conspiración de los criollos encomenderos. El Marqués, receloso, permaneció a bordo el resto del día y el 18 desembarcó dedicándose al estudio del problema. Durante cinco días escuchó a diversas personas y leyó innumerables y contradictorias cartas, pues mientras los partidarios del rey le describían un estado de peligrosa inseguridad, los parciales de Martín hablaban de una paz sólo turbada por el miedo y la cobardía de las autoridades. Una vez que pudo formarse un juicio, ordenó a la audiencia suspendiera todo procedimiento y el día 22, con una escolta de veinticuatro alabarderos y doce sirvientes suyos armados de lanzas, inició la marcha hacia la capital adonde entró el 19 de octubre en medio de los acostumbrados regocijos.

La llegada del virrey provocó reacciones muy diversas. Los amigos de Cortés vieron en ella un milagro de Dios que libertaría a muchos inocentes de las manos de los "jueces carniceros". Los realistas, en su pésimo estilo, opinaban que el Marqués del Valle "corría más peligro porque el virrey no había de ser contra el rey".

> Y era maravilla —escribe Suárez— oír lo que se decía de la una parte y de la otra; y es cierto —añade adelantándose a los hechos— que si los oidores entendieran la inclinación del virrey, no le aguardaran, sino que antes que llegase a México cortarían la cabeza al Marqués y a su hermano. Esto es muy sin duda, y esto sé de quien lo sabía.

El Marqués de Falces, tercer virrey de la Nueva España, fue un digno sucesor de don Antonio de Mendoza y de don Luis de Velasco. Su carácter benévolo y justiciero y su innato señorío no debían avenirse con los odios y las mezquindades de los oidores. Otra vez se encontraban frente a frente el aristó-

crata y el licenciado, el hombre de espada y el hombre de tintero, lo que habría de renovar una antigua pugna donde sólo los personajes fueran diferentes.

Las medidas de don Gastón de Peralta tendieron de inmediato a disolver la atmósfera de terror que pesaba sobre la ciudad. La artillería y la guardia apostadas en palacio y en las calles fueron retiradas, suavizó la condición de los prisioneros, examinó cuidadosamente los procesos ayudado por el fiscal Céspedes de Cárdenas y él mismo interrogó a diversos detenidos. La normalidad poco a poco iba renaciendo. En la plaza mayor se organizó una carrera de sortijas "con hartas galas e invenciones" de la que fueron mantenedores Suárez de Peralta y el doctor Agustín de Agurto "que, aunque era letrado, era muy hombre de a caballo".

> Costónos la fiesta —aclara Suárez, que siempre lleva la cuenta de lo que gasta en fiestas— muchos ducados, y la hicimos delante de las ventanas de palacio y a ella estuvo el marqués con el virrey, que no fue poca befa para los oidores . . . Estaban indignadísimos.

Se les había escapado de un día a otro, y en la forma brusca en que siempre ocurrían las cosas para los funcionarios de la Corona, el poder heredado gracias a la partida del visitador Jerónimo de Valderrama. Todo el paciente edificio judicial que levantaron lo destruía don Gastón de Peralta. Los realistas, tan activos poco antes, guardaban prudente silencio y procuraban, atentos al cambio político, reconciliarse a toda costa con el Marqués del Valle. A Baltasar de Aguilar, uno de los primeros denunciantes, se le veía con frecuencia en palacio, iba de cacería con el virrey y aun llegó a retractarse de sus acusaciones y a reanudar su amistad con Martín Cortés.

Los oidores, acostumbrados a ejercer el poder sin sombra de rivalidad y crecidos por su fácil victoria sobre los criollos, estaban muy lejos de ser los mansos funcionarios de la época de Valderrama. En secreto, como habían construído la trampa en que cayeron los conjurados, fueron reuniendo piezas de convicción en contra de su enemigo el virrey. "Las cosas muy olvidadas —dice Suárez— suelen salir en ocasiones que dañan." Entonces

se vino a la memoria de los oidores que Martín Cortés, en su época de cortesano, había sido distinguido por el rey de Francia, de preferencia a otros españoles del séquito de Felipe II, y este recuerdo, al parecer inocente, se ligó al hecho igualmente olvidado que el feudo del Marqués de Falces, situado en Navarra, tenía origen francés y él mismo era deudo del monarca galo. Resultaba, pues, natural y lógico que los dos marqueses con semejantes antecedentes, se hubieran aliado "para levantarse con la tierra" ayudándose del rey de Francia, "a quien le darían la contratación y ciertas parias". Las pruebas aducidas por los oidores eran contundentes. Falces había conmutado la sentencia recaída en el juicio de Luis Cortés por la muy benigna de confiscarle sus bienes y mandarlo a servir diez años en Orán a su costa, había tenido el descaro de presenciar una fiesta pública en compañía del rebelde, influyó para que los denunciantes se retractaran de sus acusaciones y en todo momento seguía una política de benevolencia extremada que hacía peligrar la seguridad de la Colonia.

El rencor de los oidores tomó proporciones grotescas. De acuerdo con el testimono de Torquemada, en sus informaciones a Felipe II no sólo se concretaron a mencionar vagamente una rebelión sino que hablaron en forma expresa de treinta mil hombres armados, reunidos con ese propósito por el virrey y el Marqués del Valle. ¿De dónde habían sacado tan crecido número de guerreros? Torquemada se apresura a decirlo. Don Gastón de Peralta, al emprender la reparación del palacio, había mandado pintar un extenso mural con una batalla antigua "de donde tomaron motivo para decir que los tenía contra el reino, equivocando la razón de lo pintado a lo vivo", razonamiento que si por un lado revela algo de la manera como en el XVI se escribía la historia, por el otro, saca a luz un antecedente no despreciable del muralismo mexicano.

Por su parte, el Marqués de Falces preparó a tiempo su voluminoso correo. Al aviso rutinario de su llegada y al despacho habitual de los negocios corrientes añadió una información que recogía numerosos testimonios acerca del orden y la paz imperantes en la Colonia. Ambas correspondencias, la del virrey y

la de los oidores, selladas y lacradas, tomaron el camino de Veracruz donde esperaba un navío de aviso, pero he aquí que en el puerto, la mano espectral, juglaresca y rapaz del fiscal de su majestad Ortuño de Ibarra, ganado por los oidores, hizo desaparecer mediante un hábil escamoteo el correo íntegro del virrey, cuidando mucho que llegaran a su destino los abultados paquetes de cargos y acusaciones fraguados por la audiencia.

Don Gastón de Peralta, ignorante de lo ocurrido en Veracruz, siguió ocupándose de los juicios. Era evidente que mientras el Marqués del Valle permaneciera en la Colonia no terminaría la agitación artificial que los llamados partidarios del rey y la audiencia mantenían. Su proceso, por otro lado, estaba paralizado. Martín había recusado a Ceynos y a Orozco, y esta recusación —escribe Orozco y Berra— "era señal de que correrían igual suerte los demás ministros, no quedando entonces jueces que lo sentenciaran". Al último después de llenarse una multitud de trámites se llegó al acuerdo de que Martín, el Deán Chico de Molina y Espinosa de Ayala fueran llevados a España con sus respectivos expedientes en la flota de Juan Velazco de Barrio.

La adecuada vigilancia de los reos en el peligroso camino del puerto originó discusiones interminables y los oidores, uno tras otro, temerosos de un hipotético asalto de los partidarios de Martín, fueron excusándose. Los hijos del alguacil mayor eran parientes de Luis Cortés y otras muchas personas resultaban incapaces o deben haber aducido razones convincentes, porque la Audiencia dejó al virrey el cumplimiento del acuerdo, "contenta con poner a su enemigo en aprietos y echar sobre él la responsabilidad, caso de suceder algún escándalo".[1]

El virrey recurrió a un expediente caballeresco. El 22 de febrero de 1567, Martín Cortés ante el secretario Gordian Casasano y don Pedro Bui, caballero de la orden de Calatrava, prestó pleito homenaje como hijodalgo al fuero de España, de embarcarse con su mujer en la nao *Esterlina* y presentarse en un plazo de cincuenta días ante el Consejo de Indias, "todo bajo las penas en que caen o incurren los caballeros hijosdalgo que quebrantan o no cumplen los pleitos homenajes".[2]

Los oidores, incapaces de entender el sentido de la ceremonia, se alborotaron y chillaron alarmados. El Marqués de Falces les respondió despectivo: "Príncipes, galeras, fortalezas, oficios y otras cosas de gran calidad se entregan a caballeros hijosdalgo con un pleito homenaje y tiene tal fuerza de fidelidad, que el Marqués va con la más segura guarda de todas".

PREPARACIÓN AL DRAMA

A la mesa de Felipe II llegaron las noticias exageradas de la conspiración y los pliegos venenosos de los oidores contra el Marqués de Falces, pero las escamoteadas cartas del Virrey permanecieron congeladas en la Nueva España. Felipe, según la costumbre, recurrió al sistema de los jueces comisarios y por medio de una cédula librada el 26 de junio de 1567 puso en manos de los licenciados Jaraba, Alonso Muñoz y Luis Carrillo el destino de la Colonia. Podían enjuiciar tanto al más alto funcionario como al último de los vecinos; las sentencias que dictaran sólo se debían apelar ante ellos mismos y una vez revisadas no se admitiría recurso alguno aunque se interpusiera ante el monarca.

Para darles mayor fuerza, se previno que a su llegada a la Nueva España el Marqués de Falces se embarcaría rumbo a la Metrópoli, quedando en su lugar, si bien no con el título de virrey, al licenciado Muñoz.

En Veracruz pronto se supo, con la noticia de la muerte de Jaraba, ocurrida en el mar, el nombramiento de los jueces y la destitución del Virrey. Los dos comisarios no tardaron en descubrir las buenas intenciones que los animaban. Informados de la partida del Marqués del Valle, Muñoz, dándose una palmada en la frente —todos los personajes de Suárez de Peralta tienen la fea manía de golpearse la frente—, exclamó: "¿Es posible que no esté en la tierra y que viva?" Carrillo, por su parte, refiriéndose a los oidores, hizo el siguiente comentario: "¿Es posible que esos señores no ensangrentaran sus manos con la cabeza del Marqués? Su majestad fuera muy bien servido y les hiciera mucha merced".[3]

Tenía su razón de ser el desencanto de los jueces comisarios. Su vida había transcurrido en los rincones del Consejo de Indias, garrapateando papeles y torturando a oscuros criminales, y al ofrecérseles por primera vez la oportunidad antes nunca soñada de ocupar un cargo regio y de juzgar a un marqués auténtico, se encontraron con la funesta nueva de que el reo se había puesto fuera de su jurisdicción. ¿Qué valían los demás conjurados, criollos del tres al cuatro, comparados con el hijo de Hernán Cortés? Una sola pieza como aquélla, en un juicio hábilmente llevado, les aseguraría su ascenso y aun lograrían ocupar un cargo elevado en el Consejo de Indias o en las colonias. Para compensar de alguna manera su fracaso inicial, ordenaron, todavía antes de emprender la marcha a la ciudad, se construyera una nueva cárcel. Las estrechas prisiones de que disponía la ciudad de México, la del rey y la del ayuntamiento, de acuerdo con su previsión resultarían insuficientes para contener a los numerosos reos que un juez, deseoso de superarse, tiene la obligación de proveer sin limitaciones. Las órdenes de los comisarios se cumplieron con tanta rapidez que, al entrar en México, la prisión estaba concluída. Suárez de Peralta la compara en su *Tratado* a las del Santo Oficio por sus oscuras y pequeñas celdas guarecidas de fuertes rejas y de ventanas "de palmo y medio", por las que debían meterse los alimentos a los presos. Pronto cobraron fama, y muchos años después, la gente, en memoria de su benévolo constructor, les llamaba "los calabozos de Muñoz".

EL IMPÍO REINADO DEL FOLLETÓN

La obra de los activos jueces, considerada en su conjunto, puede quedar reducida a un gigantesco juicio, a un monstruoso proceso del que hay pocos ejemplos en la historia de América. Degüellos, prisiones, tormentos, se sucedían a diario originando un desfile de truculencias enteramente folletinescas. Tenemos el caso de Baltasar de Aguilar, uno de los primeros denunciantes. De nada le valió al delator culpar de coacción al Marqués de Falces y ratificar su primitiva denuncia como la única verdadera. Muñoz ordenó se le diera tormento, "el más bravo tormento que

jamás se vio", y se le tenía en la cárcel, "hecho pedazos", condenado sin remedio, viendo acercarse la muerte con un terror que trasciende y empapa de lágrimas las páginas del *Tratado.*

Carrillo y Muñoz, para notificar a los reos las sentencias, habían establecido un sistema no exento de imaginación dramática. Pasadas las doce de la noche, el escribano, en compañía de un fraile confesor y del alcaide de la cárcel, se presentaba a la celda, daba lectura al auto y salía dejando al religioso con el condenado a muerte. Al amanecer esperaban a la puerta la mula que había de llevarlo al patíbulo, un crucifijo, el verdugo y el pregonero con su trompeta.

Baltasar de Aguilar, para fortuna suya, no estaba solo en la celda, sino en la compañía de sus antiguos cómplices los hermanos Quesada. La causa por la cual estaban presos los Quesada era inexplicable. Apenas tuvieron noticia de la llegada de los jueces comisarios en la mina lejana donde se encontraban, marcharon a México con el doble objeto de "besarles las manos" y de recordarles el servicio eminente que prestaron al rey denunciando la existencia de la conspiración, pero con gran sorpresa suya, en vez de merecer una recompensa, o por lo menos alguna señal de gratitud, los habían metido en la cárcel. No existía razón para sentirse alarmados. "Llevaban muy contentos la prisión" con la seguridad de su inocencia, y el tiempo que no lo pasaban en los interrogatorios se entregaban a la piadosa tarea de consolar al atribulado Aguilar prometiéndole hacerse cargo de sus hijos y atender a su mujer —de la que ellos eran parientes— en el caso doloroso, aunque inminente, de que le fuera cortada la cabeza.

Una noche, pasadas las doce, el alcaide Juan de Céspedes abrió los cerrojos y entraron en la celda un fraile y un escribano. Aguilar, enloquecido, tomó su crucifijo, se arrodilló bañado en lágrimas y dándose fuertes golpes en el pecho principió a compadecerse de sí mismo y a decir en alta voz sus pecados. Aquello era el disloque. Baltasar, arrastrándose por el suelo, se abrazó a las rodillas del fraile pidiéndole oyera sus culpas; el fraile hablaba de la misericordia divina, los hermanos Quesada, desde sus camas, trataban de calmar a su compañero prometiéndole

un gran número de misas y sufragios, y el escribano, a la luz de una antorcha, principió la lectura de la sentencia: "Señores don Pedro y don Baltasar de Quesada, oigan ustedes: los ilustres señores don Alonso Muñoz y don Luis Carrillo los han sentenciado a que les sean cortadas las cabezas y al perdimiento de sus bienes . . ." [4]

Un rayo romántico, un rayo enteramente folletinesco, cayó en medio de la celda petrificando a los actores de este drama. Los hermanos, atontados, se levantaron de sus camas: "¿Es cierto eso, señor secretario?" La respuesta, si se nos autoriza a calificarla de acuerdo con el patetismo de la escena, fue admirable. "Sí —dijo el secretario—, y tanto que no hay que poner duda, sino que vuestras mercedes se aprovechen de esta poca vida que les queda pidiendo a Dios perdón, y haciendo como caballeros, que éste es el crisol en que se afinan los ánimos de los tales; ténganlo vuestras mercedes y hagan sus diligencias".[5]

Baltasar no estuvo seguro de su buena suerte hasta que vio marcharse al escribano. Se limpió las lágrimas, dejó el crucifijo y asumiendo el papel de los Quesada los consoló a su vez doblándoles el número de sufragios y misas que le habían prometido.

Muy temprano se oyeron las campanillas de las cofradías en la puerta de la cárcel y la gente principió a reunirse segura de que Aguilar era el próximo sentenciado. Los curiosos se sorprendieron al encontrar dos mulas y dos crucifijos. Cuando aparecieron los Quesada, "fue juicio ver la gente abofetearse y llorar, que ponía los gritos en el cielo porque estos caballeros eran muy bienquistos y muy honrados, y no hubo en toda la ciudad quien pensara tal, sino que estaban más libres de los que servían al Rey".[6]

El jueves 8 de enero, salía de la cárcel, atado de pies y manos y puesto sobre una mula con albarda, el joven Cristóbal de Oñate. A paso lento, con la cabeza inclinada, se le paseó por las calles de la ciudad mientras el pregonero Juan de Simancas —como en el ajusticiamiento de los Quesada— gritaba: "Ésta es la justicia que manda hacer su majestad a este hombre, por traidor y haber cometido el delito de rebelión. Mándale ahorcar y hacer cuartos por ello; quien tal hace que tal pague".

No hubo testigos ni parientes llorosos en el ajusticiamiento del atolondrado y desvalido joven. Al mediar la mañana su cuerpo pendía del patíbulo en medio de la plaza bulliciosa sobre la que flotaba, como una amenaza, la última advertencia del pregonero: "Que ninguna persona fuera osada a quitar de la horca aquel cadáver sin licencia de los señores del consejo de su majestad, so pena de la vida".

A la misma hora que Cristóbal de Oñate era ahorcado, se daba tormento en la cárcel a Martín Cortés el bastardo. Tenía para entonces más de cuarenta años y mostraba en su cuerpo las señales de las heridas que había recibido sirviendo a la Corona. Se le tendió en el potro y sufrió íntegra la pena de los cordeles. A cada pregunta respondía: "Ya he dicho la verdad y no tengo más que decir que lo que he dicho", por lo cual Muñoz, a fin de quebrantar su resistencia, ordenó se le administraran seis cuartillos de agua. Al cuarto exclamó: "Por el sacratísimo nombre de Dios que se duelan de mí, que no diré más de aquí a que me muera". Al último jarro —prácticamente agotado el tormento—, Muñoz suspendió la diligencia temiendo la muerte del sufrido mestizo.

ALLÍ FUE EL CRUJIR DE DIENTES . . .

Los días que suceden al ajusticiamiento del joven Oñate fueron de terror para los habitantes de la ciudad. Nadie se sentía seguro de no caer en las manos de los jueces pesquisadores. Se condenaba a muerte por una palabra o por un silencio, por haber participado en la rebelión o por no saber nada de ella. El caso de Baltasar de Sotelo ilustra suficientemente la forma en que Muñoz y Carrillo llevaban los procesos. Baltasar, un capitán rebelde de las sangrientas guerras del Perú, estaba preso debido a que un hermano suyo, el acaudalado regidor de la ciudad, Diego Arias Sotelo, figuraba entre los sospechosos de haber participado en la conjuración. Interrogado sobre sus antecedentes en el Perú, exhibió un salvoconducto y sólo porque se mencionaba en él su título de capitán los jueces lo condenaron a ser decapitado. "Murió —dice Suárez de Peralta, autor del re-

lato— como buen caballero y cristiano; puso mucha lástima a todos."

Los espectáculos siniestros eran el pan nuestro de cada día. Gentes cuyos nombres no figuraban en la conspiración ni en las pasadas actuaciones judiciales de pronto las vemos marchar anonadadas al patíbulo. Alvarado, un soldado desconocido, los criados de Alonso de Ávila, Gonzalo de Núñez, Juan de Victoria, y Méndez, su mayordomo, fueron hechos cuartos sin muchas ceremonias. De este grupo "dio grandísima lástima" el mayordomo, viejo "honradísimo" de ochenta años, de barba y cabeza blancas —"no tenía pelo que no fuese blanco"—, gotoso de ambos pies, que subió a la horca apoyándose en las muletas.

Los hermanos Bernardino, Fernando y Francisco Pacheco Bocanegra, de las familias principales de la Nueva España, sufrieron lo indecible. A los tres se les aplicó el consabido tormento del potro y del agua y, aunque permanecieron inconfesos, debido a su intimidad con el Marqués del Valle, Bernardino fue condenado a muerte. Ya se había confesado; el crucifijo, la mula con su albarda, el fraile, el verdugo y el pregonero aguardaban a la puera de la cárcel, cuando la ciudad presenció una escena que vino a romper el monótono desfile de los ahorcados y de los decapitados. La madre de Bernardino, la mujer y sus parientes, acompañados de los prelados de las órdenes religiosas, cruzaron las calles dirigiéndose a las casas reales. Las mujeres, arrastrando sus mantos negros por el suelo, iban descalzas, con los cabellos revueltos y lloraban tanto "que era la mayor compasión verlas". Llegadas ante Carrillo y Muñoz se tendieron en el piso de la sala de audiencias y rogaron en nombre de la pasión de Cristo se les concediese el recurso de la suplicación. Los jueces —éste fue su único rasgo de clemencia— ordenaron que Bernardino volviera a su celda y más tarde, en revista, lo sentenciaron a perdimiento de sus bienes, destierro perpetuo y a servir veinte años en la goleta del rey.

A Baltasar de Aguilar Cervantes lo salvó de morir la intervención de su tía doña Beatriz de Andrada, esposa de Francisco de Velasco, hermano del difunto virrey, quien logró conmutarle la decapitación por una pena semejante a la que recayó

en el juicio de Bernardo Pacheco de Bocanegra. Juan de Valdivieso, Antonio Ruiz de Castañeda, el imprudente encomendero que durante la ejecución de los Ávila se arrancara las barbas jurando vengar sus muertes, García de Albornoz, posiblemente otro de los que dijeron palabras imprudentes, fueron desterrados por un tiempo que iba de los cinco a los diez años a vivir lejos de la ciudad de México.

LA HISTORIA SE REPITE

Sobre la mesa de Felipe II, revuelto mundillo, espejo, cedazo, principio y fin de la existencia indiana, se amontonaba una angustiada correspondencia. Lo ocurrido durante esos tres años no podía considerarse sin amargura. Había sido un desfile ininterrumpido de tiranuelos, de ahorcados, de decapitados, de cárceles, destierros, tormentos y confiscaciones sin justificación posibe, ya que toda esa sangrienta basura se había originado en la delación interesada de unos bribones. Los Ávila se mantuvieron inconfesos hasta el momento en que un obispo, para calmar la indignación del pueblo, les arrancó un sí vacilante. Martín Cortés, al igual que otros conjurados, negó su participación en la conjura y a las palabras dichas en el tormento no se les podía otorgar el valor de una prueba convincente. Los papeles que llenaban su mesa eran las últimas consecuencias de aquel oscuro enredo colonial. Madres, hijos, esposas, desde la otra orilla del océano acudían a él pidiendo misericordia. El licenciado Alonso de Muñoz estaba loco de remate. El poder y la influencia de las Indias, esa influencia extraña que a los licenciados trastornaba convirtiéndolos en furiosos criminales, había terminado por subírsele a la cabeza y era necesario sacarlo de la Nueva España a la mayor prisa. Felipe firmó una cédula en que nombraba a los licenciados Villanueva y Puga, los dos oidores que destituyó Valderrama por inútiles, para que reemplazaran a los jueces comisarios. Al acercarse el fin de un complejo episodio, la historia colonial volvía a empezar introduciendo en la escena personajes desaparecidos hacía mucho tiempo.

Los proscritos Puga y Villanueva, investidos con el papel de salvadores, embarcaron sin dilación en un navío de aviso y llegaron a México un Martes Santo. Sobre la ciudad caía de tarde en tarde el chirriar adormilado de la matraca. Casi no había gente en las calles. Los señores se habían retirado a los conventos y el pueblo se amparaba en las iglesias y rezaba y gemía ante los altares revestidos de paños morados.

El licenciado Muñoz estaba en el convento de Santo Domingo. Desde un tablado cubierto por un dosel que mandó construir en el presbiterio y rodeado de alabarderos asistía a las ceremonias de la Semana Mayor y se retiraba luego a la lujosa celda que le habían dispuesto los dominicos.

Puga y Villanueva, apenas llegados, corrieron a la sala de audiencia. Orozco, Ceynos y Villalobos permanecían inamovibles, vestidos de negro, revisando pleitos y dictando sentencias. La alegría de los oidores al escuchar la lectura de la cédula real que les devolvía un gobierno tantas veces regateado debe haber sido grande e impropia de sus barbas, de sus años y de sus graves empleos. Saltaban de gozo arrojando al aire los expedientes, cuando surgió un difícil problema. ¿Quién le notificaría el despido a Muñoz? Ceynos, Villalobos, Orozco, Puga, rehusaron intimidados la ocasión que se les ofrecía de vengarse de su irascible colega y, después de largas discusiones, convinieron en que Villanueva, el más arrojado, hiciera la notificación al día siguiente.

El miércoles, día de tinieblas, Villanueva seguido de Puga y del secretario Sancho López de Agurto llegó a Santo Domingo donde se les informó que Muñoz estaba dormido en su celda y había dado órdenes terminantes de que no se le molestara. Villanueva, cansado de esperar, se hizo anunciar con un paje, y todavía transcurrió otra media hora larga para que Muñoz los hiciera pasar al aposento.

"Tenía el Juez Comisario —escribe Orozco y Berra— algo de penoso y repugnante." A juzgar por algunas referencias, su cara debió ser no precisamente fea sino repelente y de su figura física trascendía un horror innoble, una sensación de náusea que ha llegado intacta a nuestro siglo. Su exagerado orgullo fue

de pésimo gusto. Hombre viejo y de acartonada pedantería, siempre traía puesta la gorra, hablaba sin poner los ojos en su interlocutor, a las personas de rango sólo les concedía una levísima inclinación de cabeza y se hacía acompañar en toda ocasión por una guardia de veinticuatro alabarderos.

Recibió a Villanueva sentado en un sillón, contentándose según su costumbre con llevarse la mano al sombrero. Se le preguntó por mera fórmula cómo había pasado la noche y respondió secamente "que la había pasado algo achacoso y si no fuera por su venida no se habría levantado". "Más parecía —comenta Torquemada— Dios airado que hombre, a guardar respeto a quien se debe." El agrio recibimiento agotó la paciencia de Villanueva y sacando los papeles del pecho se los extendió al secretario Agurto, diciéndole: "Leed esa cédula de Su Majestad y notificádsela aquí al señor licenciado Muñoz".

La cédula ordenaba que, a las tres horas de serle notificada, dejaría todos los asuntos y partiría sin dilación a España "so pena de perdimiento de bienes y la cabeza a merced de la Audiencia". A medida que Agurto avanzaba en la lectura, el rostro de Muñoz se descomponía. Al final estaba del todo anonadado.

Torquemada, que veía en la teatral desaparición del tirano la mano de la Providencia, adornó la última escena con algunos toques dramáticos. Muñoz, ya privado de su pelotón de alabarderos, salió del convento y al cumplirse las tres horas del término, acompañado de Carrillo, abandonó la ciudad a toda carrera por temor a la venganza del pueblo. Los dos criminales iban a pie, solos, cargados con sus bienes, y si no fuera por un alma compasiva que les envió caballos, habrían tenido que medir paso a paso el largo, fragoroso camino de Veracruz.

LA SERPIENTE SE MUERDE LA COLA

En la Nueva España, a partir del fracaso de la conspiración, se respira un aire descompuesto de osario. Unas víctimas están pudriéndose en sus tumbas olvidadas y otras gimen en las cárceles o reman en las galeras de Su Majestad esperando la muerte. El prado donde jugaban torneos los caballeros se haya abando-

nado, las viudas principiaban a consolarse y en todas partes se evita hablar de asuntos peligrosos. El clérigo Espinosa, Aguilarejo su cómplice, Martín Cortés el bastardo y su hermano Luis, los Bocanegra, como tantos otros de los que figuraron en la revuelta, han salido de nuestro campo y no hay modo de seguirles la huella en el confuso atropellamiento de la vida. Los criollos, curados en salud de sus intenciones libertarias, se consideraban dichosos si el virrey les concedía un pobre corregimiento, en tanto que el segundo Marqués del Valle de Oaxaca se disponía a seguir pleiteando a fin de recobrar su fortuna y borrar en lo posible el estigma de traidor que había manchado su reciente escudo.

Éstas son las víctimas, inocentes o culpables, del primer intento libertario ocurrido en México, pero ¿qué fue de los verdugos? ¿Vivirán tranquilos hasta el fin de sus días tratando de conjurar con buenas acciones y oportunos remordimientos el castigo que les aguardaba en el otro mundo? El destino no lo quiso así, atento sin duda a las implicaciones literarias de nuestro folletón, y ordenó un epílogo que reuniera a los jueces y a los condenados, a los verdugos y a las víctimas en un lugar de pareja condenación. A nosotros sólo nos queda repasarlo armados de benevolencia.

"¡Misterios del acaso!",[7] sentenció don Luis González Obregón poniéndose a tono con los acontecimientos. El espectáculo que ofrecía el puerto de Veracruz justifica la exclamación del tedioso cronista. Allí se encontraban, aguardando la llegada de la flota que los condujera a España, el Marqués de Falces en compañía de su mujer y de los miembros de su casa, los numerosos reos condenados a vivir lejos del paraíso de las Indias y los magníficos señores don Alonso Muñoz y don Luis Carrillo. Ya no había diferencias notables entre el virrey, los jueces y los conspiradores. Ostentaban un cargo de papel, tenían un puesto y una significación que perdieron gracias a papeles más recientes y ahora, en cierta medida no definible, todos ellos estaban sujetos a la justicia de Felipe II.

Todavía en Veracruz, el licenciado Carrillo recibió el hábito de Santiago, un último honor en su larga carrera de magistrado, porque a los pocos días de navegación un ataque de

apoplejía lo hizo rodar fulminado en la cubierta de la nao. La imaginación rencorosa de Suárez de Peralta fragua sobre ese accidente una de las pequeñas novelas cargadas de truculencia a que es tan aficionado. Si bien en opinión de la gente Muñoz fue "crudelísimo" y Carrillo pasaba por ser muy piadoso, la verdad en el secreto de la sala de audiencias era distinta, ya que el primero se conducía blandamente y el segundo acostumbraba dictar sentencias "criminalísimas", y vivían "en este engaño todos que temblaban de Muñoz y le echaban millones de maldiciones".

Y he aquí que el hipócrita juez en pago de sus crímenes estaba inmóvil en su lecho, los ojos torcidos y la boca cubierta de espuma. Fue necesario abrírsela a la fuerza, con unos palos, a fin de que tragara ciertos brebajes —"de la misma manera que hacía dar tormentos se los daban a él"— y como al fin muriera, "por no echarle en la mar, dieron orden de abrirle y sacarle las tripas y salarle y llevarle de aquella manera a tierra, que era La Habana, en cuya demanda iban".

No concluye con la muerte de Carrillo la novela de Suárez de Peralta. Su cadáver, según las creencias de los marineros, atrajo sobre el barco recias tormentas, al extremo de verse obligados a envolver el cuerpo en unas esteras y arrojarlo al mar pendiente de un cabo, pero como ni siquiera este último recurso logró conjurar la tempestad, contra toda su voluntad y los ruegos de Muñoz cortaron la cuerda y el martirizado cadáver del doctor Carrillo se hundió para siempre en el mar Caribe. ¿Os imagináis las reflexiones con que nuestro criollo vistió su relato? Sí, todo lo que pensáis lo dijo en efecto Suárez de Peralta.

El hombre con tan grave oficio que mataba hombres y daba vida a los que él quería, venir después a darle tan grandes tormentos, y abrirle, desnudándolo en cueros vivos, echándole a plaza todos sus interiores, que no era parte de su gravedad y cargo y hábito del señor Santiago, ni la hacienda que tenía, ni nobleza de sangre para dejarle de revolver en unas muy sucias esteras llenas de brea, y liarle y ponerle donde no fuese causa y la diese para tener de él asco los muy asquerosos grumetes y pajes de la nao, sino que todos se tapaban las narices y volvían las cabezas huyendo de su mal olor y por no verle. Y que el

cuerpo que estaba acostumbrado a revolverse en muy regaladas sábanas, y en una muy blanca cama, y que todos le convidaban con el más honrado lugar y mejor, no le hallar en todo un navío, ni aún donde viene el lastre, sino que lo echaron a la mar como lo hicieron muriéndose un perro. Es verdad que todas las veces que llego a este paso me pone admiración y grandísimo odio con el mundo y no quisiera haber sido él; no será el primero ni el postrero suceso que como éste suceda en él, y que Nuestro Señor lo permita, para que nos desengañemos de lo que tanto nos importa.

El grandísimo odio por el mundo que el lamentable fin del tirano hizo sentir a Suárez de Peralta tal vez se hubiera mitigado de haber sabido que el cadáver del doctor Carrillo —está fuera de duda que "se nulificó junto a su compañero, y si desempeñó su papel fue de una manera desairada y como a la sombra del otro a quien servía de instrumento"—[8] no fue arrojado al mar sino que se le llevó a La Habana donde se le enterró posiblemente con la magnificencia debida a su alta investidura.

Con esta moraleja, el caballero Suárez de Peralta concluye su relato. Fray Juan de Torquemada, religioso franciscano, autor de un farragoso infolio titulado *Monarquía indiana* en el que saqueó a varios cronistas contemporáneos suyos, es el encargado de referirnos las consecuencias finales a que dio origen la conspiración. Llegado a España el buen Marqués del Falces, fue recibido por Felipe II, presentó sus descargos y regresó a su casa donde vivió hasta el fin de sus días disfrutando el regalo de una conciencia satisfecha. Alonso Muñoz, por el contrario, recibido en audiencia, oyó la "voz real" que le decía: "No os envié a las Indias a destruir el Reino". "Era la voz terrible de Felipe —aclara don Luis González Obregón interviniendo en el sainete—, la voz del gran tirano reprendiendo al tiranuelo." Muñoz, el hombre que nunca se quitaba la gorra para saludar, el déspota que andaba en la compañía de veinticuatro alabarderos, el verdugo de centenares de criollos, trató de sincerarse, pero el "torvo rey" —el calificativo también pertenece a González Obregón— le volvió fríamente las espaldas y Muñoz murió de pena esa misma noche. Se le encontró sentado en una silla de su aposento, "puesta la mano en una mejilla".

Esta manera de escribir la historia no es privativa de los criollos. A un franciscano español, cronista de profesión, le bastaba abrir la ventana de su celda y llenar sus papeles con los rumores disparatados que entraban por ella. Ninguno de los dos creía estar incurriendo en falsedades liberadas. El hidalgo criollo don Juaz Suárez de Peralta en su casa madrileña, y fray Juan de Torquemada en su convento mexicano, escribían las redondeadas historias morales que la gente echaba a volar complacida. El XVI, lleno de sucesos violentos y de historias trágicas, como nuestro siglo, no se conformaba con la realidad y sentía avidez de relatos violentos y trágicos que se aprovechaban con un sentido moral del que nosotros carecemos. Lo que hoy percibimos como una fastidiosa y estereotipada forma literaria era parte de la vida. Los ojos con que se veía el mundo ya no son los nuestros.

XII: LOS CRIOLLOS EN EL ESPEJO DE SU PROSA

¿Por qué tengo de hacer yo
el pobre en esta comedia?
¿Para mí ha de ser tragedia
y para los otros no?

CALDERÓN

EN 1878 el historiador español don Justo Zaragoza exhumó y dio a la estampa el *Tratado* de Juan Suárez de Peralta que con tan personales, copiosos e interesantes informes contribuyó a esclarecer la frustrada rebelión de los criollos encomenderos. El hecho de que el señor Zaragoza no hubiera logrado establecer la identidad del cronista en mucho atenuaba la alegría de su descubrimiento. Partiendo de un solo dato cierto, el que Suárez mismo proporcionara dándose el doble título de "vecino y natural de México", don Justo, guiado por su instinto de erudito, acudió a la *Biblioteca hispanoamericana septentrional.* Beristáin, en su inagotable repertorio, asentaba el dato que el mexicano Suárez de Peralta había escrito un *Tratado de la caballería de la jineta y brida,* lo cual añadió un segundo indicio a la pesquisa. Don Justo, lanzado tras la pista del criollo fantasma, no

sólo descubrió este rarísimo ejemplar sino un *Libro de albeitería* manuscrito, que aún duerme su sueño de siglos en los anaqueles de la Biblioteca Nacional de Madrid. Estos nuevos hallazgos no lograron despejar el misterio con que Suárez logró encubrir su verdadera personalidad. Agotadas las referencias, cerrados los caminos, don Justo, armándose de paciencia, estudió confusas alusiones, estableció afinidades y, después de reunir todas las pruebas de que disponía, llegó a sospechar que Suárez de Peralta debió ser hijo de Juan Suárez, hermano de Catalina Marcaida, la primera mujer de Hernán Cortés. El mismo Suárez venía a destruir la hipótesis, ingeniosa y plausible, ya que en su libro condenaba con acritud a los que imputaron al Conquistador el crimen de haber asesinado a su mujer, y como "el primero y más importante de los acusadores" había sido el pretendido padre del cronista, la deducción de don Justo, carente de pruebas documentales, vino a sumarse al crecido número de las incógnitas históricas hasta que, en el XIX, otro paciente investigador de archivos, don Francisco Fernández del Castillo, logró arrancarle definitivamente la careta a nuestro criollo. Don Juan Suárez de Peralta, según lo había sospechado su descubridor, fue en efecto hijo legítimo de Juan Suárez y sobrino carnal de Catalina Suárez, primera esposa del Conquistador de México, muerta en su palacio de Coyoacán una noche de octubre de 1552.

El incomprensible ocultamiento de Suárez descubre tales pormenores sobre su carácter, que conviene ocuparse del asunto con mayor detalle. En su *Tratado*, Juan Suárez, un personaje sin relación aparente con el autor, se ofrece como un conquistador que "tenía encomendados indios y estaba rico y por ver la viveza y desenvoltura de Cortés lo casó con su hermana e hizo mucho por él como adelante se dirá". ¿Qué hizo el rico encomendero por el desenvuelto pero insignificante escribano de la isla de Cuba? Durante su época de fugitivo en los bosques antillanos el cuñado no vacilaba en cruzar bravos ríos a nado para llevarle alimentos, él fue quien aconsejó al testarudo reconciliarse con Diego Velázquez, y por último, él también apuñaleó y echó a una barranca al correo del gobernador que llevaba la orden de quitarle el mando a Hernán Cortés.

El afán de convertir en un héroe cargado de blasones al modesto Juan Suárez cuya única habilidad bien probada se funda en haber negociado con sus tres hermanas —la primera fue sin duda amante de Diego Velázquez—, su complacencia en establecer la genealogía de doña Catalina, a quien siempre y sin ninguna razón da el título de marquesa, y la similitud en los nombres podían tomarse como pruebas convincentes de un amor filial bien asentado si Suárez no calificara de "maldad grandísima" y de intriga interesada la acusación que se hizo a Cortés de haber matado a su mujer. En su afán de limpiar al Conquistador de toda culpa, no se limita a presentar la muerte de su tía como un "mal de madre", propio de las mujeres de su familia, sino que, de acuerdo con su manía de repartir condenaciones temporales y eternas, llega a decir que los calumniadores habían "pagado o pagaban su crimen en el otro mundo". Suárez, tan propicio al llanto y a las sentencias morales, sabía de cierto que su padre y su abuela habían sido los primeros en acusar a Cortés judicialmente de asesinato, y tan de cierto lo sabía que su hermano mayor alcanzó quince mil pesos —entonces una suma considerable—, parte del dinero que se logró en la transacción del pleito puesto por Juan Suárez de Ávila y sus hermanas como herederos de Catalina.

La incalificable actitud de Suárez fue la causa de que el señor Zaragoza invalidara su magistral reconstrucción histórica haciéndole exclamar:

> Tamaña irregularidad . . . se resiste a creerla toda conciencia honrada, y es preferible continuar en la incertidumbre de que Juan Suárez fuese hermano de doña Catalina, sin embargo de las muchas circunstancias que convergen en la afirmación, hasta tanto que pruebas indudables lo demuestran con toda claridad.[1]

La muerte de Catalina afectó la posición de Juan Suárez en la Nueva España. De cuñado y amigo de Cortés pasó a figurar en la facción contraria, y fue sin duda el cargo de uxoricidio formulado por su madre y por él la más seria acusación de las numerosas que se acumularon contra don Hernando en el famoso juicio de residencia. Haya sido así o de otra manera, el

caso es que el noble descendiente del Marqués de Villena y antiguo encomendero de la isla de Cuba sólo alcanzó el pobre repartimiento de Tamazulapa. Radicado en la ciudad de México, casó con doña Magdalena de Peralta, quien le dio tres hijos, Luis el primogénito, que heredó a su muerte la encomienda, Juan el cronista, y una mujer llamada Catalina en honor de la difunta esposa de Cortés. Estos tres hermanos, andando el tiempo, casaron a su vez con tres hermanos hijos del licenciado Alonso de Villanueva, alférez que fue de Pánfilo de Narváez.

No era bonancible la situación de Juan. El segundón de una familia colonial carecía en el XVI de perspectivas halagüeñas. Obligado a guardar las apariencias del hidalgo, la Colonia no le ofrecía otras salidas que la de vivir a expensas del primogénito, obtener un cargo de mala muerte en la administración pública, o en último extremo, resignarse a ocupar uno de los modestos cargos que entonces ofrecía la Iglesia a los criollos. Juan amaba demasiado la existencia para tomar los hábitos, o pasarse la vida en las antesalas del virrey solicitando un mal pagado corregimiento, y decidió ayudar al hermano en sus negocios.

Los dos Suárez no vacilaban en emprender toda clase de manejos. Explotaban unos molinos de trigo, propiedad del mayorazgo, situados en las cercanías de Tacubaya, criaban caballos de sangre, comerciaban con diversos artículos, y fueron de los primeros en dedicarse a la compraventa de casas, que por siglos ha sido la ocupación favorita del mexicano respetable. En 1572, una fullería de Juan estuvo a punto de costarle cara. Sucedió que los hermanos Salvador, Juan y Antonio Gómez Corona —siempre una trinidad fraternal preside su destino—, hijos del encomendero y conquistador Gonzalo Gómez, cansados de reclamarle dos mil pesos que les debía, decidieron recurrir a los tribunales. Quizá no esperaban otra cosa los Suárez de Peralta. Él y su hermano habían adquirido de Hernando de Alvarado, hijo del secretario de fray Juan de Zumárraga, a cambio de veinte pesos y un caballo blanco, ciertos procesos que el primer obispo de México había seguido en su calidad de Inquisidor Apostólico. Entre los procesos adquiridos figuraba uno contra el padre de los Suárez por blasfemia, y otro de 1537 —éste era

la base del negocio— contra Gonzalo Gómez, a quien se acusaba de judaizante.

Juan, por intermedio de su primo Leonardo de Cervantes, nieto del célebre Comendador de Santiago don Leonel de Cervantes, propuso a los Gómez en pago de la deuda el infamante juicio, pero los Gómez, en lugar de aceptar el trato, denunciaron los hechos a la Inquisición el 1º de mayo de 1572, acusando a los Peralta de ser mahometanos recién conversos, "cargo que ya se les había hecho y que compartían numerosas personas".[2]

El proceso terminó felizmente. Los Gómez, temiendo que Juan se marchara a España —gozaba de libertad bajo fianza—, pidieron se acelerara el juicio y al último la Inquisición no sólo no les confiscó sus bienes a los dos hermanos sino que se limitó a recoger los papeles motivo del enredo, dándoles una severa reprimenda.

Suárez de Peralta, un aristócrata cuyo escudo de armas ostentaba el orgulloso lema *Sólo su virtud le ofende, fuerza ajena no le toca ni le prende*, amante de los caballos y de las aves de cetrería —el mayorazgo, de acuerdo con sus afirmaciones, gastaba aualmente dos mil ducados en sostener halcones y neblíes—, y que a lo largo del *Tratado* sostiene orgulloso su condición de hidalgo, no vacilaba en condenar a su padre a las llamas del infierno con el propósito de adular a los descendientes de Cortés, ni en recurrir por razones monetarias a lo que hoy llamaríamos, sin eufemismos, un chantaje.

En Suárez de Peralta viven curiosamente mezclados dos tipos al parecer incompatibles: el del señor feudal y el del pícaro. Su *Tratado de la caballería de la jineta y brida*, compuesto en 1580 y dedicado al duque de Medinasidonia, lo escribió, según sus propias palabras, "a causa de ser el ejercicio [de la caballería] tan útil y necesario a los caballeros y seguirse a Su Majestad un gran servicio y fortaleza en sus reinos, especialmente en las Indias", lo cual supone que Suárez, cuando el Renacimiento se había extinguido en España y la Reforma ardía con un seco crepitar de sarmientos, imaginábase dentro del mundo arcaico y encantado de la caballería indiana. Tenía sus armas y su

caballo dispuestos para acudir al llamamiento del rey, sin darse cuenta de que los ejércitos regulares hacía mucho tiempo habían arrinconado, como una verdadera curiosidad arqueológica, a los belicosos señores de la Edad Media, y este sentimiento anacrónico alentaba en él con otros resabios y mañas de la picaresca aprendidos en la universidad de las Indias. Hombre de dos épocas y de dos mundos, Suárez en el sueño de su crónica y en la realidad de los procesos revela los seres que combaten en su alma, y los dos conviven tan estrechamente, que es difícil saber cuándo es un hidalgo mantenedor de juegos feudales y cuándo un pícaro digno de la cárcel.

UN PAISAJE, UN HERBOLARIO, UNA NODRIZA

En 1579 Suárez realizó su viejo propósito de radicarse en España. Los criollos habían perdido una gran batalla histórica y el paraíso de las Indias se convirtió en un lugar incómodo y miserable. Las encomiendas —la razón de su vida— se liquidaban y el fragmento de idílica caballería, en el que nuestro criollo participó como una de sus figuras principales, se venía abajo sin remedio triunfando la Inquisición, los advenedizos, los burócratas y los agiotistas. A los pusilánimes no les quedaba otro camino que el de la fuga y Suárez huyó buscando el amparo —aún hay sol en las bardas— de sus encumbrados parientes.

En 1580 publicó en Sevilla el *Tratado de la caballería de la jineta y brida* y ese mismo año, empujado por la nostalgia, inició la redacción de su *Tratado de las Indias* que terminó en 1589. Oía sonar del otro lado del Atlántico un pretal de cascabeles y su imginación le representaba animadamente los sucesos alegres o trágicos de su juventud a medida que los años lo inclinaban a la melancolía. El hecho de que se desterrara voluntariamente de México no significa que hubiera dejado de amarlo.

Las Indias —con estas palabras principia su *Tratado*— son tierra la más fertilísima que debe haber hoy descubiertas en el mundo y más llena de todas aquellas cosas que en él son menester para el servicio del hombre y aprovechamiento de él.

Y cerca ya del final de su manuscrito, al hablarnos de la expedición de Vázquez Coronado que salió tras el miraje de Cíbola para encontrar una aldehuela extraviada en el desierto norteño, el amor a México le hace exclamar:

> La Nueva España . . . fue una en la vida y no más, que primero que se halle otro México y su tierra, nos veremos los pasados y los presentes juntos, en cuerpo y ánima, delante del Señor del Mundo; aquel día universal en que será el juicio final.

Estaba lejos de ser un escritor. Según su propia confesión sólo "tenía una poca de gramática aunque mucha afición de leer historias y tratar con personas doctas". Todo lo que en su libro no es crónica, testimonio de sucesos vividos, o relatos que andaban en la boca de sus contemporáneos, se reduce a un atropellado e incoherente desfile de lugares comunes sobre las Indias. Es indudable que la historia de gran estilo a lo González de Oviedo no estaba al alcance de su mano, acostumbrada a manejar diestramente la brida. Sus lecturas de la Biblia, del imprescindible Aristóteles, con algunos clásicos de segunda mano y cronistas más o menos oficiales deben haberle causado más de una jaqueca. A Suárez, en este difícil y ajeno campo, como al criollo Baltasar Dorantes de Carranza que comparte con él la responsabilidad de la crónica histórica en el XVI, lo perdió su desmesurada ambición y su desorden. Al vivaz cronista del ajusticiamiento de los Ávila que presencia con la frente de su caballo pegada a las maderas del patíbulo; al pintor de los hábitos caballerescos del virrey Velasco y de las raras virtudes de los halcones propiedad de su hermano, cuando trata de fijar los temas consagrados y en cierto modo fosilizados de Oviedo se le desbocan los caballos y resulta incapaz de contenerlos.

No, "no fue el XVI afortunado en la prosa literaria".[3] Suárez de Peralta, el "oscuro Saint-Simon mexicano",[4] escribía atropelladamente, empapado en lágrimas y en sentencias morales, sin claridad pero con una sencillez muy a la pata la llana. Si la prosa latina de Cervantes de Salazar vino a parar en un plano topográfico, la de Suárez, mucho menos ambiciosa, estaría condenada a vedarle un lugar honorable en los manuales de historia

literaria y a reflejar, como en un espejo y con las necesarias aberraciones, la imagen que trató de escamotearnos.

Las ideas de Suárez sobre la conquista eran las ideas de su tiempo. Tenía la convicción de que Dios no les había dado gratuitamente las Indias a los españoles, sino como una recompensa debida a la expulsión de los judíos y al establecimiento de la Inquisición, juicio éste de evidente sinceridad, ya que el propio cronista y su padre habían estado en relaciones desagradables con el Santo Oficio. La voluntad divina fue siempre manifiesta. ¿No el mismo Santiago, montado en su caballo blanco, cambió la suerte de muchas batallas? ¿No se presenció el milagro de que la Virgen María cegara a los indios arrojándoles puñados de tierra con sus divinas manos? Por lo demás, si los españoles contaban con aliados tan poderosos, los indios no estaban solos. A unos los animaba Dios y a los otros el Diablo: el poder divino y el poder demoníaco, con espadas y lanzas o con flechas y macanas, libraban su batalla eterna transformando el suelo de las Indias en palestra desmesurada de un torneo cósmico.

El planteamiento homérico de la batalla lo debilita aún antes de iniciarse una suerte de predestinación agorera y fatalista. Fue Satanás, uno de los rivales, quien de manera inexplicable tuvo a su cargo la tarea de difundir los pronósticos desmoralizadores sobre la destrucción inminente. Todo era obra de su mano. Resucitaba a los muertos, pues una mujer salió de su sepulcro a los cuatro días de enterrada, vivió después veintiún años y aún parió un hijo. Él hizo cantar a una viga esta canción extravagante: "Mi anca baila bien aunque esté echada en el agua", y poblaba el aire de la noche con avisos tristes: "¡Hijos míos, ay de mí que ya os dejo a vosotros!", clamaba el ídolo Zihuacóatl, y una voz de mujer decía entre sollozos: "Ya nos perdemos, ¡oh hijos! ¿Dónde os llevaré?"

Cierta vez que unos hechiceros, enviados por Moctezuma para embrujar a los españoles, trepaban la cuesta de Tlalmanalco, el demonio con todas las apariencias de un hombre borracho se les encaró furioso: "¿Qué es lo que queréis? —preguntó—. ¿Qué piensa Moctezuma? ¿Ahora despierta y acuerda de temer? Ya él ha errado y no tiene remedio, porque ha

hecho muchas muertes, y ha destruído a muchos y no ha cumplido con su Dios".

Los hechiceros, temblorosos, le improvisaron un altar ofreciéndoselo de rodillas. El diablo —un diablo ciertamente no desprovisto de sentido moral— lo ocupó y sintió hablando en tono de franco pesimismo: "Por demás es vuestra venida; ya no haré más cuenta de México, y para siempre os dejo; no tendré más cargo de vosotros ni de vuestro rey Moctezuma. Apartaos de mí, que no quiero hacer lo que me pedís ni él me pide. Volveos y mirad a México".

Tenochtitlán ardía en llamas y los brujos cayeron en el suelo desmayados. Era el fin de la Conquista. En la pira de la ciudad vencida Suárez pudo leer que la profecía de San Juan se había cumplido: "El príncipe de este mundo —el príncipe de las tinieblas— saldrá fuera". Salió fuera, vencido no sólo por Santiago, el milagro y el acero, sino también por la peste de viruelas que Dios envió —"fue mucha ayuda para los españoles, porque con la enfermedad y mortandad no podían pelear"—, idea ruin y anticristiana con la que Suárez mancha y prostituye la victoria divina.

Completa su idea de la Conquista una reflexión motivada en la matanza de los indios indefensos ordenada por Alvarado. Dios autorizó el castigo de los españoles, mas no quiso que perecieran todos y los reforzó con los soldados de Narváez. Suárez se duele de que las almas de los indios asesinados se perdieran yéndose al infierno y concluye, beato e inoportuno, citando al bienaventurado San Juan Crisóstomo: "Perdida el alma, ¿qué hay ni qué vale el cuerpo? ¿Tenéis otra luego que poner en su lugar?"

Sus ridículos alardes de erudito y su desconocimiento de la historia antigua lo llevan a pensar que el contenido de la epístola *Ad romanos* de San Pablo podría aplicarse a los indios, ya que se distinguían a causa de sus odios, disensiones, engaños, de la desobediencia a sus padres —el indio fue alabado siempre por sus hondas virtudes filiales—, del pecado contra natura y sobre todo por su afición a comer carne humana.

En tanto que Sahagún, un estudioso penetrado de humanidad, alarmado por los efectos desmoralizadores de la organiza-

ción colonial recomendaba la adopción de las costumbres y leyes antiguas de los indios como su única posibilidad de salvación, Suárez creía firmemente que la Conquista había supuesto para el indio grandes ventajes. En los tiempos de su paganía —razona— andaban más de ochenta leguas, alimentándose en el camino con tortillas y raíces a fin de pagar el tributo, mientras en la Colonia lo pagaban en sus propios pueblos, "y con esto andan más descansados y a placer y no se cargan sino es con hacienda propia, porque ya todos usan caballos de carga y la mayoría anda vestida a la usanza española y gasta sombrero, gregüescos y ropilla". Este cuadro lisonjero no le impedía a Suárez describir a los indios de la Colonia como los hombres más borrachos que había conocido. En su opinión no sólo se provocaban vómitos para seguir bebiendo, sino que acostumbraban entrar en las tabernas en grupos de diez o doce, cuidando de dejar a la puerta dos amigos encargados de llevarlos a sus casas. Al concluir sus libaciones, los indios, conducidos por sus guías, se tomaban de la mano y la extraña fila avanzaba a tumbos, blanda y delirante, hasta que uno de ellos perdía el equilibrio y rodaban todos doblados los unos sobre los otros, como en la pintura de Bruegel de los ciegos mendicantes.

Respecto de la esclavitud, Suárez mantiene los prejuicios de su casta. "Si todos se sirven de negros —argumenta—, ¿qué razón hay para que se evite que sean los indios?" Ambos eran idólatras, comedores de su prójimo y practicaban la esclavitud.

> Tanta injusticia es —dice en otro párrafo— quitar el esclavo a su dueño, si le tiene con justo título, como contra ella hacer al libre esclavo, y menos justicia fue, porque hubiese algunos mal hechos, darlos a todos por libres sin diferencias.

Al lado de estos juicios tan divorciados del sentimiento humanista de los primeros años, Suárez de tarde en tarde apunta sagaces observaciones. "Todo su apremio —escribe de los indios antiguos— era sobre el pagar de los tributos y servicios, así a los señores como a los ídolos", afortunada síntesis de una condición humana que después de más de tres siglos conserva su vigencia.

A despecho de su actitud de encomendero ante los indios, Suárez, en dos de sus acostumbradas digresiones, nos permite entender los caminos por los que el mestizaje espiritual iba adueñándose del alma y de la sangre del soberbio criollo, sin que él se diera cuenta. Al hablarnos de los indios herbolarios dice en su *Tratado:* "... a los que nacemos allá, nos tienen por hijos de la tierra y naturales, nos comunican muchas cosas y más como sabemos la lengua, que es de gran conformidad para ellos y amistad", y en otro aparte vuelve sobre el tema casi con las mismas palabras, escapándosele esta importantísima confesión: "Los indios tienen por hijos a los nacidos de la tierra y sus mujeres a los más han criado con la leche de sus pechos".

Simbiosis pura. Los elementos imponderables de la tierra y su trabajo silencioso para hacer del español nacido en las Indias un ser americano. Vino nuevo en viejos odres. El indio ha roto su canapacho desconfiado y surge de él la figura de ese mágico cuentista que con frecuencia se proyecta en el fondo infantil del mexicano. El criollo es un ente sin arraigo, desvalido a pesar de su riqueza y su confortable medio familiar, mientras el indio es un hombre antiguo, henchido de sabiduría natural, de secretos y de historias maravillosas. Por ello, este hombre esbelto, vestido de harapos, que se alimenta de culebras y de moscas, ve en el criollo cubierto de brocados a un hijo y lo hace sentir su ternura grave y poderosa. Y al lado suyo la mujer indígena, la nodriza que abandona a sus propios hijos para darles el pecho a los niños blancos de su amo. El criado y la "nana" indígenas cumplen en las casas criollas, con la suavidad de su paso, la tarea de infundirle un nuevo sentido a ese nuevo hombre, a ese "nuevo indio", aparecido en el Nuevo Mundo.

Un paisaje, un herbolario y una nodriza indígenas virtieron sus esencias en el molde español. No importa mucho que Suárez niegue a los indios y se exilie voluntariamente privado de aire libre, ni que triunfen en él sus prejuicios de casta y sus mezquinas ideas de encomendero. El desarraigo no es un fenómeno exento de dolor y de torpes vacilaciones. Sus herencias mexicanas apenas insinuadas le llevaron a firmar orgullosamente sus libros como "vecino y natural de México", un título entonces desdeñado, a escribir por nostalgia y a sentir amor por

su tierra distante. Extinguido oscuramente en España —figura por última vez en 1590, sirviendo de testigo en unas informaciones que promovió Jerónimo Cortés, hijo de Martín, para obtener el hábito de caballero de Alcántara— y devuelto a México gracias a su *Tratado,* hoy lo juzgamos y lo incorporamos a nuestra vida. Fue el tipo del aristócrata pobre de la primera generación de mexicanos. No podía, ciertamente, dar más de lo que dio.

RETRATO DEL CRIOLLO PALACIEGO

Baltasar Dorantes de Carranza, autor de la *Sumaria relación de las cosas de Nueva España,* al revés de su colega Suárez de Peralta, con frecuencia se refirió expresamente a su padre el capitán Andrés Dorantes. "Si los servicios de los conquistadores fueron grandes —escribe orgulloso—, los de mi padre fueron milagrosos." No exageraba el cronista. Andrés Dorantes, sobreviviente de la expedición de Pánfilo de Narváez a la Florida, había cruzado en diez años, con Alvar Núñez Cabeza de Vaca, el capitán Castillo y el negro Estebanico, el enorme espacio que va del Mississippi, Tejas, Arizona, Sonora y Sinaloa, a la ciudad de México.

Todas las circunstancias de su aventura están recogidas en ese libro severo, raro y trágico que lleva el breve título de *Naufragios.* El libro de Alvar Núñez se abre con un rumor de olas furiosas. Hay cuerpos de ahogados en la playa, cuerpos en los cantiles, cuerpos en las aguas del Mississippi y balsas cargadas de hombres enloquecidos que se hunden entre remolinos y marejadas de espanto. Los doscientos cincuenta náufragos del primer quebranto no se desaniman. Valiéndose de unos palos y unas pieles de venado improvisan los fuelles de una fragua y funden espuelas, estribos y ballestas de los que hacen hachas, sierras y clavos. Las palmeras proporcionan estopa, las crines de los caballos sacrificados, cabos y cuerdas, los sabinos sus remos, y de sus camisas desgarradas hacen las velas. Y de nuevo se embarcan con un poco de maíz crudo y sin agua, y el huracán de nuevo desbarata las naves llenas de hombres sedientos y enfermos. El lenguaje empleado por Alvar Núñez desconoce los

aspavientos y lamentaciones interesadas de los cronistas posteriores.

Cuento esto así brevemente —dice— porque no creo que hay necesidad de particularmente contar las miserias y trabajos en que nos vimos, pues considerando el lugar donde estábamos y la poca esperanza de remedio que teníamos, cada uno puede pensar mucho de lo que allí pasaría.[5]

Ninguno pisó tierra en la isla del Mal Hado un día cualquiera del siglo XVI como pensaban, sino que todos, del breve trecho que separaba las barcas a ese trozo de suelo americano, habían dado en realidad un salto de diez mil años, un salto desmesurado que los arrojaba hambrientos, sin armas y sin ropas a una edad remotísima, dominada por el lanudo bisonte y el horror de su total desamparo. Prendieron una fogata y se agazaparon alrededor "pidiendo a Dios nuestro señor misericordia y perdón de nuestros pecados, derramando muchas lágrimas, habiendo cada uno lástima, no sólo de sí mas de todos los otros que en el mismo estado vían".

La esclavitud —es regla en las Indias que cuando los españoles carecen de armas se conviertan en esclavos de los indios—, los trabajos —arrancaban con sus dedos sangrantes las raíces amargas que los sustentaban— y las enfermedades fueron aniquilándolos. De ochenta quedaron reducidos a quince y más tarde a cuatro. Los cuatro náufragos, propietarios como su sucesor Robinsón de un esclavo negro —el pobre Estebanico, muerto después ante los mirajes de Cíbola—, una noche de bailes salvajes y de recolección de tunas huyeron hacia la Nueva España. No iban desamparados. Durante los años de su cautiverio, la veneración que los indios mostraban a sus brujos los hizo pensar en la conveniencia de ejercer la hechicería. "Nos quisieron hacer físicos —dice Alvar Núñez— sin examinarnos ni pedirnos los títulos, porque ellos curan las enfermedades soplando al enfermo, y con aquel soplo y las manos echan de él la enfermedad'.

Su prestigio mágico de curanderos los precedía a través de los desiertos y de las cordilleras guiándolos en su marcha. Una voz misteriosa los anunciaba y cuando llegaban a las aldeas, mu-

jeres, hombres y niños pintarrajeados salían a recibirlos con gritos espantosos, agitando calabazas llenas de piedrezuelas y dándose grandes palmadas en los muslos. "Era muy grande la priesa —escribe el mismo Alvar Núñez— que tenían por llegar a tocarnos".

Del aliento y de las manos de los antiguos esclavos de la isla de Mal Hado dependía la existencia de millares de indios. La extracción de una punta de flecha clavada hacía tiempo cerca del corazón de un joven guerrero y otras curaciones —les bastaba soplar y rezar un padrenuestro para que la enfermedad desapareciese— aumentaron considerablemente su prestigio, y así de pueblo en pueblo, rodeados de hombres temblorosos y arrodillados, llegaron, transcurrida una década, a México. La entrada fue digna de sus hazañas. Llegaron, escribe Baltasar, "en cueros vivos", con taparrabos de piel de venado, la cabellera y la barba crecidas, quemados por el viento y el sol, mostrando las cicatrices y los callos desmesurados que los pesados fardos les habían dejado en espaldas y en hombros. Hubo toros y juegos de cañas y la gente acudía a verlos "como cosa maravillosa".

Andrés Dorantes, al regresar de su penosa estancia en la Florida, ya no salió de la Nueva España. Tomó parte en la pacificación y conquista de Jalisco, y al concluir su única intervención guerrera en el Nuevo Mundo, el Virrey don Antonio de Mendoza lo casó con la encomendera doña María de la Torre, viuda del conquistador Alonso de Benavides, quien le dio varios hijos.

Baltasar, el primogénito, nace posiblemente en 1548. El padre andariego murió antes de 1560 y doña María volvió a casar, "descuidando los hijos de los matrimonios anteriores".[6]

> Crece Baltasar —escribe Ernesto de la Torre— en la encomienda de doña María, y viene a México, donde radica la mayor parte del tiempo bajo la dependencia económica de la madre encomendera, quien lo alimenta y viste . . . dándole lo necesario para el cuidado de su persona.[7]

A los quince años, se "enamora locamente" de Marina Bravo, una mujercita de catorce, y se casa con ella "por palabra de presente", fórmula poco ortodoxa de matrimonio. Tres meses después, olvidado su primer amor, el criollo volvió a enamorarse

perdidamente de otra niña de catorce años, llamada Isabel de Rivera, y contrajo nuevas nupcias también por palabra de presente.

Es imposible calcular cuántos matrimonios hubiera realizado este precoz ejemplar de bígamo, si la Iglesia, "al solicitar permiso para casarse eclesiásticamente", no interviene, metiéndolo en la cárcel. Se abrió un enredado proceso. Baltasar se negaba a formalizar la promesa empeñada con Marina; un tío de ella tomó cartas en el asunto; los abogados alegaban que el reo era "un muchacho de poca edad y capacidad" y al último Baltasar se arrepintió de su ligereza y la autoridad declaró "válido el primer matrimonio y nulo el segundo".

En tanto que a su edad otros criollos componen sentencias latinas, el futuro cronista está lanzado a una carrera de peligrosas aventuras. El 24 de julio de 1563, con unas llaves falsas y un cómplice, huye de la cárcel; se le condena a vivir fuera del arzobispado y a una multa de 170 pesos que pagó un tío rico de Marina, con la que al fin y contra toda su voluntad se casa. De ella tuvo varios hijos. El primogénito, en 1604, estaba en la corte pretendiendo mercedes.

En 1572, encontrándose en Atzalán —siempre consideró suya esta encomienda, a pesar de que legalmente pertenecía a una hija del primer matrimonio de su madre—, se le acusó ante la Inquisición no sólo de estar casado por tercera vez, sino de impedir que "sus" indios recibiesen la doctrina.

No sabemos cuándo inicia su carrera de burócrata. En 80, el virrey Martín Enríquez de Almanza trató de llevárselo al Perú —después se lamentará de haber rehusado su invitación—; Villamanrique le dio diversos empleos y al pasar la llorada encomienda, por muerte de su madre, a su media hermana doña Antonia de Benavides, se resignó a no vivir más del trabajo de los esclavos indígenas. Sucesivamente ocupó los cargos de alcalde mayor y oficial real en Veracruz (1588), más tarde el de tesorero de la Real Hacienda y algunos otros cargos de "gran calidad y consideración". Su afición a las mujeres no lo abandonó nunca. Al enviudar casó con otra Mariana —Mariana Ladrón de Guevara—, de la que dice, en 1604, tener "un hijo varón de su nombre . . . y varias hijas".

No hay información sobre su muerte. En la *Sumaria relación,* Dorantes se duele de haber contraído una grave enfermedad a causa de manejar papeletas e informaciones, pero como en su mismo libro le confiesa al virrey con la mayor naturalidad y sin el menor asomo de vergüenza ser una víctima del mal de su siglo, es lícito suponer que su muerte, ocurrida antes de 1613, se haya debido a las bubas y no al ejercicio de las actividades literarias, por más que a veces sean también mortales en más de un sentido.

EL PALACIO, MIRADOR Y LABORATORIO

Los pocos datos que nos han llegado sobre la vida de Dorantes le resultaban desfavorables. Tampoco son halagüeños los juicios formulados acerca de la *Sumaria relación* que constituye toda su obra. En tanto que Pedro Henríquez Ureña [8] lo califica de historiador excelente, Ramón Iglesia [9] llega a preguntarse si merecía ese título y Ernesto de la Torre,[10] a quien debemos el mejor estudio de su mamotreto, afirma que lo escribió movido del interés económico.

El hijo del hombre que resucitaba a los muertos en los desiertos tejanos es un fanfarrón que "alardea de historiador documentado" y "todas sus informaciones se reducen" a un mal extracto de tres o cuatro autores conocidos —no sólo de Gómara, como asienta Iglesia. Sin duda le falta capacidad para elaborar un relato, y carece de un criterio firme, "pues nada oportunas resultan en su obra, destinada a poner de relieve los méritos de los conquistadores, las diatribas contra sus crueldades que parecen tomadas de los escritos del Padre Durán".

No es esto todo. Iglesia califica a Dorantes de

> adulador servil que nunca encuentra elogios bastantes para el virrey, encaminados todos a pedir mercedes para los descendientes de los conquistadores, quienes, según él nos dice con tono conmovido, se encontraban en la mayor miseria, llegando algunos a pedir limosna por las puertas de las casas,

y no es menos cierto que Dorantes resulta culpable de "marcar una inflexible línea de demarcación entre los conquistadores

y pobladores llegados con posterioridad, a quienes trata con rabia y desprecio insuperables".

Es curioso pensar que sean esas graves limitaciones, con algunos aciertos no señalados, las que hagan particularmente valioso el testimonio de Dorantes sin el cual no tendríamos un entendimiento cabal del criollo y de la sociedad de su tiempo. Dorantes pertenecía a una clase derrotada. Mientras Suárez de Peralta, al sentir que las puertas del paraíso criollo se le cerraban en los talones, prefirió buscar la protección de sus parientes en España, el autor de la *Relación,* al perder una encomienda que en derecho nunca llegó a pertenecerle —"el pueblo que yo alcancé a heredar valía, cuando se me quitó, cinco mil pesos de renta, y quedé tan desnudo y en cueros como lo salió mi padre de la Florida"—, se aferró, para no soltarla más, a la casaca de los virreyes.

Como burócrata era irreprochable. Conocía a fondo los secretos de palacio, y fue por temperamento un genealogista, uno de esos hombres comunes en nuestro país, que gustan de encaramarse a los árboles de las familias ajenas, sin pensar que un examen de su propio árbol descubriría pormenores nada honrosos.

El 1604, con más de cincuenta años, Dorantes era el prototipo del cortesano. Dotado, como Gogol, de un finísimo olfato, su nariz, a modo de un pequeño anteojo, se asoma cautelosa al universo de las antesalas virreinales. Un recién llegado se dejaría engañar por las apariencias. ¿Cómo distinguir a los hijos legítimos de los bastardos, a los caballeros de los pícaros, y a los advenedizos de los que hace tiempo viven arraigados en la Colonia? ¿Cómo descubrir a los simuladores, a los plebeyos y a los bribones, si todos falsifican probanzas de limpieza de sangre y engañan al virrey con sus historias y sus cuentos? Para eso cabalmente estaba ahí Baltasar Dorantes de Carranza, genealogista de profesión, y para eso ha decidido escribir una *Relación* en que aproveche sus dotes de observador y su larga experiencia burocrática. No se piense que sus aficiones literarias lo lleven a ejercer desinteresadamente el costumbrismo palaciego. Le irrita y le desazona que esos pícaros, a fuerza de caravanas, de intrigas y adulaciones, al fin obtuvieran honores y mercedes con grave

daño de los que en derecho las merecían, y para que el virrey supiera a quién recompensar con dádivas y empleos y a quién cerrarle las arcas del real tesoro, sin incurrir en injusticias lamentables, la proyectada obra incluiría una detallada relación de malos y buenos pedigüeños, de bribones indignos y de legítimos descendientes de heroicos conquistadores.

Una vez que nuestro criollo se creyó el inspirador de una nueva justicia distributiva, puso manos a la obra. No era fácil levantar un censo minucioso. En cerca de tres cuartos de siglo los primitivos troncos habían echado numerosas ramas, unas familias emigraron a lejanas provincias, algunas se negaban a facilitar informaciones y otras proporcionaban datos falsos complicando la tarea del genealogista. Corriendo de casa en casa, revolviendo archivos y "rasguñando" papeles, enfermo y desvelado, concluyó al fin el grueso manuscrito. Se "maravilla" de los resultados arrojados por su censo. De los 1,326 españoles que intervinieron en la conquista de México, sólo perduran, agrupados en 196 casas, 109 hijos, 479 nietos, 85 bisnietos y 65 yernos, lo que hacía un total de 934 personas, capaces "para oficios y provisiones de su majestad". En su nómina, claro está, ni figuraban los muertos, pues ya tenían la tierra justa que les correspondía, ni los hijos de los conquistadores metidos frailes y clérigos, ya que éstos eran muchos y al menos legalmente estaban incapacitados para continuar las casas, "como él llama a las genealogías".[11]

Dorantes aprovecha el hallazgo con habilidad para construir un alegato en favor de su casta. Cierto es, razona, que algunos murieron en la guerra, pero el mayor número emigró, debido a los agravios que sufrieron de los pasados gobernantes. "A río revuelto ganancia de pescadores." Se arrebataron los bienes a quienes habían prestado grandes servicios y se concedieron mercedes a los que "de nuevo venían con sus manos lavadas a comer de los sudores y frutos ajenos", y cuando el rey hizo justicia y cesaron "aquellos tumultos que casi parecían tiranías", ya era tarde. La Audiencia, aunque restituyó encomiendas y haciendas, ante la imposibilidad de "trastornar un mundo", dejó las cosas en el mismo estado, "con sola la lástima que hasta hoy sienten los que ganaron esta tierra y sus hijos, pues los que vi-

nieron a la postre después de llano y ganado, se llevaron lo mejor".

Si bien en este fenómeno hay un misterio oculto que Dorantes conoce, rehusa ocuparse del asunto. Se le acusaría de malicioso, y en pago de sus trabajos, vigilias y cuidados, ganaría enemigos y maldiciones, cuando "la verdad que sigo es servir a toda esta República, y plega a Dios que se me agradezca".

MÉXICO, MADRE DE EXTRAÑOS

Dorantes enfrenta una contradicción irreductible. Por un lado observa que "predicar el Evangelio con la espada en la mano y derramando sangre es cosa temerosa", y, por otro, que los santos ayudaron a los conquistadores en forma que no dejaba lugar a dudas. "No hay quien alcance esta teología", exclama deslizándose a terrenos vedados, pero se detiene oportuno y añade contrito: "los secretos de Dios y sus juicios son inexcrutables." Una sola cosa resulta clara. Los padres pecaron y los hijos pagan la penitencia. Apenas se verán hombres de esta cepa que no mendiguen el pan en puertas ajenas. La Biblia le ayuda a expresar su indignación: "los desventurados —concluye— quedaron arrastrados como la culebra".

La idea de una culpa latente en las hazañas guerreras de los españoles surge con frecuencia en su visión de un mundo indiano regido por misteriosas y omnipotentes fuerzas celestiales. Las desgracias que se abatieron sobre las más ilustres figuras de las Indias —Colón, Hernán Cortés, Núñez de Balboa— tuvieron su razón de ser "en querer predicar el Evangelio vertiendo sangre. A lo menos no es lo que Dios mandó a sus discípulos cuando los envió a predicar a todo el mundo". Para el cronista los fines que se perseguían —la evangelización de los indios— eran buenos, y los medios empleados, reprobables. El castigo no se había hecho esperar, "porque de bienes así adquiridos todos se deshacen como el humo y como la sal en el agua".

A pesar de esta terminante condenación de la violencia, las aparentes sinrazones de Dorantes, lo mueven a aceptar con orgullo el cargo de procurador de los encomenderos ante el rey "para que asista, que inste, que porfíe, que clame, que repre-

sente la sangre derramada". El cronista, que en forma gratuita había clamado contra el derramamiento de sangre de los indios, se compromete de manera oficial a defender la sangre vertida por los conquistadores, y esta contradicción entre lo que escribe y lo que hace debe cargarse a la escasa consistencia de sus ideas, pero también, en buena parte, a la dramática lucha interior que en el criollo libran sus influencias enemigas. Oscila entre lo español —él se siente un español y así lo dice expresamente en su *Relación*— y lo indígena, sentido como una perturbación espiritual a través de las doctrinas redentoras de los mejores castellanos. Ya hay un asomo de conciencia americana en este oscilar, en esta vacilación cargada de indignas reticencias. En términos generales, podría decirse que el criollo cultivado está más cerca de los indios que el mismo indio culto de XVI. Muñoz Camargo, por ejemplo, el detestable cronista de su provincia, "abulta desmesuradamente la participación de Tlaxcala en la conquista y su adhesión a los españoles",[12] porque el indio noble y el criollo hidalgo coinciden y se encuentran en el campo de la ambición de esclavos y granjerías.

No se avanza en la lectura de la *Relación* sin tropezar con una inconsecuencia. Unas veces concibe la conquista como un retablo pletórico de bienes celestiales: "fueron echando raíces de perpetuidad y grandeza de tierras y vasallos, y frutos fervientes de júbilo y alegrías del cielo con que se van hinchando aquellas sillas de ánimas de tantos ángeles". El genealogista principia a recrearse ante la imagen de provincias rebosantes de indianos que se enriquecen y "hacen sus linajes y sucesiones", cuando siente la picadura de la codicia, y termina afligiéndose al comprobar que unos se perpetúan en Castilla con lo que llevan, y otros se enriquecen "donde no pensaron hartarse ni dejar su mendiguez".

Siempre es lo mismo. Los descendientes de los conquistadores —de 934, según sus cuentas, sólo poseen encomiendas 55 en 1604— andan arrastrados como la culebra, y el advenedizo que no ama la tierra debe sufrir el verse relegado por una nube de plebeyos "manos blancas". Su amargura y su desilusión no reconocen fronteras. La inconformidad del criollo sobre su realidad estalla en una fuga de disparos retóricos, y su estilo, que

expresa el retorcimiento interior del despojado, se hace todavía más barroco y anuncia los delirios verbales que darán su pesada, oscura y tediosa fisonomía a los dos siglos siguientes.

Tres páginas de su manuscrito llena con desahogos.

¡Oh Indias! —principia su tirada llenándose de aire los pulmones—, ¡oh conquistadores llenos de trabajos y en aquella simplicidad de aquellos dichosos tiempos, donde no sacasteis más que un hombre excelente y una fama eterna, y en tiempos que en mayores servicios y mejores sucesos érades despojados de vuestras propias haciendas y de los frutos de vuestros servicios y hazañas, dando los que gobernaban en los primeros años vuestros sudores a gente advenediza y que no mereció nada en la conquista, ahora es ya llegada la sazón donde luce más el engaño y la mentira y la ociosidad y el perjuicio del prójimo, con que vendiendo vino o especias, o sinabafas o hierro viejo se hacen grandes mayorazgos e hinchen este mundo con milagros fingidos, sin ser agradecidos a Dios ni a los que los crecieron en su desnudez del polvo de la tierra, para llegarlos a tan poderosos.

Oh Indias —dice entre otros muchos denuestos—, alcahuete de haraganes, banco donde todos quiebran, depósito de mentiras y engaños, hinchazón de necios, destrucción de la virtud, casa de locos, mal francés, dibujo del infierno, madre de extraños, patria común de los innaturales, dulce beso de paz a los recién venidos, madrastra de vuestros hijos y destierro de vuestros naturales, cuchillo de los vuestros, azote de los propios.

A la mitad, corta el tropel de adjetivos —ha llamado a las Indias lobo, zorra, ídolo de Satanás y burdel de los buenos— para preguntarse:

¿No sabéis cómo vuestros bienes, vuestro oro, vuestra plata y vuestras piedras preciosas no se perpetúan en esta tierra? ¿No veis que son bienes muebles y no raíces? Todo se acaba, todo se queda y vuestros poseedores no llegan al tercer poseedor de vuestra hacienda.

Esta "digresión y exclamación del autor", según califica Dorantes su diatriba en una nota marginal, centro y clave de la *Relación,* va dirigida al gobernante de la casa de locos, al "manos-blancas" que favorece a los recién venidos, al español, en fin, encargado de administrar la política real tan contraria a los intereses de los criollos. González Obregón, basado en los nu-

merosos desahogos de Dorantes, se sorprende "de la firmeza y valentía en el modo de expresar sus opiniones" [13] Dorantes, en efecto, es un criollo que ha asumido voluntariamente el papel de gratuito defensor de los suyos. Los defiende con lo único que teine, su enrevesada pluma, y no escatima razones indignadas, pero al mismo tiempo es un cortesano capaz de incurrir en las adulaciones más serviles para congraciarse a los ojos de su protector. El podrido mundo que ha dibujado, la "escuela de Satanás" de las Indias, con sólo que el virrey mueva un dedo se transformaría por su eficacia de taumaturgo en un "paraíso de ángeles". Su pluma, al rozar el nombre del gobernante, cesa de escupir veneno y vierte las mieles más finas y conmovedoras de su repertorio. ". . . Vivimos contentísimos —exclama posternándose en el suelo— y no nos hartamos de ver a Vuestra Excelencia ni de adorarle su sombra, porque le amamos."

EL INFIERNO BUROCRÁTICO

En materia de descendientes de pobladores —Dorantes es uno de ellos— sustenta el criterio de que merecen ser tratados como los hijos de los propios conquistadores. En esta categoría sólo debe incluirse a los primeros inmigrantes que se mezclaron a las familias de los guerreros, por más que algunos "en los premios más quieren estar al sonido de la caja, aunque no despertaron al son de la trompeta", y para que el virrey sepa con exactitud de qué gente se trata, cierra su libro con un nutrido cuaderno de pobladores distinguidos en el cual incluye setenta y cinco casas.

Dorantes odia tanto a los bastardos como a los advenedizos. Transige con los descendientes de los conquistadores y los menciona a todos, no porque sean hidalgos, sino debido a que su nobleza les viene de los servicios prestados al rey, pero a los hijos ilegítimos no los sufre, y más si descienden de madres indígenas. "De los bastardos —le dice al virrey— no habla mi pluma ni los escribiré, [y] a ellos está mejor que se queden en el tintero, pues las leyes eclesiásticas, derecho divino y civil, no les ayudan." Páginas adelante reconsidera su propósito de abandonar a los bastardos en las profundidades de su tintero, y decide

mencionarlos, no para que alcancen algunas migajas de la mesa gubernamental, sino para que el virrey conozca a los pedigüeños más inoportunos y numerosos de su audiencia y conociéndolos les dé con la puerta en las narices. Estos parias indignos, "hallados a oscuras y no de madres muy claras", son los que echan a perder las sucesiones legítimas,

> y, cristianísimo príncipe: según mi opinión, aunque sea dicha por un hombre de espada y capa, ni el Rey ni Vuestra Excelencia les deben nada, ni es justo que prefieran a los legítimos pues de razón natural y ley, según Dios y justicia, son los hijos naturales propios con quienes se entienden las nuevas leyes, y se les ha de distribuir el pan y no quitarlo para darlo a esta raza.

EL CABALLERO Y EL NUEVO RICO

Entre los muchos pretensores que lustraban con sus raídas calzas los bancos de las antesalas virreinales, los únicos merecedores de recompensas son los nobles. Llevaban las bolsas repletas de pergaminos y memoriales y eran los primeros en llegar y los últimos en marcharse. Se pasaban las horas muertas en la audiencia, pálidos de hambre, las finas manos apoyadas en la empuñadura de la espada y disimulando como mejor podían los agujeros de las botas. Nadie les hacía caso, pero estos descendientes de héroes que habían tasado, no con exceso, debemos reconocerlo, el menor rasguño sufrido en la guerra por sus padres, mostraban un saludable optimismo. Al pensar en su raza de proscritos los ojos del genealogista se llenan de lágrimas. Él sabe hasta qué extremo podían alcanzar la palma del martirio, pues "no hay cosa más abatida ni arrastrada que el uso de la pretensión". Qué de "pasos perdidos", de "gorradas al aire", de vergüenzas, sufrían los desdichados. Y a pesar de sus esperanzas frustradas "qué de favores pintaban sin poder nada, qué encantamiento y embeleso es en el que traen al mundo engañado". "Y vive Dios —jura Dorantes conmovido—, que he visto morir en esta ciudad dos o tres hijos y nietos de conquistadores calificados, de hambre; y les he ayudado a enterrar con esta lástima porque les dilataron su remedio."

Nunca se ha rezado un responso mejor en memoria de los pretendientes mexicanos, esa legión anónima que ha vivido y

ha muerto en las antesalas gubernamentales durante cuatro siglos. Dorantes no sólo se conforma con relatar sus desdichas, sino que ayudó a cruzar esas manos delgadas extendidas inútilmente por espacio de tantos años. ¡Hermosa lección dieron a los virreyes avarientos estos héroes de la burocracia que prefirieron morir de hambre a deshonrar sus blasones desempeñando un oficio plebeyo! "La cosecha de reyes y de príncipes —sentencia Dorantes deduciendo la obligada moraleja— ha de ser siempre ayudada, pues es amada del mismo Dios."

El manto protector que el cronista ha echado sobre los hombres de los pedigüeños nobles no debe extenderse a los grumetes y marineros, que apenas llegados a las Indias se hacían llamar don Fulano y don Zutano, ni a esas señoras que con mil embustes, dones y títulos fingidos se hacían pasar por doña Ángela y doña Alberta, traían embalsamado al mundo y a las gentes quebradas las cabezas, desdeñaban la tierra y aniquilaban a los antiguos residentes.

Lleva Dorantes con pedantesca minuciosidad una extraña contabilidad por partida doble. De un lado se alinean los buenos, las que tienen derecho a gozar de las delicias de la tesorería real, y del otro, los malos, los torvos y bajos sujetos a los cuales el virrey debe condenar a la proscripción y a la miseria. Entre los condenados —bastardos, advenedizos y pobladores acomodaticios—, Dorantes reserva el último círculo de su infierno burocrático a los hijos de los conquistadores, privados de árboles genealógicos satisfactorios. En su desahogo final late el odio y el desprecio que en la Edad Media el noble señor feudal arrinconado y pobre experimentaba hacia los burgueses dueños de la riqueza ciudadana. El criollo que debía vivir cogido a la chupa de los virreyes, desempeñando cargos modestos en regiones insalubres, tiene que sufrir la ignominia de andar "entre los pies de los caballos" de los encumbrados plebeyos. Su venganza consiste en alardear de nobleza y en echarles en cara a esos piojos resucitados su origen oprobioso.

Doy infinitas gracias —escribe, lleno de rabia— que después de tantas gracias y mercedes usadas por mi padre, lo hizo en su naturaleza de lo más noble, y no pasó a las Indias con oficio de bajeza, sino

de capitán de infantería de Su Majestad; y no sirvió a nadie, ni vino allegado ni arrimado a hombre nacido.

En cambio, ¿quiénes son los que más lucen y se destacan en la Nueva España? De uno, su padre fue lacayo "aún después de ganada la tierra", y del otro, herrero. Son hijos de sastres, de carpinteros, de zapateros, de atambores, pífanos, trompetas, marineros y grumetes. Hoy comen manjares de príncipes y han sido sacados del "rescoldo y tizne de las ollas". Su pluma podría descubrirles los huesos, lo cual les daría bien en qué roer, mas prefiere dejarles en el tintero —agradézcanme que lo callo— y absolverlos a todos debido a los "servicios tan grandes de sus pasados, de quien vamos haciendo tronco y principio en estas generaciones".

LA ENCOMIENDA, LA AMADA ENCOMIENDA

Por lo que hace a las mercedes de que el virrey puede disponer, Dorantes es un realista. Posee una información suficiente de la política indiana y de los recursos administrativos, para no incurrir en la necedad de solicitar imposibles. El señor feudal derrotado, lejos de presentarse al rey en la forma insolente que lo hicieron los criollos de la segunda mital del XVI, manifiesta, con las efusiones retóricas a él peculiares, su gratitud por la política tutelar del monarca.

Según se desprende de las confusas razones en que Dorantes envuelve su petición, era costumbre nombrar corregidores y alcaldes en pequeños pueblos asignándoles salarios tan reducidos que "no bastaban a sustentar una gallina". Si estos cargos innecesarios fueran suprimidos y sólo se dieran en provincias importantes, con mejores sueldos y por un lapso de tres años, ateniéndose al Fuero de Castilla, "los indios se aliviarían algo de tantos trabajos como les caen a cuestas", pues ahora —confiesa— "con solo el resuello los acabamos", el monarca ahorraría dinero y el virrey no perdería su tiempo en atender solicitudes de inconformes.

En este pasaje de su *Relación* aparece como un fervoroso partidario de Las Casas. Se toma el trabajo de extraer para el Marqués de Montesclaros, a su modo enrevesado, las veinticua-

tro proposiciones del dominico, y llega a confiarle que su precioso libro le ha sido robado y que por recobrarlo diera "no sólo dinero, sino la sangre de mis brazos".

A juzgar por sus encarecimientos, la lectura de las obras del obispo de Chiapas ha operado el milagro de tocarle el corazón al encomendero. En él han desaparecido los resabios del antiguo propietario de esclavos, y queda en su lugar un hombre afligido por crueles remordimientos. "Las Indias —escribe— como se ganaron por codicia se perdieron por ella." Tiene la firme convicción de que la perpetuidad del repartimiento y el asiento de la tierra no fueron posibles debido al mal trato que se dio a los naturales, y cree que uno solo de los argumentos lapidarios de Las Casas resulta "suficientísimo" para que el monarca niegue las encomiendas a los muchos "tiranos codiciosos" que las solicitan.

Le tiemblan las carnes de espanto cuando considera la destrucción de las Indias. Se ha aniquilado la gloria de Dios, se ha vuelto odiosa su santa fe, las provincias han quedado desiertas y miles de indios perecieron sin sacramentos, yéndose sus almas al infierno, por lo que el Señor castigará esos horribles pecados, y quizá llegue a descretar la destrucción de España.

> Y porque nuestra vida —dice en el colmo del terror— no puede ser ya larga, invoco por testigos a todas las jerarquías y coros de ángeles, a todos los santos de la corte del cielo y todos los hombres del mundo, en especial los que fueren vivos no de aquí a muchos años, este testimonio que doy y descargo de mi conciencia que hago.

En medio de sus trenos, de sus profecías agoreras y de sus lágrimas, Dorantes insiste en sus peticiones. La encomienda es, ¡ay!, un bien perdido, una fuente extinta, pero no debe olvidarse que el virrey dispone de abundantes recursos a fin de premiar a los criollos. Lo que en realidad propone Dorantes es una versión administrativa del milagro de la multiplicación de los panes, como lo prueba el soneto de un desconocido con que ilustra esta parte de su *Relación:*

> Con cinco panes Dios la muchedumbre
> hartó en el monte suficientemente.

Si el pan es poco, "el dulce padre caro, de mi dichosa patria condolido", podrá, repartiéndolo con prudencia, hartar al hambriento y aun sobrarle. O dicho en jerga burocrática: el virrey otorgaría a los descendientes de los conquistadores honras, franquicias, exenciones, privilegios, les daría preferencia sobre los advenedizos, aumentaría el tiempo y el salario de los cargos, incluiría los tenentazgos entre las alcaldías y los corregimientos, y por último suprimiría la ruinosa costumbre de anunciar las vacantes, pues son tan pequeñas estas mercedes que no vale la pena vivirse en las antesalas para obtenerlas. "Y como esto se haga como lo va haciendo Vuestra Excelencia, el reino se contentará sin instar en repartimientos."

Hierve la sangre del criollo ante su evocación de las despensas virreinales. El hombre ve descender sobre su raza proscrita un copioso maná en forma de alcaldías, tenentazgos y corregimientos. Sufre un verdadero éxtasis administrativo, una especie de locura burocrática, y, en medio de su arrobo, considera fácil y hasta legítimo colmar la canasta rebosante de dones que ha creado, con la presea más valiosa a que aspira todo criollo que se respeta: la encomienda. El buen abogado se prueba defendiendo las causas difíciles, y aunque él mismo, unas páginas atrás, la condenó con argumentos decisivos y aun realizó una expiación pública, pasa a encarecer sus méritos, haciendo con limpieza la delicada suerte de convertir a Las Casas en un vehemente apologista de la encomienda mexicana.

"Es cierto —principia su contra-alegato— que muchos solicitan las encomiendas por servicios y por causas justísimas." A esa clase de pretendientes se les podrían asignar los indios adscritos a la Corona, si no fuera porque las leyes prohiben una traslación de dominio semejante. Planteada en estos términos la cuestión, Dorantes pasa a destruir el obstáculo legal que se interpone en su camino con un argumento irrefutable. Las leyes condenatorias fueron dictadas para evitar las matanzas de Santo Domingo, y tienen el valor de un mero escarmiento. No es el caso en que se encuentra la Nueva España, donde

son tan diferentes los términos y respectos, en especial en estos tiempos que no hay indios conservados ni bien tratados, amparados y

regalados, como los de los encomenderos, que en sus trabajos, y pleitos, les son defensa, y en sus necesidades, les son verdaderos padres, y en sus enfermedades sus médicos y enfermeros, curándolos a su costa con medicamentos y regalos.

El santo Obispo, si en vez de haberle tocado la desgracia de vivir en aquellos días calamitosos, hubiera tenido la fortuna de presenciar estos dichosos tiempos —la edad de oro de los indios encomendados—, seguramente habría aconsejado el repartimiento en la Nueva España; y su defensa resulta de tal modo elocuente, que el bribón de Dorantes remata la faena citando algunas excepciones que Las Casas hizo en favor de México. Con todo, la desfachatez del cronista va más adelante, y termina ofreciéndose con cierto disimulo para ir de Procurador de los encomenderos a la corte —un hombre desnudo que tenga labios y lengua—, pues aún es tiempo de atajar el mal,

si no acabaremos todos insensibles a nuestro daño como de mal de San Lázaro y que por contagios y pestes nos puedan echar desta República y deste mundo; y plega a Dios que no hedamos más con los tiempos, que de los presentes, harto asco traemos con nosotros, que aun los príncipes y gobernadores se deben enfadar y cansar de esta importunidad tan continua . . . y no poder cumplir con tantos pobres.

EL HISTORIADOR DE LAS INDIAS

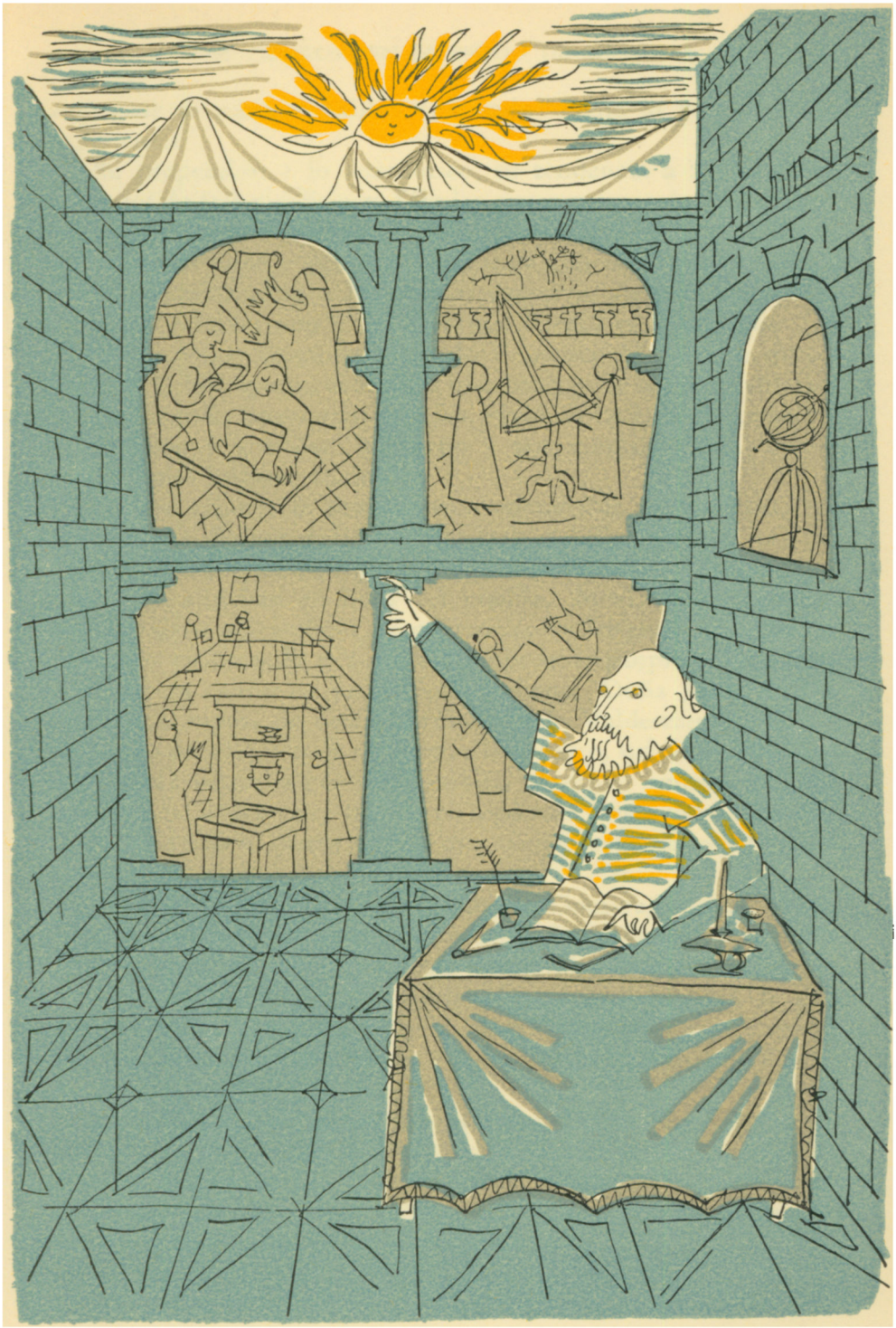
El haber escrito Baltasar Dorantes de Carranza la *Sumaria relación* de 1601 a 1604 no significa que esté fuera del marco del siglo XVI. Su vida discurrió principalmente dentro de su ámbito, perteneció a la primera generación de mexicanos y su obra refleja las ideas de su tiempo y el espíritu que distinguía a los hijos de los conquistadores o de los primeros pobladores. Sus coincidencias con Suárez de Peralta son numerosas y principian con la suerte que corrieron sus manuscritos. El de Suárez, según vimos, lo exhumó el señor Zaragoza en 1878 y el de Dorantes permaneció inédito hasta 1904, año en que decidió publicarlo nuestro Museo Nacional. Por otro lado, la diferencia que separa los vulgares nombres de sus padres —Juan Suárez, Andrés Dorantes a secas— de los suyos nos habla del proceso aristocrati-

zante desarrollado en el término de una generación. La radicación de Suárez en España, hecho que contribuye a debilitar su sentimiento americano, determina que Dorantes, sin perder sus ideas de encomendero, viera con una mayor simpatía a los indios. Para él "eran grandes labradores y cultivadores de la tierra . . ." "De su naturaleza —añade inspirándose en Aristóteles— son pacíficos y no deseosos de lo ajeno, ni de hacer mal a otro" y en las obras de sus manos ponen dulzura y delectación "porque naturalmente ama el hombre lo que por sí hace".

Su visión de lo histórico es muy semejante. Dorantes adornó su crónica con los asuntos más diversos. "Voy tropellando todo esto —escribe— por no hacer aquí historia con sólo haber entremetido este rasguño para aliviar a Vuestra Excelencia el cansancio de tantos nombres." Tuvo el propósito de ceñirse a las cosas de la Nueva España, pero un asunto lo llevaba a otro, y el manuscrito, a pesar suyo, creció de modo que el mismo autor tan despreocupado habitualmente se dio cuenta de haberse sobrepasado en exceso.

> A mí me aconteció en este cuadernito —un cuadernito de más de trescientas páginas—, cristianísimo señor, lo que a los convidados en un gran banquete: que aunque llevan muy propuesto de no comer más de lo necesario, la golosina les hace picar de todos los manjares.

Al igual que Suárez, se pensó en la obligación de tratar una serie de temas, que, como el del origen de los indios, todavía constituyen enigmas indescifrables. Sus citas y sus alusiones oportunas o inoportunas de Plinio, Diódoro, Platón y Aristóteles —llama a Huitzilopochtli el Júpiter o el Marte de los aztecas— acusan la preocupación humanística de su tiempo, en él oscurecida y vacilante. A la vez cree firmemente en el diablo y su mundo se halla regido por la convicción desolada de un Dios todopoderoso cuyos juicios son inexcrutables. El celebre episodio de la destrucción de Guatemala, que alcanza repercusiones visibles en el XVIII, no vacila en atribuirlo —moderna visión de Sodoma— a "obra del demonio que Dios autorizó para castigar los pecados de los hombres" y estaba convencido de que la extinción de los indios se debía a un decreto divino, ya que todos los medios puestos en práctica a fin de



aumentar su número habían fracasado "como lo vemos por la experiencia".

Su propensión a lo anecdótico, su tendencia a tomar como artículos de fe las deliciosas fábulas que corrían sobre las Indias, determina que sus "rasguños", escritos con la intención de llenar los ocios del virrey, guarden semejanza con las divagaciones de Suárez. Refiriéndose a los efectos curativos de las "temperantísimas y salubérrimas" islas Lucayas, cuenta este sucedido. Un vecino de Santo Domingo llamado Francisco Monasterio que, a causa de la hidropesía, ostentaba una barriga de mujer preñada y la cara amarilla como unas gualdas, vivió en las Lucayas cuatro o cinco meses y volvióse "tan sano y tan cenceño" igual que si nunca "mal hubiera tenido".

De los pájaros, la porción más entrañable de la naturaleza americana —Suárez dedicó un capítulo del *Tratado* a referir las gracias de un halcón propiedad de su hermano—, refiere anécdotas que andaban en boca del pueblo. Menciona al zenzontle, el pájaro maravilloso de cuatrocientas lenguas, al lozano y diminuto *cuitlacochi* y a otros asombrosos ejemplares que Clavijero oyera cantar en su destierro italiano. Doña Juana Patiño de Vargas, esposa de don Cristóbal Sotelo Valderrama —dice a propósito del *cuitlacochi*—, cierto día funesto, sufrió un desmayo y el pájaro educado por ella también perdió el sentido. Al día siguiente la señora tuvo un nuevo soponcio y esta vez la sensible avecilla no sólo se desmayó sino que murió luego del sentimiento causado por el mal de su dueña.

La historia del manatí, copiada de Gómara, aquella sirena de los cetáceos cuyos lances ha referido José Durand, introduce en la *Relación* un sabor de cuento medieval y de suceso moderno a lo *Mr. Peabody and the Marmaid*, con la diferencia de que esos elementos hoy caen bajo la jurisdicción de los psiquiatras mientras en el XVI constituían el patrimonio imaginativo de todos los hombres.

Hablando de las indias dice que son "muy fecundas y paridoras", lo cual acredita Dorantes a una complicada regla de filosofía platónica. De tarde en tarde la garrulería de su prosa se adorna con una hermosa imagen. Las mujeres, observadas por él de cerca en sus días de encomendero,

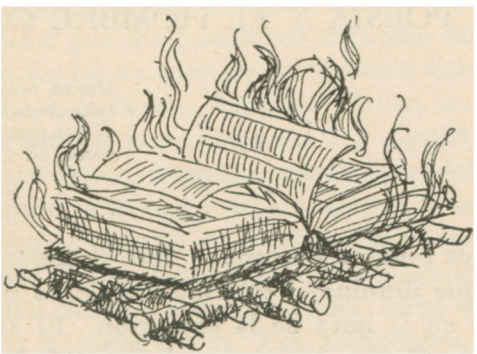
cuando van al río por agua —escribe en la *Relación*— se podían pintar cómo fingen a la Caridad, llevando dos o tres hijos delante, y uno o dos en los brazos, y otro en el vientre que apenas tiene lugar la madre de asir el cántaro o vasija en la mano, llevándolo encima de la cabeza.

Su elogio de las flores, de la caza y de algunas plantas, sus hábitos de observador —los "aztecas vivieron por necesidad en el agua como aves marinas"— acusan una sensibilidad ante la naturaleza americana que siempre desvirtúan su pedantería y su hinchada retórica.

Dorantes, nada ajeno a las motivaciones de su tiempo, estuvo en relaciones estrechas con escritores contemporáneos. A su costumbre de interpolar versos de poetas conocidos suyos debemos que se hayan salvado del olvido todos los fragmentos del poema de Francisco de Terrazas titulado *Nuevo mundo* y *Conquista* y algunos fragmentos de Salvador de Cuenca, José de Arrázola y Alonso Pérez, con otros anónimos que han sido muy útiles a los historiadores de la literatura nacional. La influencia de Rosas de Oquendo, a quien utiliza con frecuencia, es evidente en su *Relación*. Sus denuestos contra los advenedizos y los plebeyos enriquecidos, el sombrío cuadro que traza de la sociedad colonial —quien vive en las Indias, pondera, "más cursa que en Salamanca y en Alcalá y más si es para una trampa y con qué entretener un pleito, como para siempre se hallarán hartos instrumentos con que los enreden"— parecen tomados literalmente del satírico español. La grave falta "de marcar una inflexible línea de demarcación entre los conquistadores y los pobladores y los advenedizos llegados con posterioridad" de que Iglesia acusó a Dorantes no es, por lo tanto, un pecado privativo del criollo. El español forjó el arma crítica y el criollo se aprovechó de ella porque los sentimientos del español eran los del indiano, y lo que parecía contrario a los nacidos en México resultó a la postre favorable a sus intereses.

En síntesis, tales son las ideas que animan a Dorantes de Carranza, el criollo que salió a la defensa de los suyos con la pluma en la mano. Es desalentadora la idea que se había formado de su mundo y de su casta. Especie de caballero armado

de la burocracia militante, cree que la salvación de los suyos consiste en un regadío parejo de mercedes reales. Su horizonte está limitado al palacio, considerado como una verdadera panacea de las necesidades públicas. Su razón de ser la apoya en el abolengo, y en él basa su derecho a prevalecer sobre los demás. Del conquistador le queda la tendencia al botín. No posee otra idea acerca de los bienes a que podía aspirarse en su patria. Sabe advertir una verdad: su clase es una clase de apestados y prevé que con el tiempo su descomposición llegaría a ser intolerable. Su profecía habría de cumplirse al pie de la letra.



XIII: LA POESÍA Y EL HOMBRE COLONIAL

Vayan muy enhoramala,
búsquenlo por todas partes
y trabajen en las Indias
como en Castilla sus padres.[1]

ROSAS DE OQUENDO.

POR ÚLTIMA vez nuestra ventana se abre al fresco follaje del paraíso indiano que ilumina el sol amarillo de las postrimerías del siglo. Estamos en la hora de la expiación. El ángel vengador, encarnado en la figura del virrey, ha cambiado su resplandeciente espada de fuego por un descomunal manojo de ordenanzas reales y con él pretende desahuciar al inquilino de la morada que ocupa sin el permiso de los dioses. El criollo que ahora se enfrenta al virrey no es el criollo rebelde a la manera de los Ávila, ni el genealogista a lo Dorantes de Carranza, ni mucho menos el caballero pícaro a lo Suárez de Peralta. Este criollo es un poeta. También defiende su patrimonio con la pluma en la mano, sólo que en lugar de escribir memoriales o ambiciosas y frustradas historias, a la ley opondrá el ejercicio de la épica y

contra las estocadas de los abogados reales se defenderá con el escudo de la octava invencible.

Nunca se ha presenciado un duelo de mayor duración ni menos sangriento. Se prolongó de mediados del siglo XVI a fines del XVIII y se libró en un espacio que comprende de Nuevo México a las regiones australes de Chile. La tinta corrió a mares. Un solo criollo, Saavedra Guzmán, que se bautizó a sí mismo con el nombre del *Peregrino indiano,* concluyó en dos meses de travesía marítima, "con balanceos de nao", un poema integrado por 2,036 octavas que hacen un total de 16,288 versos.

¡Qué imagen ofrece el criollo en el XVI! Lo envuelve una túnica de metáforas y de la boca le nace el arbolillo sonoro de la octava. En sus oídos suena un metrónomo ajustado al tiempo de ocho, anda a saltos de ocho pasos, entre ripios y pies forzados, y naufraga en un mar de retórica cuyas olas vienen en sucesivos endecasílabos de ocho en fondo hasta perderse de vista.

Nunca se ha pagado una expiación que tome semejante forma. Miles de pliegos sobre los que brilla la marmaja, cantos y poemas formados por los batallones infinitos de estas hormigas retóricas, salen de las mangas de los jubones criollos oscureciendo el horizonte de la Nueva España. Tienen las golas hechas de papelillos atestados de endecasílabos, y si alguna vez se cumplió con rigor la dantesca sentencia colombiana del "si me lees te leo", fue sin duda a lo largo de ese siglo en que hombres y caballos galopaban al compás de la somnolienta octava.

Al parecer, los criollos tenían la obligación de referirse al tema del Nuevo Mundo y su conquista, cuya vigencia se mantuvo sin decaer durante el XVI. Los humanistas europeos fueron los primeros en dejarse arrastrar por su novedad. "El Bembo se las arregla para insertar un capítulo del Nuevo Mundo en su libro sobre Venecia";[2] para Mártir de Anglería, el ensanche inesperado de su universo es "reminiscencias de la hesiódica Edad de Oro, isla de Mujeres Amazonas, galería de heroínas a lo Tito Livio, Colón en actitud de estatua romana".[3] El tema da para todos. Gómara, un autor en busca de asuntos, encuentra su personaje en Hernán Cortés. A los teólogos la Conquista les plantea un delicado problema moral y a los jurisconsultos la oportunidad de renovar el derecho. La historiografía —frailes aficionados

y cronistas más o menos oficiales— "se sacude con desperezo ante el espectáculo de sociedades extravagantes, se acerca curiosa a las multitudes, y saca a flor de tierra ese subsuelo que se llama etnografía",[4] y Tomás Moro, sobre un relato de Américo Vespucio, edifica, con el sueño de la igualdad humana, la resplandeciente ciudad de Utopía.

Temprano, la motivacón principia a inquietar a los de casa. La parcialidad de Gómara da origen a la *Conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz, en la que un profesional de la historia ha visto "una desmesurada relación de méritos y servicios".[5] Bernal se ha lanzado a la búsqueda del tiempo perdido ardiendo en ira. Gómara escribe de oídas. A Gómara lo engañaron. El gabinete no es buen observatorio para juzgar batallas donde la muerte se revestía con la máscara sagrada de Huitzilopochtli, el devorador de corazones enemigos. Y Bernal recoge cabos sueltos y pone los puntos sobre las íes. Cortés —razona— no es el *Deus ex Machina* de la Conquista, pues ésta sólo pudo realizarse con el hombre, la enfermedad, los trabajos y la muerte de sus soldados. Él ganó un marquesado y riquezas sin cuento —"fue el que mejor supo hacer su fato", escribiría Dorantes— y ¿cuál es la recompensa que han alcanzado los anónimos seguidores del conquistador? Desdén y miseria. Ahí está él mismo, el sobreviviente de naufragios y combates gloriosos, el campeón de la fe que venció a millares de indios ensanchando las fronteras de la Cristiandad, el fiel servidor del rey ingrato, reducido a la pobreza, enfermo y olvidado, mientras una muchedumbre de advenedizos cobra sin fatigas el precio de su sangre.

Cuando la muerte hizo rodar la pluma encantadora de Bernal —el primero de los conquistadores cronistas y el último en registrar sus propias hazañas—, los hijos de sus antiguos compañeros de armas la recogen del suelo y continúan el relato de la epopeya. Ocurre entonces un fenómeno bien extraño. La prosa del veterano se convierte en octava real; la evocación llena de vida, en un juego retórico. Una preocupación une sin embargo al transmisor de la herencia con el inesperado heredero; el afán de recompensas, el relato de méritos y servicios, con la diferencia de que el hombre de acción reclamaba el premio debido a su esfuerzo, en tanto que el criollo implora mercedes por

una sangre que nunca derramó. El hijo del conquistador se acostumbra desde el principio a vivir de su antepasado, de hechos ajenos, y a esperarlo todo de fuera.

Las historias y epopeyas de la Conquista —escribe nuestro Alfonso Reyes— escondían una finalidad práctica que era el cobrar servicios. Del afán de exagerar la deuda ya se burlaba Oquendo a propósito de sus mentidas hazañas en un pueblo de Tucumán. Nos dicen que de este vicio no se libró nadie o casi nadie.[6]

Apenas existe criollo que no guarde en el cajón de su mesa un rimero de versos destinados a loar las gestas de los conquistadores. La redacción del poema dura tanto como la vida y frecuentemente no llegaba a terminarse, de acuerdo con la observación del curioso Dorantes: "Los que escriben poemas de la Conquista van tan despacio —afirma—, que primero lo consume y acaba el tiempo todo, que lleguen a darnos de sus ingenios más que una gran voluntad y buenos deseos con que todo duerme y está cubierto".[7]

EL PRIMER POETA MEXICANO

A pesar de que se vio complicado en un proceso inquisitorial y en uno de los más ruidosos juicios de la Colonia, los datos que nos han llegado de Francisco de Terrazas, el primer poeta nacido en México, no logran armar su figura. Su padre, el conquistador del mismo nombre, siguió en las Indias la carrera clásica de todo soldado de fortuna: fue mayordomo de Cortés, encomendero próspero y alcalde mayor de la ciudad. La madre, doña Ana Osorio, era hija de Mari López de Obregón, prototipo de la matrona indiana. Muerta a los noventa años de edad, sus setenta hijos, nietos y bisnietos, vestidos de "loba, capuz y toca negra", el día de los funerales llenaban la iglesia, cinco nietos oficiaron y uno tuvo a su cargo el sermón.[8] Por el lado de su notable familia materna era el poeta "primo hermano de Baltasar de Obregón, autor de la *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España*".[9]

De Francisco de Terrazas, que fue el mayor de tres hermanos, se ignora la fecha del nacimiento, y la de la muerte, ocu-

rrida antes de 1604 por así afirmarlo en su *Relación* Baltasar Dorantes de Carranza.

En 1563, el escritor teatral Fernán González de Eslava le dirigió —"rasgo típicamente medieval" [10]— una *Pregunta* acerca de la validez de la ley de Moisés, a que respondió Terrazas con cuatro décimas. Eslava replicó y la correspondencia teológica vino a enriquecerse con seis nuevas décimas en las que nuestro criollo reafirmó su opinión de que

> Fue la ley de la Escritura
> en su tiempo instituída,
> porque fuese corregida
> con ella la de Natura
> que estaba ya corrompida,
> mas fue tiempo limitado
> hasta que en lo figurado
> la figura se cumpliese
> y el hijo de Dios muriese
> pagando nuestro pecado.[11]

El haber participado en la encuesta el poeta toledano Juan Bautista Cervera, quien hizo pasar las décimas de Terrazas como suyas entre "gentes idiotas", motivó que la Inquisición interviniera acusando al toledano de judaizante.

Once años después, Terrazas se vio nuevamente mezclado de manera incidental a una disputa famosa librada entre el Virrey don Martín Enríquez de Almanza y el arzobispo inquisidor don Pedro Moya de Contreras. La vieja pugna del poder civil y del poder eclesiástico manifiesta desde la época tormentosa de fray Juan de Zumárraga, y que habría de ser uno de los rasgos peculiares de la Colonia, encarnaba esta vez en dos adversarios igualmente fuertes y celosos de sus prerrogativas. Enríquez, cumpliendo instrucciones de Felipe II, prohibió a los religiosos adquirir nuevas propiedades y simultáneamente decretó una elevación de alcabalas, medidas peligrosas que afectaban por igual al pueblo y a la Iglesia. Moya, según era costumbre, se quejó amargamente y el Virrey fue amonestado sin razón alguna por el Consejo de Indias, lo cual exacerbó la tradicional rivalidad.[12]

En 1574 los esfuerzos de Moya por implantar el Santo Oficio le valieron el nombramiento de arzobispo. Grandes ceremonias se organizaron para celebrar su consagración. El 8 de diciembre se representó en el interior de la catedral, junto con un entremés que aludía a un barbón, el *Desposorio espiritual entre el Pastor Pedro y la Iglesia mexicana,* "comedia pastoril de carácter simbólico", escrita por el criollo Juan Pérez Ramírez, a quien corresponde el título de ser el primer autor teatral mexicano. Desgraciadamente, como en el caso de Terrazas, los datos que sobre él poseemos son bien reducidos y pueden quedar resumidos en la breve información enviada por Moya a Felipe II en 1575: "Joan Pérez Ramírez, natural de México, de treynta años, hijo de conquistador, lengua mexicana, a oydo cánones, entiende bien latín y es hombre de buena habilidad y buen poeta en romance, vive bien y honestamente".[13]

Aparte de la Iglesia y del Arzobispado, figuran en el *Desposorio* "el Amor Divino" en papel de cura que efectúa el enlace . . . , un coro de cantores y el "bobo" del teatro clásico español, que aquí, como en las sucesivas obras mexicanas, interviene en muy parca forma".[14] Alfonso Reyes con toda su buena voluntad hacia la "pulcra versificación" de Ramírez se ve forzado a concluir que "el drama no suelta aún sus andaderas y queda medio embarrado en el papel".[15]

El 11 de diciembre, siguiéndose las fiestas, se representó un *Coloquio en la consagración del Dr. D. Pedro Moya de Contreras,* obra de Fernán González de Eslava, esta vez en la compañía de *El Alcabalero,* "conocida obra del ciclo de Lope de Rueda".[16] El nuevo entremés, a cargo de un gracioso mulato cuya actuación provocó las risas y los aplausos del auditorio,[17] colmó la paciencia del Virrey. La alusión al barbón del primero, y la sátira contra las alcabalas del segundo, determinó que ordenara suspender las representaciones y escribiera iracundo al Consejo de Indias: "Todos los demás entremeses le perdonara, mas éste no me hizo buen estómago, aunque ninguno aprobara, que no es farsa una consagración y tomar el palio. . ." [18]

Poco después reviviéronse los desahogos anónimos de los tiempos de Hernán Cortés y apareció clavado a la puerta de la catedral un pasquín en que se hacía burla del Virrey y de las

alcabalas. Enríquez encarceló a Eslava y a Terrazas, y Moya de Contreras, acobardado, se disculpó alegando que el censor de la Inquisición, fray Domingo de Salazar, había dado su aprobación a las obras. Terrazas fue puesto en libertad, pero Eslava estuvo once días en la cárcel y el lío dio fin con haberse limitado el Consejo de Indias a tirarles las orejas al susceptible virrey y al soberbio arzobispo.

Terrazas vivió en una época dominada por la influencia de la poesía italiana. Entre el vigoroso realismo y el sentido humano —"demasiado" humano, lo calificó Menéndez y Pelayo— de la *Tragicomedia de Calixto y Melibea* y el blando lirismo de su amigo el desventurado Gutierre de Cetina, los sonetos de Terrazas gravitan complacidos en esta segunda órbita del sistema petrarquista. Recordaba Sempronio: "Las mujeres y el vino hacen a los hombres renegar". En México esta sentencia hubiera parecido una falta de cortesía imperdonable, una cruda blasfemia que debería ser rechazada pudorosamente. El poeta "ferido de amor" se dolía del engaño de las mujeres, de su desamor y de su olvido, de su desdén, ingratitud e inconstancia, pero en modo alguno sentíase con ánimos de mencionar su lujuria y suciedad, su deslenguamiento, su desvergüenza y su alcahuetería que a cada paso les echa en cara el atrevido Fernando de Rojas. Los poetas novohispanos no reniegan, se conforman con lamentarse. Eran incapaces, al menos cuando escribían, de comprar los servicios de los trotaconventos y se limitaban a pintar su dolor y a llorar los desdenes de la ingrata.

Dentro de la tónica que marca la lírica del Renacimiento, la poesía de Terrazas se mueve con libertad. Su soneto IV le valió, tres siglos después de escrito, que no quisieran reproducirlo Icazbalceta por encontrarlo "sobradamente libre" y Menéndez y Pelayo a causa de parecerle "un tanto deshonesto".[19] Las dos autoridades máximas del siglo XIX se pusieron de acuerdo en vetar el poema en que Terrazas glorifica las anónimas piernas de una dama, reprobación que no han merecido luego los versos de Manuel M. Flores o de Efrén Rebolledo, quienes dieron el triste espectáculo de ser hombres consumidos por un erotismo que bien pudieran emplear en la intimidad de las alcobas sin gastarlo en públicos derroches de sospechosa retórica.

Decía Terrazas en su censurado soneto:

¡Ay basas de marfil, vivo edificio
obrado del artífice del cielo,
columnas de alabastro que en el suelo
nos dais del bien supremo claro indicio!

¡Hermosos capiteles y artificio
del arco que aun de mí me pone celo!
¡Altar donde el tirano dios mozuelo
hiciera de sí mismo sacrificio!

¡Ay puerta de la gloria de Cupido
y guarda de la flor más estimada
de cuantas en el mundo son y han sido!

Sepamos hasta cuándo estáis cerrada
y el cristalino cielo es defendido
a quien jamás gustó fruta vedada.

El soneto revela haber sido escrito por un hombre nada propenso a tomar con violencia la fruta del cercado ajeno, discreción poética de la que ciertamente no ofrecen ejemplos numerosos sus modelos europeos, y esta diferencia revela, en el mismo arranque de la poesía mexicana, la contención y timidez que habrían de contar entre sus rasgos más fieles y característicos.

Con los nueve sonetos renacentistas de Francisco de Terrazas se inicia la literatura mexicana. Resulta curioso que sean tres de esos sonetos, y la decena que también con temas de desengaño amoroso escribiera en el XVII sor Juana Inés de la Cruz, las únicas obras del período virreinal que sobrevivan a un naufragio casi total de octavas reales, letrillas, epístolas y oscuros poemas barrocos.

UN ÉPICO SIN ÉPICA

La fina sensibilidad que muestra Francisco de Terrazas en sus sonetos desaparece no bien empuña la trompeta guerrera transformándose en un soleme declamador hiperbólico. De esta manera inicia su poema inconcluso *Nuevo Mundo* y *Conquista:*

No de Cortés los milagrosos hechos.
No las victorias inauditas canto
de aquellos bravos e invencibles pechos
cuyo valor al mundo pone espanto.
Ni aquellos pocos hombres ni peltrechos
que ensalzaron su fama y gloria tanto,
que del un polo al otro en todo el mundo
renombre han alcanzado sin segundo.

El autor de un poema épico al que se ha dado la gloria de presidir el vasto ciclo cortesiano no es, aunque resulte un contrasentido afirmarlo, un poeta épico. En los fragmentos conservados por Dorantes no figura la parte de la Conquista, que debería ser el núcleo del poema, y lo épico sólo asoma tímidamente en el episodio incidental de Francisco de Morla lanzándose al mar para recobrar el timón perdido. Su temperamento lo lleva a tratar asuntos de carácter lírico, como el rapto de la india Quetzal y la desesperación de su amante Huitzel, el rescate del lloroso Jerónimo de Aguilar, o los persuasivos y demasiado retóricos discursos que sobre materia religiosa endereza Cortés a los indios de Yucatán.

Su manera de ver la historia es la misma en esencia de la de Suárez o Dorantes. Él también enfrenta la abultada e inquietante contradicción que plantea la naturaleza divina de la Conquista y sus crueles e injustos procedimientos. Al igual que Dorantes, condena la esclavitud y llega a poner en boca de un indio el siguiente juicio acerca de la conducta seguida en las guerras por los conquistadores:

Callo su preguntar y su malicia,
su gran soberbia, su mandar airado,
su mucha crueldad, poca justicia
y aquel desprecio del haber robado.

Esta condenación, según hemos visto en Dorantes, no le impide pensar que Cortés haya sido un instrumento de Dios:

Escoge a Cortés, Dios por instrumento
para librar su pueblo del profundo,
que lleve al prometido salvamento
no sólo un pueblo, todo un Nuevo Mundo.

La tendencia de Francisco de Terrazas al lirismo dialéctico le hace cobrar una mayor soltura en aquellos pasajes donde la razón trata de esclarecer los inexcrutables designios de la providencia:

Mi Dios, al juicio humano qué apartadas
van las secretas sendas que caminas . . .
. . .
y cuando van las cosas dedicadas
a ti y por ti, cuán bien las encaminas.
. . .
Secretos son, Señor, que no alcanzamos,
conceptos tuyos son que no entendemos,
trazas y ocultas vías que ignoramos,
estilos son que no comprehendemos.

Es sintomático que Terrazas eludiera el tema de la guerra y en cambio dedicara el fragmento más largo de su trunco poema a defender el patrimonio de los desventurados hijos de los conquistadores. Su visión del mundo colonial y su afán de recompensas son de tal modo semejantes a los del autor de la *Relación,* que es difícil precisar a quién corresponden la idea y la médula del alegato.

De acuerdo con Terrazas, los guerreros paganos de la antigüedad recibieron, en premio de sus victorias, ricas ciudades, villas y lugares, y "sólo al triste México ha faltado"

lo que a nadie en el mundo le es negado,
llorosa Nueva España, que deshecha
te vas en llanto y duelo consumiendo,
. . .
que el ser tan estimada no aprovecha
del gran Filipo para no ir cayendo
de tiempo en tiempo siempre en más tristeza,
en más miseria, hambres y pobreza.

Tal es la imagen que el criollo se ha formado de la tierra en que vive. Una estrella del mal agüero preside su cielo; el dolor, la adversidad y el desamparo componen su ambiente. Y en medio de esta desolación, de este mundo poblado de trágicas

ruinas, resplandece la conciencia de sentirse un cuerpo muerto, un ser maldito culpable de los males que afligen a la patria.

Las octavas donde Terrazas pinta la desesperación que invade al hombre colonial están impregnadas de un vivo sentimiento elegíaco:

> Juegue la Parca la guadaña airada,
> remátese con muerte tanta pena,
> quede de propios hijos descargada
> y de extrañas naciones harta y llena;
> si por ser tu tiniebla así alumbrada,
> convertida ya en luz clara y serena,
> con muerte pagas, muerte es la que pido,
> si muerte ha de ser fin de lo servido.
>
> Madrastra nos has sido rigurosa,
> y dulce madre pía a los extraños,
> con ellos de tus bienes generosa,
> con nosotros repartes de tus daños.
> Ingrata Patria, adiós, vive dichosa
> con hijos adoptivos largos años,
> que con tu disfavor fiero, importuno,
> consumiendo nos vamos uno a uno.

En prosa o en verso, los criollos resuellan por la misma herida. De los mil trescientos españoles que alumbraron las oscuras tinieblas de la Nueva España,

> . . . cuando con resplandor de claros soles
> del poder de Satán te libertaron,
> contados nietos, hijos y parientes,
> no quedan hoy trescientos descendientes.

Y aun esos trescientos andan en pueblos escondidos, rotos y pobres,

> cual pequeñuelos pollos esparcidos,
> diezmados del milano y acosados,
> sin madres, sin socorro, sin abrigo.

En la última parte conocida de su poema, Terrazas, dirigiéndose a la sombra de Cortés, pero en realidad encarándose

directamente con el Virrey, acentúa el tono de memorial que ha logrado disimular con el hábil manejo de la retórica, descubriendo, sin recato, su codicia. Ya que a los conquistadores —concluye— no se les han dado los títulos y estados prometidos, debía conservarse la perpetuidad de la encomienda,

> y no que ya los más han fenecido
> y los hijos de hambre perecido.

No cierra el poema esta llorosa lamentación. El criollo, al final, parece resignarse. Si se le niega la justicia terrenal, Dios sabrá otorgársela eternamente, aunque no está claro si esta eternidad está referida a la encomienda o a la dicha celestial que sin duda aguarda a los hijos de los héroes, en premio de sus muchas desventuras.

Terrazas, el joven abuelo que inicia nuestra poesía, es como tantas figuras del XVI una sombra melancólica, un poco de polvo enamorado. Murió en plena juventud, rodeado de una pequeña fama. Sus versos, que nunca merecieron los honores de la imprenta, permanecieron ocultos en compilaciones manuscritas o en procesos inquisitoriales de donde la crítica los exhumó a los tres siglos de haber sido escritos. Diversas calidades distinguen su obra. No sólo hizo versos en español, sino en italiano, y en latín, la lengua de la cultura de su tiempo. Su conocimiento de los idiomas, su disciplina literaria, la maestría con que maneja las formas, su discreción y su buen gusto, constituyen sus rasgos esenciales, asimismo comunes a una corriente que prolongándose a través de la Colonia y del siglo XIX, llegará viva a nuestros días.

Al fin de cuentas, lo que nos queda de él se distingue por su falta de originalidad. Su *Nuevo Mundo y Conquista*, escrito con evidente desgana, carece de emoción auténtica y está inspirado en *La Araucana* de Ercilla. No vivió la Conquista, la guerra es ajena a su modo de ser y sólo la siente en lo que tiene de genealogía para apoyar los derechos de su casta. La trompetería guerrera le va mal a la intimidad psicológica de un hombre que detesta lo extremoso y siente un manifiesto horror a toda la guardarropía tradicional de la gloria. El hecho de que el poema, imitación deslavada de Ercilla, quedara incompleto acentúa la

frustración del lloroso y delicado criollo metido a cantor de ajenas hazañas.

Fino y pequeño poeta —la elegancia y la ponderación son sus límites—, su mejor soneto, "Dejad las hebras de oro ensortijas", es una imitación —otros la llaman paráfrasis— del célebre de Camoens: "Tornai essa brancura á alva assucena". En ese soneto, al igual que en otros suyos de influencia petrarquista, se acusa ya ese "tono menor", ese "sentimiento crepuscular", que los críticos juzgarán más tarde distintivo de la literatura mexicana. Para hablar de nuestra carencia de originalidad y de fuerza, en suma de nuestra moribundez, se ha recurrido a esos horribles lugares comunes que aceptamos complacidos. Terrazas, el primer poeta de una tierra nueva, ya está marcado con el estigma del blando lirismo, de la decadencia sin ambages, porque es un hombre que escribe de prestado, que trata de hacer suyos sentimientos que le son ajenos y que trabaja para un reducido grupo de iniciados en la ciencia hermética de la poesía petrarquista. En una pequeña ciudad cercada de indios, escribe de amor "a la manera itálica", como después sus descendientes fingirán arcadias y pastoras con nombres griegos en nuestro paisaje volcánico, se dejarán arrastrar por el romanticismo y empuñarán la pistola ante el *Werther*, se creerán poetas malditos y morirán hinchados de ajenjo, harán poesía de la inteligencia o poesía onírica y seguirán enviando sus bien cuidadas *plaquettes* al grupo de iniciados que practica el arte de la paráfrasis realizada "en tono menor". Y no se trata, entiéndase bien, de condenar un servilismo artístico en nombre de un nacionalismo. El aire del mundo circula hoy libremente por nuestra patria y ha desaparecido el vacío de campana neumática producido por la intolerancia y el aislamiento de la Colonia, en el que se asfixiaron los escritores mejor dotados.

México no ha producido únicamente hombres atentos al acontecer del mundo, ni poetas dignos y discretos. Con numerosos y excepcionales artistas, hace tiempo, una corriente nutrida de lo nuestro se desliza vigorosa. Hay mucho pintoresquismo, muchos elementos impuros y desgraciados en ella, porque no la clarifica ni la ordena la disciplina del arte. Una síntesis de las dos corrientes podría ser una de las soluciones a esta urgencia

de expresión, de toma de conciencia, que se ha planteado de manera angustiosa el hispanoamericano, pero las recetas generalmente resultan ineficaces. Sería cuestión de modificar el medio que condiciona estas peculiaridades. El escritor está cogido entre mundos antagónicos; es una víctima de la desorganización social y de las corrientes enemigas que se combaten en su pecho, sin que haya podido hacerlas suyas, que sería la única forma de conciliarlas.

En el siglo XVI, el criollo, un producto nuevo de una sociedad sui géneris, aparece formado. Dentro de un mundo pacífico tiene la cabeza llena de ideas caballerescas, sus prejuicios de sangre y de nobleza están en lucha con la constitución íntima de su sociedad, escribe poemas épicos destinados a cantar guerras que sólo conoce de oídas y sonetos petrarquistas cuya motivación no se ha gestado en su mundo. Así, pues, su trabajo creador se presenta como una ficción monstruosa, ya que no obedece a las exigencias de su propio medio vital. Si todo se le da hecho y resuelto de antemano y carece por un lado de libertad de pensamiento y por otro se le cierran las puertas a la acción trascendente, es natural que se derrumbe en un verbalismo vacío de sentido. Se le dejó la palabra que ejerce tan profunda seducción en su espíritu y con la palabra levantará esos huecos edificios, verdaderas tumbas donde el verbo se pudre en horribles retorcimientos barrocos.

La poesía en México se ha compuesto de aluviones, de corrientes externas y se ha petrificado en un gran bloque. No es necesario ser un especialista en arqueología literaria para descifrar, uno a uno, los estratos que la componen. Lo que precisa es machacar todo eso; mezclarlo a la tierra para que reciba la bendición del sol y del agua y volver a edificarlo con el rigor del arte. No es tarea fácil, pero algún día, cercano o lejano, tendrá que emprenderse.

LA POESÍA SOCIAL

Las luchas sociales del XVI no sólo se reflejan en los poemas épicos del famoso ciclo cortesiano, sino en una abundante producción satírica. La coincidencia que se advierte en los temas de Oquendo y en los de Suárez de Peralta y Dorantes de Ca-

rranza nos autoriza a pensar que las ideas de los criollos eran las mismas de los españoles cuando éstos se hallaban privados de las granjerías coloniales. Unos y otros por igual odian a los advenedizos, desprecian a los indios y a los mestizos y se lamentan de su incapacidad para enriquecerse valiéndose del engaño y de la adulación. Sin embargo, Oquendo, Suárez y Dorantes, a quienes identifica el mismo resentimiento, pertenecen a dos mundos diferentes. Oquendo no puede disimular el orgullo de sentirse un español, un miembro privilegiado del Imperio capaz de reírse de sus propias instituciones y de criticarlas acerbamente. Los criollos, en cambio, se expresan siempre como víctimas de un sistema vejatorio, y si por un lado recurren a la épica con objeto de asegurar sus derechos a la encomienda, por el otro no vacilan en atacar a la Colonia burlándose de su principal enemigo. Un célebre soneto anónimo del XVI pinta el orgulloso desdén con que los criollos veían a los advenedizos:

Viene de España por el mar salobre
a nuestro mexicano domicilio
un hombre tosco, sin algún auxilio,
de salud falto y de dinero pobre.

Y luego que caudal y ánimo cobre,
le aplican en su bárbaro concilio
otros como él, de César y Virgilio
las dos coronas de laurel y robre.

Y el otro, que agujetas y alfileres
vendía por las calles, ya es un Conde
en calidad, y en cantidad un Fúcar;

y abomina después el lugar donde
adquirió estimación, gusto y haberes:
¡y tiraba la jábega en Sanlúcar!

Claro está que no toda la poesía es petrarquista o refleja las luchas sociales de la época. Aun los "pocos y mutilados residuos" que nos quedan de la abundancia antigua —había más poetas que estiércol, afirma un contemporáneo— revelan el vigor que el XVI imprimió a las manifestaciones de la vida. Ciertamente se había llegado a un gran refinamiento y entre aquella

"verbalidad parecida a la poesía" entonces de moda, sobresalen hermosas voces. Córdoba y Bocanegra, que encarnó en la Nueva España el hombre "múltiple" del Renacimiento; Guevara, autor del soneto que principia "No me mueve mi Dios para quererte", el interesantísimo teatro de Eslava y el lirismo de Terrazas pueden darnos una idea de la densidad cultural propia del XVI.

EL EXTRANJERO EN SU PATRIA

La frustración de una rica posibilidad humana parece haber sido la nota común a los criollos hijos de la primera generación. Una evidente incapacidad para todo género de acción trascendente determina su fracaso lo mismo cuando inician la relación de una crónica o de un poema épico que cuando organizan una rebelión o tratan de defender su amenazado patrimonio.

Pocas veces puede la historia ofrecernos dos tipos humanos tan opuestos como el del conquistador y el del criollo, a los que separa el término de una generación. El hombre de acción, el musculoso guerrero capaz de embarcarse en las más disparatadas empresas, aquella energía verdaderamente diabólica que lo hacía invencible, desaparece en el hijo, y la propia estimación, la idea elevada que tenía el aventurero de sí mismo, se transforma, al heredarla su vástago, en una estimación derivada no ya de un hecho personal, sino de una hazaña ajena, petrificada en la figura, al parecer nada estimulante, de un árbol genealógico.

En una tierra virgen y abierta a todo esfuerzo creador, el criollo, un aristócrata de nuevo cuño, pretendía acaparar los mayores privilegios sociales y económicos defendiendo con uñas y dientes el sagrado derecho a no trabajar que para ellos habían conquistado sus antecesores.

Eran, en suma —escribe García Icazbalceta—, una nube de vagos con humos de grandes señores, que veían de reojo a los españoles llegados después de la Conquista, porque con mejor acuerdo se dedicaban a trabajar el comercio o en la labor de la tierra. De su industria sacaban comodidades que los de alcurnia de conquistador veían con envidia, y la desahogaban con morder despiadadamente a los que llamaban advenedizos, aprovechando el lado ridículo de algunos embusteros

arrogantes que llegaban contando maravillas de sus riquezas y linajes, cuando de a legua descubrían la burda tela de su baja y estrecha cuna.

La dramática pugna que libraron el criollo y el español no puede quedar reducida a los términos de una cómica rivalidad entre unos perezosos comidos por el despecho y unos hombres trabajadores aunque inclinados a la fanfarronería. La debilidad del mexicano ante el español y sus graves limitaciones se originaron en el hecho de haber nacido en una colonia, circunstancia esencial a toda consideración importante que nos hagamos acerca del carácter y de la peculiaridad del mexicano.

El que un hombre durante el XVI naciera en España o en una de sus colonias, por más que los dos se llamaran españoles, tuvieran la misma sangre, el mismo idioma y la misma religión, originaba radicales y complejas diferencias. Uno, para decirlo brevemente, era el dueño del otro, uno tenía el privilegio de mandar y otro la obligación de obedecer, uno podía elegir e imponer y el otro aceptar la imposición o rebelarse y perder la cabeza en un patíbulo.

La idea sombría que los criollos sin excepciones se habían formado de su mundo correspondía ceñidamente a la naturaleza nauseabunda de la Colonia. Ellos se sentían cuerpos putrefactos, cadáveres vivos, parte de un osario carnavalesco donde todo se pudría ruidosa y fatalmente.

La Colonia es el mundo de lo ajeno; la voluntad nacional para forjarse un destino propio contra las mayores adversidades no existía en el virreinato. El mexicano, un mexicano sin México, un mexicano de la Nueva España, alentaba en una tierra que, debido a ciertos imperativos divinos y políticos, tenía su propietario. El fenómeno de que los conquistadores no hubieran obtenido recompensas dignas de los grandes servicios prestados a la Corona y para el que no hallaban una explotación razonable amargó sus días haciéndolos vivir insatisfechos y resentidos. La encomienda, la razón de ser del criollo, el fundamento de su riqueza y de su aspiración a la preeminencia, nunca fue suya en derecho. La encomienda —la tierra y el trabajo del indio—, el único botín de las guerras indianas, fue impuesta por Hernán Cortés forzosamente, y desde el principio tropezó con la oposi-

ción de la Corona. Independientemente de que los reyes no vieran con buenos ojos la consolidación en las Indias de un nuevo y peligroso feudalismo, las experiencias catastróficas de las Antillas, donde el abuso de las encomiendas aniquiló a la población indígena, y sobre todo la apasionada defensa de los naturales realizada por los primeros misioneros, determinaron que los reyes mantuvieran su terca oposición al establecimiento definitivo de la encomienda.

Ya a partir de la conquista, Carlos V "mandó a Cortés que no las estableciera en la Nueva España . . . porque Dios creó a los indios libres y no sujetos"; en 1526 quedaron legalizadas a regañadientes, se restringieron en 30, "poco después, en 1536, consiguieron los encomenderos que se diera la ley de las encomiendas por dos vidas, que a algunos aún les pareció corta y pidieron la perpetuidad".[20] En 42, gracias al tesón de fray Bartolomé de las Casas, volvieron a limitarse y se llegó a decretar la abolición de la esclavitud, pero en 1546, el Emperador las implantó nuevamente. El ideal de la justicia y de la libertad humana combatía inútilmente contra razones de orden práctico. La encomienda era el único incentivo de que la Colonia prosperara, y no podía extinguirse. Nadie quería vivir en las Indias privado del trabajo del indio. La oposición de los encomenderos a las Nuevas Leyes de 1542 que en el Perú le costaron la vida al Virrey Blasco Núñez Vela, y que en México prepararon la abortada rebelión de 1562, el envío de procuradores ante el rey, la diáspora de conquistadores y pobladores que muchas veces amenazó con la extinción de las colonias, el que los encomenderos tuvieran de su lado a grandes figuras y a las poderosas órdenes de franciscanos, dominicos y agustinos, determinaron que las encomiendas se sostuvieran, pero no como un bien permanente sino como el usufructo de un préstamo gracioso del que podían ser despojados en cualquier momento.

Los resultados de esta "precaria constitución de la riqueza pública" han sido vistos a lo largo de nuestro estudio. La convicción de que nada pertenecía al mexicano le fue creando la conciencia de que vivía de prestado. Hasta los criollos, que a semejanza de los Ávila y Francisco de Terrazas eran señores de pueblos, entendían con decepcionada certidumbre que la Nueva

España era una madrastra. Tenían una idea cortante, precisa, de su total subordinación a las fuerzas rectoras de la Colonia.

La lenta burocratización operada a lo largo del XVI terminó por aniquilar el cuadro de valores del hijodalgo. Su dependencia absoluta del Virrey, de la Inquisición, del funcionario público y del agiotista hizo del criollo un pícaro al estilo del español de la decadencia. El señol feudal, con tal de participar en un torneo, en una cabalgata o en mantener las apariencias del hidalgo, recurría a los prestamistas. El juego, los saraos, las grandes comidas, lo conducían a la ruina sin que él se esforzara por evitarla dedicándose al trabajo. La convicción de que los bienes en América se deshacían "como el humo y la sal en el agua" revela la concepción de un fatalismo ciego y paralizante. Al criollo empobrecido se le reservaban los puestos inferiores del escalafón burocrático. Debía practicar la pretensión y luchar a brazo partido contra solicitantes más hábiles, a fin de obtener los corregimientos y las alcaldías peor retribuídas, los cargos en las pequeñas aldeas o en las regiones insalubres. Su situación dentro del clero o de las órdenes monásticas no les ofrecía mayores perspectivas. En el XVI, con motivo de las elecciones de prelados, frailes criollos y frailes españoles, emprendían verdaderos combates. Las autoridades, a fin de evitar a la ciudad el poco edificante espectáculo de que sus guías espirituales se mataran entre sí, intervinieron repetidas ocasiones con lujo de fuerza. Las leyes de Alternativa dictadas por Felipe II para normar las elecciones en los conventos no bastaron a impedir que los frailes españoles hicieran sentir, en la mayoría de los casos, su absoluto predominio sobre los criollos.

La lucha por sobrevivir, esa lucha activa y sorda que se desarrollaba en las antesalas gubernamentales donde se autorizaban las armas más innobles, hicieron del criollo un cínico. El abuso del servilismo y de la adulación, el empleo de la trampa y del cohecho, la atmósfera de odios y venenosas intrigas de la administración colonial le crearon una psicología de cesante altivo.

Así y todo, vivía del milagro, del favoritismo, del buen humor del gobernante en turno y la inseguridad de su vida, el pisar en terreno falso, el continuo regateo de los bienes a los

que creía tener derecho, terminaron haciéndolo indiferente y resentido.

El criollo no se hacía ilusiones sobre su circunstancia colonial. La calificó con exactitud ya desde la primera generación como "banco donde todos quiebran, depósito de mentiras y engaños, dibujo del infierno, dulce beso de paz a los recién venidos y azote y cuchillo de sus propios hijos". Al letrado, el escape de su realidad se lo proporcionaban, de preferencia, la historia y la poesía, y así lo vemos refugiarse en las motivaciones universales de Petrarca o hundirse en el pasado de las Indias. Para huir de su infierno este ser recién hecho se convierte en estatua de sal y vive con los ojos puestos en el mundo exterior y en el pasado. Sus limitaciones, su odio hacia el bastardo y el plebeyo, su terca oposición al nuevo colono —uno de los elementos activos de la nacionalidad— y su desprecio al mestizo, a ese mestizo que andando el tiempo le daría a México su perfil insobornable, contribuyeron a debilitar la posición del criollo al privarlo de sus aliados naturales.

SUPERVIVENCIA DEL HOMBRE COLONIAL

El hijo del conquistador o del primer poblador nacido en la Nueva España, es decir, el primer mexicano en el tiempo, no es un hombre muerto. Con sorpresa observamos que su actitud ante la vida, sus ideas y sus sentimientos, la consideración que tenía de su mundo, viven hoy en nuestros contemporáneos. La supervivencia del hombre colonial, desaparecida la Colonia, es un fenómeno al que asistimos en calidad de testigos y de participantes. Ningún hombre es el sobreviviente de una edad remota, y si el viejo criollo a nuestros ojos resulta un náufrago del XVI, es porque con él, a semejanza de Robinsón Crusoe, se han salvado los restos del naufragio de su siglo.

La Colonia está más cerca de nosotros de lo que imaginamos. El "hondo sentimiento de menor valía", el famoso complejo de inferioridad privativo del mexicano, origen de "todas sus virtudes y de todos sus defectos",[21] es un sentimiento brotado en la Colonia. La sujeción política a un extranjero que gobernaba como un representante de la divinidad, su total dependencia

económica, el hecho de que el mexicano careciera de oportunidades para intervenir en la vida pública o en la dirección de las empresas comerciales o industriales, la subordinación a la técnica y a la cultura del conquistador, le crearon la convicción de que todo lo extranjero, por el solo hecho de serlo, era lo mejor. ¿Cuántas consecuencias pueden derivarse de una brutal y cortante servidumbre? Enumeremos sólo unas cuantas. Octavio Paz, con clarividencia de poeta, escribe en el libro *El laberinto de la soledad:* "Quizá el disimulo nació en la Colonia. Indios y mestizos tenían, como en el poema de los Reyes, que cantar quedo, pues entre dientes mal se oyen las palabras de rebelión. El mundo colonial ha desaparecido, pero no el temor, la desconfianza, el recelo". El temor a comprometerse con una palabra sospechosa de rebeldía, la desconfianza que inspira el esclavista profesional, y el recelo a ser engañado, burlado y escarnecido por un hombre superior y en continuo asecho de ventajas, propios del criollo, se extremaron en indios y mestizos al grado de convertirse en la imagen misma del silencio reticente y de la torva y misteriosa suspicacia. "Plantado en su arisca soledad, espinoso y cortés a un tiempo, todo le sirve para defenderse: el silencio y la palabra, la cortesía y el desprecio, la ironía y la resignación." Todo es acto de defensa, pero también de entrega desdeñosa al aniquilamiento. Su terrible violencia y su espíritu cargado de explosivas represiones pierden su significado ante la indiferencia, esa especie de parálisis con que el mexicano se complace en destruirse. La indiferencia no sólo es resultado de una desconfianza hacia su mundo hostil, sino la desoladora certidumbre de su desamparo, de la ineficacia de su intervención, de que todo anda mal y no vale la pena de preocuparse por nada.

La indiferencia es, sin duda, el fruto de una vieja certeza de que los bienes y los goces del mundo no le pertenecen. Quien ha nacido en una Colonia donde las cosas tienen un dueño extranjero termina siendo un indiferente animado de oscuras intenciones destructoras. Estamos frente a un caso de nihilismo que comprende lo mismo al árbol y a la tierra, que al gobierno, a la improvisación y al dispendio. El mexicano puede ver, sin alterarse, cómo arde un bosque. Es capaz de presenciar una des-

trucción o un despilfarro sin decir palabra. Sabe que el monte quemado y la tala y la destrucción y el saqueo y la injusticia obedecen a un sistema de despotismo, a intereses superiores e intocables. La concesión, el cacicazgo, el monopolio, el favoritismo, los vicios de la Colonia, establecen una realidad contra la cual se considera vencido de antemano.

Su actitud ante la política puede, en su esencia misma, considerarse similar a la que observaban los criollos en el XVI. Si en la época colonial los cargos administrativos eran considerados como el botín legítimo a que podían aspirar ciertos privilegiados, en la actualidad siguen viéndose como el patrimonio de un grupo igualmente, aunque por otras razones, privilegiado. La circunstancia de que todo mexicano aspire a ocupar un puesto elevado en la administración no le impide tener el peor concepto del gobierno. Para él toda autoridad es espuria, inmoral y tiránica; y toda ley, lesiva a sus intereses.

Esta conciencia lúcida de una imposición y de una inmoralidad, a las que asocia la persona y los actos del gobernante, se encuentra en franca contradicción con su "apatía ciudadana" y su indiferencia en materia de acción política. Por lo que hace a la ley, trata de buscar la manera de burlarla, de hacerla inoperante, y por lo que hace al funcionamiento público se venga de él y de sus medidas creando sarcasmos sangrientos de una refinada malevolencia. La costumbre de los pasquines anónimos con que se pintaba la casa de Hernán Cortés —"pared blanca, papel de necios"—, las alusiones venenosas al Virrey Enríquez y el descontento popular manifestado en las representaciones teatrales de 1578 encarnan hoy en los chistes anónimos que corren de boca en boca, en algunos periódicos y en las cómicas pantomimas de los teatros de revistas.

El mexicano, en materia política, nunca da la cara. Se mueve, cauteloso y lleno de recelo, como si aún se enfrentara, con armas prohibidas y voces en sordina, al aparato represivo de la Colonia. Su antagonismo y la triste idea que se ha formado de todo gobierno, a semejanza del criollo, no determinan una resuelta intervención en la política. ¡Y por otro lado, qué exhibición de servilismo! El espectáculo que ofrecían las antesalas gubernamentales a finales del siglo XVI y la pegajosa adulación

de Baltasar Dorantes de Carranza son notas comunes a las dos burocracias. El hombre colonial no sólo piensa que el gobierno le es ajeno, sino que los bienes y las cosas de su patria le son igualmente ajenos. Condenado a vivir de prestado en un mundo carente de oportunidades y de estabilidad, lejos de preocuparse en acrecentar su escaso patrimonio, cuando reúne algún dinero, lo derrocha, hundiéndose en una orgía dolorosa y brutal que recuerda a los viciosos pobres de la novelística rusa, a quienes aniquila la certidumbre de su impotencia y de su culpa. En las clases superiores el derroche toma formas similares al que tomó en las épocas del segundo Marqués del Valle de Oaxaca. El despilfarro en automóviles lujosos, el afán de sobresalir, la presunción espectacular, origina gastos enormes y dan lugar a esos contrastes violentos y desgaradores en un país donde, según el censo de 1940, "trece millones de mexicanos dormían en el suelo; y siete millones vestían calzón blanco, seis caminaban descalzos; cuatro usaban huaraches, y nueve, zapatos". La revelación de tanta miseria en el pueblo, "la miseria que se establece y sanciona desde el primer día de la Colonia", justifica en exceso el carácter fatalista del mexicano, su desprecio a la vida, su resentimiento, el esperarlo todo del milagro, el encenderle una vela a la Virgen y el colocar bajo su pena, con su esperanza desatentada, el billete de lotería en el que gastó sus últimos centavos.

Si el hombre colonial sobrevivió porque sobrevivieron sus condiciones coloniales, desaparecerá asimismo cuando desaparezcan las circunstancias que lo crearon a lo largo del tiempo. De hecho principian a borrarse sus rasgos tradicionales y a quebrantarse una rígida fisonomía que dominara, semejante a una máscara, familiar y repulsiva, el panorama de la historia. El mexicano ha iniciado tímidamente la conquista de lo suyo. Mucho de lo que era ajeno hoy le pertenece y mucho de lo que él sentía ajeno principia a verlo con ojos de legítimo dueño. La metamorfosis del hombre subordinado y esclavizado —que vivía de prestado— en dueño de su vida y de sus bienes, se realizará cabalmente el día que sienta suyos la flor y la tierra, la libertad y el conocimiento, el gobierno y la dicha. El día en que México deje de ser la madrastra de sus hijos para transformarse en su madre. Es decir, en su verdadera patria.

REFERENCIAS

CAPÍTULO I

[1] Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Indias* (Noticias históricas de la Nueva España); Nota preliminar de Federico Gómez de Orozco, México, 1949.

[2] George Kubler, *Mexican Architecture of the Sixteenth Century*, Yale University Press, 1948. De acuerdo con el testimonio de los primeros pobladores, la famosa traza o plan maestro no se había establecido en 1523.

[3] *Memoriales de fray Toribio de Motolinia*, México, 1903. "La séptima plaga fue la edificación de la gran ciudad de México, en la cual los primeros años andaba más gente que en la edificación del templo de Jerusalem ... Apenas podía hombre romper por algunas calles y calzadas, aunque son bien anchas; y en las obras a unos tomaban las vigas, y otros caían de alto, sobre otros caían los edificios que deshacían en una parte para hacer en otras ... Todos los materiales traen a cuestas: las vigas y piedras grandes traen arrastrando con sogas; y como les faltaba el ingenio e abundaba la gente, la piedra o viga que habían menester cien hombres, traíanla cuatrocientos, y es su costumbre que acarreando los materiales, como van muchos, van cantando y dando voces; y estas voces apenas cesaban de noche y de día, por el grande hervor con que edificaban la ciudad los primeros años."

[4] *Ibid.*

[5] Edmundo O'Gorman, *Reflexiones sobre la distribución urbana colonial de la ciudad de México*, XVI Congreso Internacional de Planificación y de la Habitación, México, MCMXXXVIII.

[6] Decía Moya de Contreras al Rey en su venenoso informe sobre Cervantes de Salazar: "Ha veinticinco años que está en esta tierra a la cual vino lego en opinión de buen latino, aunque con la edad ha perdido algo de esto ... Es amigo de que le oigan y alaben y agrádale la lisonja; es liviano y mudable y no está bien acreditado de honesto y casto, y es ambicioso de honra, y persuádese que ha de ser obispo, sobre lo cual le han hecho algunas burlas. Ha doce años que es canónigo; no es nada eclesiástico, ni hombre para encomendarle negocios". Citado por José M. Gallegos Rocafull en *El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII*, Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad Nacional Autónoma, México, 1951.

[7] *México en 1554*, Tres diálogos latinos que Francisco Cervantes de Salazar escribió e imprimió en México en dicho año. Los reimprime

con traducción castellana y notas Joaquín García Icazbalceta, Antigua Librería de Andrade y Morales, Portal de Agustinos Nº 3 (Impreso por F. Díaz de León y S. White), México, 1875.

[8] *Ibid.*

[9] Justo Sierra, *Discursos*, Obras Completas, t. III. Universidad Nacional Autónoma de México, 1948.

[10] Grabado reproducido de Angulo por George Kubler, *Op. cit.*

[11] Francisco Cervantes de Salazar, *Op. cit.*

[12] *Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España,* Madrid, 1872. Los redactores de la *Relación* fueron posiblemente los acompañantes de Ponce, fray Alonso de San Juan y fray Antonio de Ciudad Real.

[13] Es muy interesante el juicio del criollo Baltasar Dorantes de Carranza sobre las condiciones insalubres de la ciudad por reflejar el criterio general de los vecinos nativos de México. Según él, los indios vivieron en el agua por necesidad. En cambio, los españoles podían haber fundado la ciudad en otra parte "y no vivir donde siempre está el cuchillo a la garganta ahora del agua, y de ordinario de las continuas enfermedades que influye México, que es estar en una eterna plaga causándolo estas lagunas y charcos con su humedad, que no hay en la salud una hora buena". Baltasar Dorantes de Carranza. *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España, con noticia individual de los descendientes legítimos de los conquistadores y primeros pobladores.* Imprenta del Museo Nacional, México, 1902.

[14] Todas las referencias a Mateo Rosas de Oquendo las he tomado del excelente ensayo de Alfonso Reyes que figura en sus *Capítulos de literatura española* (Primera serie), La Casa de España en México, 1939.

[15] *Ibid.*

[16] "Considero esta sátira —dice Reyes— como la más importante de todas, desde luego, por la presentación de la vida del indio no exenta de valor psicológico, aunque sea burlesca, y además, por ser la primera parodia que conozco del español hablado por los indios de América." *Op. cit.*

[17] Citado por Alfonso Toro, en *La familia Carvajal,* México, 1944.

[18] Gonzalo Gómez de Cervantes, *La vida económica y social de Nueva España al finalizar el siglo XVI,* Prólogo y notas de Alberto María Carreño, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, México, 1944.

[19] Alfonso Toro, *Op. cit.*

[20] Joaquín García Icazbalceta, *Un creso del siglo XVI en México,* t. II de *Opúsculos Varios,* Imprenta de V. Agüeros, Editor. Cerca de Sto. Domingo Nº 4, México, 1896.

[21] Edmundo O'Gorman, *Op. cit.*

CAPÍTULO II

[1] J. Huizinga, *El otoño de la Edad Media,* Revista de Occidente, Madrid, 1947.

[2] *Ibid.*

[3] Notas al Quijote de Clemencin. Citado por Manuel Orozco y Berra en el Prólogo de su *Noticia histórica de la conjuración del Marqués del Valle* (años de 1565-1568). Tipografía de R. Rafael, Cadena Nº 13, México, 1853.

[4] Joaquín García Icazbalceta, *Túmulo imperial de la gran ciudad de México.* Reimpresión de esta obra de Cervantes de Salazar, t. VI de *Opúsculos Varios,* Imp. de V. Agüeros, Editor. Cerca de Sto. Domingo Nº 4, México, 1898.

[5] *Ibid.*

[6] Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Indias.*

[7] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España;* Introducción y notas por Joaquín Ramírez Cabañas. México, 1944.

[8] Juan Suárez de Peralta, *Op. cit.*

[9] La similitud de estos festejos con otros medievales del mismo orden es evidente. Bühler, en su *Vida y cultura en la Edad Media* (Sección de Obras de Historia, Fondo de Cultura Económica, México, 1946), menciona el siguiente episodio: "En las bodas de Jorge el Rico celebradas en Baviera, en 1475, en medio de la plaza, había dos grandes barricas, una de vino tinto y otra de blanco y sus cocinas proveían al pueblo".

[10] Juan Suárez de Peralta, *Op. cit.*

[11] *Ibid.*

[12] José Toribio Medina, *Historia del tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en México,* Imprenta Elzeviriana, Santiago de Chile, 1905.

[13] Alfonso Toro, *La familia Carvajal.*

[14] *Ibid.*

[15] *Ibid.*

[16] Eugenio de Salazar, *Epístola al insigne Hernando de Herrera en que se refiere al estado de la ilustre ciudad de México,* incluída en

Poetas novohispanos (1521-1621); Estudio, selección y notas de Alfonso Méndez Plancarte, Imprenta Universitaria, México, 1942.

[17] Joaquín García Icazbalceta, *El Dr. Juan de Cárdenas*, t. IV de *Biografías*, Imp. de V. Agüeros, Editor, cerca de Sto. Domingo, Nº 4, México, 1897.

[18] Pedro Murillo Velarde, *Geographia histórica de las Islas Philipinas, del África, y de sus islas adyacentes*, t. VIII, en Madrid, en la Oficina de D. Gabriel Ramírez, criado de la Reyna Viuda Nuestra Señora, en la calle de Atocha, frente la Trinidad Calzada, año de MDCCLII. Citado por Alfonso Toro en *La familia Carvajal*.

[19] *Ibid.*

[20] Citado por Eduardo Enrique Ríos en *Felipe de Jesús, el santo criollo*, Ediciones Xóchitl, México, 1943.

[21] R. P. Fray Tomás de la Torre, *Desde Salamanca, España, hasta Ciudad Real, Chiapas*, Diario del viaje: 1544-1545; Prólogo y notas de Frans Blom, México, 1944-1945.

[22] Joaquín García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, Primera Parte, catálogo razonado de libros impresos en México de 1539 a 1600, con biografías de autores y otras ilustraciones, México, 1886.

[23] Luis González Obregón, *Los precursores de la Independencia mexicana en el siglo XVI*, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, París, 1906.

[24] William Thomas Walsh, *Felipe II*, Espasa Calpe, S. A., Madrid - Buenos Aires, 1943.

[25] Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554*.

[26] Joaquín García Icazbalceta, *El Dr. Juan de Cárdenas*.

[27] William Thomas Walsh, *Op. cit.*

[28] *Ibid.*

[29] Joaquín García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana del siglo XVI*.

[30] *Ibid.*

[31] George Kubler, *Mexican Architerture of the Sixteenth Century*.

[32] José Moreno Villa, *Lo mexicano*, El Colegio de México, 1948.

[33] Estos dos contratos han sido objeto de un riguroso análisis en la obra de Irving A. Leonard *Books of the Brave:* Being an account of books and of men in the spanish conquest and settlement of the sixteenth-century new world, Cambdridge, Mass, 1949. [El Fondo de Cultura Económica tiene en prensa la versión española, con el título *Los libros del conquistador*.]

CAPÍTULO III

[1] Citado por José M. Gallegos Rocafull en *El hombre y el mundo de los teólogos españoles de los Siglos de Oro,* Editorial Sytlo, México, 1946.

[2] *Humanismo mexicano del siglo XVI;* introducción, selección y versiones de Gabriel Méndez Plancarte, Imprenta Universitaria, México, 1946.

[3] José M. Gallegos Rocafull, *Op. cit.*

[4] "Vuestra Magestad —escribía el Obispo a Carlos V— envió presidente y oidores y agora hay éstos y más, presidenta y oidoras, que éstas se han sentado en los estrados reales, estando ellos presente . . . y certifico a V. M. que propiamente éstas tienen el cargo de la justicia . . . porque no se les niega cosa." Joaquín García Icazbalceta, *Don Fray Juan de Zumárraga, Primer Obispo y Arzobispo de México;* edición de Rafael Aguayo Spencer y Antonio Castro Leal, Editorial Porrúa, S. A., México, 1947.

[5] *Ibid.*

[6] Marcel Bataillon, *Erasmo y España,* Fondo de Cultura Económica, México, 1950.

[7] *Ibid.*

[8] Joaquín García Icazbalceta, *Don Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo y Arzobispo de México.*

[9] *Ibid.*

[10] *Ibid.*

[11] Posiblemente en ese mismo año de 1537, fray Julián Garcés, primer obispo de Tlaxcala, escribía en su famosa carta a Paulo III: "Ya es tiempo de hablar contra los que han sentido mal de aquestos pobrecitos, y es bien confundir la vanísima opinión de los que los fingen incapaces y afirman que su incapacidad es ocasión bastante para excluirlos del gremio de la Iglesia . . . Esta voz realmente que es de Satanás, afligido de su culto y honra se destruye, y es voz que sale de las avarientas gargantas de los cristianos, cuya codicia es tanta, que, por poder hartar su sed, quieren porfiar que las criaturas racionales hechas a imagen de Dios son bestias y jumentos, no a otro fin que los que las tienen a cargo no tengan cuidado de librarlas de las rabiosas manos de su codicia, sino que se las dejen usar en su servicio, conforme a su antojo".

[12] Gabriel Méndez Plancarte, *Op. cit.*

[13] *Ibid.*

[14] *Ibid.*

15 *Ibid.*
16 *Ibid.*
17 *Ibid.*

CAPÍTULO IV

1 *Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España.*

2 Juan Díaz de Arce, *Libro de la vida del próximo evangélico el Vener. Padre Bernardino Álvarez, patriarca, y fundador de la Sagrada Religión de la Charidad, y S. Hipólito Mártir en esta Nueva España, confirmada, y aprobada por Ntro. Smo. Padre el Señor Inocencio Duodécimo,* reimpreso en México en la Imprenta Antuverpiana de D. Cristóval y D. Phelipe de Zúñiga, y Ontiveros, calle de la Palma, año de 1762.

3 Francisco Losa, *La vida que hizo el siervo de Dios Gregorio López en algunos lugares de esta Nueva España, y principalmente en el pueblo de Sancta Fee, dos leguas de la ciudad de México, donde fue su dichoso tránsito.* En México, en la Imprenta de Juan Ruyz, 1613.

4 Johannes Bühler, *Vida y cultura en la Edad Media.*

5 Fernando Ocaranza, *Gregorio López, el hombre celestial,* Ediciones Xóchitl, México, 1944.

6 Manuel Romero de Terreros y Vinent, Marqués de San Francisco, *Florecillas de San Felipe de Jesús,* Imprenta de José Ballescá, 3ª de Regina 88, México, MCMXVI.

7 Eduardo Enrique Ríos, *Felipe de Jesús, el santo criollo.*

8 *Ibid.*

9 Marqués de San Francisco, *Op. cit.*

10 *Ibid.*

CAPÍTULO V

1 Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México,* El Colegio de México, 1950.

2 *Ibid.*

3 *Ibid.*

4 *Ibid.*

5 Alfonso Toro, *La familia Carvajal.*

[6] *Ibid.*

[7] Julio Jiménez Rueda, *Herejías y supersticiones en la Nueva España* (Los heterodoxos en México), Imprenta Universitaria, México, 1946.

[8] Joaquín García Icazbalceta, *Don Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo y Arzobispo de México.*

[9] Los datos acerca de los Carvajal los he tomado, salvo indicación en contrario, de la erudita obra de Alfonso Toro *La familia Carvajal.*

[10] Autobiografía de "El Mozo" rescatada por Alfonso Toro y que se publica como apéndice en *La familia Carvajal.*

[11] Para escribir lo relativo a la sentencia y ajusticiamiento de Luis de Carvajal aproveché el relato de fray Alonso de Contreras que figura íntegro en el tantas veces mencionado libro de Alfonso Toro.

[12] Lamentaciones de Jeremías, cap. IV. "Spiritus oris nostri Christus Dominus captus est in peccatis nostri: cui diximus: In umbra tua vivemus in Gentibus".

CAPÍTULO VI

[1] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera.*

[2] Carlos Pereyra, *Hernán Cortés,* Colección Austral, Buenos Aires, 1947.

[3] Lucas Alamán, *Disertaciones sobre la historia de la República Megicana,* Jus, México, 1942.

[4] *Ibid.*

[5] Hernán Cortés, *Cartas de relación de la Conquista de México,* Madrid, Calpe, 1922.

[6] Luis González Obregón, *Los precursores de la Independencia mexicana en el siglo XVI.*

[7] Lucas Alamán, *Op. cit.*

[8] *Ibid.*

[9] Carlos Pereyra, *Op. cit.*

[10] *Postrera voluntad y testamento de Hernando Cortés, Marqués del Valle,* Introducción y notas de G. R. G. Conway, Editorial Pedro Robredo, México, 1940.

[11] *Ibid.*

[12] Carlos Pereyra, *Op. cit.*

[13] *Postrera voluntad y testamento de Hernando Cortés, Marqués del Valle.*

[14] *Ibid.*

CAPÍTULO VII

[1] Luis González Obregón, *Los precursores de la Independencia mexicana en el siglo XVI.*

[2] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera.*

[3] *Ibid.*

[4] Luis González Obregón, *Op. cit.*

[5] *Ibid.*

[6] Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Indias.*

[7] *Ibid.*

[8] *Ibid.*

[9] *Ibid.*

[10] *Ibid.*

[11] *Ibid.*

[12] Luis González Obregón, *Op. cit.*

[13] Dorantes de Carranza, *Sumaria relación.*

[14] El juego era una de las ocupaciones favoritas en el XVI. Los criollos, al menos, probaron ser buenos descendientes de los soldados que se jugaban en una sola noche, a los dados o con naipes hechos de las piel de los tambores, el botín cobrado en Tenochtitlán. Las crónicas y los procesos los mencionan con frecuencia entregados al juego, y de este vicio no escapaban las mujeres. En las sátiras de Rosas de Oquendo se las puede ver con las cartas en la mano apostando crecidas sumas. Los pícaros, entre los que se contaba Bernardino Álvarez, el fundador del hospital de los Convalecientes, vivían desplumando al prójimo con barajas marcadas. La tendencia al juego era de tal manera irresistible, que un severo judío, escribano de Veracruz, Diego de Ocaña, obligó a su hijo por medio de un solemne juramento a no tocar los naipes ni los dados hasta que cumpliera cuarenta años de edad. A esa edad podía jugar diariamente hasta dos o tres reales, y si así no lo cumplía —es ésta una cláusula de su testamento— caería "sobre él la maldición de Dios Todopoderoso". *Publicaciones del Archivo General de la Nación,* t. VII, México, 1923.

[15] Manuel Orozco y Berra, *Noticia histórica de la conjuración del Marqués del Valle.*

CAPÍTULO VIII

[1] William Thomas Walsh, *Felipe II.*

[2] *Ibid.*

[3] *Ibid.*

[4] *Ibid.*

[5] Luis González Obregón, *Los precursores de la Independencia mexicana en el siglo XVI.*

[6] Manuel Orozco y Berra, *Noticia histórica de la conjuración del Marqués del Valle.*

[7] *Ibid.*

[8] Juan Suárez de Peralta, *Tratado de las Indias.*

[9] *Ibid.*

[10] *Ibid.*

[11] *Ibid.*

[12] Manuel Orozco y Berra, *Op. cit.*

[13] *Ibid.*

CAPÍTULO IX

[1] Joaquín García Icazbalceta, *Don Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo y Arzobispo de México.*

[2] Manuel Orozco y Berra, *Noticia histórica de la conjuración del Marqués del Valle.*

[3] Luis González Obregón, *Los precursores de la Independencia mexicana en el siglo XVI.*

[4] *Ibid.*

[5] *Ibid.*

[6] *Ibid.*

[7] Las *alcancías* "eran unas bolas de barro endurecidas al sol, llenas de ceniza o de flores y cuyos tiros se resistían parándolos con las adargas". Manuel Orozco y Berra, *Op. cit.*

[8] El plan de la conspiración, al que nosotros hemos dado la forma dialogada para facilitar su lectura, figura en los procesos respectivos publicados por don Manuel Orozco y Berra.

[9] Manuel Orozco y Berra, *Op. cit.*

CAPÍTULO X

[1] Luis González Obregón, *Los precursores de la Independencia mexicana en el siglo XVI.*

[2] Fray Juan de Torquemada, *Monarchia Indiana, con el origen y guerra de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra . . .* En Madrid en la oficina y a costa de Nicolás Rodríguez, 1723.

[3] Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Indias.*

CAPÍTULO XI

[1] Manuel Orozco y Berra, *Noticia histórica de la conjuración del Marqués del Valle.*

[2] *Ibid.*

[3] Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Indias.*

[4] *Ibid.*

[5] *Ibid.*

[6] *Ibid.*

[7] Luis González Obregón, *Los precursores de la Independencia mexicana en el siglo XVI.*

[8] Manuel Orozco y Berra, *Op. cit.*

CAPÍTULO XII

[1] Justo Zaragoza refiere todos los incidentes de sus investigaciones en la introducción que escribió para la primera edición de la obra de Juan Suárez de Peralta. El largo título original: *Tratado del descubrimiento de las Indias y su conquista y los ritos y sacrificios y costumbres,* etc., lo cambió por el de *Noticias históricas de la Nueva España,* Madrid, 1872.

[2] Federico Gómez de Orozco. Nota preliminar en la edición de 1949.

[3] Alfonso Reyes, *Letras de la Nueva España.*

[4] Alfonso Reyes, *Ibid.*

[5] Alvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y comentarios,* Colección Austral, Buenos Aires, 1946.

[6] Ernesto de la Torre, "Baltasar Dorantes de Carranza y la *Sumaria relación*", en *Estudios de historiografía de la Nueva España*, El Colegio de México, 1945.

[7] *Ibid.*

[8] Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América hispánica*, Biblioteca Americana, Fondo de Cultura Económica, México, 1949.

[9] Ramón Iglesia, en la Introducción a *Estudios de historiografía de la Nueva España.*

[10] Ernesto de la Torre, *Op. cit.*

[11] Joaquín García Icazbalceta, *Opúsculos.*

[12] Ramón Iglesia, Introducción citada.

[13] Luis González Obregón, en el Prólogo a la *Sumaria relación* de Baltasar Dorantes de Carranza.

CAPÍTULO XIII

[1] Citado por Alfonso Reyes, *Capítulos de literatura española.*

[2] Alfonso Reyes, *Letras de la Nueva España.*

[3] *Ibid.*

[4] *Ibid.*

[5] Ramón Iglesia, en la Introducción a *Estudios de historiografía de la Nueva España.*

[6] Alfonso Reyes, *Op. cit.*

[7] Baltasar Dorantes de Carranza, *Sumaria relación.*

[8] Joaquín García Icazbalceta, *Francisco de Terrazas y otros poetas del siglo XVI*, t. II de *Opúsculos Varios*, Imprenta de V. Agüeros, Editor. Cerca de Sto. Domingo Nº 4, México, 1896.

[9] Francisco de Terrazas, *Poesía*, edición, prólogo y notas de Antonio Castro Leal, Biblioteca Mexicana, Nº 3, México, 1941.

[10] *Poetas novohispanos. Primer siglo: 1521-1621;* Estudio, selección y notas de Alfonso Méndez Plancarte, Imprenta Universitaria, 1942.

[11] Las décimas de Terrazas descubiertas por Edmundo O'Gorman en el Archivo General de la Nación figuran en las *Poesías* ya citadas.

[12] José Rojas Garcidueñas, *El teatro de Nueva España en el siglo XVI*, México, 1935.

[13] *Ibid.*

[14] *Ibid.*

[15] Alfonso Reyes, *Op. cit.*

[16] *Ibid.*

[17] Irving A. Leonard, *Los libros del Conquistador.*

[18] José Rojas Garcidueñas, *Op. cit.*

[19] Antonio Castro Leal, Prólogo citado.

[20] José M. Gallegos Rocafull, *El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII.* Me valgo en este caso particular de la síntesis ofrecida por Gallegos Rocafull, pero he consultado las obras de Silvio A. Zavala sin las cuales no es posible referirse a la encomienda mexicana en el siglo XVI.

[21] José E. Iturriaga, *La estructura social y cultural de México,* Fondo de Cultura Económica, México, 1951.

ÍNDICE

CAP. PÁG.

I. Una vieja ciudad y un mundo nuevo 7

El humanismo en acción, 10; Desde lo alto del caballo, 13; Decadencia de los mercados, 17; Los alrededores de México, 20; La ciudad en 1580, 22; La naturaleza y los indios, 27; Las postrimerías del siglo, 28; La crónica de un poeta satírico, 32; El México de los gambusinos, 39; Un paréntesis: el del paisaje, 43; La ciudad en el grabado antiguo, 45

II. La vida colonial 49

Duelos, túmulos y responsos, 51; Culminación del período caballeresco, 53; Fiestas eclesiásticas, jerarquía y etiqueta, 56; Significación y linaje de los caballos, 59; La voz y el silencio de México, 61; Movimiento, viajes y aventuras, 63; La navegación trasatlántica, 66; Medicina, enfermedades y muerte, 70; La cultura colonial, 77; El universo mágico de los libros, 79

III. Humanismo *vs.* codicia, una lucha sin victoria ... 81

Zumárraga, la contradicción de su tiempo, 84; Un muerto para el mundo, 89; El humanismo en los colegios, 92; De espaldas a la vida, 94

IV. El mundo de la luz 96

La caridad universal de Bernardino Álvarez, 99; El siervo de Dios, Gregorio López, 103; Felipe de Jesús, el santo criollo, 109

V. El mundo de las tinieblas 117

Los mártires de las antiguas religiones, 121; Los judíos en la Nueva España, 122; Cárcel, sueños y tormento, 126; Libertad, nueva prisión y consuelos epistolares, 131; El auto de fe, 135; El obligado epílogo, 147

VI. El español, conquistador y conquistado 150

Razón y sinrazón de una fama, 152; La búsqueda del tiempo perdido, 154; La metamorfosis del conquistador, 157; El pálido sol de la gloria, 162; Grandezas y miserias de la victoria, 164; El "indiano perulero", 166

CAP. PÁG.

VII. Los Ávila, una familia de emplazados 170
Un comensal privilegiado, 175; Escrutinio en la casa de Alonso, 178

VIII. Martín Cortés, segundo Marqués del Valle de Oaxaca 182
Un pequeño monarca indiano, 186; El criollo en su salsa, 189; Paraíso criollo, fantasmas y guerras de papel, 191

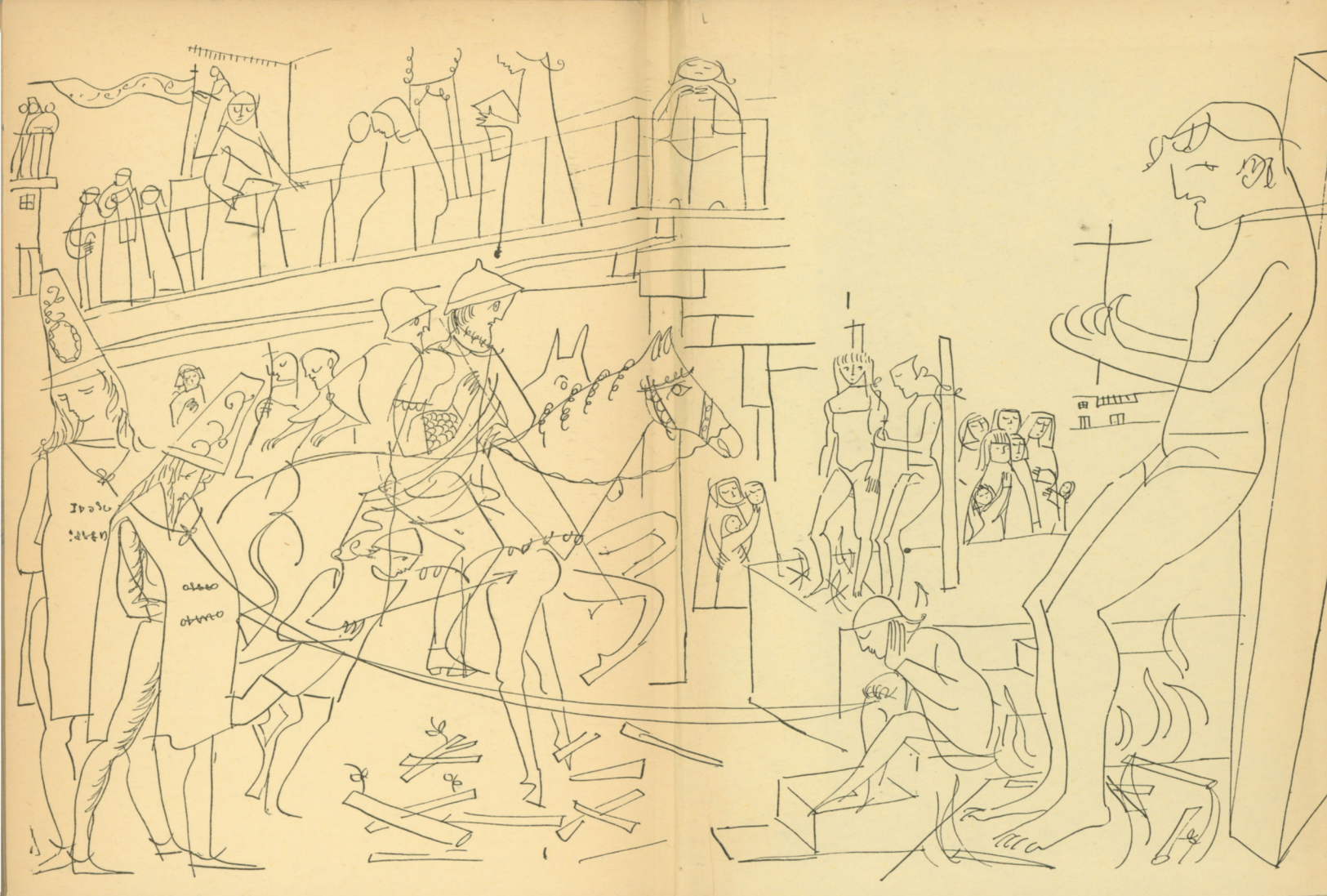
IX. El paraíso criollo y la serpiente 198
La línea de sombra, 204; Una mascarada, principio de la conjuración, 208; Espejismo de palabras, 209; Llamarada de petate, 213

X. La ceniza en la frente 216
El esplendor criollo, 218; Los infantes de Aragón, ¿qué se hicieron?, 221; Pequeña borrachera de tiranía, 224; Literatura criolla y otros excesos, 226; "Deshojadas clavellinas y anochecidas pavesas", 227; Honras de los criollos por sus muertos, 230

XI. Tragedia, expiación y moraleja 233
Un cordero entre lobos, 234; Preparación al drama, 239; El impío reinado del folletón, 240; Allí fué el crujir de dientes..., 243; La historia se repite, 245; La serpiente se muerde la cola, 247

XII. Los criollos en el espejo de su prosa 252
Un paisaje, un herbolario, una nodriza, 257; Retrato del criollo palaciego, 263; El Palacio, mirador y laboratorio, 267; México, madre de extraños, 270; El infierno burocrático, 273; El caballero y el nuevo rico, 274; La encomienda, la amada encomienda, 276; El historiador de las Indias, 279

XIII. La poesía y el hombre colonial 284
El primer poeta mexicano, 287; Un épico sin épica, 291; La poesía social, 297; El extranjero en su patria, 299; Supervivencia del hombre colonial, 303

REFERENCIAS ... 307

Este libro se acabó de imprimir el día 25 de junio de 1953, en los talleres de la "Editorial Galatea", Higinio Arias Urzay, calle de Manuel Gutiérrez Nájera, 179, México, D. F. Se tiraron 2,000 ejemplares, y en su composición se utilizaron tipos Garamond de 11:12 y 10:11 puntos. Se encuadernó en la Encuadernación El Progreso, Czda. Obrero Mundial, 727. La edición estuvo al cuidado de *Alí Chumacero.*